

LA ESENCIA DE LILITH

María José Tirado



Anna, la bella protagonista, regresa a su hogar conociendo su auténtica identidad: es Dínorah, la Dama de la Luz, la profética protectora del joven Martin Robinson, el rey vampiro. Anna es un ser híbrido, mitad humano mitad vampiro, algo único e insólito. Un secreto que debe ocultar si desea continuar con vida. La esencia de Lilith continúa las aventuras de sus protagonistas en su lucha contra el poder del mal que trata de sojuzgar a la humanidad. ¿Tras desaparecer en extrañas circunstancias, cómo explicar a sus padres que sigue viva sin revelar la existencia de los no-muertos? ¿Cómo afrontar el reencuentro con su antigua vida, con su vida humana? Nada será como esperaba.

La esencia de Lilith forma parte de una trilogía que ya es un clásico del género. *Entre vampiros* es una saga sorprendente, distinta y original.



María José Tirado

La esencia de Lilith

Entre vampiros - 2

ePub r1.1
Titivillus 12.01.16

Título original: *La esencia de Lilith*
María José Tirado, 2012

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



A mi familia,
pilares de mi vida,
por su apoyo
incondicional

La caricia perdida

Se me va de los dedos la caricia sin causa,
se me va de los dedos… En el viento, al pasar,
la caricia que vaga sin destino ni objeto,
la caricia perdida ¿quién la recogerá?

(Extracto) ALFONSINA STORNI.

Prefacio

Llega un momento en la vida en el que piensas que te has cruzado con la situación más inesperada que podría sucederte jamás. Y que nada más puede sorprenderte.

Entonces ocurre algo completamente imprevisto que derrumba tus patrones y sopla sobre tus recuerdos deshaciéndolos como si fueran un diente de león, irreversiblemente.

Cuando cayó en mis brazos con aquella herida mortal abierta en mitad del pecho tan solo tuvo tiempo de sonreír. Fue una sonrisa preciosa, la más hermosa que jamás han visto estos ojos. Un collar de perlas dibujado entre sus delineados labios, labios que esbozaron una palabra que no llegó a pronunciar. Una palabra que le había sido negada por demasiado tiempo y que ni tan siquiera entonces podía decir en voz alta.

Y murió, definitivamente.

Capítulo 1

¿Sabe por qué la he parado?

Cyrus me miraba entornando sus brillantes ojos de jade, de un resplandor sobrehumano, acomodado en el negro sillón de cuero de su despacho. Con la mesa repleta de documentos que había estado hojeando con aire concentrado hasta que atravesé la puerta y me recibió con una amplia sonrisa de sus labios ligeramente violetas. Su secretaria, una joven alta y menuda, me había advertido de que dudaba de que el señor Van der Waals pudiese recibirme sin cita previa, pero ella no sabía quién era yo, ella pensaba que era una simple humana. Su sorpresa fue mayúscula cuando decidió atenderme abandonando todo lo que hacía hasta ese preciso momento.

—Buenos días, Anna. O debería decir Dínorah —me saludó mi amigo.

—Llámame como más te guste, Cyrus.

Cyrus el nigromante y yo nos habíamos conocido en unas circunstancias realmente particulares, él era un swap, un híbrido de vampiro y demonio marino, híbrido al igual que yo, una dhampira: mitad humana, mitad vampira. Cyrus fue mi pase de acceso a la ceremonia de coronación como rey sobrenatural de Gran Bretaña de un sanguinario no-muerto, Patrick White, el instigador del asesinato del anterior monarca británico, Charles Robinson. Gracias a su ayuda y a la de Shapur Akram, legendario guerrero persa, de William Smith, *sir* inglés siervo de Tammy Shue, reina de Irlanda del norte, y de Cóatl, el caballero jaguar, antiguo soldado azteca y siervo de Aixa, reina de Centroamérica, todos no-muertos, logré impedir dicha coronación y proclamar como legítimo rey a mi protegido, Martin Robinson, un vampiro adolescente de quince años.

—Entonces, te marchas —adivinó. Nada más verme atravesar el umbral lo había sabido.

—Sí, necesito ver a mi familia —confesé.

—¿Y qué les dirás? ¿Cómo les explicarás tu… resurrección? —cuestionaba el swap, interesado.

—No lo sé, espero que cuando me vean su felicidad haga que todo lo demás sea algo secundario; ya inventaré una historia que contarles.

Mis padres, mi hermano y el resto de mis seres queridos me creían muerta desde hacía un par de meses, cuando desperté abruptamente a una nueva realidad, la del mundo vampiro. La noche en la que la simple profesora particular de dos chicos ingleses, Louise y Martin, pasó a convertirse en la profética Dínorah, la Dama de la Luz, protagonista de una antigua profecía.

Fue la misma noche en la que mi jefe, al cual desconocía como rey vampiro de

Gran Bretaña, Charles Robinson, fue asesinado por un lacayo del antiguo gobernador de Gales y promotor del golpe de Estado, Patrick White. El asesino destrozó el inmóvil corazón del monarca británico ante mis ojos y los de sus propios hijos e intentó acabar con la vida eterna del joven Martin, pero lo impedí interponiéndome en el camino de su arma, recibiendo la estaca en su lugar.

Aquella noche murió para el mundo Anna Rodríguez, la maestra española que apareció carbonizada entre las cenizas del palacio inglés, al igual que los señores Robinson, sus hijos y el ama de llaves. Oswald, otro siervo de Aixa, se encargó de simular nuestras muertes y prender fuego al palacio para favorecer nuestra huida. Luego se convirtió en un traidor.

—¿Martin Robinson te ha dejado marchar, así, sin más? —dudó Cyrus, arrugando el entrecejo desconcertado.

—¿Sin más? He arriesgado mi vida por él en un sinfín de ocasiones —rebatí, sin saber a dónde quería llegar con aquella reflexión—. Prometió que cuando lograse convertirse en rey yo sería libre y ha cumplido su promesa; ¿qué tiene de especial?

—¿Qué tiene de especial? Él es un vampiro, querida, ellos no cumplen sus promesas. Al menos no las que les hacen a los humanos —advirtió, cruzando ambas manos sobre el vientre, resabido, y dejándose caer sobre el respaldo de su cómodo sillón—. Tienes suerte de que tu pequeño rey vampiro lo haya hecho —apostilló, haciéndome tomar conciencia de hasta qué punto era así.

Ahora que Martin era el nuevo rey de una despiadada horda de no-muertos podía haberlos obligado a que me retuviesen, podría haber intentado forzarme a servirle. Pero no, yo estaba segura de que aquella posibilidad no había cruzado por su mente ni un instante; mi antiguo alumno me apreciaba tanto como yo a él, sin importar que yo fuese una simple humana ante sus ojos.

—Regresarás, lo sé.

—Yo no estaría tan segura.

—Créeme, lo harás —afirmó lapidario—. Ahora que has descubierto quién eres, qué eres, se ha producido un cambio irreversible en ti, un cambio que aún no puedes percibir pero que te impedirá sentirte a gusto entre simples humanos —aseguró absolutamente convencido, desconcertándome.

—¿Entre simples humanos? Es mi familia, Cyrus, regreso junto a mi familia… —objeté, pero él se limitó a negar con la cabeza, sin decir palabra, como si fuese algo irremediable, irrefutable, una verdad absoluta que yo me negaba a aceptar.

—La suerte es que podrás comprobarlo por ti misma —sentenció, dando el tema por zanjado—. Bien, ¿y qué puedo hacer yo, un humilde híbrido, por ti? —cuestionó cambiando de tercio, centrándose en el motivo de mi visita. Desde luego Cyrus podía ser cualquier cosa menos humilde, en cualquiera de las posibles acepciones de esta palabra.

—Necesito que vuelvas a prestarme tu anillo mágico —pedí, aún recuperándome de lo que acababa de escuchar, y no porque le creyese, no podía hacerlo, sino por la

solemnidad, la certeza con la que lo había asegurado. Cyrus era, además de un ser sobrenatural, un nigromante, un poderoso mago, y yo necesitaba de aquella mágica alianza que ya me ayudó en una ocasión.

—¿Para qué lo necesitas?

—Para que cuando llegue a Cádiz, al portal de mi casa, nadie pueda reconocerme hasta que decida quitármelo. Mis vecinos, mis conocidos, podrían dar la voz de alarma; para ellos estoy muerta. Quiero pasar inadvertida, al menos hasta que logre hablar con mis padres con calma —revelé. Ese era el motivo por el que había adelantado mi partida desde la propiedad de King's Rest, la residencia real y nueva sede del submundo británico en Newcastle, situada a tres horas de camino en coche de Flint, de la impresionante vivienda del señor Van der Waals a la que había solicitado al taxista que me condujese antes de tomar en Liverpool el vuelo directo hasta Jerez.

—¿Y qué conseguiré yo a cambio? —preguntó con una sonrisa maliciosa, apretando sus finos labios.

—¿Mi total gratitud?

—Ya no estás con el persa, tampoco con William… ¿verdad?

William Smith, el *sir* inglés y yo habíamos tenido un atisbo de relación que se cortó por su falta de confianza hacia mí; repetía que me amaba, pero yo no acababa de convencerme de que podía confiar en él plenamente.

Y Shapur, Shapur Akram, el legendario guerrero persa fue mi maestro en el arte de la lucha en la República Dominicana; fue mi protector y mi amante. Y un sagrado ritual vampiro nos había unido para siempre. Me había convertido en su mitad humana: yo podía sentir sus emociones aún en la distancia y él las mías, todo el tiempo, en mitad del pecho. Pero tuvo que marcharse de regreso al Caribe, al lado de su reina, y nos habíamos separado sin saber por cuánto tiempo.

—No, ya no estoy con ninguno de ellos —admití. Le conocía, el swap era un pícaro, sabía los derroteros hacia los que pretendía conducir la conversación—. Pero no voy a acostarme contigo a cambio del anillo, ni de nada. Olvídalo, si quieres prestármelo, bien; si no, también —declaré sin rodeos. Fingí haberme ofendido y me incorporé para marcharme.

—Espera, no seas tonta —pidió Cyrus, levantándose de la silla para abrir uno de los cajones de su escritorio de caoba.

Su cabeza pelada brillaba como una bola de billar recién pulida bajo los rayos del sol del mediodía que se colaban por la ventana del despacho. Los híbridos como él y como yo podemos vivir bajo la luz solar, a pesar de que la sangre vampira recorra nuestras venas, con la salvedad de que la sangre de demonio que corría por las de Cyrus le hacía desagradable al paladar de los vampiros: como él mismo había comentado, preferirían beber jugo de ajo antes que su fluido vital. En cambio, el hecho de que yo fuese una dhampira era un secreto que tan solo compartía con William y Shapur, y con el swap que lo había descubierto leyendo el iris de mis ojos.

Según las antiguas leyendas, la sangre de dhampiro —mitad vampira, mitad humana— poseía la capacidad de otorgar uno o varios días de vida diurna al no-muerto que la ingiriese por completo, lo cual equivalía a una sentencia de muerte, y por eso era un secreto.

Cyrus extrajo un anillo de blanco marfil de su cajón, se incorporó y caminó hasta situarse junto a mí, que aún estaba sentada frente a su mesa. Lo colocó en mi dedo y recitó unas palabras en latín mientras paseaba sus tibias manos azuladas por mi rostro. Sentí que una energía recorría mi dermis en una suave caricia eléctrica que lentamente se desvaneció.

—Ya está. A cambio solo quiero tu número de teléfono —advirtió, ofreciéndome su mano para incorporarme.

—Está bien —admití, y tomé su mano, deteniéndome de pie a su lado. El swap era realmente alto, me sobrepasaba varios palmos—. Eso sí estoy dispuesta a darte.

—Que tengas mucha suerte, Anna —dijo, y me abrazó con fuerza. Cyrus olía a mar, a salitre, y era un olor agradable, reconfortante para quien se ha criado a la orilla del océano. Pero su mano comenzó a descender lentamente por mi espalda y la detuve justo antes de alcanzar mis glúteos, apartándome de él con una sonrisa. El swap era ciertamente insistente en sus pretensiones sexuales para conmigo, pero, superado este pequeño *handicap*, era un buen amigo, alguien en quién confiar.

Salí de su mansión con el anillo en el bolsillo de mi cazadora. Durante las dos horas y quince minutos de vuelo hasta Jerez de la Frontera mi corazón latió apresurado dentro del pecho. Estaba nerviosa, terriblemente agitada, parecía como si hubiesen transcurrido años desde que marchase al sur de Inglaterra con un empleo con el que pretendía huir de mi ex, de verle casi a diario con mi antigua mejor amiga, con la que me había engañado.

Entonces era algo que me sentía incapaz de superar, hasta que conocí a William Smith. Me enamoré completa, total e irracionalmente de él, que me abrió los ojos a su realidad vampira y comprobé hasta qué punto estaba equivocada. Las circunstancias me habían hecho madurar a pasos agigantados.

¿Y si Cyrus tenía razón? ¿Y si no quedaba nada en mí de la chica tímida que partió de Cádiz un par de meses atrás? Pero ¿cómo podía llegar a sentirme incómoda entre humanos? Eran lo único que había conocido toda mi vida hasta que…, hasta que llegaron *ellos*.

No, resultaba imposible, impensable. En cualquier caso, estaba a punto de descubrirlo.

Martin me había informado en nuestra despedida de que tendría una sorpresa a mi llegada al aeropuerto. El joven monarca vampiro me había abrazado con energía, temiendo en su interior que nunca más volviésemos a vernos. Pero no había insistido acerca de mi regreso, no en nuestra despedida; ya me había confesado lo mucho que me necesitaba noches atrás, pues su carga entonces, como recién estrenado regente sobrenatural, era demasiado pesada. También así mi libertad era absoluta, dependía

de mí, única y exclusivamente, regresar o no.

Y yo sentía, yo creía, que había conocido suficiente acerca de los vampiros, que había vivido lo suficiente a su lado, porque después de noches y noches huyendo de la muerte anhelaba mi vida humana. Una vida corriente para una chica de mi edad, cuando mi mayor preocupación era que mi camiseta combinara con mi falda, o buscar un nuevo trabajo con el que sufragar mis limitados gastos.

Pero no podía evitar sentir que estaba traicionándole de algún modo al apartarme de su lado. Le sentía como un hermano menor al que cuidar e intentar guiar, y él confiaba tan ciegamente en mi criterio que incluso debía esforzarme por guardar la formal compostura y protocolo acordes a su abolengo en presencia del resto de no-muertos. Eran demasiado intensas las experiencias que habíamos compartido, noche tras noche, como para que al desaparecer, de un plumazo, uno del lado del otro, ninguno lo sufriera.

Nada le había pedido a cambio de mi servicio como su protectora, pero él se había encargado de agradecérmelo en cuanto retomó el control de las propiedades de su familia. Me había proporcionado una nueva identidad: Anna Morrison, como leí en mi pasaporte, ciudadana inglesa; un nuevo móvil de última generación, a cuyo manejo no lograba acostumbrarme, y una cuenta corriente en la que se había encargado de ingresar treinta mil libras, toda una fortuna para alguien como yo.

Miss Anna Morrison, leí en un folio escrito a mano que un caballero de unos treintaymuchos, vestido con traje gris y llamativa corbata roja, asía entre sus manos. Caminé hasta él y sonrió a modo de bienvenida.

—*Good Afternoon, Miss Morrison*[1] —saludó en un inglés vacilante.

—Buenas tardes, puede hablarme en español —advertí y pareció aliviado.

—Soy Ricardo Ortiz, de FirstCar. El señor Robinson alquiló un vehículo para usted —informó, acompañándome al exterior del aeropuerto.

Un impresionante Mercedes negro con plateadas llantas de aluminio me aguardaba aparcado a la salida. Mi Martin, tan poco discreto, sonreí para mí.

El representante de la agencia de alquiler me entregó las llaves y me acomodé en mi nuevo vehículo para los próximos dos meses, en un principio, según me informó el caballero. Quizá Martin Robinson pensase que era tiempo más que suficiente para tomar una decisión, cualquiera que esta fuese, o sencillamente después de aquellos dos meses tendría que aprender a costearme mi propio automóvil.

Eran casi las ocho de la tarde. Solo tardaría media hora en recorrer los treinta kilómetros que separan Jerez de Cádiz por la autopista; treinta minutos me separaban, pues, de mi familia. Al fin.

Respiré hondo, y prendí el poderoso motor, que rugió, ansioso de kilómetros, bajo mis pies y desaparecí del aeropuerto tomando el que sería mi camino de regreso.

Anochecía. La luz del atardecer bañaba la vía y los coches circulaban veloces, también yo, que ansiosa por llegar a casa no prestaba atención a los límites de velocidad.

Alcancé la autopista, dejando atrás Jerez, y apenas habría recorrido un par de kilómetros cuando mi nuevo teléfono móvil comenzó a sonar dentro del bolso, en el asiento del copiloto. Dudé en detenerme un momento en el arcén, pero deseaba llegar a casa cuanto antes, así que lo miré. Era Martin.

—Buenas noches, majestad —descolgué desplegándolo.

—Buenas noches, ¿has llegado ya? —preguntó ansioso.

—Estoy de camino.

—Bien. Cuando hables con ellos, llámame. Me gustaría saber qué tal te ha ido —pidió con desmedido interés.

—Está bien, Martin, lo haré. Te llamaré.

—Gracias. ¿Sabes? Ya te echo de menos —confesó, y yo reí divertida. Solo unas horas llevábamos separados, unas horas—. Cuídate, ¿vale? Sabes que para cualquier cosa que necesites puedes llamarme.

—Ok, Martin.

Colgaba cuando una poderosa luz oscilante de color azul invadió mi vehículo por completo. Por un momento creí que iba a ser abducida por un ovni —tras lo acaecido los últimos meses había perdido la capacidad de sorprenderme—. Pero no, una estridente sirena comenzó a sonar y por el retrovisor comprobé cómo una motocicleta de la policía me indicaba con el intermitente, las luces y la sirena que aparcase en el arcén. Lo hice.

Era la Guardia Civil, en concreto un guardia civil ataviado con su uniforme verde y negras botas altas que caminaba presto hasta mi ventanilla. La bajé.

—Buenas noches —disparó frente a mí con cara de pocos amigos. Era un agente joven, treinta años máximo, de cabellos color rubio ceniza. Un tipo robusto, con mentón cuadrado y ojos celestes; aún llevaba puesto el casco de gorrete blanco y los guantes de cuero; traía en sus manos la libreta de sanciones.

—Buenas noches —repetí.

—¿Sabe por qué la he parado? —preguntó elevando una ceja mientras destapaba el bolígrafo con brío.

—No, pero seguro que me lo explica —respondí molesta. ¿Para qué dar tantos rodeos? Iba a multarme, lo traía escrito en aquel rostro serio y estoico, pues que lo hiciese cuanto antes, para que así pudiese continuar mi camino.

—Iba usted hablando por el móvil —señaló.

—No —respondí sin emoción.

—Claro que sí, la he visto. Y además excedía el límite de velocidad, conducía a más de ciento cincuenta kilómetros por hora… —replicó taladrándome con su inquisidora mirada de ejemplar custodio de la ley y el orden.

—Bueno, venga, muy bien. Múlteme, y en paz —pedí con intención de abreviar el momento, pero mi actitud pareció molestarle terriblemente: su expresión se endureció, sus pobladas cejas castañas se apretaron entre sí hasta casi conformar una sola.

—Documentación y baje del coche —ordenó alejándose de mi ventanilla.

—¿Es esto realmente necesario? —dudé, molesta.

—Abajo —me conminó con un tono de voz mucho más rudo.

Resoplé. ¿Cuánto pensaba prolongar aquello? ¿Es que aquel guardia civil no tenía casa, no le esperaba nadie? ¿Acaso yo tenía cara de terrorista? ¿Tan grave falta había cometido al contestarle?

Busqué la documentación en la guantera y tomé mi pasaporte y mi nuevo carnet de conducir británico del bolso, bajé del coche y deteniéndome frente a él se lo entregué. Era bastante más alto que yo, e incluso resultaba atractivo, metido tan serio en su papel, pero tenía un aire de prepotencia que no me gustaba lo más mínimo.

No me intimidaba su actitud, en absoluto, venía de luchar contra seres sobrenaturales que habían intentado acabar con mi vida una y otra vez. Un agente de la ley que me extendía una multa no era precisamente mi idea del terror. Tras devolverme la documentación comenzó a rellenar su impreso; yo aguardaba impaciente a que terminase, apoyada sobre el automóvil.

—¿Seiscientos euros? —exclamé incrédula con el papel entre mis dedos. No me asustaba una multa, pero aquella cantidad me pareció desorbitada. Incluso aunque contase en mi poder con treinta mil libras, ingresadas en una cuenta corriente a mi nombre en un popular banco británico, que había encontrado junto al resto de los documentos que componían mi nueva identidad—. Creo que se ha pasado un poco, ¿no?

—Usted es la que se ha pasado las señales de límite de velocidad, unas cuantas, y también se ha pasado varios kilómetros hablando por el móvil, por lo que podría haber ocasionado un accidente —respondió, regañándome y pagado de sí mismo, como si yo fuera una niña pequeña.

—No lo creo, conduzco muy bien.

De pronto, un vehículo plateado cruzó a toda velocidad a nuestro lado, muy cerca, cimbreándonos con su energía cinética. El agente, resuelto, echó a correr hacia su motocicleta para tratar de darle alcance y extenderle otro de sus *regalitos*.

—Si no está de acuerdo reclame —me dijo desafiante, mientras subía a su moto y partía veloz, con las luces encendidas y toda la parafernalia, tras el nuevo infractor.

Seiscientos euros, se habría quedado a gusto, resoplé de regreso a mi Mercedes prestado. Retomé el viaje, con la misma ilusión aunque un poco molesta por el recibimiento del segundo compatriota con el que me había topado.

Sin embargo, un par de kilómetros más adelante distinguí unas marcas de rueda, un frenazo de automóvil en el suelo en dirección al arcén que continuaba más allá de este, hacia una camino paralelo sin asfaltar al que se accedía por la malla rota de la autopista.

Sentí algo raro, algo extraño en el aire, una vibración terriblemente familiar, y dudé de si continuar mi camino o no.

¿Iba a marcharme sin averiguar si quien atravesó la malla se encontraba bien?

No, seguro que no lo haría. ¿Mantenerme al margen de los problemas? No sería algo propio de mí.

Accedí al sendero de tierra despacio. Solo veía oscuridad ante mí: la noche había caído como una manta gruesa sobre mi cabeza y no había luces, nada. Circulé unos quinientos metros hasta que las luces halógenas de mi Mercedes iluminaron una motocicleta de la Guardia Civil tirada en el suelo, junto a uno de los laterales del automóvil que nos había sobrepasado a toda velocidad minutos antes.

De pie, junto al coche, había un no-muerto alto, rubio, con el pelo muy corto y de punta y el torso desnudo, cubierto únicamente por los hombros por una especie de estola de piel blanca. Asía en alto al guardia, que parecía inconsciente; lo agarraba con ambas manos por el cuello de la guerrera.

Había otro vampiro a su lado, igual de alto y corpulento, también rubio, platino, aunque con el cabello un poco más largo. Los había iluminado con las potentes luces de mi Mercedes. Giré el mando y dejé tan solo las de posición, bajé del coche y caminé hacia ellos con paso decidido.

—Buenas noches, señores —los saludé—. Por lo que parece, les apetece cenar guardia esta noche. No se lo recomiendo, su sangre debe de ser bastante indigesta —sugerí, y ambos me miraron con ojos curiosos.

—¿Quién eres tú? —preguntó el del cabello más corto con voz de ultratumba, casi con un gruñido, mientras me observaba atentamente. Sus ojos eran de un verde pálido, prácticamente translúcidos, escalofriantes. Soltó al agente, que cayó al suelo desplomado. Le habían golpeado y sangraba por la nariz.

—Solo alguien que pasaba por aquí. Largaos, voy a llamar a una ambulancia —dije.

De pronto, el rubio platino se lanzó sobre mí, pero agarré su mandíbula en el aire, junto a mi cuello. Mi fuerza había aumentado de modo exponencial desde que descubrí mi verdadera naturaleza, desde que comencé a entrenarme, preparándome para mi destino. Y le empujé, tirándole de espaldas. El otro no-muerto contempló la escena divertido. El rubio platino intentó arremeter de nuevo contra mí, pero volví a golpearle, esta vez con fuerza en mitad del vientre, con todas mis ganas, y luego le propiné un buen rodillazo en la entrepierna. Cuando se dobló tomé su muñeca y retorciéndola le hice dar una vuelta completa en el aire, cayendo de espaldas contra el suelo, levantando una pequeña nube de amarillento polvo.

A lo lejos comenzaron a sonar sirenas provenientes de la autopista en nuestra dirección. Conscientes de que los refuerzos que probablemente el guardia habría solicitado antes de ser atacado llegaban, ambos no-muertos cruzaron una mirada y desaparecieron como una exhalación, abandonando el vehículo en el que habían llegado y a nosotros.

Me acerqué a comprobar la integridad del agente, que estaba desplomado en el

suelo y se hallaba desorientado. Trató de incorporarse, pero carecía de las fuerzas necesarias. Le estaba ayudando a apoyarse contra el coche de sus agresores cuando fuimos alcanzados por las coloridas ráfagas de haces de luz de los vehículos policiales, que se acercaban a toda velocidad.

—Gracias —masculló vencido el agente, mirándome fijamente a los ojos, y me pareció mucho menos irritante que minutos antes.

—Tranquilo, te vas a poner bien —aseguré.

Cuando estuvo a salvo con sus compañeros, a los que expliqué lo sucedido —la versión *light*, la que no incluía a los vampiros, por supuesto—, me marché. Tratarían de localizar a los asaltantes bateando la zona. Pero a la velocidad a la que se desplazaban los no-muertos, estos podían estar ya en Sevilla cuando comenzaran a buscarlos. Pero quién era yo para destruir sus ilusiones. Me tomaron declaración a pie de coche y finalmente pude continuar mi camino.

Capítulo 2

Soy yo, soy Anna

Me deleité contemplando el paisaje que tiempo atrás había recorrido en mi partida. Todo parecía igual. Mi mundo se había transformado tanto que ni yo misma era capaz de reconocerme, pero en cambio en mi ciudad nada había cambiado. La larguísima avenida Andalucía que la divide en dos como una espina dorsal continuaba saturada de coches que iban y venían.

Desde el primero de los semáforos que hallé, llevaba puesto el anillo de marfil que guardaba en el bolsillo de mi chaqueta. La joya se ajustó automáticamente al dedo. Me miré en el espejo retrovisor y encontré mis ojos, mis mejillas, mi nariz, sin muestras de cambio alguno. Y era lógico, pues el hechizo de Cyrus era una ilusión para los humanos, y yo no era humana, al menos completamente.

La hilera de semáforos comenzó a ponerse verde, uno tras otro, hasta donde alcanzaba la vista, y seguí mi camino. Las banderitas publicitarias de las farolas a lo largo de toda la avenida presumían entonces del pronto estreno del segundo puente, La Pepa, que uniría mi ciudad con Puerto Real por el extremo norte. Por lo demás parecía como si el tiempo se hubiese detenido el día que me marché rumbo al aeropuerto.

La iluminación nocturna me resultó tremendamente acogedora. Había gente andando arriba y abajo por la acera. Traté de reconocer algún rostro, pero no fue así. Mi pecho estallaba de emoción al vislumbrar el alto graderío del estadio Carranza, haciéndome saber que estaba en casa.

Tomé el desvío y comenzó entonces la tarea más difícil de todas —casi más que llevar al trono a un nuevo rey vampiro—, encontrar aparcamiento en Cádiz. El corazón me latió a mil revoluciones al pasar frente a la ambarina fachada de mi edificio. Rodeé el estadio de fútbol, y al parecer los astros se habían alineado en mi honor, pues encontré una plaza de aparcamiento a escasos cien metros del antiguo portal de mi casa.

Bajé del coche y distinguí entonces a un caballero con poblado bigote cano que paseaba a su perro, un pastor alemán, por la acera en dirección a la avenida. Le había visto cada tarde durante los últimos dos años, al regresar a casa de mi último trabajo, clases de refuerzo en un colegio privado. Siempre coincidía con aquel señor y su perro. Sentí ganas de ir hacia él y darle un sonoro beso en la calva por mostrarme que era real, que había tenido una vida corriente antes de que todo cambiase de un modo irremediable, pero probablemente tan solo habría conseguido desconcertarle sobremanera, así que me contuve.

Caminé hasta el portal de mi casa con las manos sudorosas metidas en los bolsillos de la cazadora. La calle estaba en calma, poco transitada a aquellas horas de la recién estrenada noche. Me detuve justo enfrente de la negra verja acristalada, respiré hondo y carraspeé antes de alzar el dedo para pulsar el botón del interfono. A través de la cristalera observé cómo una de mis antiguas vecinas, la señora María Sánchez, del 3.º A, se aproximaba a la puerta. Sentí un terrible nerviosismo.

¿Y si me reconocía?

¿Y si el hechizo de Cyrus fallaba?

No, eso no era posible, el nigromante era el mayor mago de cuantos existían. Que uno de sus hechizos pudiera fallar era casi tan probable como que el sol saliese por el oeste la siguiente mañana.

Doña María abrió la cancela, alzó la vista para analizarme con sus diminutos ojos contorneados de arrugas y sonrió.

—Buenas tardes —dijo con la voz mecida por la edad, manteniendo con su mano la puerta abierta para permitirme el paso.

—Buenas tardes —respondí agarrándome a la verja de hierro; la empujé suavemente y entré.

Uff… Suspiré aliviada, no me había reconocido. Caminé veloz hasta el ascensor, en el familiar soportal, reconociendo las macetas, las plantas de anchas hojas verdes situadas en las mismas esquinas. Incluso las pequeñas papeleras de metal en el suelo habían permanecido inalterables.

Me detuve frente al ascensor, que descendía, y observé la escalera, el barandal de madera que se plegaba en rectángulos incompletos a medida que se inclinaba en la subida, el suelo de terrazo… Parecía como si nunca me hubiese marchado.

El ascensor llegó, se detuvo y la metálica puerta de acordeón comenzó a plegarse abriéndose ante mí. Mi corazón se encogió al encontrar de frente el rostro de quien lo abandonaba.

Marcos.

Mi ex.

¿Cómo podía haber pasado por alto la posibilidad de encontrarme con él?, ¿cómo podía no haber pensado en ello ni un solo instante?

Allí estaba frente a mí, observándome con una relativa curiosidad reflejada en sus ojos grises. Sonrió de modo cortés mientras me cedía el paso. Parecía mayor de como le recordaba. Llevaba el cabello castaño muy corto, y los rasgos de su rostro, el pequeño lunar de su barbilla, la nariz ligeramente respingona, los labios finos, resultaron violentamente familiares para mí.

Nuestra relación, que duró cinco años, había recorrido todas las fases habidas y por haber. Había estado plagada de altibajos de amor, desamor y finalmente odio cuando me otorgó una cornamenta digna de un reportaje a doble página en la revista *Jara y Sedal*.

Todo aquello era un eco lejano en mi memoria. Le había dejado al fondo del todo

y ahora, de pronto, le tenía frente a mí.

—Buenas noches —saludó educado.

—Buenas noches —repetí. Marcos arrugó el entrecejo al oírme, el hechizo de Cyrus camuflaba mi aspecto pero no mi voz, aquella voz tan conocida para él como lo era la suya para mí. Fingí no percibir su turbación y agradecí que no pudiese oír los latidos de mi corazón, que se aproximaban irremediablemente a la taquicardia.

—Se te ha caído el móvil —me advirtió. Miré hacia el suelo, a mi derecha, siguiendo la dirección de su dedo, y era cierto. Pero no tuve tiempo de agacharme, pues se adelantó caballeroso: lo recogió y me lo entregó.

—Gracias, es muy amable —dije con un forzado y exagerado acento inglés con el que traté de camuflar mi tono de voz. Marcos se apartó entonces, dejándome libre el paso frente al ascensor.

Vestía un chándal deportivo. Probablemente iría a correr como cada noche con sus amigos; lo había hecho durante los últimos dos años que estuvimos juntos. Desde que terminó la licenciatura de Derecho, cada noche, excepto los fines de semana, salía a correr con Juan y Manuel, sus dos mejores amigos, antaño también mis amigos.

Entré en el ascensor mientras mi exnovio, que tampoco me había reconocido gracias al excelente trabajo de Cyrus, marchaba rumbo a su carrera vespertina sin volver la vista atrás.

Pegué la espalda a la pared del cubículo metálico recuperando el aliento. Cuánto me había turbado encontrarlo, no podía creerlo, y me reprochaba mi reacción. En el pequeño habitáculo entre espejos distinguí el olor de su perfume, el perfume que yo le había regalado por su cumpleaños hacía casi un año, *Boss*, de Hugo Boss. Me recriminé tal efecto y sentí rabia por ello. Aunque al menos había sacado algo en claro de nuestro fugaz encuentro: no le amaba, mi corazón no había temblado por el deseo al tropezarme con él. No, no le amaba, pero tampoco podía odiarle. El daño que me provocó había quedado ya muy lejos.

Estaba en el rellano, frente a la puerta de pino lacada de mi casa, la casa en la que había pasado los últimos veinticuatro años de mi vida, la que había visto convertirse en una mujer a la pequeña Anita Rodríguez. En ese momento mi teléfono móvil volvió a sonar.

—Dime, Martin —le saludé.

—¿Qué tal? ¿Les has visto ya? —requirió nervioso.

—No, aún no, estoy frente a la puerta.

—¿Y a qué estás esperando?

—¿A que me dejes hacerlo, quizá? —Colgué fastidiada sin despedirme de él. Le había dicho que podía llamarme cuantas veces desease, le había prometido que no desaparecería, que aun en la distancia estaría siempre para él, y justo entonces comenzaba a arrepentirme.

Respiré hondo, intentando calmarme, y llamé al timbre, improvisando

mentalmente las palabras que utilizaría en mi cabeza mientras oía pasos en mi dirección al otro lado. El burbujeo en mi estómago se hizo más intenso. La puerta se abrió y encontré los ojos curiosos de mi hermano Jaime, escudriñándome de pies a cabeza, desconcertado. Debí controlar un poderoso impulso de lanzarme a sus brazos y abrazarle y besarle. Pero qué guapo estaba.

—Hola —dijo.

—Hola. —Retomé mi fingido acento inglés—. ¿Eres Jaime?

—Sí —respondió turbado, probablemente mi voz le resultaba demasiado familiar también a él, y con el brazo posado en el pomo de una puerta que no terminaba de abrir completamente. Tras él podía atisbar el largo pasillo que conducía a la cocina, al fondo a la izquierda; a la derecha estaba el baño, y la primera puerta a la izquierda era la mi dormitorio…—. Sí —repitió, devolviéndome a sus ojos castaños.

—Me llamo Anna Morrison y fui amiga de tu hermana, en Londres —dije. Jaime formó un acordeón de arrugas en su frente, confuso, y entonces, tras él, apareció Adela, mi madre, que caminaba hacia nosotros desde la cocina. Mis ojos se empañaron al verla. La encontré excesivamente envejecida, nada quedaba ya de su melena rubia sobre los hombros. Llevaba el cabello muy corto y en él despuntaban dos cenicientos dedos de raíz sin teñir. Vestía de negro de pies a cabeza y su rostro estaba pálido como la cera. Me dolió verla así, tan demacrada. Mi hermano guardaba silencio, esperando quizá que explicase mi presencia allí. Mamá nos alcanzó en la entrada.

—Hola —me saludó, y miró a mi hermano, que permanecía mudo frente a mí—. ¿Qué pasa? —requirió a su hijo mientras se secaba las manos en un mandil de coloridos girasoles que contrastaba con el oscuro fondo.

—Dice que es amiga de Anna, de Londres —informó Jaime, y los ojos de Adela también se nublaron.

—Pasa. Pasa, por favor —pidió. Crucé por delante de mi hermano y la seguí por el pasillo hasta el fondo, recibiendo el inconfundible y reparador aroma de mi hogar.

Adela me ofreció asiento en el reducido salón. El antiguo sofá de cuero marrón se adaptó a mi cuerpo del modo habitual. Contemplé la familiar estancia con ojos ilusionados: el amplio balcón que comunicaba con el patio interior del bloque de pisos, el aparador repleto de nuestras fotografías de la infancia: Jaime sonriendo desdentado orgulloso del hueco de sus dientes caídos con siete u ocho años, mi lejana primera comunión, en la que aparecía peinada con largos bucles que mi madre tardó horas en hacerme. Sonreí al recordar aquello. Mamá se sentó junto a mí y mi hermano pequeño permaneció de pie junto a ambas, analizándome de pies a cabeza.

—Entonces, ¿conociste a mi niña, en Londres? —requirió Adela ante mi mutismo.

—Sí, bueno, en fin… —Comencé buscando las fuerzas necesarias para afrontar aquello y los ojos de ambos me capturaron por completo, los de mamá interesados aunque dolidos, los de Jaime desconcertados y desconfiados—. ¿Y su marido? —

pregunté al no divisar a Hugo, mi padre, por la casa.

—Oh, mi marido está trabajando —informó Adela. Aquello no era lo habitual, papá bajaba a la panadería casi a las nueve en punto, apuraba hasta el último segundo en casa, al menos antes de que su hija muriese carbonizada.

—Supongo que ha sido muy duro… —No sabía cómo afrontarlo. Me encontraba al fin ante ellos y no era capaz de hallar el mejor modo de hacerlo. Los ojos de mi madre se empañaron con solo oír aquellas primeras palabras. Yo no podía, ni debía, alargar aquel momento—. Anna… ella… en realidad… necesito que… —balbuceé. ¿Cómo decir algo como lo que tenía que revelarles?

—¿Qué tienes que contarnos? —exigió Jaime, presa de la impaciencia.

Resoplé, mordí mi labio inferior inquieta y repasé las palabras en mi mente una vez más antes de soltarlo.

—Tengo que pedirles que tengan la mente abierta, ¿de acuerdo? —musité ciertamente nerviosa, manteniendo mi fingido acento, acariciando el anillo mágico firmemente colocado en mi dedo y con el corazón palpitando aceleradamente. Por suerte ellos no podían oírlo, no eran vampiros. Ambos me miraron más desconcertados aún si cabe—. Bueno, para qué dar más rodeos —suspiré—. Soy yo, soy Anna —revelé retirando la alianza de marfil de mi anular.

El rostro de mi madre se congestionó hasta el punto de que temí por ella, temí que estuviese sufriendo algún tipo de ataque, pero pronto rompió a llorar arrojándose a mis brazos. Jaime, en cambio, parecía pretender despertar de un macabro sueño; frotaba sus ojos nervioso, observándome atónito. Adela me apretó contra sí, besándome, y mi hermano finalmente acudió a mi lado, arrodillándose en el suelo, abrazándome por la cintura con frenesí. Lloramos como magdalenas.

—Yo lo sabía, algo en el pecho me decía que aquel cuerpo carbonizado no podía ser de mi niña… —balbuceaba Adela para sí. Abrazándome, ahogada en llanto.

—Hay que decírselo a papá —exclamó mi hermano, buscando el móvil en su bolsillo.

—Escúchame —pedí—, nadie puede saber que he vuelto, es importante, por eso lo he hecho camuflada. Así que pídele que vuelva a casa, pero no le digas por qué.

—¿Cómo has hecho eso…, eso de la cara? —preguntó Jaime, mientras tecleaba los dígitos del número de mi padre.

—Es un poco complicado. Cuando papá venga os hablaré de ello —indiqué, acariciando el rostro de mi madre, que sin liberarme de su amoroso abrazo me miraba fijamente, como si temiese que desapareciera en un parpadeo.

Pedí a mi hermano que preparase a mi padre, Hugo, desde la entrada para nuestro reencuentro. Papá accedió al apartamento entre reniegos, podía oírle desde el salón; protestaba porque mi hermano le había mentido con cualquier absurda excusa para hacerle regresar a casa. Para después, justo antes de entrar a la habitación, revelarle que yo no había muerto. Él guardó silencio, probablemente dudando de si su hijo necesitaba ayuda psicológica para superar una tragedia como la que ellos habían

vivido, pero entonces mamá le llamó al salón. Y cuando me vio, desde la puerta, su rostro de luna llena reflejó la mayor de las sorpresas, lloró conmocionado, incapaz de creerme allí sentada, viva, sana y salva al parecer, hasta que me estrechó entre sus fuertes brazos.

Verlos sonreír, comprobar cómo amanecía de nuevo en sus rostros la felicidad, mientras desparecía la nube de tristeza que los había cubierto tanto tiempo, fue la mayor de las recompensas. Los abracé, los besé, los apreté contra mí como si fuese la última vez que pudiese hacerlo.

Por aclamación popular tuve que ponerme y quitarme varias veces el anillo mágico ante sus ojos para que valorasen fascinados el cambio de mis facciones una y otra vez. Les expliqué que se trataba de un moderno elemento de nanotecnología, de ciencia aeroespacial. Normalmente escépticos a cualquier cosa que pudiese llevar anexada la palabra sobrenatural, sabía que preferirían creer cien veces aquello antes que oír mencionar la palabra magia.

—Mi jefe en Londres era un caballero muy adinerado y poderoso. —Comencé mi relato una vez los tuve a los tres conmigo, sentados a mi derredor, sin querer apartarse de mi lado un instante—. La noche en que supuestamente morí fue brutalmente asesinado ante mis ojos y los de sus hijos. Por suerte, nosotros logramos escapar, pero quien ordenó su muerte nos buscaría para intentar callarnos para siempre, por eso, uno de los *guardaespaldas* de mi jefe decidió que lo más seguro era fingir nuestra propia muerte para así poder huir. Hemos estado viajando desde entonces, cambiando de casa, de lugar, huyendo, hasta que pasó el peligro, hasta que quien encargó el asesinato de mi jefe fue… capturado —capturadísimo, la cabeza por una parte y el cuerpo por otro. Y yo tuve algo que ver en aquello. Mi madre me miraba con ojos incrédulos, estupefacta.

—¿Trabajabas para un mafioso? —preguntó mi padre, sobrecogido.

—No, no, mi jefe no era un mafioso; él era un prestigioso médico, pero su familia era muy rica y, claro, había quien ansiaba su poder… —Trataba de no mentirles, de asimilar mi historia al mundo real que ellos conocían. Aun así me oían helados, boquiabiertos, horrorizados—. Pero el asesino sí que era un mafioso, de una poderosísima red mafiosa mundial, y por eso han tenido que otorgarme una nueva identidad, por eso he tenido que venir camuflada con este chisme. —Ahí vi la luz, pues era un modo de explicarlo todo—. Yo estoy incluida en uno de esos programas de protección de testigos, por eso no podía llamaros, ni contaros qué había pasado hasta que el peligro pasase. —Todos me rodeaban en el sofá. Mi padre alucinaba con lo que estaba contándoles, sin embargo, el hecho de que estuviese allí frente a él, en carne y hueso, otorgaba veracidad automática a cualquier cosa que saliese de mi boca —. Ahora que todo ha pasado su hijo me ha ofrecido continuar trabajando para él, pero… yo aún no sé qué hacer.

—¿Que no sabes qué hacer? —requirió Hugo, constriñendo sus pobladas cejas canas—. Yo te lo diré, no vas a volver al lado de una familia asediada por mafiosos,

de eso puedes estar segura —sentenció sin posibilidad de réplica, asustado con la simple idea.

—Aún no lo sé, papá.

—No vas a volver a marcharte. Vamos a llamar a la policía, a aclarar todo esto, y todo volverá a ser como antes —sentenció mi padre nervioso, masajeando el redondeado mentón oscurecido por la incipiente barba. Debería haber supuesto que, después de recuperarme, la posibilidad de tener que dejarme ir de nuevo no existiría en absoluto.

—Papá, escúchame —enfrenté sus ojos con una determinación antes desconocida en mí—. Nadie, absolutamente nadie, debe saber que estoy viva, porque entonces debería dar muchas más explicaciones de las que puedo. Mi *jefe*…, quiero decir, el que ha sido mi compañero de desventuras hasta esta misma mañana, me ha permitido regresar, volver a mi casa libremente, a vuestro lado, lo cual no podéis imaginar el tremendo riesgo que ha supuesto para él y el resto de su familia.

—¿Tu jefe? ¿Su familia? ¿Y qué pasa con la nuestra, Anna? ¿Sabes por lo que hemos pasado estos meses? ¿A quién hemos enterrado? ¿A quién hemos llorado todo este tiempo? —replicó mi padre exasperado, apretando los labios para contener la emoción mientras sus ojos aceitunados volvían a empañarse.

—Papá, lo siento, no sabes cuánto lo siento, no sabes cuánto he llorado pensando en el daño que os haría creer que había muerto. Por eso, en cuanto he podido, he regresado para haceros saber que no era así. No fue mi culpa, yo no lo elegí, fue el destino, las cosas sucedieron así y no me quedó otro remedio que aceptarlas y tirar hacia delante del mejor modo posible —confesé, conteniendo las intensísimas ganas de romper a llorar—. Ya no puedo volver a ser Anna Rodríguez, papá, y lo he aceptado. Solo espero que vosotros seáis capaces de hacerlo también —aseguré, posando una mano sobre su rodilla con dulzura, aunque él continuaba molesto y rehuía tanto mis ojos como mis argumentos—. ¿Preferís tener una hija en secreto o que desaparezca para siempre; hacer como si esta visita nunca hubiese existido y continuar pensando que morí hace un par de meses? Si es lo que queréis, si es lo mejor para vosotros, me marcharé —afirmé tratando de incorporarme, pero mi madre, sentada al otro lado en el sofá, no soltó mi brazo, impidiéndomelo.

—No, hija, no te vayas. No puedo volver a perderte —sollozó Adela.

—Papá, sin duda Anna no es la misma. Han debido de sucederle muchas cosas estos meses, cosas que obviamente no puede o no quiere contarnos, al menos totalmente. Yo prefiero tener a mi hermana aunque sea a escondidas —intervino Jaime—. Adoro a mi hermana, y aunque ahora pueda tenerla solo así, de sorpresa y en secreto, lo prefiero por encima de todo —afirmó incorporándose, situándose de pie frente a nosotros.

Hugo continuaba evitando mis ojos, no podía aceptarlo. Por primera vez en la vida sentía que no era capaz de manejar la situación, sin embargo, le hacía inmensamente feliz tenerme a su lado, era difícil ocultarlo en su suave rostro

redondeado.

—Está bien, cariño, no vamos a discutir más sobre ese tema. No es el momento, ya lo hablaremos con calma —concluyó cansado, posando su mano sobre la mía, que le aguardaba aún en su rodilla—. ¿Has traído equipaje?

—Sí.

—Jaime, ayuda a tu hermana a instalarse en su cuarto —pidió—. Yo bajaré a decirle a Tomás que pondremos un letrero de cerrado en la panadería.

—Toma —arrojé las llaves del coche a mi hermano, que las cogió al vuelo—. Está aparcado cerca de la cabina de teléfonos. En el capó hay una *trolley* verde pistacho. —Oí cómo Jaime salía de la casa y se marchaba con las llaves escaleras abajo, incapaz de esperar el lento ascensor—. Papá, no es conveniente que cierres la panadería, no puedes dejar a todo el barrio sin pan mañana, sería demasiado extraño; debes continuar como si yo no estuviese aquí, y además voy a acostarme pronto, estoy cansada, ya nos veremos por la mañana.

—Está bien —aceptó, y aproximándose me dio un beso en la frente, como solía hacer cuando era pequeña—. Prométeme que estarás aquí por la mañana —rogó conteniendo la emoción, y no pude evitar sonreír complacida, volviendo a abrazarle.

—Lo prometo —susurré a su oído.

También Hugo se marchó. No pude evitar sentir cierto malestar. La decisión de mi padre, obvia por otra parte, de acudir a la policía, de revelar que continuaba viva y tratar de que todo volviese a la normalidad, como si nada hubiese sucedido, me había contrariado. En absoluto podía hacer algo como aquello, algo que pudiese poner en riesgo la seguridad de mi secreto.

«Familias arrasadas, árboles genealógicos borrados del mapa por completo», había descrito una Alanis aún humana como respuesta a la traición, a la revelación de la existencia de los vampiros, del más mínimo dato que pudiese ocasionarles el menor problema al respecto.

—¿Qué quieres cenar? —preguntó mi madre mientras se incorporaba para dirigirse a la cocina.

—No lo sé, cualquier cosa —dije apresurada, pues mi teléfono móvil volvía a sonar. Me dirigí al balcón que daba al patio interior, observándolo a través de la cortina antes de descolgar: el cubo de la fregona de la vecina del bajo se bamboleaba por el viento lentamente en el suelo rojizo de losetas—. Hola otra vez, Martin. Verdaderamente no puedes vivir sin mí.

—De hecho, teóricamente no vivo —puntualizó divertido al otro lado del aparato.

—Pues estamos a la par, porque teóricamente yo estoy en un periodo de reflexión, con libertad absoluta —le reproché, y pude escuchar su encantadora y suave risa. Quizá mi madre alcanzaba a oírme conversar desde la cocina, pero podía hablar sin temor, pues ella, al igual que mi padre, no entendían una sola palabra de la lengua de Shakespeare, el idioma en el que me comunicaba con mi rey.

—¿Qué? ¿Se lo has dicho ya? —se preocupaba el joven monarca.

—Sí.

—¿Y qué tal ha ido?

—No mal del todo. Como te imaginas mi versión no ha incluido nada de sangre, ni de *chupasangres*…

—Vaya, gracias, por lo de chupasangres, digo —protestó ligeramente irritado.

—Sabes que lo digo desde el cariño —me burlé—. Eres la sanguijuela más encantadora que conozco.

—¿Crees que esa es forma de dirigirte a un rey vampiro? —trató de imponer autoridad, pero tan solo recibió mis carcajadas como resultado desde el otro lado del teléfono.

—¿La forma de dirigirme a un rey vampiro? No te subas a la parra, Martin, que la caída puede ser dura —protesté aún entre risas.

—Está bien, ya te dejo en paz —refunfuñó—. Cuídate mucho, ¿vale?

—A sus órdenes, su excelentísima majestad —gruñí con sorna, y cerré el aparato.

Marché en busca de mi madre, que removía su guiso en la cocina. Olía realmente bien: cuánto deseaba volver a deleitarme con uno de sus platos. Quizá aquella comida tan familiar para mis papilas gustativas me ayudase a recobrar el sentido del gusto que había perdido semanas atrás como consecuencia del ataque de Patrick White, quien inoculó su veneno en mí. A pesar de que Shapur lo extrajo en su mayoría, aquella tara quedó presente. En cualquier caso, albergaba la esperanza de recobrarlo pronto.

Me acerqué a ella y acaricié su hombro suavemente. Se encogió ante mi contacto, posando su mejilla en mi mano. Cuánto la había echado de menos.

Escuchamos como Jaime abría la puerta cargando con mi maleta, que dejó en la entrada de mi antigua habitación. Caminó hasta nosotras, tenía la mirada ausente, parecía alucinado por algo que yo no alcanzaba a entender. Me lanzó las llaves desde el marco de la puerta de la cocina.

—¡Un Mercedes *CL coupé*!, ¡tienes un Mercedes *CL coupé*! —exclamó con los ojos como platos.

—No flipes, Jaime; es alquilado. —Le contuve. Mamá no sabía qué coche era un Mercedes *CL coupé*, pero por el tono de voz de Jaime cualquiera podría haber imaginado, como poco, el monoplaza de Fernando Alonso.

—Aun así, seguro que alquilar ese coche cuesta un pastón. ¿Cuánto pagas por él?

—No lo sé, lo paga mi re…, mi jefe —corregí a tiempo.

—Tienes a todo el barrio abajo embobado mirando el coche —informó mi hermano orgulloso.

—Mierda, eso no es nada bueno.

—Se han quedado de piedra cuando me vieron abrirlo y coger la maleta, y el vecino del cuarto A, que en ese momento tiraba la basura, me ha preguntado de quién era.

—¿Y tú que le has dicho? —se adelantó a preguntar mamá, preocupada también y

olvidando por completo su guiso.

—Que es de una amiga mía, ¿qué iba a decirles? Están saltando de envidia ahí abajo —se burló, apoyándose sobre el quicio y cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿Quieres darte una vuelta? —pregunté conociendo la respuesta. Jaime buscó mis ojos, ilusionado, y le devolví las llaves—. Ten cuidado, ¿vale?

Jaime desapareció como una exhalación. De no ser porque nos habíamos criado juntos (y por la ausencia de vibración sobrenatural) hubiese jurado que también era un vampiro. Reí para mí, qué fácil había resultado hacerle feliz.

Recorrí el pasillo en dirección a mi antiguo dormitorio, en el que todo permanecía igual que lo había dejado. Me reconfortó pensar que, irracionalmente, mi familia continuaba esperándome. La misma fotografía de mi graduación en el mismo marco dorado sobre la cómoda; las cortinas de rayas multicolores a juego con la colcha; mi humilde cama nido, y el hueco vacío de las fotografías de Marcos sobre el escritorio y en la pizarra de corcho en la pared.

Abrí la *trolley* sobre la cama y coloqué la ropa en el armario. Dejé el móvil encima de la cómoda y fue inevitable acordarme de Martin. Resultaba tonto, pero habíamos compartido tantas horas juntos los últimos meses que debía admitir que también yo comenzaba a echarle de menos. A pesar de que en las noches precedentes a mi partida pasase mucho de su tiempo, casi todo, ocupado con sus temas de gobierno, siempre había habido un rato para mí. Me tenía por su descanso mental, conmigo podía comportarse como lo que realmente era: un adolescente. Y para mí tampoco era el rey vampiro de Gran Bretaña, para mí era solo Martin Robinson, mi protegido, mi amigo.

Había compartido conmigo desde su primera experiencia sexual a sus peores temores, y a pesar de su juventud había sido mi paño de lágrimas cuando discutí con mi pareja, el milenario guerrero Shapur, tratando de salvar su vida eterna. Eran muchas las experiencias que nos habían unido y confiábamos el uno en el otro plenamente.

O casi, pues yo conservaba un secreto oculto, un secreto demasiado importante y peligroso: mi naturaleza sobrenatural.

Martin desconocía que yo era una dhampira. Y aunque estaba segura de que mi vida no correría peligro si se lo revelaba, pensaba que cuanto menor fuera el número de no-muertos que lo supiesen, más seguro estaría mi secreto y por lo tanto mi vida.

—La cena está lista —anunció mamá, entrando en mi habitación y devolviéndome así a la realidad desde el interior de mi cabeza—. He preparado estofado de ternera —reveló sonriente, tomando mi mano entre las suyas, menudas, frágiles, cálidas.

—Uhm… Gracias, mamá.

—Aún tengo que vestir de negro, ¿verdad? —dudó mirándome con sus bonitos ojos castaños, y la entendí perfectamente.

—Mamá, yo nunca, aunque realmente hubiese muerto, nunca habría querido que

vistieses de negro por mí. No creo en el luto, mamá. Yo siempre he sabido cuánto me quieres —dije, y Adela apretó los labios resignada, conteniendo la emoción.

—Fue tanto el dolor, cariño… —masculló, e inspiró profundamente, tratando de reponerse—. Pero bueno, ahora que sé que estás bien me quitaré el luto poco a poco. Continuaré llevando flores a tu tumba, estoy dispuesta a hacer todo eso, pero no quiero que vuelvas a desaparecer. Solo dime que tu vida no corre peligro.

—No lo corre —mentí bajando la mirada, incapaz de enfrentar sus ojos faltando a la verdad. Ella quiso creerme y sonrió de nuevo. En realidad, ni siquiera yo lo sabía, aunque esperaba que no, que manteniéndome alejada de los vampiros mi vida recuperase lentamente la normalidad. Una normalidad relativa mientras tuviese que utilizar el anillo mágico de Cyrus para relacionarme con mis vecinos.

—¿A quién enterramos, Anna?

—No lo sé, mamá. Supongo que a alguna indigente sin identificar, realmente no lo sé… —Era cierto, lo desconocía por completo, y Oswald se había llevado el secreto con él.

—A tus tíos les encantaría saber que estás bien, pero sé que no puedo decirlo —dijo con un profundo pesar que yo conocía bien. También yo los quería, mucho, pero no podía arriesgarme a resucitar a los ojos de demasiadas personas… «Árboles genealógicos borrados…»—. No te preocupes por tu padre, sería capaz de hacer cualquier cosa por mantenerte a nuestro lado… —Ambas guardamos silencio—. Te queda muy bien ese corte de pelo. ¿Te lo has teñido?

—¿Yo? No, solo me lo he cortado. —En realidad lo cercené burdamente para dejar al descubierto mi marca sagrada en la nuca durante la batalla, y una vez recuperada de mis lesiones hube de pasar por una peluquería para que reparasen la catástrofe que yo misma me había ocasionado.

—Pues lo tienes más claro —reparó mamá, y yo me observé en el espejo sobre la cómoda, cotejando mi pelo actual con el de la foto de mi graduación. Era cierto, mi cabello, antes castaño avellana, tenía ahora un tono dorado, casi color miel. Aquella peluquera tan fina de la peluquería Season que me recomendó Marie Robinson, la madre de Martin, me había aplicado una mascarilla renovadora que probablemente lo había decolorado. Resoplé entonces molesta. Cuando volviese a visitarla se lo reclamaría—. Bueno, vamos a comer.

Cenamos a solas. Mamá acostumbraba a bajar la comida a papá a la panadería a las once de la noche, más o menos, y Jaime andaba fardando de coche con sus amigos, probablemente.

Mis esperanzas de recuperar el sentido del gusto se desvanecieron tras el primer bocado. De nuevo fue como masticar agua o aire, nada, así que debí aparentar que sabía delicioso para no decepcionar a Adela. En realidad me esforcé por recuperar en mi memoria el recuerdo del sabor de su estofado, y funcionó, al menos para fingir.

Capítulo 3

El pan de cada noche

A las once le pedí a mi madre que me permitiese acercarle la comida a papá; deseaba visitar la panadería. El mismo lugar en el que había pasado horas durante años, haciendo los deberes, estudiando mientras atendía tras el mostrador, mezclando la masa antes de que ahorrásemos lo suficiente para comprar la amasadora eléctrica. Después de convencerla de que no corría peligro alguno, coloqué el anillo mágico en mi dedo, cerré la puerta tras de mí y caminé hasta el ascensor, pulsando el botón de llamada.

En ese momento sonó mi móvil.

—Hola, Martin —dije sin comprobar el número siquiera. Mis contactos para con aquel número de móvil eran limitados, Cyrus y él.

—¿Qué haces ahora? —preguntó.

—Espero el ascensor. ¿No tienes asuntos de Estado que atender o cuellos que morder, o algo así? —repliqué molesta—. Sé que te dije que podías llamarme cada vez que te apeteciese, pero me parece que esto ya…

La puerta de la derecha se abrió y Marcos apareció tras ella. Se había duchado, aún tenía el cabello negro húmedo, y vestía unos vaqueros y un polo rojo. Definitivamente, vivíamos demasiado cerca, algo que antes de nuestra ruptura me parecía maravilloso.

Ya no era así.

Me miró y sonrió cortés. Le devolví una fingida sonrisa. Caminó hasta mí y se puso a esperar el ascensor a mi lado.

—Ok, ya te dejo tranquila… —dijo mi rey al otro lado del aparato.

—No, no, discúlpame, por favor —pedí. No podía colgar entonces y quedarme en silencio y a solas junto a mi ex, aunque a cambio debía cuidar lo que hablase con Martin, pues Marcos sí hablaba inglés, no como para tirar cohetes, pero se defendía bastante bien—. Perdóname, debo admitir que también yo te echo de menos.

—Oh, ¿en serio? —dudó sorprendido mi antiguo alumno.

—Sí, pero no puedes llamarme a cada rato o tendrás que entregar uno de tus bonitos ojos negros a la compañía telefónica… —respondí, percibiendo el disimulado interés de Marcos en mi conversación.

—Anna, ¿qué pasa?

—¿Por qué?

—Estás siendo demasiado amable… Es una de tus ironías, ¿no?

—No, cariño, por favor… —continué tratando de mantener la conversación a

flote, pero comenzaba a hacer aguas por todos lados.

—Vale, esto está resultando muy extraño. Estabas a punto de mandarme a la mierda, ¿y de repente me sales con un *cariño*? Una de dos, o estás hipercabreada y lo disimulas así, o pasa algo raro que no me quieres decir. Mejor hablamos mañana, ¿ok?

—No, no —miré la pequeña pantalla electrónica del ascensor, estaba llegando justo en ese momento.

—Hasta mañana, Anna, que descanses, y cuídate. —Colgó justo cuando la puerta de seguridad comenzada a replegarse ante Marcos y yo—. Marcos la abrió y me ofreció pasar primero.

Dudé si echar a correr escaleras abajo, pero hubiese resultado demasiado extraño. Pasé dentro del ascensor y mi ex entró tras de mí. Pulsé el botón del bajo y comencé a mirarme los pies, evitando sus ojos.

—Hola otra vez —dijo Marcos. Estaba segura de que iba a hablarme, lo había leído en su rostro. Mi contemplación de los zapatos no le había disuadido.

—Hola. —Lo observé de refilón, y volví a mirar hacia abajo.

—¿Eras amiga de Anna? —preguntó de improviso, con la voz cargada de tristeza. Mi corazón se aceleró, sentía un ilógico temor a que me descubriese, ilógico dado que tenía el anillo en el dedo y mi rostro era distinto. Incluso la insólita marca de mi nuca que me habría delatado ante sus ojos estaba oculta bajo un amplio pañuelo palestino de cuadros violetas y negros envuelto alrededor de mi cuello.

—¿Eh? Sí, lo fui —dije. ¿Cómo si no se explicaría mi amistad con Jaime, que no hablaba ni una sola palabra en inglés?

—Yo era amigo suyo. Me llamo Marcos. —Mintió. Cómo podía decir eso, no éramos amigos, había pasado meses odiándole con toda mi alma.

—Me llamo Anna, también —añadí con mi forzado acento británico, y él se aproximó dándome dos besos en las mejillas. Le hubiese ofrecido mi mano, pero también resultaría extraño, ambos éramos demasiado jóvenes para eso.

—¿Erais muy amigas?

—Ahá. —Íbamos por el primer piso, unos segundos más y podría escapar.

—Era una chica maravillosa. Aún no puedo creer que esté muerta —decía para sí, con la mirada perdida en la pared del cubículo—. La echo tanto de menos… —suspiró mientras yo salía disparada del ascensor, apretando con tanta fuerza el *tupperware* con la cena de mi padre en mi mano izquierda que hundí mi dedo en la tapa y crujió. La había roto.

¿La echo tanto de menos? ¿Es que el descaro de Marcos nunca alcanzaría un límite? ¿Cómo podía decir que me echaba de menos cuando tiempo atrás me había echado de más? Maldito falso.

De todas formas, era su problema, y sincera o no su pena no me afectaba lo más mínimo; yo era relativamente feliz, había superado nuestra ruptura y había encontrado el amor. De hecho, había sufrido una sobredosis amorosa, pues me había

enamorado de dos vampiros completamente distintos entre sí, y mi corazón estaba dividido entre ambos como nunca imaginé que podría sucederme.

A Shapur le tenía más presente irremediablemente, porque le sentía dentro de mi pecho, percibía sus sensaciones, su alegría, su risa, su ofuscación todo el tiempo, al igual que él estaría padeciendo mis alteraciones en aquel instante. Las comisuras de mis labios se estiraron automáticamente al pensar en él.

Fue tan conmovedor regresar a la panadería. Me había criado entre aquellas paredes, incluso aprendí a andar asida a una de las enormes cestas de mimbre que utilizaba mi padre para el reparto. Tanto yo como mi hermano habíamos amortiguado nuestras caídas con los enormes sacos de harina cuando jugábamos al *pressing catch* (sí, admito que fui un poco marimacho, al menos hasta la adolescencia, pero ¿y lo que disfruté?). Normalmente le vencía, en el noventa y nueve por ciento de las ocasiones, lo cual le frustraba bastante, aunque ambos lo relacionábamos con nuestra diferencia de edad. Ahora sabía que probablemente no se debía a aquello, sino a la sangre sobrenatural que recorría mis venas.

Con el tiempo pasé a atender la panadería los fines de semana, pues entresemana estudiaba primero y trabajaba después. Jaime, en cambio, abandonó los estudios en bachillerato y se hizo cargo por completo del trabajo en la tienda: de las ventas, de los pedidos y de la atención al público, aliviando así a mamá. Llegaba cada mañana temprano, sobre las siete, y abría. Entonces nuestro padre, que había pasado toda la noche elaborando el pan junto con Tomás, el obrero que tenía contratado desde los últimos siete años, pasaba a repartir el pan a domicilio a las personas que lo tuviesen suscrito, así como a varios restaurantes. Todo eso antes de regresar a casa para desayunar con su esposa y acostarse a descansar por fin. Así, noche tras noche, día tras día, durante los últimos treinta años.

Cada mañana, cuando papá llegaba a casa, Adela le tenía preparado el café en su taza favorita y el periódico local; él traía el pan para el hogar y lo tostaba en el momento. Si yo me encontraba en casa, solíamos conversar un rato, los tres, de cualquier cosa.

Resultaba envidiable observarlos: cómo se cogían de la mano, cómo se besaban castamente en mi presencia, cuánta complicidad, cuánto amor desprendían después de más de tres décadas de matrimonio, cómo cuidaban el uno del otro. Pero Hugo y Adela habían pasado mucho tiempo solos antes de nuestra llegada, años complicados, según me había contado mi madre, años de desesperación por esos hijos que no venían. Años de excesivo trabajo y agotamiento psicológico.

Hasta que decidieron adoptar. Cuánto les cambiamos la vida el trasto de mi hermano y yo, cuánto amor tenían guardado para nosotros, cuánto nos dedicaron a ambos.

A través del pequeño escaparate observé cómo las luces de la tienda estaban

apagadas. Giré el pomo de la puerta, que sabía que estaría abierto aún, a pesar de que mi madre le repetía cada noche que la cerrase. Me adentré en la tienda, una pequeña habitación de alrededor de treinta metros cuadrados de paredes pintadas color crema y suelo de losetas blancas y negras, distinguiendo perfectamente, gracias a mis sentidos, notablemente intensificados desde que mi auténtica naturaleza fue revelada, el mostrador de madera tintada color wengué. Y a su lado, el expositor donde cada mañana relucían los más deliciosos pasteles de hojaldre de todo Cádiz, entonces vacío, como siempre después de un largo día de despacho.

Caminé hacia la luz, proveniente de la trastienda, del obrador. Una estancia mucho más amplia en la que se hallaban las mesas de trabajo, los ingredientes, la amasadora, la cámara frigorífica, el horno…, además de un pequeño aseo. Y que estaba separada de la tienda por una puerta, normalmente abierta, y una cortinilla de coloridas tiras de pvc.

El aroma a pan caliente, a harina, que impregnaba las paredes, los muebles, cada recodo de aquellas habitaciones, reconfortó mi interior al atravesar despacio aquel umbral. En silencio los observé, a mi padre embutido en su pantalón y camisa blancos, con el logotipo del negocio familiar —una sonriente barra de pan con gorro de cocinero— grabado a su espalda, el sombrero calado y el delantal todavía intacto. Cortaba magistralmente una ancha tira de masa cruda de la que surgían a cada corte las que una vez horneadas serían golosas napolitanas rellenas de crema de cacao, que iba depositando sobre la amplia mesa de acero tamizada de azúcar *glass*. Tomás, unos metros atrás, vaciaba medio saco de harina en la amasadora eléctrica.

Hugo adoraba su trabajo, aun a pesar de lo intempestivo del horario, algo que le había dificultado durante años la tarea de encontrar un ayudante. Uno tras otro habían abandonado el puesto al cabo de varios meses, hasta que llegó Tomás, un caballero peruano de aproximadamente su edad y que hasta entonces había estado ganándose la vida sin contrato limpiando una gasolinera, durante una jornada parecida.

Desde entonces trabajaban juntos cada noche. Tomás era un buen hombre, cumplidor, y se le notaba feliz en la panadería. Incluso su esposa y uno de sus hermanos habían sido contratados en ocasiones de excesiva faena, como por ejemplo en la víspera del día de Reyes, cuando el famoso roscón artesanal de la panadería Rodríguez estaba en todo su apogeo.

Me acerqué, en silencio, hasta detenerme detrás, a su lado, embelesada con su forma de trabajar con las manos, con su sonrisa de medio lado, canturreando algo entre dientes, feliz, radiante, y yo tenía algo que ver en aquello.

—¡Señorita, señorita! Usted no puede estar aquí —me llamó la atención Tomás, quien me había descubierto a la espalda de mi padre, caminando veloz hacia mí, abandonando el saco de papel vacío en el suelo. Claro, él no podía reconocerme y le sorprendía encontrarme allí. Hugo se giró, hallándome a su lado, y sonrió ampliamente.

—Tranquilo, Tomás —pidió mi padre, y este se relajó, deteniéndose

automáticamente, observándome todavía con cierta desconfianza. Probablemente se preguntaba quién era yo, que me colaba *como Pedro por su casa* en el obrador, donde estaba terminantemente prohibido que accediese alguien ajeno a la empresa por motivos de higiene, y menos a las tantas de la noche—. Es una amiga de la familia, se llama Anna, como mi hija —dijo serio. Su ayudante apretó los labios, recordando sin duda el pesar de mi progenitor—. Anna, él es Tomás. —Nos presentó, a pesar de que yo le conocía perfectamente, así como a su encantadora mujer, Evelin, y a sus dos hijos pequeños, Pedro y Tomás. Tenía otros mayores que residían en Barcelona; esto también lo sabía. Asentí a modo de saludo, y él me dedicó un amable «Encantado señorita», y regresó a sus quehaceres.

—¿Cómo es que has venido tú? Debes de estar cansada —infirió mi padre, limpiando sus manos en el delantal, abandonando la tira de napolitanas y hablándome en un susurro, aunque su empleado estuviese lo suficientemente lejos como para no oírnos.

—En realidad no lo estoy, descansé esta mañana. Me gusta verte trabajar —admití, y él se echó a reír, probablemente recordando cada vez que le había reprochado que no tuviese más que una noche libre a la semana, que no pudiésemos ir de vacaciones como el resto de compañeros de mi clase o que no asistiese a un sinfín de nuestras actuaciones escolares por su trabajo—. En serio —aseguré, y él me pellizcó la mejilla.

—Tengo tanto miedo a despertarme de este sueño —dijo de improviso, sorprendiéndome.

—No estás soñando papá, estoy aquí, estoy de vuelta —aseguré con mi mejor sonrisa—. Vine para traerte la cena —indiqué, mostrándole el recipiente con la tapa quebrada—. La he roto sin querer —admití, encogiéndome de hombros, mostrándosela para después dejarla sobre una larga mesa de brillante acero inoxidable pegada a la pared sobre la que se hallaba el microondas.

—Bueno, ¿te animas, entonces? —sugirió ofreciéndome ayudarle.

—No, muchas gracias, mejor lo dejo para los profesionales, sabes que a mí se me da mejor degustarlas —bromeé entre risas, en voz baja, regresando a su lado.

—Bueno, entonces tendrás trabajo mañana —añadió con una felicidad inmensa, reflejada en su rostro redondeado.

—Hasta mañana, papi —dije muy cerca, y su gesto tierno me demostró la claridad con la que lo había oído.

—Hasta mañana, hija —masculló con emoción contenida.

—*Bye*, Tomas —me apresuré, con mi forzado acento inglés, a despedirme de su ayudante, que me devolvió el saludo, antes de que mi padre o yo, o incluso ambos, fuésemos incapaces de controlar los sentimientos y rompiésemos a llorar de un modo irremediable.

Capítulo 4

Habla con ella

Una vez en la cama aquella noche, en mi cama, en mi habitación cuyas oscuras siluetas reconocía a la perfección, el familiar perfume de la almohada me ayudó a conciliar el sueño. Sin embargo, al contrario de lo esperado sin motivo de alerta alguno, sin no-muertos al derredor de los que protegerme o esconderme, mi sueño no fue en absoluto placentero.

Sufrí una desconcertante pesadilla. En mi sueño aparecía Aurora, la sirvienta dominicana de Aixa, la reina de Centroamérica, asesinada justo después de que tuviésemos un pequeño rifirrafe durante mi estancia en el Caribe. Vi sus enormes y hermosos ojos negros, sus pupilas brillaban como las de los gatos a la luz; estaba envuelta en sombras, en una especie de neblina espesa que apenas me permitía distinguir su rostro con claridad, sus hermosas facciones, sus voluminosos labios rojos. Me miraba fijamente. Me vi a mí misma, estaba de pie frente a ella, que de pronto se echó a reír a carcajadas, mostrándome todos los dientes, que refulgieron sobre la piel mulata.

Desperté sobresaltada. ¿Cómo podía haber soñado con Aurora riendo si en la última imagen mental que guardaba de ella era terriblemente despedazada por un vampiro? Según confesó Aarón, su asesino la había descuartizado y arrojado sus pedazos al océano para que nadie la encontrase. Esto le había ocasionado la condena de Aixa y la muerte definitiva.

Me convencí a mí misma de que la mente me había jugado una mala pasada, pues me sentía culpable en cierto modo de su muerte. Ella me había atacado creyéndome una bruja, y al comprobar que no lo era sufrió una especie de *shock* mental, quedando completamente indefensa cuando Aarón la encontró. Quizá ese había sido suficiente motivo para soñar con ella, y tan solo deseé que no se repitiese.

Me levanté. No estaba acostumbrada a dormir tanto, y aquella pesadilla me convenció de que era mejor despertar del todo. Salté de la cama y comprobé que no tenía mis dagas conmigo, las había dejado en Newcastle, junto al resto de mi vida vampira. Por otro lado, no había motivo para entrenar como acostumbraba a hacer cada día de mi servicio para con Martin Robinson. Sin embargo, me había habituado a hacer ejercicio, como medida de escape de quebraderos de cabeza, y como medio de liberación de mi cada vez más poderosa energía, así que decidí salir a correr.

Abandoné la casa en silencio, dejando una nota sostenida con imanes en la nevera, y caminé atravesando la avenida hasta alcanzar el paseo marítimo. La playa estaba en completa calma a aquellas horas tan tempranas y el mar se extendía hasta el

horizonte como una plateada balsa de aceite, completamente plácido. Las olas rompían contra la orilla suavemente, sin causar apenas ruido, solo un cadencioso murmullo tan relajante y placentero que penetraba por los oídos enviando multitud de señales de paz al cerebro.

El sol comenzaba a alzarse tras la esquina del prominente hotel Victoria, pincelando con su resplandor rojizo el cielo despejado. Sobre mi cabeza revoloteaban las gaviotas, que graznaban comunicándose unas con otras.

No me hallaba completamente sola, eran varios los deportistas que corrían arriba y abajo por el paseo marítimo, ataviados con sus pantalones cortos y sus iPods, ajenos al mundo en derredor, desde el espigón hasta donde alcanzaba la vista.

Descendí la escalinata y caminé por el sendero de tableros de madera que me condujo hasta la arena mojada. Disfruté del perfume del mar, de la sensación de frescor sobre la piel, quizá demasiado frío para el común de los mortales, que comenzaban su ejercicio con la chaqueta del chándal puesta, mientras que yo solo llevaba mis mallas y una camiseta deportiva azul sin mangas pero de cuello cisne para cubrir mi marca de nacimiento. Ahora podía entender el porqué de la necesidad de los no-muertos de imitar las conductas humanas en cuanto a vestuario. Fueron varios los corredores que, al pasar a mi lado, me miraron desconcertados ante mi escasa muestra de frío. Pero aquella sensación heladora sobre la piel resultaba enormemente agradable para mí y no pensaba reprimirla.

Eché a correr, disfrutando de la panorámica de mi ciudad desde mi privilegiada pista de entrenamiento. Pronto, las rocas en las que varios pescadores disfrutaban arrojando su sedal una y otra vez, aunque regresase vacío, me impidieron el paso y hube de regresar al paseo marítimo.

Corrí preocupada por mantener mi velocidad dentro del ritmo normal para un humano, evitando llamar la atención, incluso dejándome rebasar por algunos de ellos, asimilando mi paso al común de los mortales kilómetro tras kilómetro. Sorprendentemente, no sentía el menor síntoma de cansancio. Y cuando me di cuenta pasaba frente a la espalda de la catedral, a unos cuatro kilómetros ya del punto de partida, deleitándome con el hermoso resplandor del sol del recién estrenado día sobre de su cúpula dorada. Decidí que era suficiente y tomé el camino de vuelta, tropezándome en esta ocasión con multitud de madrugadores bañistas que, al amparo del sol naciente, acudían a ocupar el mejor lugar sobre la arena.

Observé el mar de nuevo, que completamente sereno reflejaba el cielo como un espejo. Eché a correr hacia la playa, y presa de un frenesí incontrolable, desprendiéndome únicamente de las deportivas y los calcetines, me zambullí sin dudarlo en el agua, mientras los veraneantes, cargados con sus toldos, neveras, sillas, mesas de playa y otros cien mil artilugios más, me contemplaban arrojarme al mar gélido a aquellas horas y completamente vestida, como una demente.

La salada agua atlántica me recibió con su abrazo de hielo, introduciéndose por mi nariz, mis oídos, mi boca, glacial y reparadora. Nadé hacia el horizonte, estaba

feliz, me sentía plenamente feliz de hallarme de regreso en casa, de bañarme en la misma playa en la que lo había hecho desde niña, y no me importaba lo más mínimo que quienes me observaban desde tierra firme pensasen que estaba completamente loca. Nadé de regreso hacia la orilla, verificando el anillo mágico de Cyrus en mi dedo, pues por un momento temí haberlo perdido, pero no, allí estaba, firmemente sujeto a mi anular. Me enjuagué los pies de arena en las duchas, escurriéndolos antes de ponerme los calcetines, que se empaparon irremediablemente. El potente sol de mayo comenzaba a calentar y durante el camino de regreso me sequé completamente. La sal tamizaba toda mi piel cuando alcancé el portal del edificio de casa.

Llamé al telefonillo, estaba segura de que Adela se habría levantado ya, y tras la breve identificación abrí la cancela, tropezándome de frente con alguien inesperado, Gabriela Ruiz, la madre de Marcos. Pasé a su lado observándola con disimulo, y ella, cortésmente, me dio los buenos días; yo le respondí con una sonrisa.

Estaba exactamente igual que como la recordaba. Llevaba el cabello teñido de rojo granate, la piel tostada de rayos uva e inexpresiva debido al bótox y el rostro ovalado y el mentón pronunciado por su extrema delgadez. Los bonitos ojos grises que había dejado en herencia a su hijo me observaron un instante para marcharse a continuación calle abajo. Iba elegantemente vestida, con un traje pantalón, como de costumbre.

Gabriela era abogada, al igual que su esposo. Ambos compartían la titularidad de una asesoría jurídica y bufete que funcionaba realmente bien, hasta el punto de que en varias ocasiones habían barajado la posibilidad de trasladarse a un lujoso dúplex en la exclusiva zona de apartamentos Bahía Blanca, justo a la entrada del casco antiguo de la ciudad. Finalmente optaron por mudarse a un chalet de doscientos metros cuadrados con piscina, frente a la turística playa de La Barrosa, en la cercana localidad de Chiclana, en cuanto las obras terminasen, que según parecía aún no era así.

Probablemente, aquel sábado era Gabriela la encargada de hacer guardia en el bufete; cada sábado se turnaba con su marido, pues tenían clientes muy importantes que solo podían visitarlos aquel día. Su esposo habría ido a jugar a su deporte favorito, el golf, a alguno de los campos cercanos de los que eran socios. Pasar gran parte de las horas del día (y las de la noche, en ocasiones) en casa de mi ex me había hecho conocedora microscópica de la vida de cada uno de los miembros de su familia.

La madre de Marcos era una mujer encantadora, algo repipi y estirada (y no me refiero a quirúrgicamente, que también), sí, pero dulce y atenta, al menos conmigo. Le había tomado verdadero aprecio durante el tiempo que su hijo y yo estuvimos juntos, al igual que ella a mí, suponía.

En cambio, siempre supe que el popular abogado penalista Jacobo Soler, el padre de Marcos para más señas, no me consideraba a la altura de su familia. Quizá el hecho de que hubiese estudiado en un colegio público y en una universidad pública

después, mi humilde y poco rentable carrera de maestra (en lugar de entregarme a la embriagadora fascinación de la judicatura, por ejemplo) y que todo el patrimonio de mis padres fuese una pequeña panadería artesanal no me hacían digna de su hijo, el futuro gran abogado.

Sin embargo, Gabriela me profesaba un cariño real, sin importarle a qué me dedicase o cuál fuese mi dote. Supe que lo pasó realmente mal tras nuestra ruptura (Jacobo probablemente se alegró, con celebración incluida), pero en aquel entonces a mí no me importaba nada más que mi dolor.

Ahora, sin embargo, podía suponer lo que había significado para ella perderme. Gabriela no tenía más hijos (su flamante carrera no se lo había permitido, lo que lamentaba en ocasiones) y Marcos era un joven extremadamente independiente que se encerraba en su habitación con su ordenador, sus chats, sus videojuegos, su novia o sus amigos y no quería saber nada del resto de la familia.

En cambio, cuando yo frecuentaba su casa conversábamos mucho, me hablaba de cómo organizaría las obras del chalet o cómo lo decoraría. Su marido era tan parco en palabras como su propio hijo, y ella disfrutaba compartiendo sus quebraderos de cabeza con alguien que la oyese no por obligación sino por voluntad.

También yo había echado de menos nuestras charlas en torno al último café de la tarde, cuando el dolor de la traición comenzó a menguar, lentamente. Hubo un tiempo en que me negué en rotundo a volver a hablar con ella, y pasé de ser casi su amiga a evitarla por las escaleras; era mi modo de protegerme y me sentía en el derecho de hacerlo lo mejor posible, pero ahora la había visto y no había sentido dolor, al contrario, me agradó encontrarla con tan buen aspecto.

Esperaba el ascensor cuando oí la cancela de la entrada abrirse de nuevo. Instintivamente me giré y observé impresionada la silueta de alguien conocido que caminaba en mi dirección. Sentí una punzada de rabia en mitad del pecho que se fue desvaneciendo lentamente, como una suave bruma, mientras me concentraba en no reflejar emoción alguna en el rostro, poniendo cara de póquer vampira.

—Buenos días —saludó educadamente con su familiar voz una joven de mi edad, con el cabello moreno largo hasta mitad de la espalda y los ojos de un marrón corriente. Vestía unos cortísimos *shorts* blancos y una camiseta azul de tirantes que marcaba su generosa delantera. No, ella tampoco había cambiado.

—Buenos días —repetí con mi forzado acento inglés. Sus diminutos ojos me observaron dubitativos. Sin duda, mi voz le resultaba familiar.

Se trataba de Leire, mi antigua mejor amiga, esa que se acostó con mi novio, a saber en cuántas ocasiones antes de conocerlo del peor de los modos. Pensé en cuánto disfrutaría quitándome el anillo mágico del dedo y regalándole un nada comedido ¡buuuuuh! ¿Un infarto de miocardio sería un buen modo de igualar la balanza?

Probablemente acudía en busca de un revolcón matutino sabiendo a Marcos solo en casa, adiviné. O quizá no. La situación me hizo reflexionar un instante, mientras observaba de reojo su gesto cansado, su rostro ligeramente entumecido por el frío de

la mañana, su cabello revuelto. Debía de llevar un buen rato esperando fuera a que Gabriela se marchase.

Sonreí maliciosa. Ella giró sus ojos hacia mí percibiendo mi mueca, que mantuve sin importarme lo más mínimo. Gabriela le había prohibido a Marcos que «otra novia» entrase en casa, escudándose en que no deseaba volver a tomarle afecto hasta que no fuese la definitiva. Otra novia que ella conocía ciertamente como Leire, pues las habladurías sobre la traición de su hijo recorrieron el bloque de vecinos como la pólvora desde los cimientos a la azotea.

En realidad, Gabi no soportaba a Leire, nunca lo hizo, le desagradaba en extremo su modo escandaloso de hablar, su insolencia y sobre todo su *mala lengua*, su vocabulario, en ocasiones soez, a pesar de que yo me esforzaba en mostrarle cuán buena persona era —ironías de la vida—. Dicen que el cornudo es el último en enterarse, y va a ser verdad.

El ascensor llegó mientras yo me giraba en dirección a la escalera y comenzaba a subirla lentamente. En cuanto mi antigua amiga, que observó mi cambio de opinión con desinterés, se introdujo en el interior del habitáculo eché a correr a toda velocidad, y gracias a mis recientemente estrenadas habilidades alcancé el segundo piso antes que ella, y me escondí en el rellano de la escalera. La observé salir del ascensor y caminar hasta la puerta de su entonces novio. Llamó al timbre.

Desde mi escondite pronuncié su nombre en voz alta, sin camuflar mi voz, dándole un dramático tono de ultratumba, dos veces: «Leire, Leire, traidoraaaa…».

La joven dio un grito tremendo y yo desaparecí escaleras abajo sin hacer el menor ruido para después subir con paso humano. Me moría de la risa mientras la oía aporrear la puerta de Marcos desesperada, muerta de miedo. La puerta se abrió justo cuando yo alcanzaba el pasillo común.

—¿Leire, qué pasa? —requería el muchacho.

—¡La he oído, la he oído! —decía histérica a su novio desde la puerta.

—Ssst. Cálmate, ¿qué has oído? —preguntaba Marcos preocupado desde el umbral, embutido en unos *boxers* blancos.

—Buenos días —saludé a ambos al pasar por su lado, camuflando mi voz de nuevo con el falso acento—. *Can I help you?*[2] —pregunté a Marcos, fingiendo preocupación al hallar a aquella chica tan alterada.

—Es ella, es su voz. Ha dicho mi nombre —dijo Leire, señalándome, protegiéndose con el cuerpo de su pareja, como si contemplase al mismísimo Drácula. No era así, pero casi. Yo desplegué mi más destacada expresión de no entender nada, de absoluto desconocimiento de qué absurda cosa se me estaba acusando.

—No, no, gracias. Discúlpala —dijo Marcos, que observaba a Leire completamente descolocado—. ¿Qué demonios te pasa? —le inquirió molesto mientras hacía pasar a su novia al interior de la casa.

Sé que lo que hice no estuvo bien —nada bien—, y que no debo justificarlo con la

imagen que tengo grabada en la retina del coche de Marcos con los cristales empañados de vaho aparcado en el paseo marítimo de Cortadura, a las afueras de la ciudad. Ni la del vaivén nervioso de mi ex en el asiento de atrás, con ella debajo con la minifalda de corbata, ni con el hecho de que por su culpa tuve que explicarle a mi padre, quien me traía de regreso de San Fernando de pasar la tarde con mi prima Sara, estupefacto por mi reacción, que dentro del coche que yo había reconocido como el de mi novio no estaba su bolsa de deportes, como había imaginado, y que no corría por la playa con sus amigos, sino que practicaba, ejem, otro tipo de ejercicio. Rompí el cristal con una piedra, golpeándolo varias veces, y les grité un par de palabras que no aparecen en el diccionario.

Recuerdo los ojos desencajados de Hugo al verme romper la ventanilla del coche de mi novio y acudir a su coche llorando, y cómo me sacó de allí a toda velocidad. «Tranquila, tranquila, no es el fin del mundo», me repetía, intercalando por debajo un furioso «Maldito niñato hijo de…».

Después transcurrieron, lentamente, cinco meses de tristeza y de la rabia más absoluta, de pensar cuánto tiempo habrían estado burlándose de mí. Sé que nada de esto justificaba que le hubiera podido crear un problema psicológico que probablemente necesitaría varios meses de terapia para superar, pero si digo que me arrepiento estaría mintiendo. Ups.

—¿Qué era ese escándalo? —preguntó Adela en cuanto me abrió la puerta.

—Mi antigua amiga Leire, que está un poco más nerviosa de la cuenta —aseguré cuando estaba ya dentro de la vivienda. Mi madre me miró de reojo, pero no preguntó nada más.

—Toma, he encontrado tu juego de llaves —comentó entregándome un pequeño manojo de tres llaves (portal, casa y trastero) con el pequeño muñeco de míster Patata que tenía desde niña. Resultó enternecedor recuperarlo—. Papá está esperándote para desayunar —indicó, y nos encaminamos a la cocina, donde Hugo hojeaba el Diario de Cádiz sin demasiada atención, sentado frente a una taza de café vacía, esperando verme antes de acostarse, mientras Jaime le sustituía en el turno de día en la panadería. Vi mi papel escrito a mano sobre la mesa.

—Nos tenías preocupados —advirtió mi padre.

—¿No pretenderéis que me pase todo el tiempo encerrada en casa? —bromeé, y Hugo arqueó una de sus pobladas cejas canas, después sonrió.

Entonces observé el titular que encabezaba el periódico:

> «APARECE UN NUEVO CADÁVER VÍCTIMA DE LA JAURÍA.
>
> La noche de ayer, J. P. C., de cuarenta y dos años y vecino de Las Navas, apreció muerto en la finca de su propiedad con lesiones que hacen sospechar un nuevo ataque animal…».

—¿Qué es eso? —pregunté, y mi padre volteó la portada del diario para comprobar a qué me refería. Le bastó con leer el titular, luego dobló el periódico y lo dejó sobre la mesa, con gesto de preocupación.

—Al parecer hay una jauría de animales, o al menos se cree que es una jauría, no

se sabe muy bien si son perros o algún tipo de bestia salvaje, que ha atacado al menos a cuatro personas con esta —relató, y yo tomé entre mis manos el periódico, donde seguí leyendo: «el cuerpo de J. P. C. apareció exanguinado, con la cavidad intestinal vacía y severas mordeduras por todo el cuerpo…»—. Están dando batidas desde Sevilla hasta Jerez. Espero que cacen pronto a esos animales porque atacan de un modo salvaje: las víctimas aparecen destripadas y con grandes partes del cuerpo comidas, ninguno ha sobrevivido para explicar si son perros o…, en fin —suspiró apesadumbrado. Yo me había quedado petrificada, ¿animales? Ni que estuviésemos en la jungla. Por un momento pensé en vampiros, pero no, era imposible, los no-muertos no comen carne, extraen todos los nutrientes de la sangre; no degluten cuerpos. Además, un vampiro nunca deja rastros de su ataque, sus víctimas nunca aparecen. Esta ha sido la clave de su supervivencia durante milenios—. Vamos, quítate el chisme ese que quiero ver la cara de mi hija —pidió enérgico, sacándome de mis elucubraciones. Le obedecí, retirando el anillo mágico de mi dedo—. Toma —dijo levantándose. Me besó en la frente y me entregó un pequeño paquete de papel que reconocí al instante como el envoltorio del negocio familiar.

Mamá sonrió mientras apartaba el café recién hecho del fuego. Desenvolví el paquete y descubrí una esplendorosa napolitana de chocolate cuyo meloso jarabe brillaba como una estrella para mí. Sonreí complacida, era mi favorita.

Papá, contento con mi reacción, marchó al dormitorio para descansar de la dura noche de trabajo. Adela sirvió café para ambas, el suyo con leche y el mío solo y sin azúcar, como siempre (tampoco lo había olvidado). Luego se sentó a mi lado, a la pequeña mesa en la que contemplaba la napolitana como si se me hubiese aparecido La Virgen. El aroma del delicioso café ascendió por mi nariz como un suave deleite para mis sentidos.

Esperanzada, di un bocado a la napolitana y mis ojos se empañaron de lágrimas, mi madre creyó que me había emocionado al reconocer el sabor, pero en realidad lloraba de pena por no poder distinguirlo.

—No llores cariño, ¿sabes que no había vuelto a hacerlas? —La miré confundida, buscando una explicación mientras masticaba el insípido dulce—. Desde que te perdimos no había vuelto a hacer napolitanas porque no podía, le recordaban demasiado a ti, pero fíjate, está tan feliz… —Entonces sí eché a llorar, emocionada.

—Yo también soy muy feliz por estar de vuelta, mamá —confesé limpiando mis lágrimas.

Inhalé el perfumado vapor que emanaba del oro negro que mi madre acababa de servir para mí. No podía degustarlo, pero al menos disfrutaba de su inconfundible aroma. Irremediablemente me acordé de William, el *sir* inglés que como vampiro tampoco podía saborear el café, pero que adoraba inspirar su aroma. Me parecía algo extraño, excéntrico, olerlo y no probarlo, ahora en cambio podía entenderle mejor de lo que hubiese deseado.

En nuestra despedida, William me había dicho unas palabras que rondaban mi

cabeza una y otra vez: «Te amaré toda la eternidad».

—Voy a ir de compras ¿te vienes? —preguntó mi madre, atenta a mi particular silencio. La imagen del vampiro rubio desapareció de mi mente de un plumazo.

—Sí, claro.

La paseé en mi extraordinario Mercedes hasta un nuevo Mercadona que habían levantado detrás de la avenida Andalucía, a un par de kilómetros de casa. Incluso mi madre, que era casi tan inexperta en el mundo del motor como yo, alucinó con aquel coche que levantaba miradas allá por donde íbamos.

Una vez de vuelta a casa, tras una maratoniana sesión de compra recorriendo arriba y abajo un pasillo tras otro, la ayudé a pelar ajos, tomates y cebollas para preparar el almuerzo. Papá se había levantado ya de su siesta. Era sábado y por lo tanto era su noche libre, así que necesitaba menos horas de sueño. Bajó a ayudar a cerrar la panadería a mi hermano Jaime y ambos encontraron la mesa puesta a su regreso. Así fue como comimos todos juntos por primera vez desde mi vuelta, como solíamos hacer antes de mi partida.

Tras el almuerzo acompañé a Jaime a su habitación para que me mostrase su último trabajo como director aficionado de videoclips. Había realizado un montaje con varias imágenes de sus amigos para subirlo a su canal de Youtube. En ellas aparecían bailando *break dance*, sin camiseta, mostrando el torso desnudo, con sus amplios pantalones abombados, contorsionándose arriba y abajo, depositando todo el peso de su cuerpo sobre sus manos contra el suelo, dando saltos, al parecer espectaculares —no tanto cuando se convive con no-muertos—, al ritmo de la música. Parecían unos tipos duros, a pesar de que a la mayoría los conocía desde la guardería y eran más inofensivos que una mosca.

Me senté en su cama, observando lo orgulloso que se sentía de su creación, de los cambios de escenario, de música, etc. Reí para mí al imaginar la cara de aquellos chicos si pudiesen disfrutar de la imagen de un vampiro en acción, la gracia celestial de sus movimientos, la rapidez y la agilidad de sus cuerpos sobrenaturales, dignos del más virtuoso bailarín de danza.

—Está genial, Jaime —aseguré recostándome sobre su cama, observando el hueco vacío de los pósteres de su grupo favorito de *break*, los Flying Steps, en el techo. Miré en derredor, tampoco estaban los de su armario, ni la mitad de las fotografías cogidas en el lateral del espejo de su dormitorio—. ¿Oye, qué has hecho con tus pósteres? ¿Y dónde está la Wii? —reparé, y mi hermano permaneció de espaldas a mí, en silencio—. ¿Qué les ha pasado?

—El día en que nos dieron la noticia de tu… —dijo, girándose en su silla de oficina azul para mirarme a los ojos con pudor—. Me volví loco, arranqué los pósteres y destrocé la Wii contra la pared —confesó apretando los labios avergonzado. Me acerqué a él y cogí su cálida mano humana con suavidad.

—Siento que lo hayáis pasado tan mal. Tampoco ha sido un camino de rosas para mí —advertí, y esbozó una sonrisa forzada.

—Lo supongo. —Suspiró, y por unos instantes nos envolvió un espeso silencio cargado de dolor compartido.

—Bueno, y por lo demás, ¿qué tal te va? ¿Estás con alguien? —pregunté relajando el tono de la conversación, y Jaime formó un acordeón de arrugas sobre su entrecejo, sorprendido por la pregunta. La antigua Anna jamás hablaba de sus relaciones personales con su hermano pequeño.

—Podría decirse que sí —admitió estirando las comisuras de sus labios en una tímida sonrisa.

—¿La conozco? —requerí curiosa, apretando su mano. Mi hermano dudó, azorado.

—Podría decirse que sí —repitió apretando los labios en un mohín que me indicaba que esa sería toda la información que obtendría de él—. Y tú, ¿qué tal en Londres? ¿Alguien interesante?

—Podría decirse que sí —le imité, y ambos nos echamos a reír. Le abracé. Cuánto me alegraba haber recuperado a mi hermano. Él, como de costumbre, trató de zafarse de mis brazos, y hube de fingir que lo conseguía, pues en caso contrario ni el increíble Hulk hubiese podido liberarle de mi abrazo.

El resto de la tarde la pasé jugando partidas al Monopoly con mis padres, mientras Jaime volvía a pedir prestado mi cochazo, probablemente con intención de impresionar a su *podría-decirse-que-sí*. Me gustaba estar en casa, la máscara mágica de Cyrus me provocaba sensación de pesadez cuando la llevaba puesta demasiadas horas. Además, disfrutaba muchísimo con la reacción de Hugo cuando había comenzado a acumular casitas en mis casillas y yo lograba arruinarle cada vez que caía en ellas. Con su mentalidad de pequeño empresario me calificaba de capitalista extorsionadora cuando ofrecía ínfimas cantidades de dinero a cambio de sus tarjetas. Aquello tampoco había cambiado.

Así que de esto se trata, me decía a mí misma mientras me daba una ducha. Esto es pasar un día normal. Casi lo había olvidado por completo. Ir de compras, hacer el almuerzo, recoger los platos, pasar la tarde juntos, luego cenar, otra ración de alimentos insípidos, y a dormir…

Oí la melodía de mi teléfono, cuyas funciones aún no terminaba de dominar, que vibraba a la vez sobre el lavabo donde lo había dejado. Si continuaba moviéndose iba a terminar por caerse, así que me envolví en una toalla y salí del agua.

—Buenas noches, Martin.

—Buenas, ¿cómo estás?

—Muy bien, ¿y tú? ¿Y Louise?

—Bien, está con mi madre en su habitación. Yo estoy esperando a que llegue John para comenzar las audiencias. Esta noche puedes estar tranquila, estaré ocupado y no te molestaré demasiado —expuso indulgente.

Las audiencias eran una función importante de su cargo. Cualquier súbdito del reino tenía derecho a un cara a cara con el rey, a mostrarle sus quejas, desavenencias o peticiones, y el monarca actuaba como supremo magistrado ante estas, admitiéndolas o denegándolas sin recurso alguno posible. A Martin no le complacía en absoluto esta parte de sus obligaciones, y había destinado dos días a la semana para tal labor, los dos peores días de la semana. A veces se producían discusiones entre los propios acudientes y la guardia vampira debía actuar. Además, impartir justicia no era la mayor ilusión de su vida, sobre todo cuando en la mayoría de las ocasiones ambas partes tenían sus razones.

—Uff, gracias, Dios mío, una noche tranquila —exclamé, y le oí reír al otro lado del aparato.

—¿Qué haces ahora?

—Estaba dándome una ducha, pero ya he terminado y me voy directa a la cama. Mi familia está devolviéndome el ritmo de vida humano —sugerí jocosa, pero ahora no encontré su risa al otro lado.

—¿En serio no me echas de menos, ni un poco? —preguntó con un tono de voz extremadamente serio.

—Ni un poco —concluí fingiendo convicción—. Vale, a lo mejor un poco sí… Pero muy poco.

—Bueno, eso es suficiente, por ahora —sentenció amablemente y con voz calma, mucho más que de costumbre—. Hasta mañana, si tienes cualquier problema no dudes en llamarme, ¿ok?

—No seas pesado, que no habrá problemas, Martin. Estoy en mi casa, ¿recuerdas? Adiós.

—Adiós, tontorrona.

No dejé de dar vueltas en la cama una y otra vez, no estaba cansada y la posibilidad de volver a soñar con la difunta Aurora no ayudaba precisamente a conciliar el sueño. Oí cómo mi hermano se vestía para salir con sus amigos. Me había propuesto que los acompañara pero en absoluto me apetecía una noche de juerga con la pandilla de Jaime.

No lo admitiría jamás pero mi paseo de aquella misma mañana en la playa, así como la interacción con las clientas y cajeras del supermercado, me habían forzado a ser consciente de algo que me sorprendía y prevenía de modo insospechado: comenzaba a sentirme incómoda entre humanos desconocidos. Después de pasar los últimos meses relacionándome casi exclusivamente con vampiros, encontraba que había demasiados formalismos, saludos, conversaciones estúpidas para evitar silencios incómodos, movimientos involuntarios, señales corporales, sudor, palidez o rubor a los que prestar atención al interaccionar con ellos.

Los no-muertos eran mucho más directos, no necesitaban hablar todo el tiempo; había un único saludo, silencioso, y si te dirigían la palabra era porque tenían algo que decirte. Un vampiro nunca comenzaría una conversación diciendo: «Parece que

hoy va a llover, ¿verdad?».

«Ahora que has descubierto quién eres, qué eres, se ha producido un cambio irreversible en ti, un cambio que aún no puedes percibir pero que te impedirá sentirte a gusto entre simples humanos». Cyrus y su predicción. ¿Y si al final tenía razón? ¿Y si no lograba adaptarme a aquella vida? A mi vida. Al menos a lo que yo conocía como vida antes de descubrir quién era en realidad.

Pero precisamente para eso debía servirme aquel viaje con el que estaba descubriendo tener las ideas mucho menos claras de lo que pensé en un principio: para saber a ciencia cierta qué quería hacer con mi vida. Si pretendía continuar viviéndola como una humana corriente, o si, por el contrario, el cambio en mí era irreversible y no podía, no quería, olvidar lo vivido los últimos meses.

Me apoltroné en mi cama abrazada a la almohada, sobrepasada por todos aquellos pensamientos, y me relajé, permitiéndome pensar en Shapur un rato. ¿Qué estaría haciendo? ¿Me echaría él de menos también? Seguro que no tanto como yo a él. ¿Por qué tenía que servir a la reina de Centroamérica en lugar de… no sé, a la de Francia, que estaba mucho más cerca? Aunque desconocía si Francia tendría rey o reina vampira.

Añoraba sus entrenamientos (y muchas otras cosas que no voy a detallar ahora). Desde que nos instalamos en King’s Rest habían sido sustituidos por los que cada anochecer practicaba con su pupilo Cóatl, excelente luchador también, durante al menos una hora, pero no eran lo mismo. Cóatl y yo no terminábamos comiéndonos a besos bajo la luz de la luna como si el mundo fuera a acabarse al día siguiente, ni mucho menos. Ambos teníamos suerte si no resultábamos magullados durante los ejercicios; el caballero jaguar era un fiero atacante y yo me las apañaba bastante bien en la defensa.

El siguiente día, domingo, fue igualmente tranquilo, inactivo, a excepción de un relajante paseo por la playa que nos llevó a recorrer todo el malecón del Campo del Sur para acabar almorzando *pescaito* frito en el centro, según mis padres, delicioso.

Habíamos retomado poco a poco la normalidad en nuestras conversaciones, en nuestra relación padres-hija. Habían dejado de tratarme como a la-hija-que-regresó-del-más-allá, era como si nunca me hubiese marchado, solo que yo no era la misma y ambos podían percibirlo. La Anna que había regresado de Londres era mucho más decidida, menos temerosa y sobre todo mucho menos infeliz y hastiada del mundo.

Estaba sentada en el sofá, aquella misma tarde, cuando pude oír a mis padres hablando en la cocina. Lo hacían en voz baja, tratando de que yo no los oyese, probablemente, y eso mismo alimentó mi curiosidad. No obstante, tan solo atisbé un fugaz «Venga, vamos, habla con ella», que le dirigía Adela a mi padre. Supe que en unos instantes saldría de dudas. Tenían algo que decirme, ambos.

Me levanté de mi asiento, aguardándolos, y en breves segundos ambos cruzaron el umbral de la habitación. Apagué la televisión para ofrecerles mi más absoluta y

completa atención, analizando el rostro de ambos en busca de una ligera idea de qué era tan importante como para que acudiesen juntos a hablar conmigo. En el pasado también había sido así. Como cuando vinieron a contarme los pormenores de por qué no podía perforar mi escuálido ombligo con un modernísimo *piercing*, como el resto de mis amigas; papá incluso portaba un libro de anatomía con el que ejemplificar sus motivos. O cuando me convencieron de que debía trabajar todo el verano en la panadería gratis, si pretendía que me pagasen el máster en Psicodidáctica que deseaba realizar.

Y ahora los tenía así, a ambos de pie ante mí y en mitad del salón. ¿De qué venían a convencerme en esta ocasión?

—Anna —comenzó Hugo (la siguiente frase la tenía aprendida de memoria)—. Tenemos que hablar de algo —dijo al fin. Y era de algo que no me iba a gustar demasiado: sabía leer el rostro de mi padre, sus expresiones eran un libro abierto para mí, desde mucho antes de conocer mi verdadera naturaleza y disponer de mis nuevas habilidades. Tomó asiento junto a mí en el reposabrazos del sofá de piel—. Tenemos que decidir adónde nos trasladaremos.

—¿Trasladarnos? —dudé sorprendida. Busqué los ojos de mi madre, que estaba al tanto de todo, y asintió con comedida ilusión desde detrás de su esposo.

—Vale que ya no puedas llevar nuestros apellidos, por una cuestión de supervivencia, que por cierto pienso que deberías tener guardaespaldas, si estás en protección de testigos, digo yo. Pero lo que no puedes es pasarte la vida ocultando tu verdadero rostro, escondiéndote —relataba, mientras yo dividía mi atención entre sus palabras y el rostro de mi madre, como en un partido de tenis—. Entonces hemos pensado que lo mejor es mudarnos, a otra ciudad donde nadie nos conozca, para que puedas ser libre y hacer tu vida de forma corriente… —Adela reposó su mano sobre el hombro de su esposo, en una innegable muestra de que le apoyaba, palabra por palabra—. No sé, quizá Extremadura, Cataluña…

—¿Cataluña? —dudé incrédula—. ¿Qué? Papá, no tengo guardaespaldas porque yo he rechazado tenerlo, porque me niego a que nadie controle ni dirija mi vida. —Y aquello era completamente cierto, estaba absolutamente segura de que Martin me hubiese provisto de custodia, humana o vampira, si se lo hubiese permitido—. Y… ¿trasladarnos? ¿Lo mejor para mí? ¿Y qué hay de lo mejor para vosotros? —requerí. Ellos parecían no entenderme—. Papá, la panadería es tu vida. Llevas treinta años luchando por esa panadería, no has trabajado en otra cosa desde que eras un niño. Y Cádiz también es tu vida, es vuestra vida; mamá, tú adoras vivir aquí, toda la familia vive entre Cádiz y San Fernando, ¿cómo vas a marcharte? Dejarlo todo atrás; nuestra casa, nuestra ciudad… ¿Y qué pasa con Jaime? Estoy segura de que él no quiere irse de Cádiz. —La expresión de ambos confirmó mis sospechas.

—Jaime lo aceptará, aceptará venir con nosotros… —aseguraba Hugo, rehuyendo mis ojos durante un instante.

—No, papá, me niego rotundamente a que os trasladéis por mi culpa —protesté,

alzando ligeramente la voz, sorprendiéndolos. Ellos me miraron completamente atónitos, pues jamás había actuado así—. Lo siento, perdonadme, estoy un poco nerviosa…

—Está bien, cariño. Has pasado por mucho… —dijo comprensiva Adela, alcanzándome, regalándome uno de sus cálidos abrazos.

—Pero quiero pediros que no os precipitéis, por favor, que no toméis una decisión como esa, no aún. Entiendo que queráis volver a una normalidad, mantenerme a vuestro lado por encima de todo, pero tengo veinticuatro años y aún no sé el rumbo que tomará mi vida. Necesito tiempo para decidirlo, para saber qué haré, cómo, cuándo, dónde… Y mientras tanto no me incomoda lo más mínimo utilizar mi camuflaje. —Les intenté hace comprender. Mi madre apretó en una caricia mis hombros con sus suaves manos—. Por favor.

—Muy bien, Anna. Tendrás tu tiempo, ya eres una mujer adulta, pero tienes que entender que para tu madre y para mí no hay nada más importante que tú y tu bienestar, y el de tu hermano, por supuesto. Ni panadería, ni Cádiz, ni nada —sentenció Hugo de un modo enternecedor.

Por la noche Martin Robinson volvió a telefonearme. Continuaba ocupado con sus audiencias, así que no conversamos demasiado; se preocupó por mí y yo por ellos, poco más. En cualquier caso, oír su voz me reconfortó. Esperaba su llamada, que llegó presta en cuanto descendió el sol. Debía reconocer que separarme de mi antiguo protegido estaba costándome un poco más de lo que había imaginado, aunque le supiese seguro bajo el cuidado de Cóatl y rodeado por una veintena de vampiros miembros de su guardia personal. Por suerte, Martin no era como su padre Charles Robinson; la experiencia le había demostrado que no podía relajar la guardia, que debía guardarse, guardar su cargo y sus intereses con las medidas apropiadas, no confiar en la lealtad de sus súbditos tan ciegamente, que es lo que había costado la existencia a su progenitor.

Aquella madrugada, de nuevo en la cama sin el menor deseo de dormir, no pude evitar sentirme culpable de que mis padres hubiesen barajado la posibilidad de mudarse, de cambiar completamente de vida por mi causa.

Si mi padre abandonaba el que había sido su trabajo hasta entonces, ¿a qué iba a dedicarse en una comunidad autónoma diferente, donde no conocía a nadie? Las condiciones laborales no eran las mejores, menos aún para un hombre de su edad, a punto de cumplir los sesenta y autónomo. Y aunque desconocía si a la entrada de Cataluña había carteles solicitando panaderos sexagenarios, había algo que me decía que no era de ese modo.

¿De qué vivirían? ¿De qué viviríamos?

Sin contar que algo así me acarrearía la obligación moral de permanecer a su lado, para siempre. Si mis padres lo abandonaban todo por estar junto a mí, ¿cómo

iba a poder marcharme yo llegado el momento? Aunque solo fuese para conocer mundo, a desarrollarme como persona, como humana, en cualquier otro lugar.

No, sin duda no podía permitirlo.

Capítulo 5

Un asunto delicado

El lunes a primera hora salí a correr de nuevo a la playa, necesitaba hacer ejercicio, quemar energía, o aquella inactividad acabaría por consumirme como si fuera un ácido corrosivo. Corrí y corrí por la orilla y el paseo marítimo hasta llegar de nuevo a la catedral.

Una vez de regreso mi teléfono móvil comenzó a sonar, justo cuando me hallaba frente al portal de casa. Eran las nueve de la mañana y el sol estaba relativamente alto, esta vez no podía tratarse de Martin. El número no me era conocido, y por un momento dudé en descolgar. ¿Quién podría tener mi nuevo número de móvil?

—¿Sí?

—¿Anna Morrison? —preguntó una formal voz masculina al otro lado.

—Sí, ¿quién es?

—Soy el sargento Juan Sánchez, de la Guardia Civil. La llamo por el incidente que presenció el pasado viernes por la noche…

—Ah, sí, sus compañeros ya me tomaron declaración allí mismo —advertí. Aprovechando que uno de los vecinos abandonaba el portal, entré en el edificio. Comencé a subir las escaleras mientras conversaba con el agente.

—Sí, lo sé, pero necesitaría que se pasase por el cuartel, hay unos cuantos puntos que nos gustaría aclarar con usted personalmente —decía con voz seria.

—¿Conmigo? Yo no tengo nada más que añadir a lo que ya dije.

—Sería muy amable por su parte si se prestase voluntariamente a ello, o bien podemos requerirlo por vía judicial… —apuntó muy seguro de sí mismo. Por un segundo me arrepentí de haber acudido a ayudar a aquel agente de la ley, pero fue solo un segundo.

—Está bien, ¿a qué hora tengo que estar ahí?

Desayuné con Hugo, que de nuevo esperaba verme antes de acostarse, parapetado tras su periódico, y Adela, que atenta me ofrecía otra insulsa napolitana de chocolate. No me apetecía comer nada, ¿para qué? Para evitar la molesta sensación de hambre en el estómago era prácticamente lo mismo beber agua que aquel zumo de naranja que tan solícitamente me había preparado mi madre.

—Tengo que salir, debo hacer un recado —le advertí, tras dar dos mordiscos a mi dulce. Mi padre ya se había acostado.

—¿Sí? Pensé que podríamos pasar la mañana juntas, ir al mercado, dar un

paseo…

—Bueno, no te preocupes, hay muchas mañanas por delante —proclamé con una sonrisa que mi madre me devolvió—, y lo que tengo que hacer no puede pasar de hoy. Me perdonas, ¿verdad?

—Y no me puedes contar qué es, ¿a que no? —requirió suplicante con sus diminutos ojos castaños. Las comisuras de mis labios se estiraron hacia arriba como respuesta. Era mejor para ella no saberlo, si ahora le contaba que tenía que ir a declarar a una comisaría no se quedaría en absoluto tranquila.

Tras una reparadora ducha me cambié de ropa, tomé mi bolso y marché en busca de mi automóvil. Tuve que acercarme a la panadería para preguntarle a Jaime dónde lo había dejado. A él le molestó que no pudiese quedarme a oír todas sus batallas de la noche anterior, fardando de coche, pero finalmente me indicó dónde había logrado aparcarlo, que era bastante lejos, como era de esperar: hube de andar al menos trescientos metros hasta dar con él.

Tan pronto como encaucé la autovía saqué el anillo de marfil de mi dedo, recuperando mi auténtico aspecto, ese que aparecía en mi documentación oficial. El sargento Sánchez me había explicado suficientemente bien dónde se encontraba el cuartel de Jerez al que debía dirigirme, así que no tuve demasiados problemas para hallarlo sin necesidad de utilizar el GPS de serie del vehículo.

Era un moderno edificio de estructura cuadrada y fachada repleta de amplios ventanales con vidrios de reflejo verdoso, con un amplio patio delantero en el que permanecían aparcados multitud de vehículos oficiales. Dos guardias uniformados y comedidamente armados custodiaban la entrada principal. Caminé hacia ellos y atravesé las puertas automáticas de cristal, tras estas aguardaban otros dos agentes, uno sentado frente al monitor del arco de seguridad y el otro de pie junto a este, quien fue el encargado de preguntarme el motivo de mi visita. Le expliqué que el sargento Sánchez me esperaba, y tras hacerme atravesar el arco me indicó cómo alcanzar el despacho de su superior.

Subí por una amplia escalera de granito beige a la primera planta y tomé el pasillo de la izquierda, tal y como amablemente me habían indicado. Me encontré entonces con una joven guardia rubia, con el cabello corto recogido en una coleta, que escribía en un ordenador en su escritorio, junto a la puerta de un despacho en cuyo rótulo podía leerse claramente Sargento Sánchez Montalbán.

—Buenos días —la saludé obteniendo su atención—. Soy Anna Morrison, el sargento me espera.

—Buenos días. A ver, un segundo —pidió. Descolgó el teléfono de su mesa y marcó un par de teclas, entonces otro teléfono comenzó a sonar en el interior del despacho. Segundos después alguien debió de recibir la llamada—. Es la señorita Morrison, está aquí. Sí. A sus órdenes mi sargento. —Colgó—. El sargento la espera.

Muéstreme su identificación, si es tan amable, y apague su teléfono móvil. —La obedecí, y tras comprobar mi credencial se incorporó de su asiento con aire aburrido y abrió la puerta de la oficina para mí. Dentro, quien debía de ser el sargento permanecía acomodado en su sillón de cuero, tras la mesa de un funcional escritorio de madera y metal. Era un caballero con el cabello cano, rostro afilado y extremadamente serio, con un fino bigote gris que cubría su labio superior. Frente a él, sentado en una de las sencillas sillas de metal, había un joven corpulento, de cabellos color rubio ceniza y ojos celestes, con un tremendo hematoma violeta tiñendo su mentón cuadrado y el brazo derecho en cabestrillo. Tardé un par de segundos en reconocer al guardia que me había multado tres días atrás.

—Buenos días —los saludé.

—Buenas, tome asiento, señorita Morrison. —Hizo un gesto con la mano, ofreciéndome la silla libre junto al guardia herido. Me acomodé a su lado, valorando de soslayo las lesiones de su rostro. Estaba realmente magullado; su cuerpo era débil, humano.

—Usted dirá —pedí.

—Verá, el motivo de que la haya hecho venir hasta aquí tiene que ver con lo que sucedió el viernes por la noche —explicaba cruzando los brazos sobre el uniformado pecho verde caza.

—Ya relaté lo que sucedió el viernes por la noche… —traté de abreviar.

—Sí, su declaración oficial la conocemos perfectamente —puntualizó, haciéndome dudar: ¿mi declaración oficial?, ¿acaso había otra?—. Verá, el tema que vamos a tratar es un asunto delicado y está de más advertirla de que no puede revelar nada de lo que aquí conversemos o la acusaré de desvelar secretos de la investigación.

—Me va a disculpar, sargento, pero tengo algo de prisa y no soy persona de andarme por las ramas. Diga lo que sea que tenga que decirme y acortemos esto —rogué, y recibí una mirada desafiante de mi interlocutor. Probablemente estaba acostumbrado a que su uniforme intimidase lo suficiente como para que no hubiese réplica a sus intervenciones. Y antes de proseguir observó fijamente, durante unos segundos, al guardia que estaba mi lado.

—Lo primero es mostrarle nuestra gratitud por auxiliar al agente Ortiz, y lo segundo… —Observaba de nuevo al guardia aludido que tenía a mi lado, como si temiese o quizá se avergonzase de lo que iba a preguntarme—, saber si usted notó algo extraño en los atacantes.

—¿Algo extraño? —Utilicé mi ya dominada cara de póquer, fingiendo no saber a qué se refería, y encontré sus ojos en los de mi compañero de asiento; los seguí, y mi observación pareció liberarle de su estatismo—. Obviando el hecho de que parecían dos criminales peligrosos, no, en absoluto —concluí.

—Está mintiendo, estoy seguro de que lo vio cómo yo, estoy seguro de que vio sus colmillos, intentaron morderla —reveló el agente. Yo regresé a los ojos de su

superior, que pasaba una mano por su rostro avergonzado, como si limpiase los párpados de aquella imagen mental—. ¡Intentaron morderla! ¡Eran vampiros!

—¡Héctor, por favor! —alzó la voz el sargento, ciertamente irritado—. Discúlpele señorita, ha sido duro ser golpeado de esa forma…

—¿¡Y el cadáver desangrado del maletero!? —añadió el tal Héctor, y los ojos de su superior se crisparon de ira.

—Agente Ortiz, ¿¡ahora revela secretos de sumario!? —gritó su superior, exasperado y dando un sonoro puñetazo en la mesa ante el que el guardia que le desafiaba no se encogió un ápice—. Definitivamente necesita la baja… —concluyó el sargento, mientras yo observaba a ambos como en un partido de tenis—. Por favor, señorita Morrison, discúlpenos, obviamente ha sido un error hacerla venir hasta aquí para nada —advirtió incorporándose para acompañarme hasta la salida. Le imité y caminé hacia la puerta. Me despedí de Sánchez y abandoné el despacho.

Recorrí el pasillo de regreso y descendí las escaleras despidiéndome de los dos guardias que custodiaban la entrada. Caminé en dirección a mi Mercedes, aparcado frente al cuartel.

—¡Espera! —gritó alguien a mi espalda. Al girarme encontré a Héctor, el guardia magullado, que corría hacia mí con dificultad, sujetándose el brazo lastimado. Esperé que me alcanzase—. ¿Quién coño eres? —rugió cuando le tuve frente a mí.

—¿Perdón?

—¿Que quién coño eres tú? —repitió exaltado. Los guardias de la entrada nos observaban con disimulo. Héctor era bastante más alto que yo, corpulento y físicamente desarrollado, pero yo no le tenía miedo alguno. Si osaba tocarme con un solo dedo, le daría su merecido, al fin y al cabo tan solo era un mortal.

—A ver, no sé, quizá sería más apropiado que me dijeses algo así como: gracias por salvarme la vida —afirmé apretando el mando a distancia de mi coche, cuyos cuatro intermitentes parpadearon aguardándome. Los ojos celestes del policía me analizaron durante unos segundos de silencio en los que se calmó; sus hombros se relajaron hacia detrás y su respiración se normalizó.

—Tienes razón, gracias por salvarme la vida —dijo con actitud mucho más humilde. La barba comenzaba a marcarse sensiblemente en su rudo mentón. Era un tipo bastante fuerte, su musculatura podía distinguirse aún sobre la camisa de verticales rayas azules—. No entiendo por qué has mentido, por qué has dicho que aquellos seres no tenían afilados colmillos; yo los vi, vi cómo uno de ellos intentó morderte.

—Me vas a disculpar, ¿verdad? Pero te golpearon muy fuerte, es lógico que confundas lo que viste. —Abrí la puerta del coche. Los guardias de la entrada continuaban vigilándonos, en realidad le vigilaban a él y a lo que fuese capaz de hacerme después de haberme gritado de aquella forma—. Y te aconsejo que te olvides de esas historias de vampiros o te tomarán por loco —afirmé, indicando a sus compañeros a la espalda.

—Sé lo que vi, y sé que el cadáver del maletero estaba desangrado porque se habían bebido su sangre —advirtió sin encogerse un ápice, y yo resoplé fingiendo desidia, entornando los ojos—. Sé lo que vi —repitió con sus pupilas fijas en las mías. El violeta del moratón que ascendía hasta su mejilla contrastaba con el color claro de su iris—. Si cambias de opinión, si decides contar lo que sabes, por favor, llámame —pidió entregándome un pedazo de papel con su número de teléfono, que acepté por no prolongar la discusión—. Quizá podamos salvar la vida de alguien —sentenció de modo lapidario.

Me metí dentro del coche, aquel agente de la ley estaba resultando un auténtico incordio, y con su última frase pretendía sacudir mi maltrecha conciencia. Pobre iluso, desconocía hasta qué punto estaba sacudida ya, más que el *Martini* de James Bond. Llamó al cristal con los nudillos de su mano buena; bajé la ventanilla.

—Ah, y la sanción no tienes por qué pagarla, la rompí —dijo, esperando quizá mi gratitud.

—No pensaba hacerlo de todos modos —aseguré girando la llave en el contacto, y desaparecí veloz de aquel lugar.

¿Qué clase de loco iba a creer a un guardia civil que afirmaba haber sido atacado por vampiros? Probablemente, si no se retractaba sería el final de su carrera. De todos modos siempre sería mejor estar en paro que muerto.

Capítulo 6

Whoopi Goldberg

Retomé la autopista de regreso a casa. Acomodé de nuevo el anillo mágico en mi dedo, lo que me devolvió mi ilusorio aspecto, libre de cualquier sospecha. Presa de la nostalgia, en mi camino de vuelta decidí dar un paseo con el coche por San Fernando, recorriendo lugares que había visitado desde pequeña en mis múltiples visitas familiares; el parque del Oeste, que transcurría a lo largo de la autovía; la gigantesca rotonda del descubrimiento: una impresionante obra de hierro oxidado a la entrada norte de la ciudad; la concurrida y bulliciosa calle Real… Un paseo que irremediable e inconscientemente me llevó a la puerta de la casa de mis tíos, de Alfonso, uno de los hermanos de mi madre, y por supuesto de mi prima favorita, Sara.

Me sentí reconfortada de comprobar cómo todo seguía exactamente igual que cuando me marché, eso sí, con infinidad de amarillas vallas de obra y desvíos por todas partes. Pero era como si nunca me hubiese alejado, como si el tiempo no hubiese pasado para aquella ciudad, como lo había hecho para mí.

Entonces, cuando me disponía a tomar el camino de regreso a casa, la vi. Estaba de espaldas, sentada en uno de los columpios del pequeño parque infantil situado a cien metros de su casa, a aquellas horas libre de niños, que debían de estar atendiendo sus obligaciones.

Aun así pude reconocer su silueta perfectamente. El cabello ondulado color chocolate le alcanzaba entonces la mitad de la espalda, de su cuerpo menudo y de aspecto frágil. Rodeé el parque con el coche; deseaba tanto verle la cara. Sus pequeñas rodillas se marcaban bajo las oscuras medias. Vestía una camiseta negra de manga al codo y una falda también negra de verticales rayas multicolores.

Cuando al fin alcancé a ver sus ojos castaños, sentí un gran peso en mitad del pecho. Sus labios voluminosos que habían sido objetivo de mi envidia, sana, pero envidia al fin y al cabo, durante toda nuestra adolescencia, estaban enrojecidos, como sus mejillas. Mi queridísima prima Sara había estado llorando. Aún lo hacía, una lágrima resbalaba fugaz por su rostro, y el cabello empapado se pegaba a su blanca piel.

Sara apenas contaba veinte años, ¿qué podía hacerla tan infeliz como para desahogarse llorando en mitad del parque, a solas, a cien metros de casa?

Mi vehículo estuvo a punto de golpear una papelera en el lado opuesto de la vía de lo ensimismada que me hallaba observándola.

Ella y yo habíamos sido amigas desde niñas, pero nuestra diferencia de edad, cuatro años, insignificantes entonces, así como el hecho de vivir en dos ciudades

distintas aunque próximas entre sí, nos habían llevado a establecer diferentes círculos de amigos. Aun así, habíamos jugado juntas toda la infancia. Sara era hija única y siempre me había considerado como una hermana mayor.

Yo era la confesora de sus problemas, o al menos lo había sido durante toda nuestra vida, hasta que me fui… y morí carbonizada.

¿A quién le confiaría entonces sus contrariedades mi prima?

Su madre, mi tía, no sabía escuchar. Sencillamente hay personas que saben escuchar y otras que no, y ella padecía desarreglos hormonales, al menos así los llamaba ella (algunos en la familia lo resolvían con que simplemente le faltaba un hervor), con altibajos que la hacían cantar de alegría y a los dos minutos llorar como una auténtica magdalena.

Y su padre era camionero de transporte internacional (sí, de esos a los que en la frontera más de una vez les volcaron cargamentos de fruta), se pasaba los días de viaje, dejándolas completamente solas por semanas.

¿Y quién le quedaba a Sara para desahogarse? Sus amigas, que algunas iban y venían como el Guadiana entre novios, discusiones, estudios, lo normal a aquella edad, y por supuesto yo, su prima Anna. Pero en aquel entonces Anna había muerto para el mundo.

Cuánto debió de haber sufrido mi pérdida.

Me entristeció sobremanera verla de aquel modo, sola, llorando amargamente, por algo que no alcanzaba ni alcanzaría jamás a saber si no me lo contaba de sus labios.

Debía marcharme; maldije mi idea de visitar los alrededores de su casa, ¿qué esperaba encontrar? ¿A mi familia saltando de alegría tras mi pérdida, apenas un mes antes?

¿Pero realmente iba a marcharme? ¿De veras que la dejaría allí en medio, ahogada en amargas lágrimas? A ella, que pasó todo un mes tomando el tren a diario después de clase para venir a visitarme, para tratar de animarme después de… de mi particular *sobredosis de calcio*.

¿Y solo por qué? ¿Porque Sara podría descubrirme? A ella no la engañaría un falso acento, nos conocíamos demasiado bien.

No, seguro que no lo haría.

Aparqué junto a unos contenedores de reciclaje de papel. Aún no sabía cómo hablarle, en realidad no podía arriesgarme a hacerlo, pues mi voz me delataría ante sus ojos y no podía correr el riesgo.

No, porque tendría que explicarle entonces mi ausencia, algo que había prohibido a mis propios padres hacer, decirle a alguien más que seguía viva. Entonces sí que mi vida correría peligro, la mía y la de todos los míos. Aun a pesar de que la palabra *vampiro* no abandonase mis labios un instante, una investigación acerca de mi misteriosa *resurrección* podría ser suficiente motivo para desaparecer del globo, con toda mi familia a cuestas. No, sin duda no podía arriesgarme.

Caminé hasta su lado, con el anillo mágico de Cyrus correctamente ajustado a mi

dedo anular. Sin prestarle demasiada atención me senté a su lado, en el columpio contiguo y me así a las cadenas con ambas manos. Fingiendo un gran malestar, con la mirada perdida en el infinito, suspiré pesadamente, en un par de ocasiones.

Sara me miró, de reojo, y se apresuró a enjugar sus lágrimas con disimulo; entonces la miré, atentamente, haciéndola consciente de que la miraba. La saludé con mi mano, ella musitó un comedido «Hola» y yo hice un gesto con ambos puños cerrados sobre las mejillas, haciéndola saber que la había visto llorar.

—Sí, estaba llorando —dijo sorprendida, primero porque le preguntase, segundo porque lo hiciese mediante signos—. No es nada —balbució, incorporándose, dispuesta a marcharse. Le hice un gesto para que se esperase y entonces saqué mi novísimo móvil del bolsillo, desplegué el teclado táctil y a gran velocidad escribí: «¿Estás bien? ¿Seguro?», y se lo mostré.

—Sí, gracias. ¿No puedes hablar? —preguntó con cautela, llevando su menudo anular a la garganta. Yo hice un gesto de negación. «No, no puedo hablar. Pero puedo escuchar…».

—Muchas gracias, pero… tengo que marcharme —dijo, conteniendo las lágrimas. Mi prima jamás me contaría sus problemas, a una auténtica desconocida, nunca lo haría. Se alejaría, dio un paso. Tan solo tendría una oportunidad para convencerla. Debía pensar algo, rápido.

«Sara, alguien me ha pedido que contacte contigo», escribí en mi teléfono. La alcancé y le mostré mi mensaje.

Mi prima lo leyó, mirándome automáticamente a los ojos en busca de respuestas, observándome terriblemente sorprendida, aguardando mi explicación.

—¿Alguien? ¿Quién? —masculló.

«¿Has visto *Ghost*?», tecleé. Ella asintió sin demasiada convicción. «Pues yo soy Whoopi Goldberg». Sara me observó incrédula, quizá porque Whoopi Goldberg y yo (o mi imagen mágica en este caso) nos parecíamos tanto como una vaca a un atún. Obviamente ni las indirectas, ni las sutilezas se encontraban entre mis múltiples virtudes.

—Y yo Juana la Loca, no te fastidia —respondió arisca, apartándose de mí. Traté de agarrarla del brazo, para conseguir que leyese mi pequeña explicación de a qué me refería, pero Sara se zafó bruscamente de mi mano—. Mira tía, no sé qué quieres o qué buscas, pero te aseguro que no tengo un duro y…

—Sara —dije, y su cara se congestionó, se detuvo en seco, en silencio, reconociendo automáticamente mi voz, buscando mis ojos apremiada, pero sin hallarlos, pues mantuve el anillo mágico en mi dedo—. ¿Recuerdas la noche en que rompimos la jarra de porcelana que tu madre le había regalado a la abuela? Enterramos los pedazos en el jardín y juramos que nunca más hablaríamos de ello —rememoré aquella pequeña aventura que habíamos vivido apenas con catorce y diez años, algo que tan solo ella y yo sabíamos, pues la abuela recogía tomates en el huerto mientras jugábamos con aquella bonita jarra para el gazpacho que guardaba en

uno de los muebles de la cocina. Días después se percataron de su ausencia y la dieron por desaparecida, todo un misterio para los adultos—. Pues creo que ha llegado el momento de mencionarla —añadí, y mi prima rompió a llorar, de pie, inmóvil, a dos pasos de mí. Me aproximé lentamente, con cuidado, tratando de no asustarla, pero Sara se lanzó a mis brazos, rompiendo a llorar sin pudor.

—¿Pero cómo…? ¿Cómo puedes…? —balbuceaba.

—Ssst. Cierra los ojos, así será más fácil, y solo siente que estoy aquí, a tu lado —pedí, y ella me obedeció—. Imagino cuánto has debido echarme de menos, tanto como yo a ti…

—Oh, Anna, no sabes cuánto… —Lloraba, yo la abracé con energía contra mi menudo cuerpo—. ¿Pero eres un espíritu? —dudó con los ojos cerrados, apartándose lentamente, con mi mano presa entre las suyas.

—Algo así —mentí, conduciéndola de la mano hasta uno los bancos de madera, en el que ambas tomamos asiento. Mi prima no pensaba abrir los ojos, como se hubiese lanzado de un avión en pleno vuelo si yo le aseguraba que no había peligro.

—¿Cómo estás? —requirió ya mucho más tranquila, recomponiéndose; yo limpiaba las lágrimas que recorrían veloces sus mejillas sonrosadas.

—Bien, estoy bien, Sarita. Todo fue muy rápido, lo cierto es que no me enteré de nada, no sufrí. —Al oír aquellas palabras mi prima suspiró aliviada aunque sin dejar de llorar—. Escúchame porque no tenemos demasiado tiempo prima, esta chica es una especie de médium y le he pedido que me permitiese utilizar su *don* para poder comunicarme contigo. Ahora cuéntame qué te pasa, por favor —pedí, realmente temía decir algo que me descubriese, que la hiciese darse cuenta de que mentía, meter la pata hasta el cuello y no poder sacarla. No podía evitar preguntarme si había hecho lo correcto o no al contactar con ella.

—Anna, te echo tanto de menos… —suspiró.

—Lo sé, preciosa, tanto como yo a ti. Pero tú eres fuerte y ahora sabes que estoy bien donde estoy. ¿Por eso llorabas? ¿Por mí?

—He llorado mucho por ti, prima, mucho. Y ahora lloraba porque necesitaba tanto de uno de tus consejos…

—¿Tu novio? —sugerí. Los problemas habituales de Sara se limitaban a dos, su novio, que pasaba olímpicamente de ella la mayoría del tiempo, y su madre, a la que jamás podría hablarle sobre cómo se sentía, porque para ella sus problemas eran demasiado importantes y los de Sara solo tonterías.

—No, no, ya no estoy con Rafa —dijo, sorprendiéndome—. Me dejó, porque decía que yo era un muermo —afirmó, entornando los ojos. Vaya, todo sensibilidad este chico, una joyita. Desde luego se le veía venir con aquella cresta, hubiese dicho nuestra abuela, sonreí al pensarlo—. Tengo otros problemas…

—Sara, no tenemos demasiado tiempo, dime qué pasa —al relacionarme con no-muertos me había acostumbrado a ir directa al grano.

—De todas formas no puedes ayudarme… —comenzó, inspirando

profundamente.

—Dispara —exigí.

—Hace un par de semanas salí con un chico, nos enrollamos… Oh, Anna, esto es tan, pero tan raro…

—Continúa —pedí.

—Conocí a ese chico, me gustaba, salimos un par de veces y una noche acabamos en su casa. Nos acostamos y él me grabó con la *webcam* sin que yo me diese cuenta, haciéndolo —confesó con pudor, con los ojos cerrados, en cuyas pestañas castañas se reflejaba el sol de la mañana, encendiendo las coquetas pecas cobrizas que salpicaban sus pómulos—. Se volvió muy insistente después de aquella noche, me llamaba, me mandaba mensajes, cada día, y yo le dije que me sentía agobiada, que necesitaba tiempo, que me gustaría ir más despacio. Pero hace un par de días recibí un *email* en el que me contaba que me había grabado, que había colgado una parte del vídeo en Internet, en su blog, en el que se me ve en ropa interior. Ya lo ha visto la mayoría de sus amigos. Pero me ha asegurado que si no vuelvo a liarme con él lo colgará entero en YouTube y en el Tuenti para que lo vean mis compañeros de la universidad —relató, dejándome de piedra. ¿Cómo se puede ser tan cerdo y no tener pezuñas?—. No sé a quién acudir. No quiero volver a acostarme con él. Me dan náuseas solo de pensarlo después de saber que el muy desgraciado me estuvo grabando a escondidas. He tratado de contárselo a mi madre, pero está demasiado preocupada por cuándo vuelve mi padre de trabajar, en sus pastillas, en sus clases de meditación para el estrés… —Me enfureció sobremanera que un miserable semejante estuviese chantajeándola de aquel modo, algo que además era un delito. Tanto que de haber sabido su dirección me hubiese dirigido directamente hasta su casa para devolverle el favor como se merecía. Y lo de mi tía, no tenía remedio.

—Lo primero es que es un delito, extorsionar a la gente con imágenes íntimas. Si vas a la policía y le denuncias tomarán cartas en el asunto.

Ella negó con la cabeza.

—Si hago eso, estoy segura de que antes de que retiren el vídeo él se habrá encargado de que lo vea todo el mundo —dijo, y supe que tenía razón—. No sé qué hacer Anna, no sé qué hacer…

—Tranquilízate —pedí—. Yo tengo un amigo que es un experto en informática y que le hará desaparecer del mundo virtual —y del real como se ponga tonto, dije para mí.

—¿Un amigo… del más allá? —dudó, haciéndome caer entonces en la cuenta, de que, ¡oh!, yo era un espíritu. De esos que arrastran cadenas por los castillos y hacen ¡buuuuuhhhh!

—No puedo contestarte a eso, Sarita. —En realidad no sabía cómo contestar a eso —. Pero cuando me marche, anota en el teléfono de esta chica la dirección del blog del imbécil ese, y todos los datos informáticos suyos que poseas como *e-mail*, apodo de bloguero, cuenta del Tuenti, etc., y te garantizo que en un par de noches, cualquier

dato escrito, imagen o vídeo subido, grabado o comentado por él habrá desaparecido de la Red.

Y es que yo no era una *hacker* informática, pero sabía quién los tenía trabajando a sueldo para él, Martin Robinson. Si todo un rey vampiro no era capaz de lograr algo como aquello, ¿quién si no? Estaba completamente segura de que lo haría por mí, si yo se lo pedía, y además Martin me debía algún favor que otro.

—¿En serio? —dudó.

—Completamente. —Ella permanecía con los ojos cerrados, yo la miraba embelesada y sonrió. Sara y yo nos parecíamos de algún modo. A pesar de que no compartiésemos la misma sangre, ambas éramos altas y delgadas, ambas de ojos claros, los suyos de color miel, los míos, verdes; teníamos la piel clara, el cabello lacio… Pero mi prima era mucho más lanzada, abierta y extrovertida de lo que yo había sido, al menos como humana, quizá por la necesidad de sacarse las castañas del fuego por ella misma desde niña demasiado a menudo, debido al escaso apoyo de su madre y la ausencia de su padre. Sara me apretó contra sí con energía—. Tengo que dejarte primita, pero quiero que me prometas algo, que serás fuerte y lucharás por lo que deseas, por terminar tu carrera, por ser feliz al fin y al cabo. No dejes que nadie tuerza tu voluntad, nadie, nunca.

—Lo prometo, pero… ¿volveremos a hablar algún día? —pidió necesitada, urgida de mi respuesta.

—No lo creo, cariño. Debo regresar a dónde pertenezco —aseguré acariciándola, acariciando su rostro suavemente, trayéndola hasta mí y abrazándola—. Nunca hables de esto con nadie, es nuestro secreto, como la jarra de porcelana.

—Como la jarra de porcelana —repitió, con una sonrisa—. Te quiero, Anna, has sido la mejor prima, la mejor amiga del mundo —afirmó, y agradecí que mantuviese los ojos cerrados porque así no pudo ver cómo las lágrimas fluían de mis ojos a su vez.

—Tú también, Sara, la mejor prima en el mundo —dije, y la apreté contra mí, temiendo que fuese la última vez que lo hacía.

Y después, cuando ella abrió los ojos fingí no recordar nada, volviendo de una especie de exotérico trance, agitando un poco la cabeza de lado a lado para otorgarle el merecido dramatismo. Fingí no ser su prima, solo una extraña especie de médium prestada para tal menester. Sara me pidió el teléfono, anotando en aquel terminal varios nombres, apodos, *e-mails*, etc. Luego me lo devolvió.

—No sé cómo te llamas, pero muchas gracias —dijo con el semblante cambiado, emanando una profunda paz y haciéndome así feliz, demostrándome que no me había equivocado al hablar con ella del mejor modo que se me había ocurrido. Un tanto peregrino, sí, pero finalmente efectivo.

Y la expresión de paz se mantuvo cuando me aparté de su lado, su rostro era otro. Entonces dependía de mí, acabar con sus problemas, al menos los informáticos, y lo haría, podía estar segura de ello, palabra de Whoopi.

Alcancé a mi hermano justo en el portal, cuando se disponía a ir a comer, eran ya las dos de la tarde. Papá se había levantado, me besó en la mejilla en cuanto atravesé el umbral de la cocina. Adela colocaba los alimentos de la compra en los estantes de los armarios mientras nos esperaba. Había algo distinto en ella, su blusa era blanca, aunque sus pantalones continuaban siendo negros, y su cabello estaba teñido de nuevo.

—Hoy te he preparado dorada al horno —anunció mi madre con una sonrisa. Me encantaba verla sonreír, había tanta magia, tanta paz y amor en su sonrisa que me haría sentirme en casa allá donde me hallase. También me encantaba su dorada al horno, solo que estaba segura de que esta vez no podría saborearla.

Después del almuerzo la acompañé a llevar flores a la iglesia de San Francisco, santo del que era devota desde que Jaime estuvo muy enfermo de pequeño por una apendicitis que se complicó, y aunque nunca lo admitiría si le preguntaba, estaba segura de que aquel ramo de rosas blancas era una ofrenda de agradecimiento por mi regreso.

Justo ante la poderosa puerta de madera tallada que daba entrada al templo me detuve, por un momento una absurda idea me impidió atravesar el pórtico. Yo era un no-muerto, al menos una mitad de mí lo era, una mitad que cobraba más y más fuerza cada día —mostrándose en todo su apogeo últimamente—. Si nos remitíamos a las antiguas leyendas los vampiros eran seres demoníacos a los que el agua bendita o la sagrada cruz podían destruir.

¿Y si salía ardiendo como un petardo en fallas al atravesar aquel umbral?

Estaba salvada, mi madre podría tratar de apagarme con el agua bendita de la concha de persignación y así pasaría a convertirme en dhampira a las brasas.

Borré aquellas imágenes de mi mente, los vampiros no eran seres demoníacos, eran una raza sobrenatural, sin relación con las convicciones religiosas, y ni el agua bendita, ni las cruces, ni ningún simbolismo cristiano o de cualquier otra fe los afectaba. Había pisado suelo santo en infinidad de ocasiones antes de conocer mi auténtica naturaleza, en esta ocasión no tenía por qué ser diferente. Sin embargo, no pude evitar cruzar el umbral con los hombros encogidos, temiendo oír el puf que iniciase la combustión espontánea en cualquier momento. Pero no fue así, nada más adentrarme en la iglesia el familiar aroma a incienso me tranquilizó definitivamente.

Acabamos la tarde sentadas en la cafetería del emblemático hotel Francia y París, recordando batallitas embriagadas por el maravilloso aroma de un buen café.

—¿Y recuerdas aquella vez que me rompí un tacón en el cotillón de Navidad y tuve que venir cojeando por toda la avenida porque no había ni un solo taxi? Suerte que el padre de Marcos nos encontró por casualidad y nos llevó a casa —relataba ensimismada con mi historia, pero percibí cómo el rostro de Adela se entristecía al oír el nombre de mi ex.

—¿Le has visto? —preguntó con temor. Antes de mi marcha a Londres les había

prohibido mencionar su nombre siquiera en mi presencia, y ahora me oía hablar de él con total naturalidad.

—Sí, claro, me lo he tropezado un par de veces —la informé y ella buscó mis ojos preocupada—. Mamá, lo he superado, completamente, en serio. —Sonreí, y sus labios se estiraron, devolviéndome la sonrisa. Sus ojos castaños reflejaban el brillo del sol como un espejo—. Ya ni siquiera le odio, de veras.

—No sabes cuánto me alegra oírte decir eso —dijo reconfortada.

—Puedes estar tranquila, mamá, vuelvo a ser feliz —concluí escuetamente, mientras la esencia de Shapur reconfortaba mi interior con una poderosa sensación de paz, de sosiego.

Una vez más me acosté temprano aquella noche. Mamá había cocinado berenjenas rellenas para la cena, y a mí me supieron a agua; estaba preparando todas mis comidas favoritas y yo no podía degustar una sola, ni siquiera mi sabor favorito, el café. Vi algo de televisión, volví a prestar el Mercedes a mi hermano y me fui directa a la cama.

También soñé, pero en esta ocasión soñé con Shapur. Me sentí de nuevo en la pequeña playa privada del palacio de Pedernales en la República Dominicana, la solitaria orilla bajo la luz de las estrellas en la que tantas veces nos habíamos entregado el uno al otro. Allí me amó de nuevo durante mi sueño, haciéndome temblar de gozo, tal y como acostumbraba en la realidad. El persa era un amante entregado y experto, sus gruesos labios habían recorrido cada centímetro de mi dermis y le sentí de nuevo envolviéndome con sus poderosos brazos, apretándome contra su fornido cuerpo, lamiendo mis pechos y mordiéndome delicadamente para beber mi sangre.

Tan vívida fue la sensación de gozo en nuestro encuentro que tuve un orgasmo en sueños, despertando sofocada, con el corazón cabalgando dentro del pecho como un auténtico purasangre. Miré mi reloj despertador, las doce de la noche; estaba empapada en sudor, con la garganta completamente seca, la respiración convertida en un jadeo y una placentera e íntima sensación de relax.

Entonces lo supe, no se había tratado de un sueño, lo que acababa de sentir era un orgasmo verdadero de Shapur, quien probablemente acababa de hacer el amor con alguien allende el océano que nos separaba y, por mi capacidad de percibir sus emociones, por ser su *Mitad*, también yo lo había vivido en carne propia.

Sabías que tarde o temprano esto sucedería, me dije. Yo le había pedido que hiciese su vida completamente libre. Aún le restaban cincuenta años de servicio para con su reina, Aixa, y mis limitaciones como semi-mortal me impedían esperarle tanto tiempo.

Sin embargo, no podía obviar la pena que me produjo pensar que sus fornidos brazos, sus suaves labios, sus poderosas caderas, se entornaban entonces junto a otro cuerpo. Preferiría no poder saberlo; desconocerlo hubiese sido mucho menos cruel.

Me revolví en la cama, tratando de apartar de mi mente las posibles candidatas

para su deleite de pasión y finalmente me dormí, pasado un buen rato de desvelo y frustración.

Capítulo 7

Adivina quién viene a cenar

El sol que se colaba por entre las rendijas de la persiana me advirtió de que el alba había llegado; había dormido el resto de la noche, sin interrupción. Plácidamente. Sin una sola llamada de rey vampiro alguno.

¿Sin una sola llamada de rey vampiro? Aquel pensamiento me sacó de la cama veloz en busca del teléfono móvil en el que hasta entonces no había reparado.

Lo encontré en el bolso y me di cuenta de que estaba apagado, lo había desconectado al entrar en el cuartel de la Guardia Civil y lo había olvidado por completo. Apresurada lo encendí y un pitido tras otro no tardaron en aparecerme: cincuenta y cuatro llamadas perdidas desde el móvil de Martin y otras diez del teléfono fijo de la residencia real, King's Rest.

Me iba a matar.

Sesenta y cuatro llamadas telefónicas a lo largo de toda la noche. La última apenas a las seis de la mañana.

Bueno, estaba en un periodo de reflexión, era completamente libre, Martin tendría que entenderlo. No iba a pasarme las noches pegada al teléfono, esperando las llamadas de mi presiona-súbditas-para-que-vuelvan monarca vampiro. De todas formas, en cuanto anocheciese le hablaría para tranquilizarle, como amigo lo merecía.

Me vestí con una falda vaquera y una blusa blanca y después de desayunar con mis padres salí a dar una vuelta; las mañanas podían resultar largas, hasta el tedio, sin tener nada que hacer. No me apetecía bajar al mercado y tenía completamente prohibido por Hugo, empeñado en mi descanso, atender tras el mostrador de la panadería, aun así pasé a visitar a Jaime.

Entré en la tienda, estaba vacía, nadie la atendía, lo cual me extrañó bastante. Oí un murmullo en la trastienda, en el obrador. Tomé el amasador de madera que mi padre solía esconder bajo el mostrador, junto a las bolsas de masa de tortitas, y atravesé silenciosamente la fina cortina de pvc que comunicaba con el obrador de pan.

Mi hermano estaba de pie frente a otro muchacho con el que conversaba en susurros junto a la pared, entre montones de cestas vacías de pan apiladas.

—Toma, pero ya son seiscientos euros los que me debes, si no los pagas en un par de días… —decía el joven que me daba la espalda.

—Tranquilo tío, tendré el dinero —respondió mi hermano guardando algo en el bolsillo de su pantalón de faena blanco.

Podía oírles perfectamente a ambos a pesar de que hablasen en susurros, mis

sentidos desarrollados eran unos aliados poderosos. Jaime apartó la vista del rostro de su interlocutor y me alcanzó tras la cortina, su faz se crispó al descubrirme observándolos.

El muchacho que me daba la espalda se giró y tras despedirse velozmente con un gesto de su mano desapareció cruzando junto a mí sin dirigirme una sola mirada. Jaime sonrió tratando de hacerme pasar por alto lo que acababa de presenciar, también pretendió cruzar hacia la tienda.

—¿Qué ha sido eso? —exigí impidiéndole el paso.

—¿Qué? —preguntó fingiendo desconcierto, evitando mis ojos.

—Esto —con velocidad sobrenatural extraje de su bolsillo un pequeño papel blanco doblado muchas veces y se lo mostré.

—Eh, devuélvemelo. —Trató de agarrar mi mano violentamente y le empujé, presa de la rabia lo hice con demasiada fuerza y le tiré de espaldas sobre un montón de canastas de mimbre que rodaron por el suelo. Mientras se levantaba deslié el papel, descubriendo dentro una pequeña cantidad de polvo blanco.

—¿Te estás drogando? —requerí incrédula. Jaime había sido toda su vida un chico deportista, sano, adicto a los gimnasios, que se cuidaba tanto por dentro como por fuera. Resultaba imposible creer que estuviese consumiendo drogas.

—No, no —dijo levantándose del suelo urgido, caminando hacia mí preocupado.

—¿Ah, no? ¿Y esto qué es, levadura? —pregunté, y comencé a caminar hacia el cuarto de baño de la trastienda. Él entendió mis intenciones y trató de alcanzarme—. Jaime, te advierto que si intentas detenerme volverás a salir rodando por el suelo.

—No lo tires, por favor —pidió desesperado a mi espalda, pero eché todo el polvo a la taza del váter y pulsé la cisterna—. No, no —sollozó arrodillándose en la puerta junto a mis piernas, abatido—. Era para venderla —exclamó.

—¿Eres un traficante?

—No, pero les debo mucho dinero. Iba a venderla por el doble de lo que me cuesta para pagarles, al menos una parte… —lamentó sentado en el suelo, con los brazos sobre las rodillas y la cara escondida entre las piernas.

—¿Desde cuándo te drogas, Jaime? —requerí dolida. Él enfrentó mis ojos antes de responder con los suyos castaños, húmedos y enrojecidos.

—Desde que me di cuenta de que era el único momento en el que no echaba de menos a mi hermana muerta —alegó, aguardando destrozarme con aquella frase. Probablemente lo hubiese hecho, la antigua Anna se habría derrumbado ante semejante afirmación, pero mi hermano estaba a punto de descubrir que yo no era la misma.

—¿En serio? Mira —pedí abriéndome varios botones de la camisa de gasa, mostrándole las señales de mi cuerpo, la cicatriz, como una cuchillada, de mi cuello, oculta bajo el cabello suelto, secuela de la mordida de un vampiro; mis hombros marcados: el hombro derecho por una bala, y el izquierdo con el vestigio del profundo orificio ocasionado por una estaca. Alcé mi blusa para mostrar otra herida

de bala en mi vientre, mi hermano me observó con los ojos desencajados, incapaz de asimilar tanto dolor en mi menudo cuerpo—. He estado al borde de la muerte demasiadas veces, Jaime. No vengas a contarme cuentos, no tienes excusa, no la hay para intentar matarte poco a poco.

—¿Y qué más da vivir que morir? —se envalentonó, recuperándose del impacto que le habían producido mis cicatrices.

—Quieres morir, ¿es eso? —dije, y antes de que la última palabra de mi pregunta alcanzase sus oídos de un salto me había desplazado hasta la metálica mesa de aluminio en la que papá solía extender las napolitanas de chocolate y había tomado el afilado cuchillo con el que las cortaba. Ya a su lado, lo coloqué en su cuello, justo bajo su mentón—. Vamos, repítelo, di que quieres morir, porque te prefiero muerto antes que hecho un despojo humano tirado en la calle. Nos ahorraremos mucho sufrimiento ambos y a nuestros padres —aseguré con una determinación abrumadora, y comprobé cómo sus ojos destilaban miedo, casi terror, creyéndome capaz. Por supuesto jamás lo hubiese hecho, pero él no lo sabía.

—No, no, no quiero morir —gimió y rompió a llorar, atemorizado. Entonces retiré el cuchillo de su garganta, lanzándolo lejos y le abracé.

—Voy a ayudarte, Jaime, pero tienes que dejarme.

—Lo siento, lo siento de veras —se lamentó entre mis brazos, rindiéndose, descolocado por mi reacción—. Co… ¿Cómo has hecho eso? —requirió mirando hacia la mesa metálica, tratando de entender mi velocidad.

—Hay muchas cosas en mí que han cambiado, Jaime —señalé, y fue consciente de que no podía añadir nada más. Mi hermano respondió abrazándome con fuerza y supe que era sincero.

Sostenía entre mis manos la taza de aromático café que acababa de servirme en la cocina y caminaba en dirección al salón cuando el timbre de la puerta sonó.

Habíamos almorzado los cuatro juntos y papá había vuelto a acostarse, pues según nos había contado no logró conciliar el sueño por la mañana, algo habitual cuando el vecino de arriba faltaba a la universidad y le daba por ensayar con su batería. Y Jaime, una auténtica tumba durante la comida después del *incidente*, había salido con los amigos hasta la hora de volver a abrir la panadería, evitándome quizá. Mamá y yo habíamos pasado la tarde viendo la televisión, aguardando la llegada del primaveral atardecer para salir a dar un paseo por la playa.

—Yo voy, mamá —advertí regresando el anillo que guardaba en el bolsillo del pantalón vaquero a mi dedo. Me dirigí a la puerta y la abrí.

Ante mí encontré unos hermosísimos ojos de jade, extremadamente brillantes, casi resplandecientes, y recibí una amplia sonrisa cerúlea como respuesta a mi absoluta estupefacción.

—Cy-rus, ¿qué haces aquí? —alcancé a decir.

—Uhm, café, gracias —dijo arrebatándome la taza de cerámica de las manos y adentrándose en el pasillo de mi casa con sus andares de digno burgués. Cerré la puerta tras él—. ¿Esta es tu forma de recibir a los amigos?

—¿Qué haces aquí? —insistí en voz baja mientras el swap daba un sorbo a mi bebida.

—¿Aún lo preguntas?

—¿¡Quién es!? —preguntó Adela desde el salón acomodada en el sofá.

—¡Nadie! ¡Publicidad! ¡Ahora mismo voy para allá, mamá! —grité para que me oyese. Abrí la puerta de mi habitación y agarrando a Cyrus del brazo le metí dentro.

—Eh, tenía curiosidad por ver tu dormitorio —aseguró contemplando la estancia, fisgoneándolo todo con sus ojos sobrehumanos. Dejó la taza vacía sobre la cómoda —. Un poco soso, infantil…

—¿Es que ahora eres decorador? —solté, y él me miró ofreciéndome una de sus características sonrisas ladeadas—. Vamos, Cyrus, dime qué has venido a hacer aquí.

—La pregunta correcta sería ¿qué esperaba la famosísima, la profética, la heroica Dama de la Luz que ocurriese cuando dejara a su querido rey sin contacto telefónico durante tooooda una larga y sombría noche? —requirió con sobreactuado dramatismo, como si representase una tragicomedia griega exclusivamente para mí —. Cuando tiene a su rey doce horas, setecientos veinte minutos, cuarenta y tres mil doscientos segundos sin recibir señales de vida… He aquí la respuesta —afirmó indicándose a sí mismo con las palmas de ambas manos hacia arriba—. Pedirme que haga el favor de investigar.

—¿Por una noche? ¿Por una puñetera noche? —repetí incrédula, sentándome en la cama. Cyrus contemplaba la fotografía de mi graduación de pie frente a la cómoda.

—Bueno, da gracias de que le convencí para venir yo solo. Si en cuanto anochezca no le llamas personalmente aparecerá aquí con todo el séptimo de caballería —advertía curioseando ahora mi pizarra de corcho—. Aquí faltan fotos, ¿verdad? ¿Fotos comprometidas? —sugirió enarcando una ceja, pícaro.

—Pe… Pero… ¿es que estamos locos o qué? ¿Por una noche, una noche que me olvidé de encender el móvil?

—Pues aquí estoy —concluyó Cyrus, fingiendo aburrirse con mi insistencia en restar importancia a mi error y girándose para mirarme, pestañeando y sonriendo de nuevo.

—Hala, pues ya me has visto, ¿no? Te regresas y le dices a ese monarca paranoico que estoy bien —resolví incorporándome de mi asiento. Cyrus negó con su afeitada cabeza azul.

—Negativo. —Su antes bonita sonrisa comenzaba a irritarme.

—¿Eh?

—He venido a quedarme.

—Ni hablar.

—A ver, sus palabras exactas fueron: «O te pegas a ella como una lapa, de noche

y de día, hasta que estés completamente seguro de que está a salvo, o me la traes de vuelta, por los pelos si hace falta. Tú decides» —concluyó, insoportablemente complacido con su encomienda, haciéndome hervir de ira.

—Cyrus, ni se te ocurra… —le amenacé con mi dedo índice, incorporándome y dando unos pasos hacia él.

—Eh, vamos, no mates al mensajero.

—¿Y si el mensajero disfruta más de la cuenta de su encargo? —sugerí, y él echó a reírse, divertido—. ¿Cómo piensas obligarme?

—¿Así? *Hattumus, ipso achiatum*… —comenzó a recitar señalándome con su mano y sus ojos verdes resplandecieron un instante.

—No te atrevas Cyrus Van der Waals —traté de detener su hechizo.

—*Asutumun ist* —finalizó su conjuro y mi cuerpo quedó paralizado por completo, de cuello para abajo no podía mover ni un solo dedo por más que lo intentase, era como si estuviese completamente anestesiada desde la nuca hasta los pies—. Te lo repito, apiádate del mensajero —se burló.

—¿¡Anna, qué pasa!? —requirió mi madre al otro lado de la puerta. El nigromante hizo que el pestillo se cerrase silenciosamente, sin mover un solo dedo, solo mirándolo. Adela trató de abrir pero encontró la puerta atrancada—. ¿Quién está ahí contigo?

—Tú decides —susurró el swap ladeando la cabeza, con un aire de resignación que no le pegaba nada—. Convénceme de que estás a salvo, durante un par de días, y me vuelvo para Gran Bretaña. O te echo al hombro y regresamos ahora mismo.

—¡Estoy bien mamá! ¡Dame un segundo! —grité—. Está bien, Cyrus, tú ganas, te quedas, un par de días —consentí, qué remedio me quedaba.

—Yo no gano. Martin Robinson, ¿recuerdas?

—Sí, ya hablaré con él esta noche, suéltame —admití conteniendo la rabia que me producía. Se le estaban subiendo los humos al nuevo monarca y tendríamos una pequeña charla al respecto.

—*Ioste sum liberum* —dijo, y volví a regir sobre mis extremidades.

Caminé hasta la puerta y la abrí. Mamá se sorprendió al encontrar a un muchacho en mi habitación, aunque no tanto como si hubiese contemplado al auténtico Cyrus. Ella solo veía a un humano joven y no al semidemonio de piel azulada que acababa de liberarme de un poderoso hechizo en el que me había atrapado.

—Mamá, este es Cyrus, un amigo, de Londres —le presenté. El nigromante caminó hasta mi madre, y tomando su mano como en una película antigua la besó, lo cual impresionó sobremanera a Adela.

—Un amigo muy especial —añadió el swap en español. ¿Por qué me sorprendía que hablase castellano? Probablemente hubiese tenido la misma soltura en polaco, ruso o en sánscrito—. Anna y yo somos pareja —aseguró, y le taladré con mis ojos verdes.

—Oh, entiendo —afirmó Adela gratamente sorprendida por sus modales y su

enmascarada planta.

—Cyrus, ella es Adela, mi madre —le presenté, con una sonrisa forzada.

—Tan encantadora como su hija —dijo, halagándola descaradamente.

«Pelota», pensé. «¿Y qué esperabas? Tengo que ganarme a mi suegra», oí la inconfundible voz de Cyrus dentro de mi cabeza. Busqué rápidamente sus ojos pero él permanecía atento a mi madre, como si nada pasase. «¿Qué haces dentro de mi cabeza?», pregunté en mi mente. «Divertirme un poco».

—Bueno, vamos al salón —pidió mamá adelantándose por el pasillo. «Fuera, fuera, Cyrus», exigí.

El nigromante me cedió el paso caballerosamente para abandonar la habitación, alcanzándome en el pasillo.

«A tu madre le he caído muy bien».

«No te atrevas a espiar los pensamientos de mi familia y mucho menos a hechizar a mi madre».

«Oh, vamos, no dudes así de mi atractivo personal», dijo el swap en mi cabeza cuando atravesábamos el umbral del salón.

Eché a reír inevitablemente, mi madre me miró desconcertada, habíamos caminado en silencio tras ella durante todo el corredor, qué podía resultarme tan gracioso. Contuve la risa y me desplomé fastidiada en el sofá. Cyrus tomó asiento a mi lado.

—¿Quieres tomar algo? —ofreció mamá como buena anfitriona.

—No gracias, es usted muy amable.

—Por favor, no me hables de usted —pidió Adela gratamente impresionada por los modales de mi amigo especial—. Y bien… Bueno, ¿cómo os conocisteis Anna y tú? —requirió entusiasmada por oír la respuesta; también yo.

—Nos presentó un amigo común —relató Cyrus, y era cierto, fue William, el vampiro de ojos de cielo, quien organizó nuestro encuentro—. Anna me impresionó gratamente así que la invité a acompañarme a un acto social y ella aceptó —completamente cierto todo, si obviábamos el pequeño detalle de que aquel acto social fue la frustrada coronación de Patrick White y yo resulté herida de muerte durante la contienda—. Su hija es realmente única —ironizó malévolo, pero la expresión de su rostro tan solo reflejaba seriedad, así que mamá sonrió complacida por el supuesto cumplido. Yo le oía molesta, a su lado, y el swap tomó mi mano entre las suyas acariciándola suavemente.

«No te pases».

«Vamos, relájate, esto hace muy feliz a tu madre, la hace pensar que eres feliz, que ya no te acuerdas del moreno ese de ojos grises. No ha pensado su nombre, solo su rostro».

Ante aquella perspectiva me conformé. Sí que tuviese un nuevo novio la hacía

feliz, podía fingir un rato, así que relajé mi mano entre las suyas, cálidas, suaves como el satén.

—Cyrus y yo nos conocimos antes de que todo sucediese mamá —apunté. El nigromante desconocía la historia que yo había contado a mis padres. Me miró, asintiendo sin demasiada convicción—. Antes de que atacasen a mi jefe, de que tuviésemos que huir y todo lo demás, y después, junto a los agentes de protección de testigos él me ayudó, mucho, para que pudiese volver a casa —relaté con detalle, para así informarle de cuál había sido la versión que conté a mi familia a mi regreso.

—Fueron unos días realmente horribles, una auténtica pesadilla. Creyendo que había muerto, he sufrido tanto por ella… que no puedo imaginar cuánto lo habrán hecho ustedes, sus padres —aseguraba severamente compungido, un auténtico actor el swap; los ojos de Adela se empañaron levemente al oírle, para sonreír después alentada.

—Mucho, hijo, mucho —admitió mi madre sin que la mueca de felicidad abandonase sus labios un instante—. Pero esos días ya pasaron, y aquí la tenemos de vuelta. —Cyrus asintió, feliz, apretujándome los dedos de la mano izquierda, presos entre las suyas.

—Lamento haber sido tan descortés de presentarme así, sin avisar, pero después de lo sucedido, estos días sin ella han resultado eternos para mí. Necesitaba verla, aunque fuese un instante —decía Cyrus a punto de obtener el Óscar al yerno ideal.

—Oh, no, claro que no, estás en tu casa —con aquella frase mi madre me descubrió que realmente el nigromante no solo la había convencido sino que además le había caído realmente bien.

Oímos cómo se abría la puerta de entrada y alguien recorría veloz el pasillo en nuestra dirección.

—¡Un Ferrari! ¡Abajo hay aparcado un Ferrari rojo! —exclamó excitado mi hermano antes de travesar el umbral del salón.

Miré automáticamente a Cyrus.

«¿Un Ferrari?».

«¿Qué? No esperarías que me desplazase en un utilitario».

«Oh, ¿y por qué no has venido en hidroavión hasta La Caleta[3]?».

«No se me ocurrió», proclamó guiñándome un ojo.

—Buenas tardes —saludó Jaime a nuestro invitado observándole atentamente, sorprendido al descubrirle, y más aún de encontrar mi mano izquierda prisionera entre las suyas.

—Buenas, soy Cyrus —dijo el swap incorporándose, ofreciendo cortésmente una de sus manos azuladas. Por suerte su hechizo le hacía parecer un humano corriente ante los ojos de ambos. Yo le observaba con su cabeza azul pelada, sus labios violetas, sus orejas de punta y sus ojos sobrecogedoramente brillantes como esmeraldas, y resultaba increíble que mi hermano, en lugar de salir huyendo despavorido, estuviese estrechando tranquilamente su mano. Al contrario que los

no-muertos, la temperatura corporal del swap era similar a la humana y su tacto no resultaba frío como el hielo.

—Cyrus es… bueno, él es la pareja de tu hermana, y este es mi hijo Jaime —les presentó prudentemente Adela. Yo permanecía estática en el sofá, preguntándome cuándo acabaría aquella representación y cómo. Cyrus volvió a sentarse y a recuperar mi mano.

—Veo que te ha gustado mi coche.

—¿El Ferrari es tuyo? —alucinó Jaime sin molestarse en disimular.

—Sí, claro —respondió orgulloso el nigromante, y mi hermano buscó mis ojos con urgencia; ahora su hermana no solo conducía un Mercedes sino que además tenía un novio con Ferrari.

—Tal vez no te importaría dar una vuelta a Jaime en el Ferrari, ¿verdad? —ofrecí urgida de soltar su mano, fastidiarle un rato y de camino congraciarme con mi hermano tras nuestra disputa—. Hasta podrías dejarle conducirlo.

«Vamos, Anna, vale casi un millón de dólares».

«¿Qué es eso para ti?».

—Oh, acabo de llegar, *cariño* —trató de excusarse, el cariño lo añadió a mala idea.

—Por favor, me haría tan feliz… —pedí con ojitos mimosos, metiéndome en mi papel. ¿Cómo podría resistir un verdadero novio enamorado algo así?

«Supongo que no pasa nada por dejarte sola cinco minutos». Aceptó de mala gana.

—Está bien. ¿Te apetece, Jaime?

Cyrus se marchó con mi hermano en dirección al flamante Ferrari rojo aparcado junto al portal, dejándome a solas con mamá. Sabía lo que seguía, así que traté de evitarlo levantándome de mi asiento para huir a mi habitación, pero Adela capturó mi brazo al pasar por su lado, deteniéndome, y sus pequeños ojos castaños sonrieron para mí.

—Cariño, es encantador —confesó feliz—. Me alegro de que hayas encontrado a alguien que te merezca.

Y lo había encontrado. Cuánto me gustaría poder contarle lo enamorada que estaba, pero no del nigromante. Sin embargo era demasiado complicado.

—Me alegra que te guste.

—No importa lo más mínimo, pero… es rico, ¿verdad? —preguntó inocente. Rico se quedaba corto para Cyrus.

—Sí, Cyrus es empresario y las cosas le van muy bien. —Quizá el hecho de que en ocasiones pudiese vislumbrar el resultado de sus inversiones en bolsa, por ejemplo, o que sus hechizos echasen una mano a la hora de aceptar los proyectos de sus múltiples empresas ayudaba en algo.

—¿Tan joven? Pensaba que tenía un padre millonario o algo así —requirió mamá, aún más complacida. Dudaba de qué edad aparentaba Cyrus con su máscara mágica,

y desconocía si su edad real podía medirse en décadas o siglos.

—No, Cyrus no tiene padres, murieron hace mucho —inventé. Era mucho más fácil contar esto que revelarle que era un semidemonio, un híbrido, hijo de un vampiro y una mujer demonio marina—. Y sí, en realidad es impresionante —resolví tratando de proseguir mi camino. Oía a mi padre levantándose en el dormitorio. Mamá sonrió al distinguir aquel sonido familiar. Ahora tocaba ponerle al día de que su hija tenía novio y de que este había venido a visitarlos. Me urgía largarme de allí —. Voy a hacer un recado, vuelvo en un rato —indiqué, y recorrí veloz el pasillo hasta la puerta.

Papá no era tan fácil de conquistar como Adela, incluso con Marcos, después de cinco años de relación se mostraba serio y distante. Mi ex temía quedarse a solas con él porque, según aseguraba, no le dirigía la palabra más allá de lo justo y necesario y podían pasar minutos en silencio. Hugo era lo que diríamos un hueso duro de roer. Cyrus tendría que vérselas con él a su regreso, y me divertía imaginar la situación, pues no lo tendría tan fácil, y yo planeaba no estar presente para que papá no contuviese sus instintos de criminólogo por temor a molestarme. Aun así, estaba segura de que el nigromante saldría airoso del encuentro, hallaría la respuesta adecuada a todo lo que mi padre le preguntase, pues tan solo tenía que leer en su mente lo que él esperaba oír.

Sabía que a Adela la hacía feliz pensar que había rehecho mi vida, que definitivamente había arrancado a Marcos de mi corazón. Después de verme caer tan bajo tras nuestra ruptura, aquella nueva Anna desenvuelta, ilusionada con un nuevo amor —y sobre todo viva— resultaba medicinal para su alma dolorida. Pero a mí no me agradaba lo más mínimo mentirle, aun así, cómo explicaría si no que aquel muchacho tan atractivo a sus ojos pasase la mayor parte del tiempo a mi lado —convertido en una especie de agaporni sobre mi hombro— según pretendía, sin que sospechase que era un espía, o mi guardián o cualquier cosa peor. Definitivamente era mejor así.

Cerré la puerta tras de mí, comprobando nuevamente que el anillo continuaba en mi dedo. ¡Ah, Cyrus, cuánto te fastidiará no encontrarme a tu regreso! En ese momento, la puerta del apartamento de Marcos se abrió, como si hubiese estado aguardando mi salida, espiando tras la mirilla. Me apresuré tratando de escapar de un nuevo encuentro con él, en dirección a las escaleras, fingiendo no haberle escuchado salir.

—¡Anna! —llamó a mi espalda, frustrando toda huida. Mi corazón se paralizó, mi nombre pronunciado imperativamente por sus labios resultó demasiado cercano para mis oídos, y temí que me hubiese descubierto, que finalmente lo hubiera echado todo a perder con mi incapacidad para camuflarme—. Hola.

—Hola —repetí girándome, tirando de las comisuras de mis labios hacia detrás para forzar una sonrisa.

—¿Podemos hablar? —preguntó escrutándome con sus enormes ojos grises.

Hallé turbación en su rostro, pero no sorpresa, ni estupefacción o miedo. No me había descubierto, por lo que ahora sí que no tenía ni idea de qué querría de mí.

—Tengo algo de prisa —afirmé retomando mi falso acento.

—Por favor, será solo un segundo —pidió con ojos de cordero degollado. Fui incapaz de darle un no por respuesta, y furiosa conmigo misma caminé hasta él, que se apartó de la puerta ofreciéndome pasar dentro.

Su apartamento, de estructura exactamente idéntica al de mis padres, fue automáticamente reconocido, metro a metro, fotograma a fotograma, por mis ojos. Debí fingir que esperaba a que me guiase a su habitación, que ciertamente sabía que era la primera a la izquierda. Al parecer estábamos solos, no percibía ruidos en el resto de la casa.

—Tú dirás —apremié en cuanto estuve en su dormitorio. Oh, aún guardaba una de mis fotografías pegada en la puerta de su armario junto con muchas otras; sentí ganas de arrancarla de allí. Cuantas veces habíamos pasado la tarde echados sobre aquella cama de forja que ahora me parecía la de un faquir, llena de afilados pinchos.

—Siéntate, por favor —pidió ofreciéndome la silla de su escritorio.

—Estoy mejor de pie.

—Está bien, veras… —dudaba. Lo observé atenta, tranquila: fuese lo que fuese lo que quisiera de mí no había nada que temer, podría noquearle con un solo golpe en caso necesario—. Esto es un poco violento para mí, disculpa que te llame así, sé que no nos conocemos de nada pero necesito hablar contigo un tema que me lleva quemando las entrañas demasiado tiempo —decía con la mirada perdida en el suelo, mostrando su incomodidad, frotándose el dorso de una mano con la otra, nervioso.

—¿Conmigo? —pregunté verdaderamente desconcertada.

—Se trata de Anna. Si fuisteis tan buenas amigas, estoy seguro de que sabes quién soy yo, ¿verdad? —temió alzando los ojos plomizos en busca de una respuesta.

—El cerdo que le puso los cuernos —me regodeé, manteniendo mi dicción forzada, aunque el insulto sonó un poco más español de la cuenta. Su mirada volvió a caer al suelo. Me sentí poderosa, de pie frente a él, con el rostro en alto mientras él se mostraba cabizbajo, abochornado.

—Me temo que sí —admitió asintiendo rítmicamente un instante, mientras reflexionaba sobre lo que iba a decirme—. Fue algo terrible que no voy a excusar porque no hay excusa; fue un error del que me arrepentiré toda la vida —confesó dolido, al fin, pues le conocía lo suficiente como para reconocer el dolor bajo su mandíbula apretada—. Anna… no era feliz a mi lado, yo sentía que no era lo suficientemente bueno para ella. —Aquella revelación me dejó estupefacta—. Ella era demasiado especial, demasiado perfecta, era como si… como si me hubiese enamorado de una estrella, que brillaba tanto que su luz me cegaba, me eclipsaba, porque jamás estaría a su altura. —Su confesión me sorprendió tanto, ¿realmente había pensado aquello? ¿Que no era suficientemente bueno para mí? ¿Por qué jamás me lo dijo?—. Le hice demasiado daño y cuando se marchó… por mi culpa, tuvo que

huir porque ni siquiera soportaba verme. Me di cuenta entonces de lo mucho que la echaba de menos, y luego… cuando supe que había muerto… —Ahora no pudo controlar sus lágrimas, que fluían veloces por sus mejillas encendidas, empapándolas. No me miraba, continuaba con la cabeza gacha—. Jaime incluso me echó del tanatorio; me culpaba de su muerte. —Sollozó y, al contrario de como tantas veces había imaginado e incluso fantaseado con disfrutar de aquel momento, de Marcos completamente derrotado sufriendo por todo lo que me había hecho, sentí lástima por él. Incluso tuve la estúpida tentación de acudir a consolarlo, pero fijé mis pies con fuerza al suelo para no moverme ni un milímetro. Entonces enfrentó mis ojos antes de proseguir—. Y lo peor es que tenía razón, yo le destruí la vida, por mi culpa fue a Londres y por mi culpa murió. —Marcos trataba de tragarse sus lágrimas, de contenerlas ante aquella mujer impasible que le observaba sin un ápice de emoción, cara de póquer vampira.

—Perdóname, Marcos, pero creo que te equivocas. —Me decidí a interrumpirle, sus palabras me habían sorprendido, porque nunca hubiese pensado que mi entonces novio hubiese llegado a sentirse así, como él había dicho, eclipsado por mí. Pero nada más, ningún otro sentimiento hacia él embargaba mi corazón. Él enjugó sus lágrimas mirándome confuso—. Obviamente nunca serás mi persona favorita en el mundo por lo que le hiciste a mi amiga, pero de ahí a pensar que Anna era tan solo una novia despechada que murió loca de amor por ti va un mundo. Anna me dijo que se marchó porque quería empezar de nuevo en otro sitio, estoy de acuerdo en que tú ayudaste algo en eso, pero puedo garantizarte que fue muy feliz en Londres. Allí conoció a gente que la quiso de verdad, a auténticos amigos dispuestos a dar la vida por ella, e incluso no debería decirte esto, pero se enamoró de alguien que sí la merecía, de alguien que sí estaba a su altura, y la hizo muy muy feliz.

—Lo dices para que no me sienta culpable de su muerte —masculló incrédulo.

—Me importa un pimiento cómo te sientas —protesté igualmente soberbia y altiva, sin un ápice de emoción—. Esa es la verdad, Anna encontró al hombre de su vida en Londres —a uno de los hombres de su vida sonreí para mí— y solo lamento que careciese de más tiempo para disfrutar de ese amor. Aun así, creo que la conocí lo suficiente como para afirmar que aunque hubiese sabido que acabaría muriendo se hubiese marchado en busca de aquel destino que tan feliz la había hecho. Si lo piensas fríamente, creo que hasta le hiciste un favor. Y ahora, no tengo nada más que hablar contigo —concluí, y su rostro permaneció tan desconcertado como inmóvil mientras yo abandonaba su habitación y retomaba el pasillo para abandonar la casa.

Me sentí bien después de nuestra conversación, después de haberle dicho que no fui una mártir que murió consumida por el amor que sentía hacia él. Además, no creía justo dejarle pasar toda su vida culpándose por mi muerte cuando yo era relativamente feliz con mi presente. Era un cerdo, eclipsado y todo, pero un cerdo al fin y al cabo; aun así yo había superado nuestra violenta ruptura y él debía hacerlo también, por su propio bien. Aunque aquel no era mi problema, no entonces.

Capítulo 8

No puede ser

Bajé las escaleras despacio, repasando mentalmente nuestra conversación, preguntándome si me había dejado algo en el tintero, disfrutando con la imagen mental de su rostro catatónico por la sorpresa. La mía fue aún mayor cuando al enfrentar la reja del portal distinguí el ondulado cabello rubio de un vampiro. Corrí hasta esta como alma que lleva el diablo y abrí la verja apresurada, enfrentándome sin protección a sus gélidos ojos de cielo. William. El recuerdo de su rostro en mi mente no le hacía justicia alguna, ahora que de nuevo lo tenía frente a mí.

Estaba aturdida, ¿acaso soñaba? Había anochecido y las luces doradas del portal se reflejaban en su rostro de fina porcelana. Si se trataba de un sueño, no quería despertar.

—William —dije, y él desplegó para mí una de sus mágicas sonrisas de anuncio de dentífrico.

—¿Cómo estás, mi niña? —preguntó, abriendo los brazos para acogerme. No habría podido resistir la tentación de entregarme a ellos, así que ni siquiera lo intenté. Me envolvió contra su pecho con cuidado y besó mi frente con sus fríos labios. Inhalé el maravilloso perfume de su cuerpo, no comparable a nada, y tras unos segundos en los que hubiese deseado que el mundo detuviese su rumbo me obligué a separarme de él, despacio.

—¿Qué haces aquí?

—Estaba preocupado —dijo moldeando los finos labios con palabras, embrujándome de nuevo.

—¿Martin te ha enviado?

—No sirvo a Martin Robinson, ya lo sabes —apuntó con ternura en la voz. Mi recibimiento le había hecho tan feliz como a mí hallarle frente a mis ojos.

—¿Tammy…?

—No, ella no sabe nada de este viaje. Supe que Martin estaba preocupado porque te había perdido la pista y no dudé en tomar un vuelo privado, llegué poco antes del amanecer. Me alegra que estés bien —aseguró rodeando mi hombro con su brazo. Estaba realmente atractivo, el reflejo añil de la camisa sobre el rostro le sentaba bien, en realidad incluso un saco de patatas sentaría bien a su perfecta faz de Adonis griego —. ¿Tienes tiempo para mí?

—Siempre —aseguré recostando la cabeza sobre su hombro; ya que me había rendido a su contacto lo apuraría al límite.

—¿Podemos ir a algún lugar tranquilo para hablar?

—Sí, claro, ¿dónde te alojas?

El *sir* inglés se hospedaba en la residencia de un antiguo no-muerto en el centro de la ciudad. Como me había explicado en alguna ocasión, los vampiros tienen una especie de deber de acoger durante el día a sus congéneres en sus desplazamientos para garantizar su supervivencia. Resultaba obvio que los no-muertos andaban por todas partes, pero nunca había imaginado que encontraría a alguno que no fuese uno de los integrantes de *Los Trasnochadores*[4] en el barrio de la viña, solo que los *bocaitos*[5] de Rodrigo Olivié probablemente resultarían mucho menos gratos que los de la comparsa gaditana.

Rodrigo era un vampiro antiguo, había sido un hombre bajito, regordete y moreno, aun así tenía rasgos finos y su piel resplandecía tan pálida como la del resto de sus congéneres. No le sorprendió lo más mínimo ver que acompañaba a su huésped hasta la habitación que le había otorgado. Yo descendí la vista a los pies como suelen hacer los humanos ante los no-muertos y caminé tras William hasta el pequeño cuarto de paredes empapeladas, en el que tan solo había una cama aún intacta, una antigua cómoda y una silla con asiento de enea sobre la que reposaba su pequeña maleta. Sentí entonces una lejana vibración en el aire que me indicó que nuestro anfitrión acababa de marcharse con velocidad sobrenatural.

—¿Estás bien? ¿Por qué no contestaste a las llamadas del rey Martin? —requirió el *sir* inglés una vez que estuvimos a salvo de oídos indiscretos.

—Se me olvidó encender el móvil —confesé, y William negó con la cabeza. Era tan típico de mí, debía de estar pensando—. Lamento que hayas venido hasta aquí para nada.

—¿Para nada? Habría venido de todos modos, necesitaba saber que estás bien —aseguró, tomando mi mano entre las suyas de granito. Acarició mi muñeca delicadamente y un hormigueo comenzó a ascender por mi estómago hasta la garganta. Cuánto me turbaba tenerle frente a mí, y a la vez cuánto deseaba permanecer a su lado—. No quiero ni pensar que algo malo te pase.

—Recuerda que sé cuidarme sola —afirmé retirando mi mano de entre las suyas, fingiendo atusarme el cabello—. No soy tan débil.

—Es cierto. —Enfrentó mis ojos con el mar de su mirada. Su rostro hermoso enmarcado por aquellas delineadas cejas rubias. Y sus finos labios, cuyos besos tanto había anhelado, comenzaban a aturdirme de nuevo—. A veces olvido que no estoy enamorado de una simple humana —dijo de improviso con total naturalidad, provocando que hasta mis mejillas ascendiese irremediablemente un ligero rubor que él pudo percibir, provocándole una nueva sonrisa.

—Yo también te amo, William —solté de pronto, sin pensarlo, desconcertándole por completo. Su frente de mármol se arrugó aguardando una explicación—. Siempre te he amado, a pesar y por encima de todo, irracionalmente te he amado y te amo. Ayer, hoy, mañana y probablemente toda mi vida, que no sé cuánto durará, pero también amo a Shapur, tan intensamente como a ti. —Aquella información no le

resultó tan grata de escuchar. Giró el rostro rehuyendo mi mirada, fingiendo contemplar la pequeña cómoda de su habitación—. Sé qué es una locura, pero no puedo remediarlo.

—Puedo aceptar eso —dijo aún con la vista perdida en el infinito.

—¿Qué?

—Puedo aceptar que le ames también a él —aseguró sin enfrentar mis ojos—. Tú le compartes a él con sus amantes, ¿o crees que está guardándote castidad allá dónde está? Entonces, ¿por qué no puedo tenerte yo a ti? ¿Por qué no me dejas amarte? —requirió taladrándome con los ojos, que resplandecían como aguamarinas, dejándome sin habla por un instante.

—¿Qué…? ¿Qué quieres decir?

—Que sigas tus instintos, que hagas lo que está pidiéndote tu cuerpo. Te mueres por besarme desde que nos hemos encontrado. —Sus palabras me atravesaron. ¿Resultaba tan obvio que le deseaba?, ¿lo llevaba escrito en la frente? Probablemente, con letras fosforescentes.

—¿Ahora también tú lees la mente? Vamos, William… —dije tratando de ser sarcástica, pero en absoluto sonó del modo despreocupado que me hubiese gustado.

Asió delicadamente mi rostro entre sus manos, mi corazón se aceleró al contacto de su acerada piel, e inclinándose apretó sus labios contra los míos, besándome con dulzura. Irremediablemente respondí a su beso, anhelaba el ártico contacto de su boca, de su lengua que se encendía al roce con la mía. Los colmillos surgieron por la excitación y todo mi cuerpo se estremeció deseando ofrecerle mi sangre, ansiando que me tomase, que bebiese de mí. El suave roce de sus caninos en mi boca fue enloquecedor, todo dejó de importar lo más mínimo mientras me consumía en la pasión de su beso. No podía continuar negándomelo, necesitaba el contacto de su cuerpo.

Sus labios, fundidos con los míos, eran un billete al paraíso. Pero me detuve abruptamente, consciente de que si continuaba, entregándome a él por completo tal y como deseaba con todo mi ser, ya no habría marcha atrás, permanecería esclava de su piel para siempre. Estaba segura de ello y William no era para mí, no podía permitirme quedar prisionera de su encanto, ciega, rendida a su voluntad.

Me aparté de él, hui de su boca venciendo mis instintos, que rugieron en mi interior exigiéndome todo lo contrario. Durante unos segundos de silencio, únicamente interrumpido por mi jadeante respiración, permanecí de pie a su lado, incapaz de enfrentar sus ojos de nuevo.

—No puede ser, William, no puede ser —suspiré.

—Pero es lo que deseas —dijo dando un paso hacia mí, lo que me hizo dar a mí un paso atrás, pegando mi espalda contra la pared de la habitación.

—Sí, claro que es lo que deseo, pero tú… ¿Cómo puedes asegurar que estás dispuesto a compartirme?

—Porque si es la única forma en la que puedo tenerte, estoy dispuesto a ello, ¿no

ves cuánto te amo? —preguntó arrugando el entrecejo. El reflejo dorado de la luz de la habitación originaba sombras en su rostro perfecto, siluetas que variaban de posición a la vez que se movía.

—William, no le pedí a Shapur que me guardase castidad. Cuando se marchó le dije que era completamente libre, que hiciese su vida con total libertad porque no podíamos estar juntos —confesé mientras mis manos, apoyadas en la espalda contra la pared, percibían el frío húmedo que desprendía esta. Quizá ello ayudase a sofocar el incendio que me consumía en mi interior—. Las circunstancias nos separaban irremediablemente y ambos debíamos seguir adelante, no es ese el problema —expuse.

—¿Entonces, cuál es? Yo estoy aquí y te amo y sé que tú me amas a mí —rogaba apretando los finos labios en una mueca de incomprensión que recorrió todo su rostro níveo. Pronto su expresión cambió ante mi mutismo, tiñéndose de malestar—. Ah, entiendo, continúas sin fiarte de mí.

—Lo lamento, te confiaría mi vida, de hecho está en tus manos desde que descubriste mi secreto. Pero sé, estoy segura, que tarde o temprano me partirías el corazón y no puedo volver a pasar por eso, no contigo, porque te amo como jamás imaginé que podía amarse. No podría soportar que me hicieses daño —confesé sinceramente. William se movió con velocidad sobrehumana, desapareciendo un segundo ante mis ojos para reaparecer sentado en la cama, abatido, apoyando los antebrazos en las rodillas. Me dispuse junto a él y reposé la cabeza sobre su hombro.

—Yo jamás te haría daño, te quiero y te demostraré que te equivocas —musitó cogiendo mi menuda mano entre las suyas, delicadas, suaves, gélidas.

—Yo también te quiero —dije cerrando los ojos para volver a deleitarme con el perfume de su cuerpo.

Tras unos minutos envueltos por el silencio, más confortable que las palabras, pareció despertar del estatismo que le había envuelto y volvió a rodear mis hombros con su brazo en una caricia cargada de ternura.

—¿Por qué has dicho que si también yo leo la mente? ¿Quién lee la mente? —preguntó rompiendo el hielo.

—Cyrus.

—¿Cyrus está aquí? —dudó sorprendido.

—Sí, Martin le envió. Está en mi casa, probablemente ya habrá vuelto de pasear a mi hermano en su lujoso Ferrari. Se ha presentado como mi pareja ante mi familia —le informé, resignada ante lo sucedido, y William emitió un pequeño rugido mostrando levemente los colmillos, que se retrajeron veloces—. Eh, tranquilo, creía que Cyrus era tu amigo.

—No me gusta cómo te mira —concluyó esforzándose por recobrar la naturalidad en su expresión. ¿Celos?—. Tengo algo que contarte —aseguró cambiando de tercio —. Según Olivié el submundo de tu ciudad anda un poco agitado, al parecer una mujer, una humana, atacó hace un par de noches a dos vampiros con una fuerza y

agilidad desconocidas. Esto hizo que las autoridades descubriesen un cadáver desangrado en el maletero del vehículo en el que se desplazaban y que haya una investigación, tan peligrosa en este caso para la raza vampira que tienen movilizado a todo el gobierno local, buscando al agente que pudo verlos y a ella para eliminarlos.

—Culpable —dije alzando la mano con pesar, como un alumno en clase, y William me observó estupefacto. Después rompió a reír a carcajadas. Yo, que no lograba entender el motivo de su desternillante risa, le contemplé molesta, retiré su mano de mi hombro y crucé ambos brazos sobre el pecho, disgustada.

—Anna, ¿solo tres días y armas la de San Quintín? —se rio, recuperando el brillo de sus ojos celestes, antes apagados por mi rechazo, lo cual me reconfortó, aunque no tanto por estar burlándose de mí—. Eres una bomba ambulante.

—Gracias, y son cuatro días, no tres —protesté.

—Bueno, no me preguntes por qué, pero algo sospechaba —confesó divertido—. Entonces hay dos opciones para tratar de arreglar todo este desaguisado. La primera: huir sin que nadie sepa quién eres, que es lo más conveniente, y ya se cansarán de buscarte por aquí.

—No pienso marcharme, aún no. ¿Y cuál es la otra opción?

—Y la segunda, y menos apropiada —puntualizó regresando su mano a mi hombro, apretándome con suavidad contra su cuerpo de granito—, que te presentes con permiso de Martin Robinson como sierva del rey de Gran Bretaña y muestres tus más sinceras excusas a la gobernadora. Explicando quién eres sabrán que no hay por qué temer que reveles su naturaleza. Pedirán un castigo o una recompensa por tu afrenta, pero dado que se trata de la Dama de la Luz es considerable una gran benevolencia en ambos casos.

—¿Y el guardia?

—El guardia será eliminado, obviamente, no puede continuar con vida después de haber visto el rostro de un vampiro —sentenció convencido, encogiéndose de hombros como si acabar con la vida de aquel agente fuese algo completamente inevitable, un acto de justicia divina.

—Pero si nadie le cree, todos piensan que está loco…

—¿Has hablado con él? —preguntó apoyando ambas manos en la cama a su espalda. Relajó el peso de su cuerpo sobre sus brazos y las ondas de su cabello dorado se mecieron con el suave movimiento, emitiendo mil reflejos brillantes como el oro. Mi percepción del mundo también había variado con el descubrimiento de mi naturaleza, era como si mis ojos, mis oídos y mi tacto hubiesen estado vendados con un velo gris que les impedía desarrollarse completamente. Ese velo ahora había sido retirado, permitiéndome descubrir una realidad mucho más compleja de la que había conocido hasta entonces. Ahora podía apreciar, por ejemplo, cada destello de la hermosa cabellera de William.

—Sí, tuve que declarar en comisaría y hasta yo le hice quedar como un loco ante su superior, no hay peligro —respondí cuando su turbadora estampa de modelo

nórdico posando para la revista *Vogue* me lo permitió.

—Aun así, lo eliminarán.

—No puedo permitirlo —susurré, pero William pudo oírme tan claramente como si lo hubiese gritado por un megáfono. Su cuerpo se envaró entonces, y, tenso, giró su rostro hacia mí, inexpresivo, calculador, tirante.

—Olvídalo —sentenció sin posibilidad de réplica—. No te vas a enfrentar a toda la comunidad vampira del sur de España —me advertía mientras yo reflexionaba acerca de la forma de salvar a aquel agente estirado que me había multado con seiscientos euros. Quizá fuese un antipático, pero no podía permanecer impasible ante su muerte premeditada. Además, yo sabía lo que dolía la mordida no-placentera de un vampiro, aquella en la que el no-muerto no liberaba endorfinas en la sangre para menguar la sensación dolorosa, ni anestésico sobre la piel al desgarrarla. No deseaba aquello para nadie ni podía simplemente cerrar los ojos e ignorarlo, no cuando aún podía hacer algo por salvarle.

—Hablaré con él, lograré que huya, que se marche de aquí…

—No, no lo harás —advirtió con determinación, firme—. ¿Es que no recuerdas quién eres? ¿Quieres provocar una guerra contra Martin Robinson?

—¡Martin! Dios mío, tengo que llamarle por teléfono o se presentará aquí. Tengo que volver a casa, me he dejado el móvil en mi habitación —dije incorporándome apresurada. Cómo podía haberlo olvidado. Resultaba obvio, después de encontrar a William en mi portal simplemente todo había quedado eclipsado tras el fulgurante brillo de sus ojos de zafiro.

—Te acompaño.

Capítulo 9

Rey de la soberbia y la prepotencia

Llamé al timbre y mamá abrió la puerta, hallándome a solas, recibiéndome con una sonrisa. Me deshice del anillo mágico y caminé hasta el salón donde oía la inconfundible voz de Cyrus conversar con Hugo. Al parecer, y al contrario de todo pronóstico, mi nuevo novio también había resultado de su agrado y conversaban amigablemente sentados en los cómodos sofás de cuero. Me crispó los nervios encontrarlos departiendo tan ricamente. ¿Cómo podía mi padre haberme fallado de aquella forma?

Cyrus me observó con un atisbo de furia en el fondo de sus ojos esmeralda. Fue un instante, imperceptible para ojos humanos. Luego puso en su rostro una fingida muestra de complacencia por tenerme de vuelta.

—Buenas noches, papá, ¿no tendrías que estar ya en la panadería? —advertí.

—Sí, claro, tengo que marcharme. Ha sido un placer conocerte, Cyrus —aseguró dándole un amigable golpecito en la espalda. Definitivamente el nigromante debía de haber hechizado a mi padre para que se comportase de un modo tan amistoso con el novio de su hija—. Hasta mañana, cariño —dijo al pasar junto a mí, y me besó en la frente.

—Bueno, Cyrus, supongo que estarás cansado por el viaje. Te apetecerá ir a tu hotel y acostarte temprano… —Traté de despedir al swap, pues me había citado con William en mi habitación en cuanto lograse deshacerme de él. Adela, que regresaba de despedir a papá en la puerta me alcanzó y se abrazó a mi brazo cariñosamente. El nigromante esbozó una amplia sonrisa, malévola.

—Cyrus va a quedarse a dormir aquí. Sería una grosería por nuestra parte dejarle dormir en un hotel —advirtió amablemente mi madre, y entendí el porqué del gozo del swap.

—¿Qué? Pe-ro, pero el cuarto de Jaime es muy pequeño y…

—Oh, vamos cariño, ya somos adultos —rio Adela, acariciando mi antebrazo arriba y abajo, y apoyando su cabeza menuda sobre mi hombro—. Cyrus dormirá contigo. —La sonrisa del swap se alargó aún más, parecía como si le rodease la cabeza por detrás de las orejas. Cuánto le divertía aquello, sentado en el sillón frente a la televisión, con un vaso de dorada cerveza en la mano.

—¿Queeé? ¿Estamos locos o qué? —exclamé, y mi tono sobresaltó a mamá. Se suponía que Cyrus era mi novio, por lo que no tenía sentido que me alterase de aquella forma por compartir la habitación con él, más bien debía ser al contrario, tendría que estar saltando de alegría porque mis padres hubiesen accedido a

transgredir sus propias reglas. Enfrenté los pequeños ojos arrugados de Adela y recompuse mi expresión, tratando de aproximarla a la lógica—. Quiero decir que vosotros tenéis vuestras normas, siempre las ha habido, y yo… En fin, yo soy la misma, os respeto, os respetaremos… —añadí.

—No te preocupes por eso, cariño, Cyrus es tu pareja. Tu padre y yo estamos de acuerdo en que comparta la habitación contigo mientras esté aquí, ya eres mayorcita. Todo lo que ha pasado últimamente nos ha ayudado a ver las cosas con claridad, lo que importa y lo que no —aseguró convencida, y se alzó sobre sus pies poniéndolos de puntillas para darme un afectuoso beso en la mejilla.

Cuánto habían cambiado las cosas desde mi marcha.

Si antes de todo aquello alguien me hubiese asegurado que compartiría habitación y cama con un supuesto novio con mis padres en el dormitorio de al lado, le habría aconsejado que abandonase el alcohol.

Adela salió en dirección a la cocina, se quemaba la cena. Hice un gesto a Cyrus para que me siguiese hasta mi habitación y pasamos dentro.

—Buenas noches, William, cuánto tiempo —le saludó el nigromante en cuanto atravesamos la puerta. El vampiro rubio permanecía de pie junto a mi cama.

—Ni pienses por un instante que vas a pasar la noche con ella —rugió el *sir* inglés, furioso. Lo había estado oyendo todo.

—En realidad ha sido idea de mi suegra —respondió el swap jocoso. William endureció la expresión del rostro, arqueando los labios amenazante, mostrando los colmillos levemente—. Vamos, William, somos amigos.

—No te atrevas a tocarle un pelo Cyrus, o toda tu magia me sobrará para acabar contigo —advirtió el vampiro rubio con tono amenazador.

—Vosotros dos, callaos —ordené apretando el número de marcación rápida de mi rey en el móvil que había tomado de la cómoda. Tan solo alcancé a oír medio tono.

—¿¡Dónde estabas metida!? —inquirió Martin al otro lado del aparato. Su voz me resultó diferente, distinta, más aguda, mayor; dudé de si realmente se trataba de él.

—¿Martin? ¿Eres tú?

—No, soy Elvis. ¿Te parece bonito lo que me has hecho? He estado al borde del infarto todas estas horas. —Era su voz, pero algo cambiada, quizá por la celeridad y la rabia que destilaban sus palabras. Pero era él.

—Oh, vamos, no seas dramático. Además, eso es materialmente imposible, lo del infarto, digo —puntualicé, en lugar de sentirme preocupada por el monumental enfado de mi rey me sentí reconfortada. Él me demostraba hasta qué punto se preocupaba por mí, hasta qué punto era importante para Martin. Éramos mucho más que amigos, éramos familia.

—¿Dramático? Son casi las diez de la noche, llevo más de cuarenta y ocho horas sin saber de ti, cuarenta y ocho horas… Podrías estar muerta o… —trataba de decir. Podía imaginarle caminando de un lado a otro en su pomposo despacho, ataviado con su elegante traje azul claro, el cabello negro revuelto por la agitación y los ojos

azabache crispados, enfurruñado cada vez más tras cada palabra mía. Cóatl, el caballero jaguar, su guardaespaldas, le observaría de pie, inmóvil a su lado.

—Tranquilízate, vamos, estoy bien, relájate. Sé que hice mal al apagar el teléfono, fue un error, pero ya está. Estoy a salvo, todo sigue igual… —Intentaba calmarle. Debía ponerle a mi favor, pretendía pedirle la retirada del swap y necesitaba que accediese—. No seas tonto, sabes que sé cuidarme sola.

—Eso es lo que crees, pero hay muchos peligros ahí fuera, y tan solo eres… una humana —declaró a viva voz, enfadándome. Solo una humana, eso es lo que creía él —. Olvídate de que le pida a Cyrus que regrese, no hasta que sea él quien me asegure que estás completamente a salvo —advirtió petulante y resabido, endureciendo el tono de voz para mostrar su poder, recordándome que no conversaba con Martin, mi amigo, sino con el poderosísimo monarca vampiro de Gran Bretaña. Traté de meter baza pero no me lo permitió—. A menos que lo haga contigo a rastras —sentenció sin réplica posible.

—¡Ah, muy bien! ¡Muchas gracias, su excelentísima majestad, por respetar mis decisiones y mi libertad! ¡Rey de la soberbia y la prepotencia! —espeté furibunda, y colgué. A punto estuve de estrellar el aparato contra la pared.

Cyrus y William me observaron de pie, en silencio frente a mí, estupefactos por mis últimas palabras. Probablemente una respuesta como aquella hubiese acarreado una condena a muerte *ipso facto*, si mi rey no fuese Martin y yo fuese una súbdita cualquiera en lugar de La Dama de la Luz —además de su amiga, confesora y psicóloga *amateur*—.

—¿Qué? —requerí atravesándolos con los ojos.

William sonrió alzando las palmas de las manos en señal de rendición y Cyrus se echó a reír. Yo refunfuñé desganada, rendida ante la perspectiva de la inevitable compañía del nigromante. Al menos, mi pequeña discusión con Martin había relajado el clima de la habitación. Caminé hasta la cama y tomé asiento. Cyrus permaneció de pie junto al escritorio y William me acompañó sentándose a mi lado.

—Bueno, Martin no va a permitir que me aparte de Cyrus ni por un instante, eso lo tengo bastante claro. Y bueno, yo estaré bien, si lo piensas, si todos los vampiros de la zona me están buscando es más seguro para mí tenerle cerca —expuse para el *sir* inglés, realizando un pequeño resumen de circunstancias.

—A ver, un momento… ¿Todos los vampiros de la zona te están buscando? —preguntó el swap aturdido, entendiendo que su cometido acababa de complicarse. William le observaba en silencio, satisfecho de poseer mayor información que el nigromante.

—Sí, abreviando: dos vampiros atacaron a un guardia civil, yo impedí que lo mataran y ahora nos buscan a ambos, al guardia y a mí. —Fin del resumen. Cyrus me escuchaba observándome atentamente con sus ojos de jade, serio, sin una expresión valorable en su rostro azulado. La luz de la bombilla en forma de globo de mi habitación resplandecía sobre su cabeza pelada, era tan alto que podría alcanzarla con

la mano fácilmente—. Al fin y al cabo me vendrá bien tener a Cyrus cerca.

—También yo me quedaré aquí, toda la noche —afirmó William, sentado a dos centímetros escasos de mí, tanto que percibía la fría emanación de su piel de porcelana por encima de mi blusa, una sensación verdaderamente agradable para mi ser.

—No, en absoluto, tú debes regresar, ya sabes que estoy bien, no va a pasarme nada malo. Puedes ir tranquilo —le advertí enfrentando tímidamente sus ojos de cielo, en los que no pude distinguir reacción alguna a mis palabras. El nigromante nos observaba a ambos en silencio, hasta que decidió intervenir.

—Mañana, a muy tardar pasado mañana, partiremos hacia Londres —sentenció. Yo iba a rebatir sus palabras pero alzó un dedo solicitando un segundo para aclarar sus motivos—. ¿Vas a poner en peligro a tu familia, Anna? Si alguno de esos dos chupasangres reconoce tu olor y lo rastrea hasta aquí, no solo te matará a ti, o lo intentará. Tu familia, acabará con todos. Cuanto menos esencia dejes aquí, mejor, y puedo asegurarte que tienes un perfume muy potente —añadió. Yo me negué a analizar si la última parte de la frase era un elogio o un insulto. William asintió con desgana a las palabras de su antiguo amigo—. Y todos sabemos por qué. —No fueron necesarios más detalles: mi maravillosa sangre híbrida, mi autosentencia de muerte —. Yo limpiaré la casa, el edificio e incluso el barrio de tu esencia con un hechizo cuando nos vayamos, para eliminar así el peligro. Y tal vez más adelante puedas regresar, cuando las aguas vuelvan a su cauce, o citarte con tu familia en otro lugar, en otra ciudad. Pero lo más importante ahora es salvarte a ti y protegerlos a ellos.

—Está bien, Cyrus, probablemente tienes razón —admití, sorprendida con que el hecho de que regresar no me causase el menor disgusto. Era como si en mi interior la decisión estuviese tomada ya y tan solo necesitase de un pequeño empujón, como el que acababa de darme el swap, para admitir que en realidad lo deseaba—. Solo un día más, mañana, para disfrutar de mi familia, para despedirme, para hablar con ellos… Y pasado mañana cogeremos un vuelo de regreso —admití, y ambos parecieron complacidos con mi disposición.

—Mañana compraré los billetes —dijo el nigromante—. Ahora salgamos a cenar, tu madre nos espera hace rato —recordó señalando el pasillo—. Deberías ir a alimentarte William. Dado que tu querida voluntaria Susan no está aquí tendrás que buscarte la vida esta noche —apuntó malévolamente Cyrus, captando mi total y desconcertada atención. Miré a William inconscientemente, aguardando una respuesta, pero tan solo encontré una mirada furibunda de este hacia el swap. Busqué de nuevo una aclaración—. Oh, veo que William no te ha contado que te encontró una sustituta, ¿cierto?

—Cyrus —gruño el *sir* inglés entre dientes. Sonó más a un rugido gutural, muy bajo, pero ambos pudimos oírle.

—Oh, vamos, William; no seas maleducado, cuéntale que tu querida reina te regaló a una de sus humanas, que te llevaste a casa a una de las amiguitas de Tammy

Shue, que estáis juntos desde la fiesta que dio en honor de Martin Robinson en su palacio de Belfast —relató el nigromante. Yo dividía mi atención entre su rostro azulado y la pálida e inexpresiva tez de William—. Bueno, querida —se dirigió a mí—, te espero en el salón —concluyó con una de las flamantes sonrisas de sus labios violetas y abandonó la habitación dejándonos a solas.

—Es… ¿es cierto eso? —requerí con la voz ahogada, doliendo dentro de mi garganta cada sílaba, mientras trataba de leer algo en sus ojos de zafiro. Pero su mirada permanecía inalterable, fija en mis ojos, como una figura de mármol estática, observándome, sin un parpadeo, sin una expresión, con el cabello rubio extendido a ambos lados de su rostro en una cascada de dorado trigo—. Contesta —exigí—. Dime que no acabas de besarme y de prometerme que me amas mientras hay una mujer aguardándote en tu casa. —Pensé que probablemente se tratara de la joven rubia, de no más de dieciocho años, de cabello corto, menuda y bonita, que le había acompañado durante la fiesta que los reyes de Irlanda realizaron para recabar apoyos para la causa de Martin Robinson, cuando aún debíamos luchar para recuperar el poder de mi protegido.

—No es tan sencillo —masculló, aproximando su mano de hielo hasta rozar con sus fríos dedos la punta de los míos, que retiré presta.

—Oh, sí que lo es. ¿Es o no cierto que todo este tiempo has estado con otra mujer mientras jurabas que me amabas?

—Y te amo —aseguró taladrándome con el océano infinito de su mirada, intentando capturarme en su influjo de nuevo—. Solo te amo a ti, no te he mentido, te amo Anna, como nunca he amado a nadie.

—Me amas a mí pero te acuestas con otra, ¿es eso? —espeté dolorida mientras intentaba digerir el pesado nudo que atenazaba mi garganta.

—No estamos juntos, soy libre, ¿no? Tú me has rechazado, tú me has dicho que no demasiadas veces ya —comentó a la defensiva, tratando de maquillar su congoja, su tristeza, su culpa, con aquella vana excusa.

—Claro que sí, por supuesto que sí —admití mientras el dolor daba paso a la rabia, que burbujeaba en mi interior como un comprimido efervescente—. Yo al menos soy sincera, yo te he dicho que te amo y que amo a Shapur. Te he dicho que soy libre pero que no puedo entregarme a ti porque sabía que me harías daño, en cambio tú en ningún momento me has advertido que mantenías otra relación…

—¿Pero qué relación, Anna? No tengo ninguna relación, es mi *voluntaria*, nada más. —Utilizó intencionadamente aquel término para minusvalorar su vínculo con la humana que le servía como alimento y desahogo sexual. Me pareció tan cínico que sentí ganas de abofetearle. Si yo le aceptaba la mandaría a paseo, si me negaba continuaría alimentándose de ella; calmé mis nervios interiormente durante un instante de silencio que se tornó eterno para ambos.

—William, voy a hablarte con toda la franqueza de la que soy capaz en este momento —dije serena—. Te agradezco que te hayas preocupado por mí lo suficiente

como para venir hasta aquí, pero ahora, por favor, te pido que te marches y me dejes continuar con mi vida. Sea cual sea mi destino, sea lo que sea que me espere, no vuelvas, por favor. Si es cierto que me amas tanto, déjame ser feliz lejos de ti —concluí con una firmeza desconocida en mí.

—También yo voy a serte franco —advirtió enojado, y sentí un miedo irracional a sus palabras—. Creo que utilizas cualquier excusa para apartarte de mí, cualquiera, porque tienes demasiado miedo a lo que sientes por mí y muy poco valor para enfrentarlo.

Sus palabras se clavaron como puñaladas en mi corazón.

Y se marchó, desapareció por la ventana sin que me diese tiempo a verle esfumarse. Dejando la huella luminosa en mi retina del brillo de sus ojos de piedra preciosa, al cerrarlos le veía, veía su rostro inmaculado, sus rasgos puros, teñidos de dolor, pero ya no estaba allí.

Eché a llorar, sintiéndome una idiota por hacerlo, admitiéndome a mí misma que realmente hubo un momento en el que dudé si dar una nueva oportunidad a nuestro amor. Mi conciencia me decía que no una y otra vez, pero mi corazón clamaba que quería estar junto a él.

Cómo podía pretender que no me importase lo más mínimo que hubiese una mujer esperándole en casa, una mujer con la que llevaba acostándose más de un mes mientras me repetía una y otra vez que me amaba.

¿Qué hubiese sido de ella en caso de que yo le hubiese aceptado? ¿La habría devuelto a su reina sin más? ¿La habría eliminado?

Y sin embargo una parte de mí me decía que tenía razón, que aquella nueva mentira había resultado un alivio para mí, un motivo para alejarme de él y de su influjo.

No quería pensarlo, no me permití llorar más por él, limpié mis lágrimas y me miré en el espejo. Apreté los ojos, respiré hondo, se acabó William Smith, definitivamente, pero cuánto le amaba. Entonces, dentro de mi interior sentí una poderosa calma y paz, en mitad del pecho, era Shapur, probablemente había percibido mi angustia y me transmitía emociones positivas. Sonreí, ojalá le tuviese cerca, ojalá pudiese recobrar aunque fuese tan solo un segundo el olor a canela y menta de su piel tostada, dejar que me rodease con sus fuertes brazos y perderme irremediablemente en su caricia.

Pero no, no le tenía, estaba demasiado lejos de mí —y a la vez tan cerca en el pecho—, así que con aquella nueva sonrisa recuperada busqué en mi maleta algo muy especial, su arete, el pendiente de plata que le había acompañado por más de dos mil años y que me había regalado. Lo tenía cuidadosamente guardado entre mis pertenencias y lo coloqué en el dedo corazón de mi mano derecha. Gracias, Shapur, le dije mentalmente, sabiendo que no podía oírme pero si percibir mi paz.

Después redacté un escueto *e-mail* desde la cuenta de mi *smarthphone* para mi rey-dictador particular, pues no me apetecía volver a hablar con él, no aquella noche.

En él le expliqué brevemente el problema de mi prima, añadiendo los datos que ella misma me había proporcionado y textualmente escribí: «Si quieres ayudarme, bien, y si no, también». Al fin y al cabo había prometido ayudarla, y sí debía rebajarme a pedirle ayuda para hacerlo lo haría, por Sara.

Durante la cena —insípida aunque aromática—, Cyrus se encargó de eximirme de mantener conversación alguna, capturando toda la atención con sus modales de yerno perfecto ante los ojos de mamá y Jaime. Lo agradecí, no me apetecía hablar y fingir que no pasaba nada cuando en realidad me sentía profundamente desdichada por la hipocresía de William.

Capítulo 10

¿Confías en mí, hermanito?

«¿Qué tal estás?», preguntó Cyrus en mi mente, girando su rostro cerúleo para atravesarme con sus ojos sobrenaturales. Resultaba extraño oír su voz mientras sus labios permanecían inmóviles, así como tenerle acostado en la cama de al lado, junto a mí.

Mamá me había ayudado a abrir la cama nido y extender las sábanas para él; finalmente debía aceptar que me agradaba la idea de sentirla contenta e ilusionada pensando que había rehecho mi vida y era feliz.

Observé la ventana entreabierta. La brisa del mar agitaba las coloridas cortinas suavemente, colándose dentro, olía a salitre y yodo, como Cyrus.

«Bien, supongo», respondí también en silencio.

«Lamento haberlo soltado así, de golpe, pero debía decírtelo antes de que hicieses algo de lo que pudieses arrepentirte después», señaló, y yo suspiré apesadumbrada.

«Gracias, Cyrus, eres un buen amigo», respondí girándome hacia la pared, dándole la espalda.

«Sabes que te respeto y que nunca te haría daño, ¿verdad?».

«Claro que lo sé».

«Lamento que el tiempo con tu familia haya tenido que acortarse».

«También yo».

«Me encantan tus padres. Fuiste muy afortunada de que te criasen como a una chica normal, ojalá yo hubiese tenido la misma suerte que tú».

—¿A qué te refieres, Cyrus?, ¿quién te crio? —pregunté en voz baja, girándome de nuevo para mirarle a los ojos que resplandecían como gemas por la luz lejana de las farolas de la calle que se colaba por la ventana de mi dormitorio.

«Mi madre me dio a luz en el agua, y viendo que yo era un ser indefenso con apariencia cuasi-humana me entregó a unos monjes wicans, los guardianes de la magia natural. De esto hace aproximadamente cuatrocientos años. Ellos me criaron en su monasterio en las montañas como a un ser mágico. Yo no tuve infancia, no jugué a la pelota, no corrí por el campo con otros niños. Pasé toda mi niñez estudiando rituales y conjuros mágicos hasta que con cien años descubrí que podía controlar la magia de los muertos y abandoné a mis mentores para siempre. Nunca recibí de ellos un beso o una caricia, jamás, no tuve madre, ni padre, solo maestros, alimento y magia. Por eso creo que tuviste mucha suerte».

Mientras relataba todo aquello multitud de imágenes, como *flashes* de una película, bombardeaban mi mente a toda velocidad. Vi al pequeño Cyrus, un niño

diminuto con la piel de un azul añil brillante, con su cabecita pelada de espaldas a un gran libro, recitando los conjuros de memoria, también le vi llorando en una habitación de piedra completamente solo, y al Cyrus adolescente marchándose, dejando atrás un grandioso convento de altas murallas sobre una montaña.

«Vagué por el mundo durante muchos años, buscando nuevos hechizos que aprender, rituales, conjuros, poderes que desarrollar, y así llegué a Liverpool. Me gustó la ciudad y decidí asentarme. Mi magia y mi poder, que ya entonces eran mucho más fuertes de lo que mis mentores hubiesen podido imaginar, me otorgaron la fama y el respeto de los chupasangres».

Extendí mi mano hacia él y acaricié tiernamente la tibia mejilla del nigromante, suave como el vidrio pulido. Él cerró los ojos, paseé mis dedos por sus párpados húmedos de lágrimas contenidas y regresé mi mano bajo las coberteras, aguardando que volviese a mirarme para hablarle.

—Pero ahora me tienes a mí. No has tenido madre ni padre, Cyrus, pero ahora tienes una hermana, una igual. —Mis palabras le hicieron sonreír, sus dientes perlados fulguraron en la oscuridad como si estuviesen bajo una luz ultravioleta.

—Nunca antes el incesto me había parecido una idea tan atractiva —añadió recuperando su cinismo habitual y ambos reímos, aquel era mi Cyrus.

A la mañana siguiente, cuando desperté, la cama del nigromante estaba desmontada y guardada bajo la mía. Me levanté y salí a buscarle en pijama por la casa. Le hallé desayunando con papá y mamá en la cocina, vestido con vaqueros y una camiseta gastada. Observé un enorme plato de tortitas que había sobre la mesa.

—Buenos días a todos. ¿Has hecho tortitas, mamá? —pregunté aproximándome a mi padre, dispuesta a recibir su habitual beso en la frente.

—No, las ha hecho Cyrus —advirtió Adela, y yo le miré sorprendida. El swap sonrió de nuevo para mí mientras masticaba una de aquellas tortitas recubiertas con sirope de chocolate que debían de estar deliciosas. Me serví una taza de café y tomé asiento a su lado—. ¿No quieres tortitas? —preguntó, y negué. Para qué, no me sabrían a nada de todos modos. Me conformaría con su magnífico olor.

—Cyrus tendría buen futuro en la panadería, se ve que tiene mano para esto de los dulces —le halagó mi padre mientras cogía el *Diario de Cádiz* frente a él para leerlo. El titular de la portada capturó mi total atención.

> «DESAPARECE UN AGENTE DE LA GUARDIA CIVIL EN EXTRAÑAS CIRCUNSTANCIAS».

Más abajo rezaba:

> «El agente Pedro Martínez Castro, de treinta y cuatro años, desapareció la pasada noche de su domicilio de Jerez de la Frontera sin que se hayan encontrado signos de violencia en la vivienda, ni indicios de robo, ni huellas dactilares (…). Se investigan los motivos de su misteriosa desaparición».

Observé la fotografía del agente que había sido repartida por la familia para

colaborar en su búsqueda. Arrebaté la portada del periódico a mi padre, que la cedió sin inmutarse, concentrado en la sección de deportes.

«¿Qué pasa?», oí dentro de mi cabeza.

«El guardia, que es clavadito al que yo salvé, pero no es él».

«¿Y qué?».

«No hay huellas, no hay robo, no hay rastro, no hay sangre».

«Ok, chupasangres en el ajo, ¿y qué?», apuntó el nigromante, observándome fijamente.

«Que van a por él. Han matado a este pobre hombre pensando que era él, tengo que ayudarle».

«¿Estás loca?».

—Cyrus, ¿te apetece algo más de café? —ofreció amablemente mamá, rompiendo el extraño, para ella, mutismo de ambos.

—No, muchas gracias, Adela —respondió mi novio cortés.

«Tengo que hacerlo —entorné mis ojos resuelta—. Nuestro plan sigue en pie, hablaré con él, le haré huir y mañana nos marcharemos. ¿Confías en mí, hermanito?».

«Es demencial. Tú, chantajista-emocional, ¿cómo se supone que le harás huir sin revelar que existen los chupasangres?». Arrugó el entrecejo molesto por la perspectiva.

«No sé, me haré pasar por una violadora en serie loquita por sus huesos», bromeé.

Cyrus emitió una sonora carcajada que fue incapaz de contener, mis padres le observaron sorprendidos por aquella risa sin explicación aparente.

—Perdón acabo de acordarme de un chiste que me contó Anna, discúlpenme —aclaró avergonzado.

«No hagas eso, no me hagas reír, ¿quieres que crean que tu novio está loco?».

Sonreí mientras él se levantaba de la mesa.

«Tienes hasta el anochecer, ni un segundo más. En cuanto el sol caiga te quiero pegada a mi culo, ¿ok?», advirtió, y yo asentí mentalmente.

—Bueno, tengo que ver a una serie de personas hoy, aprovechando que estoy en Cádiz, por temas de trabajo, así que, cariño, hoy tendré que pasar fuera todo el día —me dijo, captando la atención de toda la mesa.

—No te preocupes, haz lo que debas. —Le seguí el juego.

—Si me disculpan, debo marcharme —se despidió, no sin antes acercarse y besarme en la mejilla como se supone que hacen los novios amantísimos en presencia de sus suegros, para dirigirse después a la salida seguido de Adela, que acudió cortésmente a acompañarle.

Cuando la puerta se hubo cerrado papá abandonó el periódico doblado sobre la mesa.

—Me gusta ese chico —dijo observándome con sus ojos aceitunados, y verdaderamente me complació que mi amigo le agradase, me hubiese encantado presentarle a Martin o a Shapur, para que conociese a más integrantes de mi nueva

vida, para que comprobase que me encontraba realmente rodeada de seres que merecían la pena—. Parece un joven educado, culto, trabajador y, lo más importante, se nota que te quiere muchísimo.

—También yo le quiero a él, papá —admití, y era cierto. Le apreciaba como el excelente amigo que era para mí, mi hermano híbrido, tan particular como yo misma.

—Me quedo más tranquilo después de conocerle. Sé que él te cuidará. Ayer me juró por su vida que nunca permitiría que te ocurriese nada malo —confesó. Seguro que después de aquellas palabras Cyrus se había ganado el corazón de mi padre de por vida.

—No necesito que me cuiden papá…

—Todos lo necesitamos. No porque seas una mujer —captó rápidamente mis derroteros mentales—, sino porque todos necesitamos a alguien que se preocupe por nosotros y creo que hacéis muy buena pareja —añadió, despidiéndose en busca de su descanso diurno.

Reí para mí, no imaginaba el aspecto que mi amigo el swap presentaba para los ojos humanos pero desde luego su tono de piel azul añil, sus ojos de jade brillantes como gemas y su pelada cabeza de orejas puntiagudas contrastarían sobremanera con mi piel blanca y mi cabello —entonces— color miel.

Una vez en mi habitación busqué en mi cazadora el papel con el número telefónico del guardia civil para citarme con él. Jamás imaginé que llegaría a usarlo. Había planeado un encuentro rápido, decirle que más le valía marcharse porque aquellos tipos eran, no sé, una banda de narcotraficantes que irían a por él, lo que fuese, pero le pondría en alerta y al día siguiente desaparecería. No lograrían localizarme, nunca.

Así podría pasar el resto de la mañana y la tarde con Adela, Hugo y mi hermano, disfrutar de las últimas horas juntos. Le llamé pero no descolgó, segundos después recibí una llamada de vuelta del mismo número.

—¿Sí? Tengo una llamada perdida… —decía. Reconocí su voz, automáticamente.

—Buenos días, ¿Héctor?

—Sí, soy yo, ¿quién es?

—Hola, soy Anna Morrison, ¿me recuerdas? —apunté, observándome frente al espejo de mi dormitorio. Aquel nuevo apellido tampoco me sentaba tan mal. Entonces, con el cabello mucho más claro, sí que podía dar el pego como británica. Su respuesta llegó tras unos segundos de reflexivo silencio.

—Sí —asintió, sin poder camuflar su interés al reconocerme.

—Verás, te he llamado porque me gustaría hablar contigo. ¿Podrías esta misma mañana?

—No, estoy en el hospital revisándome el brazo, me están haciendo radiografías y estaré ocupado toda la mañana probablemente, pero si quieres quedamos esta tarde. —Se jorobó mi plan, pensé, pero bueno, qué otra opción tenía, no podía aplazarlo, pues al día siguiente estaría muy lejos de allí—. ¿Puedes? —insistió ante mi

mutismo.

—Sí, sí, claro, ¿qué tal a las cinco? —sugerí, tampoco necesitaba demasiado tiempo para hablar con él.

—Mejor a las siete, a las cinco tengo consulta con el fisioterapeuta y después tengo que pasar por el cuartel a entregar la baja…

—Vale, vale —le detuve antes de que acabase contándome qué pensaba cenar aquella noche—. De acuerdo, a las siete.

—¿Dónde quedamos? —preguntó. Oí una voz en megafonía por detrás de la suya, requiriendo a un doctor. Decía pues la verdad, estaba en el hospital.

—En tu casa, si no te importa, para poder hablar con tranquilidad.

—Muy bien, apunta la dirección…

Como el magullado agente de la benemérita y sus revisiones médicas habían alterado completamente mis planes, decidí aprovechar mi última mañana junto a mamá. La ayudé a realizar las labores de la casa y fuimos juntas a la plaza de abastos. Cuánto había cambiado, edificio nuevo, puestos completamente restaurados… Excepto los tenderos, a los que reconocí gratamente, todo estaba distinto.

Toda aquella mañana ocupada con lo que había sido mi día a día a lo largo del tiempo, a excepción de las horas que pasaba trabajando en la escuela, no hizo otra cosa que demostrarme lo lejos que me sentía de aquella realidad.

Haciéndome consciente de que era feliz en mi nuevo mundo. Por supuesto adoraba a mi familia, pero añoraba mi nueva vida en compañía de los no-muertos, mi rutina de entrenamiento con Cóatl cada noche, los juegos con Louise, las charlas con Martin (cuando le perdonase por ser tan prepotente), mi papel como La Dama de la Luz que hacía que el resto de vampiros del reino me respetasen como a una igual. Yo era otra entonces y me supe fuera de lugar de mi antigua vida.

Decidí pasar a ver a Jaime a la panadería mientras mi madre preparaba el almuerzo. Había estado rehuyendo quedarse a solas conmigo desde nuestro encontronazo y deseaba reavivar nuestra relación, que volviésemos a hablar con la naturalidad de antes.

Me adentré en la tienda y hallé de nuevo el mostrador vacío; sospeché inmediatamente que mi hermano hubiese vuelto a las andadas, así que me acerqué al umbral de la trastienda con sigilo y me concentré en las voces que oía a través de la cortina.

—Necesito el dinero y lo necesito ya —decía una voz masculina, desconocida.

—Lo tendré, de verdad, dame un par de días… —clamaba mi hermano desesperado.

—No hay un par de días, lo necesito hoy —le exigían con tono amenazador. Me asomé a través de la cortinilla, y lo vi de espaldas a mí. Era un tipo no demasiado alto ni demasiado corpulento, achaparrado, moreno, vestido con chaqueta de cuero y pantalones gastados.

—No lo tengo —repetía Jaime con los ojos crispados por un profundo terror.

Aquel tipo no era para tanto, pensé.

—¿No lo tienes? ¿Andas paseándote por ahí en un Mercedes y no tienes el dinero? Creo que tendré que darte un pequeño aviso para que te des cuenta de que no bromeo —añadió el otro.

El traficante se aproximó más a mi hermano y alzó el puño de modo amenazante, Jaime caminó de espaldas unos pasos, por un segundo dudé si aquel puñetazo le vendría bien para que aprendiese a no meterse en ese tipo de problemas, pero fue solo un segundo.

—¡Eh, tú! ¡Apártate de mi hermano! —ordené pasando al interior. El tipo se giró, no era el mismo de la vez anterior, tenía el rostro marcado por una cicatriz en la barbilla, de alguna pelea, debía de ser una especie de matón (en miniatura).

—Anna, vete por favor —pidió mi hermano, preocupado por mi integridad.

—Hazle caso —advirtió el otro mientras yo caminaba hacia ellos, con paso decidido. Pasé a su lado, situándome entre Jaime y él.

—Hazme caso tú a mí y lárgate —exigí segura. El tipo no estaba acostumbrado a que alguien se le enfrentase sin miedo alguno y me observó desconcertado.

—Este niñato y yo tenemos una cuenta pendiente —soltó, escrutándome de pies a cabeza. Metió sus manos en los bolsillos de la chaqueta. La idea de que guardase en ellos un arma cruzó veloz mi cabeza y localicé mentalmente el gran cuchillo de mi padre por si lo necesitaba.

—¿A cuánto asciende su cuenta?

—Mil euros.

—¿Mil euros? —Me volví hacia mi hermano, que agachó la cabeza avergonzado —. ¿No eran seiscientos? —requerí al traficante.

—Más los intereses —sonrió maliciosamente, mostrando sus repugnantes dientes podridos por la droga y la mala vida.

—Está bien, tendrás el dinero. Esta misma noche Jaime te pagará. Pero quiero que te alejes, que os alejéis de mi hermano, para siempre. Él no volverá a llamarte y tú no volverás a acercarte a él, jamás, porque si lo haces lo pagarás con tu vida — advertí, y cuando el matón pestañeó y volvió a abrir los ojos me encontró sujetando un inmenso cuchillo de cocina con la ancha hoja pegada a su garganta. No daba crédito a cómo me había movido tan rápido, y asustado levantó ambas manos con las palmas hacia arriba, en señal de rendición—. No pienses que dudaré lo más mínimo en matarte, desgraciado, ¿entendido? —Solté el cuchillo, que cayó al suelo, y agarrándole con mis manos por las solapas de la cazadora alcé su rechoncho cuerpo en alto hasta alcanzar mi rostro y tenerle frente a mí—. Te he preguntado si me has entendido —repetí, y asintió, aún incrédulo de que le tuviese con los pies colgando a diez centímetros del suelo—. Ahora, lárgate, no querrás verme cabreada —le pregunté a modo de advertencia, pero mi voz sonó más a un rugido, un gruñido gutural que heló su sangre, aceleró los latidos de su corazón hasta la taquicardia (podía oírlos) y le hizo echar a correr despavorido en cuanto le solté.

Me giré en busca de los ojos de mi hermano, incluso yo me había sorprendido de mi voz, del rugido sobrenatural que tan solo había oído antes en los no-muertos. Estaba atemorizado, mi reacción le había intimidado aún más que la amenaza de su camello. Me serené, no quería volver a asustarlo, y di un paso hacia él, que caminaba hacia atrás, alejándose de mí, tropezando con las robustas mesas de amasar de acero.

—Tranquilo, Jaime, no voy a hacerte daño…

—Eso… eso… —mascullaba pegado a la pared de blancos azulejos, señalándome — eso no es normal —concluyó al fin.

—No, no lo es, pero soy tu hermana, sigo siendo yo, solo que he cambiado un poco, mi fuerza sobre todo.

—¿Mi hermana? Mi hermana se hubiese cambiado de acera al encontrarse con ese tío, y tú te enfrentas a él y le amenazas, y le… le ruges… Eso no es normal —balbuceaba angustiado.

—Lo que no es normal es que vuelvas a drogarte —espeté furiosa. Se asustaba con los rugidos de su hermana «la leona» y no de negociar con una banda de narcotraficantes.

—No he vuelto a drogarme, lo juro. Ha venido a por su dinero, nada más —respondió, quedando en un segundo plano el episodio del rugido.

—¿No has vuelto a drogarte?

—No —aseguró envalentonado, acercándose a mí.

—Está bien, te creo y te daré el dinero para que pagues tu deuda, pero te juro por papá y mamá que como vuelvas a meterte esa mierda te mataré, te repito que te prefiero muerto cien veces antes que tirado por ahí hecho una basura, ¿te enteras?

Concluí tajante y salí de allí, furiosa. No terminaba de creerme que mi hermano fuese tan imbécil de mezclarse con semejante gentuza, de tomar drogas. También él había cambiado demasiado. ¿Por qué? ¿Por qué caer en algo tan bajo?

Durante el almuerzo no cruzamos una sola palabra, aunque ambos fingimos cordialidad ante Adela y Hugo. Después mi hermano desapareció de la casa, evitándome, lo cual me dolía bastante. Probablemente era nuestro último día juntos en mucho tiempo e íbamos a pasarlo así, enfadados el uno con el otro.

Yo disfruté de un partido de tenis de Nadal con mi padre, pegados al televisor, en el que le daba una paliza brutal a un jugador de Europa del Este, y tras el café llegó el momento de una breve visita a Jerez. Cuando regresase enfrentaría con ellos el tema de mi partida.

Dejé encima de la cama de Jaime un sobre con el dinero que necesitaba y me fui, diciéndole a Adela que me reuniría con Cyrus para tomar algo.

Capítulo 11

Un Ford Fiesta

El agente Héctor Ortiz vivía en una urbanización nueva a las afueras de Jerez en dirección al Puerto de Santa María. El maravilloso GPS de mi Mercedes me condujo directamente a la puerta de su coqueto unifamiliar de fachada rojiza y gris.

Bajé del coche y llamé al timbre. Miré mi reloj, eran las siete en punto. Acaricié el arete de Shapur en mi dedo, consciente de percibir una vez más su paz en mi interior. La pequeña cancela metálica se abrió y atravesé el desorganizado patio delantero de la casa —en el que acumulaba desde viejas sillas de playa hasta una bicicleta de montaña—, mientras la puerta principal se abría.

Héctor me recibió con una mueca mezcla de nerviosismo y desconcierto, marcada en el serio rostro de hercúleo mentón cuadrado. Parecía más joven, menos formal que en nuestros dos últimos encuentros —quizá sería más preciso decir encontronazos—. Vestía una camiseta blanca que permitía vislumbrar su más que prominente musculatura y unos pantalones chinos de un pulcro verde caqui, ya no llevaba el brazo en cabestrillo, mejoraba.

Me observaba discretamente con sus ojos celestes. El moretón de su mejilla despuntaba amarillento, habiendo dejado atrás el tono purpúreo de días antes.

—Buenas tardes —le saludé.

—Buenas, entra —pidió apartándose para cederme el paso, y me adentré en su vivienda. Se notaba a la legua que vivía solo. El guardia parecía un joven práctico y poco preocupado por las corrientes decorativas. Su mobiliario era mínimo y funcional. Tomé asiento en el salón en un amplio sofá granate—. ¿Quieres tomar algo? —me ofreció cortés.

—No, muchas gracias. —¿Para qué?, ¿otro trago más de aire?, me pregunté en mi fuero interno—. En realidad espero marcharme pronto, tengo algo de prisa.

—Muy bien, tú dirás —pidió cediéndome la palabra mientras se sentaba en el sillón contiguo, cruzando ambas manos sobre las piernas, incómodo.

—Mira, Héctor, sé que no empezamos con buen pie, pero al fin y al cabo te salvé la vida y vengo a hacerlo de nuevo. Vengo a salvarte otra vez, si tú me dejas. —Mis palabras terminaron de incomodarle y desconcertarle, guardó silencio—. Sabes que ha desaparecido un agente de la Guardia Civil, ¿verdad? —Aquella frase le puso alerta, se envaró en su asiento—. Pues creo, estoy prácticamente segura, que te buscaban a ti, en realidad nos buscan a ambos.

—Pero… ¿qué son? ¿Quiénes son? ¿Estás con ellos? —disparó, y su retahíla de preguntas parecía no tener fin. Sonreí, me recordaba a mí misma cuando supe de la

existencia de los vampiros. Había tantas dudas y tan poco tiempo para resolverlas.

—A ver, no estoy con ellos, al menos no con estos *ellos*. Estoy con otros de *ellos* —aclaré sutilmente. El guardia arrugó el entrecejo observándome fijamente y paseó su ruda mano por su mentón dañado.

—¿Qué son? Son vampiros, ¿verdad? No estoy loco —añadió como si tratase de convencerse a sí mismo de esta última parte.

—No estás loco —repetí, y enserió ceñudo—. Pero si quieres continuar con vida tienes que marcharte lejos. Ve a casa de familiares que vivan fuera, tienes que desaparecer, para siempre —sentencié, completamente convencida de cuál sería el resultado si no me obedecía.

—¿Qué? No tengo familiares y no pienso desaparecer. Tengo mi vida aquí, mi novia es de aquí —dijo molesto, como si yo fuese la causante de su desgracia.

—Luchaste con ellos, ¿verdad? —pregunté, y asintió desviando la mirada, avergonzado quizá de que alguien de su complexión fuese tan fácilmente abatido sin lograr ocasionarle el menor rasguño a su contrincante—. Entonces entenderás por qué debes huir o quedarte y morir, tú decides —resolví incorporándome con intención de marcharme.

—¿Quién eres tú? —requirió cargado de inquietud, observándome fijamente.

—Soy alguien que también tuvo que huir en un determinado momento —confesé y noté que me creía—. Deberías recoger tus pertenencias y poner tierra de por medio y simplemente olvidar que los has visto, que sabes de su existencia.

—No. Creo que debo dar la voz de alarma, decírselo a todo el mundo y descubrir a esos seres para que sean destruidos —sentenció, y entonces me di cuenta de por qué los no-muertos no se lo pensaban dos veces a la hora de acabar con los humanos no-voluntarios que descubriesen su existencia, para salvaguardarla, temiendo aquello mismo.

—Buena suerte, envíame una postal desde el psiquiátrico —dije encaminándome hacia la puerta. Me acompañó a la salida y simplemente regresé hasta mi coche mientras él cerraba tras de mí, lamentándome por no poder hacer nada más por salvarle.

Por fin regresaría a casa, con el tiempo justo, pues en unos minutos comenzaría a anochecer. Introduje la llave en el contacto y lo giré, no se oyó ruido alguno. Volví a hacerlo, esta vez el motor chasqueó un poco y después volvió a quedar mudo. Un nuevo intento dio el mismo resultado.

Miré mi reloj, eran las siete y media de la tarde. Volví a intentarlo una vez más. Nada.

—¿Qué? ¿No arranca? —preguntó el guardia civil caminando hasta mi ventanilla. Debía de haber oído mis continuos intentos frustrados de echarlo a andar.

—No, voy a llamar a la grúa —aseguré cogiendo mi bolso en busca del móvil.

—A ver, espera, le echaré un vistazo. Abre el capó —se ofreció cortés y pareció resuelto.

Veinte minutos después, y manteniendo la duda en mi mente de por qué los hombres siempre se prestan a mirar un coche averiado, abren el capó y fingen que saben lo que hacen para acabar concluyendo que no tienen ni idea, decidió que aquello no tenía solución, al menos a su alcance.

—Perfecto —bufé mirando el sol que comenzaba a ocultarse más allá de los conjuntos de viviendas unifamiliares idénticas y a la vez diferenciadas por algún pequeño detalle sin importancia, como el color de la reja, la palillería de las ventanas, el toldo multicolor—. Creo que no me da tiempo de llamar a la grúa ni a un taxi antes del anochecer —me dije.

—Yo puedo llevarte, si quieres —propuso amablemente mientras trataba de sacudirse el polvo negro del motor de las manos.

—Tú deberías estar ya rumbo a cualquier parte —espeté, molesta con mi mala suerte.

—No pienso huir, no soy un cobarde —señaló como si tuviese la menor idea de dónde se estaba metiendo. Estuve a punto de aceptar su invitación pero cómo le explicaría que al llegar a la entrada de Cádiz me colocaría un anillo de marfil que guardaba en el bolsillo de mis vaqueros y me convertiría en otra persona.

—No, entremos en tu casa, voy a telefonear a un amigo.

«El teléfono móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura en este momento, si lo desea envíele un mensaje que el destinatario recibirá en cuanto…».

Mierda, mierda, mierda, repetí hasta la saciedad. Aquello no lo esperaba, que mi plan acabase tirado por el suelo y pisoteado. Me asomé a la ventana, la oscuridad comenzaba a tomar la calle, las farolas se habían encendido hacía un minuto y las luces de las viviendas de alrededor también prendían como farolillos de feria.

—¿Tienes oro en casa? —pregunté.

—¿Oro? —dudó sorprendido.

—Sí, cadenas, pendientes, colgantes, cualquier cosa que sea de oro —maticé. Me daba muy mala espina que mi maravilloso Mercedes se hubiese estropeado justo en aquel momento, muy mala espina.

—Sí, tengo un par de cadenas. ¿Qué pasa? —dudó de pie ante mí.

—Espero equivocarme, pero creo que nada bueno. Tráelas —pedí. Él se apresuró a subir al piso superior, mientras yo destrocé una de las sillas de su salón apoyándola contra la pared y dándole una patada; la hice añicos.

—¿Qué haces? —urgió al ver lo que quedaba de su silla en el suelo, mientras yo evaluaba las cuatro estacas que acababa de preparar. Le entregué dos y coloqué otras dos asidas a la correa de mi pantalón, una a cada lado, preparándome para la batalla. Aún sin contestarle tomé una gargantilla de oro que traía entre sus manos y me la coloqué alrededor del cuello—. ¿Puedo saber qué estás haciendo?

—Preparándome, ¿no lo ves? Ponte la cadena al cuello y colócate las estacas como yo —respondí y me obedeció, mientras me miraba como si estuviese loca—. ¿No querías ver vampiros? Pues vas a verlos. Ahora una clase rápida sobre cómo

matarlos: un clásico, la estaca en el corazón, justo aquí —indiqué el lugar ocupado por mi corazón en el pecho—; segunda opción, cortarles la cabeza. ¿No tendrás por casualidad una espada? —pregunté y me miró con los ojos desorbitados—. Lo suponía, cuchillo jamonero tendrás, ¿verdad? —lo buscó en la cocina y regresó rápido con él. Lo coloqué en mi cinto junto a las estacas—. Nos vamos.

—Pero ¿no vas a explicarme qué pasa? —dudó desorientado.

—Lo más probable es que lo de mi coche no haya sido casualidad, saben dónde vives, debemos huir —revelé mientras de nuevo comprobaba los restos de luz diurna que desaparecían veloces, alumbrando tan solo los tejados de las viviendas.

—¿Dónde?

—A cualquier parte, lejos de aquí. Este ya no es un lugar seguro.

—Cogeré mi pistola…

—A menos que tengas balas de oro no la vas a necesitar —advertí, pero aun así tomó el cinto de su arma reglamentaria abrochándolo a la cintura—. Vamos, ¿dónde está tu coche?

Tomó las llaves de su vehículo y salimos fuera. Apretó el contacto del mando y las luces de un viejo utilitario parpadearon.

—¿Un *Fiesta*?, ¿tienes un Ford *Fiesta* antiguo? —clamé exasperada—. ¿Cuánto alcanza?, ¿cien?

—Dile al ministro del Interior que suba nuestros sueldos y me compraré un Ferrari —espetó molesto, abriendo la puerta del piloto.

—Dame las llaves, yo conduzco —señalé y me observó un segundo considerándolo—. ¿Quieres vivir? —pregunté mientras remarcaba el número de Cyrus en mi móvil, que continuaba apagado o fuera de cobertura.

Giré el contacto y apreté el acelerador, ronroneó dos veces pero arrancó. Héctor me miró. Recorrí la calle, a una velocidad moderada para no llamar la atención, en busca de la avenida principal que conectaba con la carretera. Con un poco de suerte la alcanzaríamos en un par de minutos, aunque la noche caería sobre nuestras cabezas de modo inminente. Del sol solo alcanzaba a ver su lejano resplandor por entre los pinos que ocultaban el horizonte, el semáforo de entrada a la urbanización se puso en rojo pero aun así crucé. El guardia no dijo nada, simplemente apretó con fuerza su mano en el asa de su puerta; casi pude sentir el rechinar de los dientes bajo su mandíbula cuadrada.

El coche, a pesar de sus años, respondía a cada aceleración y la hilera de casitas iguales quedó atrás en pos de la avenida cuando la luz solar desapareció definitivamente. Recorrimos la solitaria vía a toda prisa, apenas había tráfico en aquella zona residencial de la ciudad. Miraba en derredor automáticamente, mientras apuraba el motor al máximo. Nada sospechoso, nada inusual; había transeúntes caminando a un lado y otro de la vía, una joven haciendo *jogging*, una señora mayor que regresaba con el carrito de la compra, una pareja joven empujando un cochecito… Nada extraordinario.

—¿Crees que nos persiguen?

—Creo que un humano *voluntario* ha estropeado mi coche adrede mientras conversábamos, creo que están buscándonos desesperados ahora y estoy segura de que no puedo dirigirme a mi casa por si acaso nos siguen, ni a la de nadie que conozcas por el mismo motivo —señalé sin apartar la vista de la calzada. Por fin accedimos a la carretera. Aceleré entonces al máximo por la solitaria vía circundada entre árboles—. ¿Tienes algún sitio seguro al que ir, donde no haya nadie a quien podamos poner en peligro? —pregunté mientras retomaba mi móvil y volvía a llamar a Cyrus. El guardia permaneció mudo—. Mierda, mierda —exclamé furiosa, golpeando mi móvil contra el volante, destrozándolo, una vez que escuché el mismo mensaje de contestador y comprobé que además se había quedado sin batería, apagado.

—No, ya te he dicho que no tengo a nadie. ¿A quién llamas tanto? —requirió angustiado.

—A alguien que podría sacarnos de aquí. Pero el muy imbécil tiene el móvil apagado —resoplé molesta. El marcador del Ford *Fiesta* indicaba ciento cincuenta kilómetros por hora, que era más de lo que hubiese esperado de aquel cacharro. Decidí tomar el desvío hacia el pueblo de mis abuelos, no podía conducirnos directos a casa de mis padres, si es que nos seguían. La casa de campo de los abuelos llevaba años vacía, estaba apartada y solitaria, era una buena opción—. Recuerda, en el corazón, ¿ok?

—¿Y qué hacen aquí los vampiros? ¿Para qué han venido?

—No han venido, son tan antiguos como la humanidad, siempre han estado aquí, tú simplemente te metiste donde no te llamaron. Por eso estamos en este lío —argumenté y sentí cómo todo su cuerpo se ponía rígido, molesto por mi acusación.

—Han matado a gente.

—También nosotros, los humanos, lo hacemos, ¿verdad? —rebatí observándole un instante. Al volver la vista a la carretera comprobé que un coche nos seguía, sus luces centellearon en el retrovisor. Había tomado también el poco frecuentado desvío hacia el pueblo—. Nos siguen —advertí aminorando el paso.

Héctor miró por el espejo, se trataba de un Audi *A6* negro, un coche potente, aun así, extrañamente, se ajustaba a nuestra velocidad.

—Pero son humanos, oigo dos corazones —destaqué, y el guardia me miró con los ojos abiertos como platos. Debía de estar pensando cómo era capaz de oír dos corazones a cien metros de distancia, con los motores de dos coches como ruido de fondo.

—¿Qué… qué eres tú?

—Según parece tu ángel de la guarda. Agárrate —le pedí justo antes de dar un tremendo frenazo. El coche derrapó y quedó cruzado en mitad de la solitaria y oscura carretera comarcal. El Audi se detuvo—. Deben de estar informándoles de por dónde vamos, tenemos que detenerlos. —En un veloz movimiento le arrebaté la pistola de

su cinto y abandoné el vehículo. El guardia me siguió protestando, exigiéndome que le devolviese el arma, temiendo que acabase con la vida de los dos ocupantes del automóvil que nos seguía.

Me coloqué frente al Audi en mitad de la carretera y les apunté con el arma, trataron de dar macha atrás. El piloto solo tuvo tiempo de descubrirme apuntándole en la sien con la pistola reglamentaria del guardia civil. Era un hombre de aproximadamente treinta años, rubio, con la piel sonrosada y plagada de minúsculas pecas.

—Abajo —exigí, y él y su copiloto, un tipo bajo y regordete, abandonaron el vehículo. Héctor caminaba deprisa hacia nosotros—. Entra —ordené y me obedeció.

Los dos voluntarios me observaban de pie con las manos sobre la cabeza. Le entregué el arma al guardia, que continuó apuntándoles. Giré la llave en el contacto y el Audi rugió. Pasamos junto a nuestro anterior vehículo sorteándolo despacio.

—Dispara a las ruedas —ordené.

—Acabo de ponerlas —masculló y le miré furibunda, eran nuestras vidas las que estaban en peligro y se preocupaba por sus ruedas nuevas. Captó mi rabia y lo hizo, dos tiros y ambas ruedas pinchadas. Huimos mientras nuestros perseguidores corrían hacia su automóvil y pateaban las ruedas furiosos.

Desaparecimos. Aquel coche volaba como el viento y yo apuraba la máxima velocidad. Héctor, que continuaba sin hablar, se asía con fuerza a su asiento. Me pareció menos irritante, al menos sabía acatar órdenes.

Estaba tenso, las luces azuladas del salpicadero se reflejaban en sus ojos celestes. Su mirada estaba atenta a la carretera y a la vez perdida en otros pensamientos, probablemente el guardia civil se preguntaba cuándo se metió en aquel lío, al igual que hice yo cuando mataron a Charles Robinson ante mis ojos. Le entendía mejor de lo que podía imaginarse.

—¿Dónde vamos? —preguntó mientras miraba el espejo retrovisor, comprobando que nadie nos seguía.

—Si me hubieses preguntado hace un par de minutos te diría que hacia el pueblo de mis abuelos, pero ahora mismo no lo sé, creo que nos hemos perdido. Tenemos que escondernos, así que buscaré algún lugar donde hacerlo hasta el amanecer.

—Voy a llamar a la policía… —comentó mientras sacaba su móvil del bolsillo. Se lo arrebaté y lo lancé por mi ventana. Ojalá me hubiese sabido el teléfono de Cyrus de memoria, entonces al menos hubiese servido de algo aquel móvil, pero no era así, otra llamada solo podría traernos problemas—. ¿Eh? ¿Qué haces?

—¿Y qué pensabas decirles? Socorro, señor agente, nos persigue una auténtica horda de vampiros asesinos —imité una voz asustada, mirándole con desprecio—. Solo conseguirías que si alguno es lo suficientemente imbécil como para creerte envíe a alguien que acabe muerto. ¿Con quién crees que te la estás jugando? Esto no es ninguna tontería, Héctor. Ya te he dicho que no debemos poner en peligro a nadie más, ¿no tienes suficiente con que quieran matarnos a nosotros?

—Y qué se supone que tengo que hacer, ¿resignarme a morir, a que me maten sin intentar pedir ayuda siquiera? —espetó desesperado. Su impotencia era tan comprensible como inoportuna.

—Si lo dices en voz alta… si alguien llega a creerte por un instante cuando dices que existen los vampiros, entonces no solo estos vendrán a por ti, a por nosotros, sino todos los vampiros del mundo lo harán, ¿entiendes? Y acabarán contigo, conmigo y con todo aquel que alguna vez oyó nuestros nombres, ¿lo comprendes ahora? —pregunté tratando de convencerle, sin apartar el pie de acelerador un instante. El agente cruzó ambos brazos sobre el pecho, resignado, molesto con el mundo, con las circunstancias que le había tocado vivir.

—No tenías por qué haberlo tirado, podría haberlo apagado. ¿Es que quieres dejarme en la ruina? Destrozas mi mobiliario, mi coche y ahora mi móvil —refunfuñó como un niño pequeño.

Entonces decidí que ya había habido suficientes réplicas. Mi paciencia tenía un límite y Héctor estaba sobrepasándolo. Di un potente frenazo en la carretera solitaria. El fantástico vehículo se detuvo prácticamente en seco, invadiendo el habitáculo de olor a neumático quemado, y el cuerpo del guardia civil se cimbreó violentamente. El cinturón de seguridad evitó que se estrellase contra el salpicadero.

—¿Te has vuelto loca?

—Si quieres bajarte aquí, puedes hacerlo; no estás retenido —advertí seca, cortante, sin emoción—. Pretendo salvar mi vida y de paso la tuya, pero eres libre. Obedéceme y ten una oportunidad de vivir, o lárgate y muere, proporcionándome algo más de tiempo para escapar —le ofrecí tajante, estirando mis labios en una malévola sonrisa. El joven guardia me miró desconfiado y guardó silencio desviando sus ojos de los míos. Obviamente no quería morir—. Bien, ahora duérmete.

—Sí, seguro —resopló, girándose de lado y dándome la espalda en el asiento.

Casi dos horas después de nuestro fugaz encuentro con los voluntarios, transitando solitarias carreteras y desvíos comarcales, hallé un tortuoso camino de albero que ascendía hasta una casucha abandonada en la cima de una pequeña loma, rodeada por una gran arboleda de encinos y alcornoques. Frente a esta se situaba la casa de los cortijeros, los guardias de la finca. Tenía la luz encendida y por uno de los ventanales se vislumbraba el colorido reflejo de una televisión. Al lado opuesto de la carretera distinguí un amplio canal de riego que discurría a rebosar de agua por las últimas lluvias. Detuve el vehículo junto a él.

—Nos esconderemos en esa casucha, es tan buen sitio como cualquier otro —señalé mientras bajaba del coche, cargando con mi bolso. Héctor me imitó. Entre los dos empujamos lentamente el coche hasta el canal, introduciéndolo en sus oscuras aguas, que poco a poco lo cubrieron por completo.

—Vamos —indiqué, y comenzamos a ascender la loma por el lado contrario a la casa habitada.

La noche era cerrada, oscura como la boca de un lobo. Aun así, mi visión

privilegiada me permitió seguir sin dificultad el sendero de hierba muerta por el paso diario hacia la desvencijada cabaña. Saltamos la tosca empalizada y, caminando despacio, ajustando mi paso al de mi acompañante, subimos la ladera.

Héctor me seguía, con la mano en la empuñadura de su arma de fuego, a escasos pasos de mí. Podía contemplar el reflejo de las luces doradas de la vivienda del guarda, a unos quinientos metros de la casucha a la que nos dirigíamos, en la humedad de sus ojos, cuando me giraba para asegurarme de que me seguía con cautela.

Alcé un dedo y le indiqué que me aguardase apostado tras una enorme piedra. Entonces me desplacé veloz y revisé el perímetro. Nadie.

Advertí los latidos de tres corazones en la casa del guarda, dos de adulto y uno veloz de niño. También descubrí un quad con las llaves olvidadas en el contacto, en la parte trasera de la cabaña.

En el interior de la pequeña choza tampoco había nadie. Miré el interior por los huecos vacíos de donde un día hubo ventanas. Una desvencijada puerta de madera tapaba la entrada, la empujé suavemente y entré.

Tirados por el suelo permanecían viejos aperos de labranza, un tonel deshecho y un par de vetustas sillas de madera con asientos de enea destrozados. Del techo de brezo colgaban de una viga varias ristras de ajo puestas a secar, así como pimientos, chorizos y diversas longanizas. Hice señas a Héctor para que me siguiese al interior y segundos después cerré la puerta tras él.

—Ahora solo queda esperar que no encuentren nuestro rastro —le informé, tomando asiento en la tierra compactada junto a una de las sillas—. Con un poco de suerte se nos hará de día aquí —deseé mientras me acomodaba contra la pared de piedra.

—No me puedo creer que esté pasándome todo esto —suspiró el guardia, sentándose cerca. Paseó una mano por su frente y luego por la cabeza, cuya corta pelambrera recorrió con los dedos—. No me lo puedo creer —repetía para sí.

Observé las blanquecinas ristras de ajos sobre nuestras cabezas, perfumaban la ventilada habitación con su potente aroma, sonreí para mí e incorporándome arranqué una de ellas. Héctor me observó sorprendido cuando comencé a comerme uno a uno todos los dientes de una de las cabezas.

—¿Qué haces? —requirió desconcertado.

—Los ajos dan mal sabor a la sangre, al menos si se beben la mía espero que les de una indigestión —respondí, y continué con la siguiente cabeza. El guardia se incorporó e imitándome comenzó a comerse otra de las ristras. Le observé divertida. Lo suyo sí tenía mérito, a mí los ajos no me sabían a nada, como el resto de alimentos, en cambio su rostro se encogía una y otra vez mientras los masticaba y tragaba con decisión—. Deberías comerte mejor un chorizo, te va a dar dolor de estómago.

—No importa, si se beben mi sangre que les sepa a mierda —espetó convencido.

Eché a reír quedamente.

Ambos guardamos silencio durante horas. Lentamente la poderosa musculatura del guardia civil se fue relajando y su respiración fue normalizándose. Mientras, la noche transcurría en el más intenso de los mutismos.

Horas de sigilo absoluto, escondidos entre las herramientas de labranza. Él agotado y apoyado sobre una de las sillas pero alerta; yo atenta a cada sonido, a cada latido de nuestros vecinos, a cada ruido en el exterior.

Un búho ululaba en la lejanía, a varios kilómetros de allí, el viento mecía las ramas de los árboles de un bosque cercano y la luna creciente, sin prisas, realizaba su nocturno paseo por un firmamento colmado de estrellas. Podía verlas refulgir sobre nuestras cabezas, desafiantes, hermosas, infinitas, entre la maraña de brezo del techo que raída dejaba al descubierto pequeñas tiras de cielo.

Mi involuntario compañero de aventuras permaneció inmóvil, hecho un ovillo —un ovillo inmenso—, respirando lentamente, agotado por el sueño y el entumecimiento muscular.

Miré el reloj en mi muñeca, eran las seis, en una hora amanecería.

Cyrus debía de estar de los nervios, más aún si había encontrado mis llamadas perdidas en su móvil. En cuanto amaneciese me acercaría a la casa de los cortijeros y les pediría que me permitiesen llamar por teléfono a casa. Tenían línea, la había visto a nuestra llegada.

Probablemente, mi amigo el nigromante habría ideado una estupenda excusa para mi ausencia, por lo que mis padres no estarían preocupados, o eso esperaba. Solo debía aguardar una hora. En cuanto saliese el sol regresaría junto a Cyrus y me despediría de mi familia. Llevaríamos a Héctor a dónde nos pidiese y volvería a Londres. Solo una hora.

Pero entonces una serie de lejanas vibraciones en el aire me hicieron saber que eso no sucedería.

—Ya están aquí —susurré a Héctor, que se puso inmediatamente alerta—. No hay tiempo de huir.

—¿Qué hacemos? —preguntó en voz baja, con los ojos crispados. Yo llevé un dedo a mis labios, pidiéndole que guardase silencio. Su mano derecha se dirigió instintivamente al arma de fuego; negué con la cabeza y señalé el cuchillo jamonero que reposaba en el suelo a su izquierda, después le indiqué el lateral de la puerta.

Me situé entre la puerta y la ventana, con la espalda pegada a la fría pared de piedra. Percibí una nueva vibración, más cercana. Asía fuertemente una estaca en cada mano, había enrollado la gargantilla de oro en torno a una de ellas. Cuánto añoré mis dagas en aquel preciso momento.

Héctor permanecía atento a mis movimientos desde su posición, flanqueando el otro lado de la entrada, para quedar oculto cuando la puerta se abriese, con el cuchillo jamonero entre sus fuertes manos, asiéndolo como una espada.

La puerta estalló en mil pedazos de una patada ante los desencajados ojos del

guardia. Yo lo esperaba, le había sentido acercarse, así que empujé mi arma en el aire, y antes de que el vampiro cruzase el umbral ya le había clavado la primera de las estacas, la que iba aderezada con el metal maldito, en mitad del pecho, sorprendiéndole.

El no-muerto, un varón moreno, abrió la boca mostrando los poderosos colmillos que brillaron como perlas. Reaccioné rápidamente para volver a apuñalarle, esta vez en el corazón.

El mastodonte de al menos metro noventa explosionó en una masa sanguinolenta frente a ambos. Héctor permaneció inmóvil, estupefacto, contemplando los restos del no-muerto esparcidos por el suelo. Pero no había tiempo para la estupefacción.

Otro se acercaba. Volví a enrollar la cadena de oro alrededor de la estaca. Esta resbalaba por la sangre, pero la apreté con fuerza mientras percibía la sobrenatural aproximación. Le hice un gesto a mi acompañante capturando su atención, indicándole la puerta para advertirle que de nuevo teníamos compañía.

De pronto alguien me agarró por la espalda, esta vez había errado al calcular la llegada del vampiro. Este se había colado por la ventana como una exhalación. Su brazo se enroscó en mi cuello, apretándolo fuertemente, tratando de hacerme perder así el conocimiento. Lo agarré con ambas manos, dejando caer mis rudimentarias armas al suelo, e intenté zafarme con todas mis fuerzas de su abrazo, que cortaba mi respiración, pero era inútil.

Héctor acudió en mi auxilio cuchillo en mano, entonces mi captor levantó con su mano libre un robusto arado de madera y lo lanzó con su poderosa fuerza, como si tuviese el peso de una pluma, contra el cuerpo del guardia. El arado quedó hecho añicos y mi compañero cayó de espaldas desplomado. Aproveché aquel instante, cuando su cuerpo giraba sobre sí mismo al lanzar el arado, para patearle las espinillas con toda mi fuerza sobrenatural. El dolor le hizo relajar su presa el tiempo suficiente como para agacharme, y escurriéndome le di un tremendo codazo en los genitales.

Se dobló sobre sus rodillas, momento en el que me giré para comprobar que quién había estado a punto de estrangularme no era otro que el vampiro rubio platino, uno de los que atacaron a Héctor en la autovía la noche que no conocimos.

Tomé la cadena de oro del suelo a mis pies y envolví su cuello con ella, apretándola alrededor de este con toda mi energía.

El vampiro rugió al contacto con el metal maldito, que chamuscó su piel mientas se adentraba en ella. Con sus dedos trató de arrancarla pero estos también se quemaban al tocarla. Cuanto más intensamente tiraba él de ella, con más fuerza lo sujetaba yo. Las yemas de sus dedos se desprendían del hueso al tratar por todos los medios de arrancar la cadena, que se hendía en su carne lentamente.

Entonces una estaca atravesó su inerte corazón y todo él estalló, salpicándonos a ambos de sus vísceras. Héctor me observó con el rostro empapado de sangre, aguardando mi reacción a lo que acababa de hacer.

—Vámonos, los demás aún están lejos —urgí.

Echamos a correr. Tomamos el quad que había visto antes con las llaves puestas. Mi acompañante subió detrás y desaparecimos ladera arriba a toda velocidad. Sentí cómo el corazón de uno de los habitantes de la vivienda cercana se aceleraba, probablemente nos había oído escapar, llevándonos prestado su vehículo. No era difícil, pues el quad era ruidoso, escandaloso, pero al menos también veloz.

Percibí los movimientos de varios no-muertos todavía bastante lejanos. La arbolada era espesa. Recé para que nos diese tiempo a ascender la empinada colina: el sol alcanzaría primero la parte superior de la montaña y ahí estaríamos nosotros, esperando su salvador baño de luz.

El vehículo giraba con dureza, las gruesas ruedas superaban cuanto desnivel de terreno nos encontrábamos, zarandeándonos eso sí como maracas. Héctor me asía fuertemente por la cintura con una mano, y con la estaca, las cadenas de oro y el cuchillo jamonero en la otra. Sentía sus dedos atenazando mi vientre, agarrotados. Estaba asustado, pero aun así, decidido a afrontar un nuevo ataque.

Esquivábamos las ramas de los árboles agachándonos sobre el chasis y pasábamos por encima de las robustas raíces, rebotando bruscamente contra el motor una y otra vez y a toda velocidad. Mis ojos lloraban irritados por el frío aire de la noche que moría, dificultando mi visión.

Miraba hacia atrás, nadie nos seguía. A pesar de la oscuridad podía ver con claridad cada obstáculo, cada tronco, cada cepa que nos entorpecía la huida. Comenzamos a ascender un empinado terraplén que nos conduciría a la cima en busca del sol.

Toda mi piel se erizó. Los sentí correr, no sabía cuántos eran pero eran muchos y se dirigían hacia nosotros a toda velocidad. Supe entonces que nunca llegaríamos a la cima. Divisé un claro entre los árboles y me dirigí hacia él. Pero el astro solar aún tardaría un buen rato en mostrarse, así que aquel era sin duda nuestro fin.

Me dediqué un momento a tranquilizarme, a transmitir serenidad a Shapur, que andaba revuelto en mi interior por mi agitación. Si aquel era el momento de mi muerte, deseaba afrontarla con paz, sin transmitir dolor ni malestar al guerrero persa, así sabría que había muerto en calma, además de llevarme por delante a varios chupasangres más.

Estaban demasiado cerca. Comencé a percibir las oscuras siluetas desplazándose a toda velocidad por entre los árboles, eran sombras, fogonazos oscuros que corrían a nuestro paso entre la maleza.

—Están aquí —dijo Héctor a mi oído, convirtiendo en palabras la evidencia.

—Pues vamos a cargarnos a todos los que podamos —sentencié abriendo mi mano izquierda, donde el joven guardia depositó la estaca.

Detuve el quad en mitad de aquel pequeño claro. Tendrían que enfrentarnos cara a cara. Bajamos del vehículo y nos situamos espalda con espalda, preparados para el ataque. En menos de dos segundos un círculo de no-muertos se cerró en torno a nosotros.

Eran cinco. Cuatro hombres gigantescos y una mujer diminuta. Uno de ellos era el compañero del rubio platino la noche en la que todo comenzó a complicarse. No pude distinguir nada más, pues un ardiente disparo atravesó mi brazo izquierdo y simplemente me desvanecí.

Capítulo 12

Sangre, solo sangre

Luz, una luz poderosa que todo lo envolvía con su dorado halo, no había nada más, una luz cegadora y potente que me impedía ver algo.

No pude evitar pensar que había muerto y me hallaba en el resabido túnel en cuyo final se supone deberían estar mis abuelos esperándome. Quizá también Bongo, mi perrito que había muerto hacía tres años, e incluso la pareja de peces de colores que me regaló mamá y que aparecieron flotando panza arriba una buena mañana.

Pero no, no veía a nadie, no oía a nadie, bueno, de repente comencé a oír una voz.

Anna, Anna, me llamaba aquella voz, y era una voz conocida, una voz que había oído antes; la reconocí, era la voz de Héctor.

¿Era él el encargado de esperarme al otro lado?

¿Tan vacío recibimiento merecía para que aquel tipo al que prácticamente acababa de conocer fuese designado para tal menester? Quizá el hecho de haber muerto juntos nos había unido irremediablemente para dar aquel paso.

Anna, Anna, continuaba llamándome. ¿Tenía que ser tan exigente incluso en un momento tan delicado?

La cabeza me iba a estallar, y se suponía que el dolor debía haber cesado ya, ¿no?

Anna, Anna, insistía Héctor, pero no le veía en la luz, de hecho apenas veía ya la luz, esta se había tornado una mancha rojiza, nebulosa.

Al menos la muerte no había sido tan dolorosa, un disparo en el brazo creí recordar.

Anna, ¿quieres abrir los ojos?, pedía Héctor, y pude oírle mucho más claramente, muy cerca. Entonces percibí cómo pesaba todo mi cuerpo, terriblemente, como si estuviese hecho de plomo, tomé conciencia de él. No, no estaba muerta.

Estaba de pie.

Traté de abrir los ojos, los párpados pesaban como melones. Hice un tremendo esfuerzo por desplegarlos y entonces vi cómo la luz que me iluminaba era el sol que se colaba por entre los cristales de una ventana pequeña, en la parte alta de una desconchada pared de cemento y ladrillo.

Miré a mi derecha, parpadeé tratando de enfocar la imagen. Héctor se encontraba a unos pasos de mí, atado a la pared con gruesos grilletes y cadenas de acero por manos y pies. Me miré y traté de tirar de mis brazos, pero estaban fuertemente asidos al muro, lo intenté con mis pies, pero fue inútil, también estos estaban sujetos a la pared por gruesas cadenas.

Analicé la habitación, era un cuarto pequeño, de unos diez metros cuadrados, con

una sola ventana en la pared perpendicular a la que permanecíamos atados. El suelo era de cemento, sin enlosar. Había grandes pedazos de tela embrollados en una esquina y unas barras de hierro en el suelo, de las utilizadas para cercar parcelas. Frente a nosotros había una oxidada puerta, también de hierro.

—Anna, ¿estás bien? —se preocupó Héctor ante mi mutismo.

—¿Tú qué crees? —solté encrespada. Él sonrió, abatido, arrugando sus ojos celestes: la luz del sol le alcanzaba lateralmente, y bajo su brillo el corto cabello del agente de la benemérita despuntaba rubio oscuro en lugar de castaño. Al menos se encontraba intacto, sin magulladuras, aparentemente.

—¿Por qué crees que nos han traído aquí? ¿Por qué no nos han matado aún?

—¿Me nombraron representante y no me enteré? —protesté—. Yo que sé, querrán divertirse e iba a amanecer, no tenían tiempo suficiente para deleitarse con nuestra muerte y hemos sido una buena caza. —El agente se encogió ante la perspectiva y la frialdad con la que yo expuse los hechos. Y no es que no sintiese miedo, pero estaba segura de que aquel sería mi final. Solo me preguntaba cuánto duraría. En cuanto comenzase nuestro sacrificio intentaría sangrar abundantemente para al menos que mi muerte fuese rápida; no podrían resistirse a un buen torrente sanguíneo y todo acabaría pronto.

—Nos cogieron con dardos tranquilizantes —me informó, indicando la herida de su grueso brazo estirado contra la pared—. Me han quitado el arma.

—Ssst, calla —pedí. Escuchaba a alguien, humanos, dos corazones grandes, pesados, de hombre, que acercaban. Agudicé el oído.

«Sarah dice que los tratemos bien, la muy zorra, que los tratemos bien. Será hija de puta. Para darse ellos un festín esta noche».

«¿Y estás seguro de que los llevarán a la gobernadora esta noche?».

«Segurísimo, quiere verla en persona, a la niñata esa de las hostias; se cargó a dos de ellos, a dos, al cabrón de Ruy y al otro moreno, el gigantón ese. Creen que se los cargó ella sola y la gobernadora quiere verla, no creen que sea humana».

«Desde luego, para matar a Ruy y al grandullón muy humana no creo que sea».

«No saben si se trata de una rebelión o una declaración de guerra o… Por eso la gobernadora quiere hablar con ella, saber quién la envió, por si debe advertir a la reina».

«Como trabaje para alguien se va a liar la de Dios, y Karen está deseando que se lie; lo que le gusta una pelea a esa zorra».

Al alcanzar la puerta ambos guardaron silencio.

Hice un gesto a Héctor para que fingiese continuar inconsciente y desplomé mi barba contra el esternón, dejando mi cuerpo colgado de nuevo de mis brazos.

Las bisagras de la pesada puerta rechinaron al abrirse. Ambos tipos se adentraron en la habitación con sigilo, casi con temor podría afirmar, por los apresurados latidos de sus corazones mortales. El ritmo cardíaco regresaba a la normalidad tras creernos sedados aún.

No estaban lo suficientemente cerca para alcanzarlos, las cadenas que me ataban a la pared eran demasiado cortas. Continué en silencio, percibiendo como uno de ellos caminaba hacia mí.

—Mira esta nena, está bien buena, ¿verdad? —dijo uno de ellos, acercándose—. Lo mismo podríamos pasar un buen rato con ella, total, está atada a la pared con las piernas abiertas —sugirió divertido con su propuesta, aproximándose más aún. Ahora estaba tan cerca que podía percibir el repugnante olor a aceite y grasa de pescado de su piel.

Sentí entonces cómo colocaba una de sus manos regordetas sobre mi pecho izquierdo y comenzaba a apretarlo. Encajé los dientes con rabia y le vi entre las pestañas, se recreaba acariciándome violentamente, haciéndome daño, ante los ojos de su compañero.

—Uhmm, qué ricura… —dijo complacido.

Mi inmovilidad, mi falsa pérdida de conciencia le dio seguridad y descendió su asquerosa mano por mi vientre en dirección a mi entrepierna, introduciéndola bajo el pantalón vaquero hacia mi pubis. Entonces giró el rostro hacia el otro tipo, divertido, semiencorvado con la mano dentro de mi ropa interior, con su gruesa espalda muy cerca de mí.

Entonces le ataqué, con la única arma de la que disponía, mi boca.

Le mordí, con toda mi energía, en el cuello desnudo, justo en la yugular, le apresé tan fuerte con mis dientes que su sangre comenzó a brotar en mi boca mientras trataba de revolverse. Yo incluso la tragaba, no pensaba soltarlo, no sin arrancarle el trozo asido.

El sabor metálico de su fluido vital me reconfortó, podía distinguirlo incluso después de casi un mes careciendo del sentido del gusto. Aquel matiz a herrumbre y sal de su cálida sangre humana acarició mis papilas gustativas, mi garganta. La sangre manaba a borbotones por la profunda herida de su cuello.

El voluntario trataba de zafarse de mi dentellada, tiraba de mi cabello, rodeando mi cabeza con sus cortos brazos, pero carecía de la fuerza necesaria para hacerme daño. El otro tipo, rubio pecoso, el otro miembro de nuestra persecución inicial, se estremecía nervioso frente a ambos, incapaz de reaccionar mientras su compañero comenzaba a debilitarse por la pérdida de sangre.

Desesperado buscó algo en el suelo, tomó una de las pesadas barras de hierro y me golpeó en la cabeza con ella. El primero de los golpes lo resistí a pesar del dolor, pero al segundo, más violento aún si cabe, sentí cómo el cerebro rebotaba dentro de mi cabeza y solté a mi presa.

Su compañero tiró de él apresurado por uno de los brazos, arrastrándolo por el suelo, lejos de mí. El regordete no podía ponerse de pie siquiera, había perdido demasiada sangre, toda la que yo me había tragado más la que había recorrido mi barbilla, mi garganta, mi pecho, empapándome de su fluido vital, tiñendo mi cuerpo de un río carmesí.

Cerró la puerta tras ellos, dando tres vueltas de llave.

Apreté los ojos con fuerza, me dolía muchísimo la cabeza, estaba segura de que me había abierto una enorme brecha en el cuero cabelludo sobre la frente, aun así no debía de sangrar demasiado porque no sentía fluir la sangre. Miré a Héctor, que me observaba con los ojos azulinos cargados de horror. Le había asustado incluso a él, supuse.

—¿Estás bien? —preguntó preocupándose por mí.

—He estado mejor —respondí con la voz turbada por el intenso dolor.

—Eres increíble —dijo con emoción, y le miré extrañada, incrédula—. Eres la persona más valiente, y quizá la más loca, con la que me he encontrado en toda mi vida —sentenció y no pude evitar sonreír afligida ante semejante afirmación, pero la herida en mi frente dolía al estirar los músculos del rostro y mi mueca duró poco—. Es imposible que sigas viva después de los dos golpes que te ha dado ese tipo.

—Pues aquí estoy y te juro que como logre escapar de aquí ese malnacido se va a tragar la barra —aseguré, observando de nuevo la pequeña ventana por la que distinguía los rayos solares, cuya inclinación aumentaba. Se aproximaba el ocaso, quizá quedasen tres o cuatro horas de luz, calculé, tres o cuatro horas de vida, si es que aquellos humanos no regresaban armados y acababan con nuestra existencia con un par de disparos. No creía que tuviésemos tanta suerte, estaba seguro de que no desobedecerían a sus amos, jamás.

—Nunca imaginé que moriría así —suspiró Héctor abatido. Le observé, también sus ropas estaban empapadas de sangre, seca ya, de los vampiros que matamos en la cabaña. Permanecía con los brazos abiertos en cruz y las piernas también abiertas, recordándome al *Vitruvio* de Leonardo Da Vinci, solo que, por desgracia, con algo más de ropa.

—Hubieses estado loco de hacerlo —aseguré.

—Tienes razón, pero es que morir así es triste, sin que nunca nadie sepa lo que realmente me sucedió. No es que vaya a importarle a demasiada gente, porque como te dije no tengo familia, solo mi novia Amanda. Voy a tener el funeral más solitario que se haya visto nunca —concluyó desolado, y me sorprendió que aquella fuese su principal preocupación.

—No lo creo, piensa que irán todos tus amigos, tus compañeros del cuartel, en realidad creo que estará bastante concurrido —traté de animarlo, y aquello fue surrealismo puro: animar a alguien diciéndole que acudiría mucha gente a su funeral (cuando en realidad sabía que no habría funeral alguno, pues nuestros cuerpos nunca aparecerían).

—Quizá tengas razón y no estará tan mal —admitió irracionalmente, reconfortado ante tal perspectiva—. También yo estoy un poco tocado del ala —aseguró al darse cuenta del motivo de su confort, y rompimos a reír.

—¿Por qué no tienes familia? —pregunté sin rodeos, al fin y al cabo moriríamos juntos y no había motivo para el tacto ni los paños calientes.

—Murieron todos, en un accidente de coche, mis padres y mi hermano. Mis padres eran hijos únicos, ambos, por lo que nunca tuve tíos ni demás familia —relató imperturbable, observando el montón de trapos apilados en la esquina derecha de la habitación, cerca de la barra de hierro con la que me habían atizado.

—Lo lamento.

—Fue hace mucho… —dijo sin muestra alguna de dolor. Habría aprendido a contenerlo con el paso de los años—. Aquello… ¿aquello de allí no es una guerrera de uniforme? —preguntó indicando con la nariz hacia el montón de ropas. Miré con detenimiento, y sí, lo parecía, una chaqueta de la Guardia Civil embrollada, manchada de sangre.

—Lo es, debe de ser la chaqueta de tu compañero desaparecido —apunté displicente, y Héctor apretó los dientes, su mandíbula cuadrada rechinó. Cerró los ojos conteniendo la emoción y sus cejas castañas se ciñeron sobre estos—. ¿Le conocías? —pregunté sorprendida por su reacción.

—No, pero sé que le han matado por mi culpa.

—No ha sido tu culpa, en absoluto.

—Me buscaban a mí. Y también tú estás aquí por mi culpa, de no ser porque acudiste a salvarme ya estaría muerto, y si no hubieses venido a avisarme no te habrías metido en este lío —enumeró apesadumbrado. La verdad es que tenía razón, pero no podía admitirlo, terminaría de hundirle, y no había necesidad de que pasase sus últimas horas de vida corroído por la culpabilidad.

—Créeme cuando te digo que no necesito ayuda para meterme en líos, no es tu culpa —dije.

—Sí lo es.

—Bueno, pues lo es, es tu culpa. Sí que eres cansino, ¿te sientes mejor ahora? —concluí molesta, mientras trataba de estirar mis músculos. Las articulaciones de mis hombros me dolían terriblemente por la inmovilidad. Además, la sangre del humano comenzaba a secarse sobre mi barbilla y mi cuello, tensando la piel.

La luz del sol del atardecer que se colaba por la ventana se reflejó en el arete de Shapur que llevaba en mi dedo, mi improvisada alianza. La observé con ternura, definitivamente el guerrero persa y yo ya nunca tendríamos la oportunidad de reencontrarnos. Nunca más volvería a deleitarme con los frenéticos besos de sus voluminosos labios, con la mirada apasionada de sus ojos de ámbar encendidos por el deseo, con la suave caricia de sus poderosas manos. Al menos moriría con una parte de él junto a mí, su arete.

Entonces me acordé de mi otro anillo, el que guardaba en el bolsillo del pantalón, el anillo de Cyrus. ¡Cyrus! ¿Cómo no lo había pensado antes? ¿Cómo podía haberlo pasado por alto?

—Anna, cuántas horas crees que quedan… —preguntaba Héctor.

—Ssst, calla, necesito concentrarme —pedí mientras cerraba los ojos.

«Cyrus, Cyrus», le llamé en mi mente.

Desconocía si aquel vínculo mental, la telepatía, podía ser algo recíproco, si yo podía iniciar nuestro contacto o irremediablemente debía ser el poseedor del don quien lo hiciese, así cómo desconocía hasta qué distancia funcionaba, o si importaba desconocer dónde me hallaba.

«Cyrus, Cyrus, por favor», pedía, pero no había respuesta.

«Cyrus, Cyrus Van der Waals, ¿me oyes?», repetí una vez más.

Nada, solo silencio.

«Cyrus, Cyrus, por favor», insistí tratando de canalizar toda la energía de mi cuerpo hacia la mente.

«¿Anna?, ¿eres tú?, ¿dónde estás?», respondió la voz del nigromante en mi cabeza y estallé de felicidad. Héctor, que debía de observarme, permanecía en silencio sin atreverse a interrumpir mi mutismo.

«¿Dónde estás?», urgió el swap.

«No lo sé, estamos apresados».

«¿Estamos?», dudó mi amigo.

«Sí, Héctor, el guardia civil, y yo».

«¿Quién os tiene presos?».

«Nos capturaron justo antes del amanecer los lacayos de la gobernadora, Karen creo que se llama, y nos tienen atados a una pared, esperando que se haga de noche». Era de cuánta información disponía.

«Oh, Anna, te dije que regresaras antes del anochecer. Después me quedé sin cobertura, yo…», se lamentaba el swap.

«Ya no hay tiempo para eso. Escúchame atentamente. Es muy importante, pero muy importante, que Martin no se entere de nada de esto, podría estallar una guerra y por nada del mundo puedo permitir que ponga en peligro su vida, ni la estabilidad de su reino para salvarme».

«¿De qué me suena todo eso?», refunfuñaba Cyrus dentro de mi cabeza. «Quizá deberías decir quién eres, es probable que así perdonen tu vida».

«No, ni hablar, te repito que no me arriesgaré a una represalia para mi protegido bajo ningún concepto. No te preocupes por mí, sabes que soy fuerte».

«Te han lastimado, ¿verdad? Percibo tu aura debilitada».

«Cyrus, quiero que sepas que ha sido un placer contar con tu amistad».

«Vamos, no te pongas melodramática, te voy a sacar de ahí. Si tan solo fueses capaz de decirme dónde estás…».

«No lo sé, Cyrus, cuando nos capturaron estábamos en una especie de cortijo junto a un canal de riego muy amplio, en dirección este desde Jerez; vi pasar un par de carteles de pueblos de la serranía. Cuando nos apresaron nos sedaron con dardos tranquilizantes y no sé dónde nos habrán traído. Quizá sea una especie de chalet. Estamos en un cuarto sin acabar con las paredes sin enlucir y sin embaldosar, parece una construcción nueva, sin terminar, solo hay una ventana alta en la pared desde la que distingo el cielo claramente. Nada más. Pero aunque pudiese indicarte mejor mi

ubicación no puedes arriesgarte a venir, pronto anochecerá y no sé cuántos chupasangres habrá en total aquí. Yo maté a dos en nuestra huida y después nos rodearon por lo menos cinco en el bosque; es demasiado arriesgado incluso para alguien tan poderoso como tú. En serio, no te preocupes, no tengo miedo a morir…».

«¿Es que te has vuelto loca? ¿Crees que voy a quedarme aquí sentado cruzado de brazos esperando a que anochezca para que acaben contigo?», manifestó severamente enfadado por mi resignación.

«Cyrus, te pido un último favor».

«No hace falta, voy a encontrarte».

«Cyrus, por si acaso no es así, solo un favor».

«Dime».

«Bueno, dos favores».

«Di».

«El primero es que cuides de mi familia, que les digas que los amé con todo mi corazón, cada minuto, cada segundo. Que han sido los mejores padres y el mejor hermano del mundo. Diles que morí pero que no sentí miedo alguno, ¿de acuerdo?».

«No va a ser necesario, te lo prometo. ¿Y el segundo?».

«Podrías… no sé, ¿podrías inhibir la percepción de Shapur de mi cuerpo? Shapur me hizo su *Mitad* y no quiero que sienta lo que tenga que sucederme; si tengo que morir, no quiero que padezca cada sufrimiento mío. Eso me haría el dolor doblemente insoportable. ¿Podrías?».

«A ver…, no sé, Anna, el vínculo que os une es demasiado fuerte, es divino, magia de la más pura de las fuentes, incluso yo le percibo dentro de ti, es algo muy complicado hasta para mí».

«Estoy segura de que encontrarás el modo de hacerlo. Pero tampoco puede dejar de sentirme del todo porque entonces podría pensar que he muerto y daría la voz de alarma a Martin».

«Ok, lo intentaré, dime un intervalo de tiempo en estos dos días en los que te hayas sentido bien, un intervalo de horas que no te importaría transmitirle e intentaré crear un bucle emocional que se repita una y otra vez para él», explicó sin que yo tuviese la menor idea de lo que significaba aquello.

«No sé, de las doce de la noche de antes de ayer hasta las seis de la tarde de ayer, por ejemplo».

«Me alegra que hayas elegido un intervalo de horas en las que gran parte del tiempo estuvimos juntos».

«Te quiero mucho, hermanito, tengo que dejarte, no puedo más, me va a estallar la cabeza».

«Mantente con vida, por favor, mantente viva hasta que te encuentre».

«Adiós, Cyrus. Dile a Martin que ha sido un honor servirle y que le quiero muchísimo», concluí y relajé mi mente, pues estaba agotada y sentía una opresión intensísima en la sien; era como permanecer concentrada en oír una lejana melodía en

voz mínima en mitad de un concierto de heavy metal.

Abrí los ojos y volví a la realidad de aquel cuarto diminuto con paredes desnudas e impregnadas de una humedad que podía inhalar a cada respiración. No se oía ruido fuera, solo los lejanos latidos de dos corazones humanos, uno de ellos muy débil. Me reconfortó pensar que le había dañado lo suficiente como para borrarlo de la lista de posibles adversarios a los que enfrentarme.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué has estado haciendo? —preguntó Héctor. Le observé de soslayo mientras la jaqueca aún martilleaba mi cabeza.

—Tratando de encontrar un modo de huir —mentí, pues no necesitaba saber nada de mi conversación con el swap.

—¿Y dio resultado? —Observé cómo en su rostro castigado se dibujaba un atisbo de ilusión, sobre las siluetas amarillentas que surcaban su mandíbula como vestigio de las lesiones de días anteriores, cuando comenzó aquel desastre.

—No. En absoluto, estamos en las mismas que hace un rato.

—¿Quién eres, Anna? He visto cómo mordías a ese tipo, te he visto luchar… ¿No eres humana, verdad?

—Soy un error de la naturaleza —dije y me eché a reír tibiamente, fatigada. Mi compañero de prisión no pudo entender mi risas. Alguien, un ser al que adoraba, me había llamado de aquella forma al descubrir mi auténtico origen, Shapur, cuya paz me invadió de nuevo, pero esta vez noté algo distinto. Al parecer Cyrus lo había logrado (y tan rápido). Ahora le sentía, pero no reaccionaba a mi pensamiento sobre él como solía hacer, con un suave cosquilleo en el estómago. No sentí nada de eso y lo eché en falta, pero me tranquilizó, ahora al menos no padecería mi muerte en carne propia.

—Te juro que no consigo entenderte. ¿Cómo puedes estar partiéndote de risa cuando estamos atados a una pared esperando a que se haga de noche para que nos chupen la sangre? ¿No tienes miedo a morir? —preguntaba con los ojos fijos en los míos.

—No quiero morir, Héctor, si es lo que dudas. Por supuesto que no, pero si he de morir no les daré el placer de suplicarles. Voy a plantar cara hasta el final —dije completamente convencida.

—¿Tú tienes familia? —preguntó mi compañero de purgatorio mientras trataba de estirar sus fuertes brazos. También a él debían de dolerle las articulaciones tras tantas horas atado en la misma posición, pero no se lamentaba. Las cadenas se mecieron levemente por su presión.

—Sí, tengo padre, madre y un hermano, y podría decirse que tengo otra especie de medio-hermano de corazón y un amigo muy especial con el que no paro de discutir pero por el que daría mi vida sin dudarlo un instante, así que supongo que también tiene que contar como familia —confesé relajando la guardia mental. Qué importaba ya lo que supiese de mí si iban a sacrificarnos aquella misma noche. Visualicé dentro de mi mente a cada uno de ellos, sus rostros, sus ojos, sus sonrisas.

—¿Y novio? —preguntó arrepintiéndose en el acto, en cuanto le alcancé con mis

ojos, mirándole fijamente—. Perdona, es por hablar de algo…

—No tengo novio —dije al fin. Héctor arqueó los labios en una sonrisa, agradado de que respondiese—, pero mi vida amorosa es demasiado complicada hasta para mí.

—¿Más complicado que mi actual novia sea la hermana menor de mi ex? —bromeó y calculé la situación un instante. Bueno, andábamos casi a la par.

—Uf, eso debe de ser bastante complicado también —admití. Sabía que el joven guardia necesitaba conversar para así llenar aquel vacío temporal de espera del fin—. En realidad, hay alguien, a quien amo con todo mi corazón, pero está demasiado lejos, como a unos setenta mil kilómetros y además… digamos que su trabajo está allí y el mío aquí, para siempre —relaté apesadumbrada, y encontré en sus ojos claros una mueca de comprensión—. Y luego también está…

—¿También? —preguntó con una sonrisa pícara en los labios.

—Sí, también hay otra persona —admití sonriendo, sabiéndome descubierta—, alguien que sí está aquí, cerca. Alguien maravilloso que me hace sentir la dueña del mundo cada vez que me estrecha entre sus brazos, pero que me ha mentido demasiadas veces y en el que ya no puedo confiar.

—Ambos son vampiros, ¿verdad? —adivinó, y sonriendo nuevamente ante su perspicacia asentí—. No sé cómo puedes trabajar para esos monstruos, cómo puedes sentir algo por ellos, son… son despreciables —espetó endureciendo la voz hasta la ira.

—Esos tipos de ahí fuera que nos vigilan para que no escapemos y seamos asesinados esta noche, ese que me ha manoseado y que habría disfrutado violándome, ese que no era uno de esos monstruos, ¿no era despreciable? —inquirí cansada.

—Vale, vale, lo pillo.

—No todos ellos son iguales. Mis amigos son seres íntegros, fieles, mucho más leales que cualquier humano, y mi vida a su lado es complicada pero plena —explicaba orgullosa, descubriendo hasta qué punto creía en mis propias palabras—. Conocerlos me ha abierto los ojos de un modo excepcional, me ha convertido en una mejor persona y eso no puede ser malo. Además de que el sexo con ellos es maravilloso —añadí atrevida, sorprendiéndole, restando solemnidad a mi discurso. Héctor sonrió cabeceando por mi comentario—. Y tú, ¿cómo es eso de ser el novio de tu excuñada?

—Pues difícil —admitió pesaroso—. Amanda y yo no paramos de discutir últimamente porque sus padres no me aceptan. Mi ex, Saray, les tiene convencidos de que estoy con Amanda por fastidiarla y no me permiten entrar en su casa… Ella dice que entiende a sus padres, que se preocupan por ella —relataba con la vista fija en mí, que le atendía sin remedio—, y yo le digo que lo acepto pero que se venga a vivir conmigo y así no tendría que volver a pisar su casa. Pero ella dice que no la perdonarían nunca y yo siento que estoy dando más de lo que recibo. Estoy solo, vivo solo desde hace demasiado tiempo y su compañía me haría mucho bien. ¿Por qué no es capaz de entender eso?

—Las relaciones son complicadas —dije para demostrar que le escuchaba.

—Lo sé, pero fue el único regalo que le pedí por Reyes, por mi cumpleaños, por mi santo… y estoy empezando a cansarme de esperar.

Alcé la cabeza. El sol se ocultaba, lentamente.

Guardamos silencio durante unos minutos, mientras la luz de aquel se apagaba detrás de la minúscula ventana que nos advertía de nuestro tiempo restante de vida, envolviéndonos en penumbras.

—Anna —me llamó urgido el agente de la benemérita ante la inminente llegada del ocaso. Le miré mientras trataba de estirarme de nuevo, reactivando los entumecidos músculos.

—¿Sí?

—Ha sido un placer conocerte —aseguró. Busqué sus ojos, y en la profunda oscuridad distinguía el húmedo reflejo de su esclerótica con apenas un leve matiz del color de su iris.

—¿Qué? —dudé. Estábamos atados a una pared para ser asesinados, ¿es que se había vuelto loco?

—Lo que oyes. Lamento las circunstancias pero me ha gustado conocerte —sentenció con la voz henchida de sinceridad.

—Lo haría de nuevo, aun sabiendo que este sería mi final, volvería a salvarte aquella noche —dije completamente convencida de que era cierto. No merecía morir, por supuesto que yo tampoco. Pero Héctor era una buena persona, alguien que además había sufrido más en su vida de lo que le tocaría a su edad, más que yo misma—. También a mí me ha gustado conocerte —añadí, y en ese momento comencé a notar la actividad de los no-muertos. Estaban despertándose. Toda mi piel se erizó entonces como si fuese atravesada por una corriente eléctrica.

—Gracias —musitó, tragando saliva y con ella el incómodo sentimentalismo—. Me estoy meando, a reventar —resopló el guardia agobiado, y era lógico, llevábamos horas atados sin posibilidad de ir al baño. Yo en cambio no sentía aquella necesidad, sorprendentemente, en absoluto.

Capítulo 13

La llamada de la sangre

Una vampira fue la primera en atravesar la puerta, que abrió de un brusco golpe que hizo saltar las cerraduras. Era la única mujer del grupo que nos rodeó en el bosque. Entonces apenas había podido distinguir su rostro con claridad, pero ahora que la tenía ante mí la contemplé detenidamente.

Su piel era terriblemente pálida y sus facciones dignas de una muñeca de porcelana finamente esmaltada. Contrastaban sobre el fondo níveo unos hermosísimos ojos verdes rodeados por larguísimas pestañas castañas, con la esclerótica aún más blanca que su delicado rostro. Una larga melena lacia del color del cacao le resbalaba sobre los hombros delicadamente hasta casi la mitad del pecho. Su cuerpo era menudo y ágil, como el de una bailarina. Vestía un top carmesí de satén sin mangas, una minifalda tableada negra y unos altísimos tacones de aguja rojos. Parecía recién salida de una portada del *Cosmopolitan*.

Héctor la observó con admiración, cautivo del influjo de quien por primera vez contempla a un ser tan hermoso, casi divino. Aquella era sin duda su primera vampira.

Caminó lentamente hacia nosotros, con la mirada inexpresiva y un andar soberbio, observándome únicamente a mí, como si me encontrase completamente sola en aquella habitación.

—Buenas noches —dijo educada, y sonrió desplegando una hilera de níveas perlas. Las palabras abandonaron sus labios como una cantinela entonada por ángeles, acariciando nuestros oídos. Yo ya estaba prevenida de su don, a pesar de que su sugestión no funcionaría conmigo. Miré un instante a Héctor, que la contemplaba con ojos embelesados bajo su influjo.

—No tan buenas para nosotros, imagino —respondí sorprendiéndola—. Tu encantamiento no funciona conmigo —añadí, y ella esbozó una sonrisa sincera.

—¿Cómo te llamas? —preguntó ladeando la cabeza con gracia etérea. Su vocecilla cantarina era dulce como el néctar.

—No acostumbro a responder a quien me tiene atada a la pared con cadenas —espeté, consciente de que en realidad estaba tentando demasiado mi suerte. Solo por el hecho de enfrentar sus ojos sabiéndome una simple humana podría haberme rebanado la yugular nada más atravesar el umbral.

—Oh, lo lamento, realmente estamos siendo descorteses contigo, pero entiéndenos, has matado a dos de los nuestros y has herido gravemente a uno de nuestros voluntarios, no eres precisamente… ino-fensiva —argumentó de nuevo, de

pie frente a mí, tan solo a un par de pasos. Su excesiva amabilidad comenzaba a crisparme los nervios—. Por favor, ¿quién eres? O… mejor dicho, ¿qué eres?

—Puedes oír mi corazón latiendo, sabes que soy humana.

—Oh, vamos, cariño, no eres una humana… Al menos no una humana cualquiera. ¿A quién sirves?

—Soy una república independiente, como Ikea —solté, y su expresión cambió por un instante: no estaba sentándole nada bien mi cinismo. Enseguida recuperó su inexpresiva cara de póquer.

Alguien más entró en la habitación, bruscamente, desvaneciendo el clima de paz y calma que según yo suponía Sarah había creado para nosotros. Héctor espabiló de pronto y la vampira frunció los labios en un simpático mohín de fastidio. Era hermosa incluso bajo aquella mueca de disgusto.

Era un vampiro alto y robusto, rubio, con el cabello muy corto y ojos de un verde muy claro, casi blancos. Nos conocíamos, era el compañero del rubio platino en nuestro encontronazo en la autopista el primer día de mi llegada. Se situó junto a la mujer, ignorándonos.

—Todo está listo, Sarah —comentó rápidamente.

—Está bien, Unai, nos vamos —dijo la vampira de voz cantarina.

—Necesito hacer pis —comentó Héctor urgido, capturando la atención de todos los presentes en la habitación. Unai le observó especialmente molesto por su interrupción. Estoy segura de que de no cumplir órdenes mi compañero sería ya en aquel entonces un pedazo de pellejo inerte tirado en el suelo—. En serio, estoy a punto de hacérmelo encima.

Unai rugió quedamente ante su insistencia, tratando de controlar sus instintos asesinos.

—Está bien, Unai —trató de relajarle Sarah, que parecía estar al mando—. Es un simple humano, no tenemos necesidad de ir oliendo a orines todo el camino. Desátale —ordenó, y el vampiro rubio la obedeció. Liberó a Héctor de sus cadenas, quebrándolas con sus propias manos, y este se encogió como una araña ante el fortísimo dolor de sus miembros entumecidos.

Mi compañero de desventuras miró alrededor y entendiendo que debía hacerlo allí mismo, apremiado por la necesidad, comenzó a hacer pis de espaldas en la esquina de la pared. Yo giré mi rostro para intentar otorgarle algo de intimidad. Ambos no-muertos aguardaban a que terminase, repugnados ante semejantes debilidades humanas.

Unai cambió las cadenas de Héctor por unas esposas en sus muñecas y tiró de él en dirección a la puerta. Todo mi cuerpo se tensó, no quería que le sacasen de mi vista. Caminó con pasos lentos, dedicándome una mirada de resignación, Sarah observaba todo muy atenta, satisfecha por hallar al menos un punto de flaqueza en mí.

Para desatarme acudieron otros tres no-muertos. Entendí cuán peligrosa me

consideraban y esto me reconfortó. Unos pesados grilletes en mis manos y otros en mis pies que me obligaban a caminar como un animal trabado, con pasos diminutos, eliminaron cualquier posibilidad de huida por mi parte.

Recorrí, flanqueada por dos de los no-muertos, un largo pasillo de lo que parecía una vivienda en construcción, hasta alcanzar una puerta tras la que nos esperaban dos vehículos todoterreno con los vidrios tintados. Me introdujeron a empujones dentro de uno de los automóviles, donde me esperaba Sarah. Rogué por que en el otro viajase Héctor y que alcanzase con vida nuestro destino.

¿Dónde nos trasladarían? ¿Para qué dar tantos rodeos si iban a matarnos?

Claro, pretendían obtener toda la información posible de ambos, nuestra muerte incluiría una buena dosis de tortura, pero entonces, ¿por qué trasladarnos? Aquella casa en obras en un apartado paraje era un buen lugar para tal menester.

El voluntario había dicho, antes de que le atacase, que pretendían llevarnos ante la gobernadora, ¿para qué? ¿Es que la tal Karen acostumbraba a torturar por ella misma a cuanto desgraciado consideraba sospechoso? No podía entenderlo.

Traté de ponerme derecha en el asiento. Era difícil cuando tus dos piernas funcionan como la cola de una sirena fuera del agua.

Sarah, a mi izquierda, me observaba atentamente en silencio, intentando obtener la máxima información sobre mí de mi aspecto, de mis movimientos, de mi lenguaje corporal. A mi derecha estaba un vampiro moreno. Supuse que Unai viajaría en el coche de Héctor.

—Señora Murphy, ¿nos marchamos ya? —preguntó el chófer, que no era otro que el humano que me había atizado con la barra de hierro, sin girarse para enfrentar mi rostro. La vampira de ojos verdes asintió.

Aquel apellido me heló la sangre. Mi pulso se aceleró y presta traté de tranquilizarme para controlarlo, dado que ello atrajo la atención de los dos no-muertos que me acompañaban en el vehículo. Utilizando mi cara de póquer disimulé lo mejor que pude y el interés del vampiro moreno desapareció al instante. Sarah, en cambio, continuaba observándome fijamente.

Sarah, Sarah Murphy. Había oído antes aquel nombre. De los labios de William, la noche que me reveló que yo era una dhampira. Sarah Murphy era mi madre biológica.

No podía creerlo. La miré, no había nada de ella en mí, salvo el color del cabello quizá, descontando que el mío entonces estaba más claro por el efecto de la mascarilla de la peluquera del Season (si sobrevivía aún quedaría pendiente nuestra conversación).

Sentí un torbellino de sentimientos en mi interior. Por un lado, confusión, pues aquel ángel de la muerte, tan hermoso, tan grácil, e imaginaba que tan despiadado, era mi madre. Parecía tan joven, representaba unos dieciséis años o poco más. Yo misma hubiese aparentado ser la hermana mayor en caso de duda. Era imposible pensar en ella como una madre. Por otro lado, incredulidad, pues cómo podía ella no

haber percibido nada en mí, no sé, eso que califican la llamada de la sangre. ¿No sería más que una patraña?

Yo no sentía nada hacia ella, en todo caso el respeto que se tiene al verdugo que acabará con tu vida y la esperanza de que lo haga rápidamente.

¿Había estado todo el tiempo tan cerca? ¿La había tenido cerca durante años sin que se hubiese molestado una sola vez en tratar de buscarme? ¿En ir a verme? ¿Sin preocuparse por mí un solo minuto?

Hubiese sido muy fácil para ella presentarse cualquier noche en el parque en el que solía repasar mis apuntes frente a la universidad, o antes en el colegio, fingiendo ser cualquier persona, solo para verme, para preocuparse de cómo le iba la vida a aquella hija que abandonó cuando solo tenía unas horas de vida.

Si la hubiese visto alguna vez, sin duda reconocería su rostro hermoso. No era fácil de olvidar. Por eso estaba segura de que nunca antes nos habíamos encontrado.

Sentí rabia, por su rechazo, por su cobardía, sentí ganas de atravesarla con una estaca por haberme abandonado. Pero entonces recordé las palabras de mi querido amigo Cyrus: «Tienes suerte de haberte criado con una familia humana», y las imágenes que me había transmitido en la cabeza.

Era cierto, fui muy afortunada por ser adoptada por unos padres tan maravillosos como lo eran los míos, por haber crecido como una joven normal, con una vida corriente hasta el momento en el que mi destino se reveló ante mis ojos.

Sarah me miró fingiendo indiferencia, pero había algo de mí que capturaba su atención. Permanecía con las piernas elegantemente cruzadas, como si continuase posando para *Cosmopolitan*, con un brazo apoyado en la asidera de la puerta y el otro reposando sobre sus firmes muslos desnudos bajo la minifalda. El top rojo se ceñía a su cuerpo contorneando unos pechos pequeños y firmes. Si Sarah Murphy hubiese resultado una vampira pechugona, definitivamente hubiese concluido que no era mi madre, sin embargo, la silueta de aquella jovencita comenzaba a recordarme a mí misma, aunque no por su perfecto rostro de griega diosa de mármol característico de su raza.

¿De su raza, de mi raza, o de mi semi-raza?

La sangre de aquel humano al que había mordido me había complacido más de lo esperado. Había calmado mi hambre, mi ansia y había disfrutado con su sabor. Cuánto me asustaba aquello. En realidad, no tenía por qué asustarme, me repetía, pues pronto terminaría todo, en cuanto la gobernadora acabase con nosotros.

Sin embargo, comencé a tramar una especie de plan. Tenía que decirle a Sarah quién era yo, así quizá tendría alguna posibilidad, podría intentar remover sus instintos maternales, si es que alguna vez los tuvo, pues al observarla costaba creerlo. O a lo peor, descubrir que yo era su pequeña dhampira perdida me acarrease la exanguinación para su propio deleite, o el de su jefa, la gobernadora Karen.

No tenía por qué ser así. Si Sarah ocultó su embarazo y se preocupó de entregarme a aquellas monjas es que debía de haber algo de sensibilidad dentro de su

pecho de granito, o al menos la hubo veinticuatro años atrás.

Nos dirigíamos a Sevilla por la autopista. El todoterreno debía de circular a unos ciento ochenta kilómetros por hora, el chófer parecía desconocer que si nos estrellábamos a aquella velocidad tan solo él y yo acabaríamos convertidos en papilla.

El vampiro de mi derecha permanecía dentro de un total estatismo, no pestañeaba, no respiraba, parecía una estatua. En cambio, Sarah se esforzaba en parecer humana para mí, quizá tratando de deshacer la distancia que ponía entre ambas.

—¿Quieres tomar algo? Debes de estar cansada —ofreció mi entregada mamá.

—Sí, un poco de agua —acepté. Había decidido lograr por todos los medios hablar con ella a solas, y desconfiaría de mí si no me creyese víctima de su influjo.

La hermosa vampira abrió una portezuela en el espacio entre el respaldo de los asientos delanteros, descubriendo un pequeñísimo minibar del que extrajo un botellín de agua que me entregó. Lo cogí torpemente, con las manos atadas y demasiado juntas entre sí. Ella reaccionó desenroscando amablemente el tapón para mí.

—Gracias —dije, y bebí.

—¿Cómo te llamas? —insistió. Quizá el hecho de que hubiese aceptado de buen grado su oferta la hacía confiar en su poder de encantamiento sobre mí.

—Anna —respondí, y le agradó sobremanera que lo hiciese. El orgullo atravesó veloz su faz de nieve, fundiéndose en la inexpresividad de nuevo—. Lamento haber matado a dos de sus lacayos —aseguré descendiendo el rostro a modo de respeto—, pero eran ellos o yo, fue cuestión de supervivencia.

—Ya, ya —dijo agitando suavemente su mano derecha con aire aburrido, restándole importancia. No le preocupaba lo más mínimo que hubiese acabado con aquellos dos congéneres—. ¿Y para quién trabajas, Anna? —Aquel tema sí que le interesaba.

—Para nadie, estuve en el lugar equivocado en el momento equivocado —confesé relajando mi postura, acomodándome en mi espacio del asiento.

Pensé en mi aspecto en aquel instante, despeinada, con toda la barbilla, la garganta y el pecho manchados de sangre seca y una brecha en la frente que a ratos dolía con mayor intensidad, como recién salida del videoclip de «Thriller». Y para colmo flanqueada de dos individuos elegantísimamente vestidos. Desde luego, a la gobernadora poco le importaría el aspecto de su aperitivo mientras el gusto fuese agradable, pensé.

—¿Y qué eres? —preguntó estirando los labios de carmín rojo en una sonrisa perfecta.

—Soy humana —respondí cabizbaja, evitando sus ojos. Continuaba respetando su supremacía.

—Mírame —ordenó y la obedecí—. No una humana cualquiera —afirmó—. ¿Verdad?

Entonces, con el rostro girado hacia ella, sin que su compañero de mi derecha pudiese ver mis ojos, me las jugué todas a una y le hice un gesto, arrugando el

entrecejo y mirando en dirección al vampiro de mi lado.

A Sarah le sorprendió que intentase una mueca de complicidad con ella, miró a su subordinado y después a mí. Repetí el gesto y supe que entendió que deseaba hablar con ella a solas. El motivo: quizá supondría que solo a ella le revelaría mi identidad, que su sugestión o su encantamiento o como quisiese llamarlo había funcionado e iba a cantar como un jilguero.

No imaginaba hasta qué punto se equivocaba.

Guardó silencio. No volvió a insistir en el tema, así que permanecimos en un sobrio mutismo hasta que pasadas todas las salidas hacia la ciudad de Sevilla tomamos un desvío siguiendo al vehículo que nos precedía, en el que viajaba Héctor, esperaba que aún con vida. Pues al concentrarme tan solo oía un corazón latiendo dentro de aquel coche desde el principio del camino, y dudaba si se trataba del músculo cardiaco de mi compañero o el del chófer.

Nos adentramos por un largo camino sin asfaltar, cuyo albero blanqueaba en mitad de la oscura noche sevillana carente de luna, que nos condujo hasta una cancela de forja flanqueada por dos no-muertos ataviados con uniformes, que supuse de la guardia vampira de la gobernadora, y armados.

Abrieron la verja, que atravesamos, y continuamos varios kilómetros adentrándonos por el interminable camino rural entre una espesa foresta de alcornoques. Comencé a distinguir las luces de un inmenso cortijo en la lejanía, protegido por un alto muro en todo el derredor de blanca pared encalada. Podía divisar las ventanas de la segunda planta del edificio principal por encima del muro, en el que distinguí al acercarnos las siluetas de varios no-muertos apostados en el exterior. Más guardias.

Una majestuosa puerta de madera se abrió por la mitad para permitir el paso a los vehículos, luego nos adentramos en un amplio patio embaldosado. Aparcaron frente a la fachada de arcos de ladrillos toscos del edificio principal. Era un patio típico andaluz, podía percibir el perfume de los coloridos geranios sembrados en los numerosos arriates. Había aperos de labranza que colgaban de modo decorativo en las paredes, enormes tinajas de barro cocido dispuestas a modo de macetones e incluso un blanco pozo con cubeta de latón enrollada en el mástil por el desuso.

Del primero de los todoterrenos descendió Unai y los otros dos no-muertos, veloces como exhalaciones; uno de ellos tiró bruscamente de Héctor hacia el exterior del vehículo. Respiré aliviada al saberlo con vida, aún.

Observé veloz el perímetro. Por todas partes nos circundaba el alto muro, rodeado de arriates sembrados en la base por geranios multicolores. Frente a nosotros se hallaba el edificio principal, de dos plantas, con varias puertas de acceso a aquel patio.

—Vamos, baja, por favor —pidió cortésmente Sarah. La seguí, abandonando con dificultad el asiento del coche con mis pies trabados.

Unai caminaba unos metros por delante con una mano clavada en el brazo de

Héctor, quien con las piernas libres andaba hacia el interior de la casa. Trató de girarse para comprobar si yo le seguía, pero el vampiro rubio le zarandeó rudamente para que continuase caminando.

—Miguel, suéltale las piernas —ordenó Sarah al vampiro moreno que nos había acompañado todo el trayecto. Miguel dudó. ¿Le estaba pidiendo que soltase las piernas a la humana que había acabado ella sola con dos de los suyos? Pero él no era más que un lacayo y obedeció, liberando mis extremidades, que estiré doloridas.

El vampiro moreno me agarró del brazo del mismo modo que Unai a Héctor y comenzamos a caminar hacia el interior, siguiendo los gráciles pasos de la hermosa vampira, mientras otro de los no-muertos y nuestro chófer sacaban los automóviles al exterior del recinto.

Recorrimos un largo pasillo, decorado al más puro estilo de un cortijo andaluz, con platos de cobre, lámparas de forja y suelos de barro cocido, hasta alcanzar una pequeña recepción junto a un despacho cuya puerta estaba protegida por otro no-muerto. Una vampira rubia, alta y delgada como una tenista rusa, que debía de hacer las veces de secretaria, sonrió coqueta a Miguel y telefoneó al interior del despacho. Con una ristra veloz de palabras informó a la gobernadora del regreso de la expedición y volvió a concentrarse en la revista que ojeaba cuando llegamos, *Men's Health*.

Unai cedió el paso a Sarah, esta se adelantó con un etéreo *chassé*[6], solo digno de una criatura como ella, para abrir la puerta, adentrándose en la habitación. Toda la comitiva seguimos —con infinitamente menor elegancia— sus pasos.

Capítulo 14

Ghouls

La gobernadora Karen era una vampira inusual. Su aspecto me sorprendió enormemente; había sido una mujer madura cuando fue convertida, alrededor de los cincuenta años, y los no-muertos no acostumbraban a convertir congéneres mucho más allá de los veinte, principalmente porque adoraban la juventud eterna que su nueva condición les otorgaba. Ese es uno de los motivos por los cuales normalmente no aceptan voluntarios mayores de esa edad.

A pesar de esto, como todas las vampiras femeninas, Karen era cautivadoramente bella. Su tersa piel de nácar resplandecía bajo la luz anaranjada de su despacho y sus ojos eran de un azul profundo. Llevaba el cabello, castaño claro, muy corto y de un modo muy actual, con un *peinado-despeinado* con que trataba de proporcionar juventud a sus facciones adultas.

Por lo poco que alcanzaba a ver, con cautela, entre el brazo izquierdo y el torso de Héctor, vestía un escotado corpiño de color dorado que realzaba los generosos pechos hasta casi estamparlos contra la garganta.

Permaneció sentada tras la mesa de su despacho, atestada de documentos, mientras Sarah se inclinaba grácilmente ante ella y besaba su anillo, como yo tan solo había visto hacer con los monarcas vampiros, nunca con gobernadores. Quizá las costumbres variaban según el reino. Ciertamente su compostura emitía el invisible halo de señorío de una vampira poderosa.

—¿Dónde está la mujer? —requirió Karen, y Sarah hizo una señal a Miguel, quien con mi brazo fuertemente atenazado me obligó a dar un paso hacia ellas, colocándome delante de Héctor. Cuando estuve frente a ambas, cabizbaja (debía intentar vivir lo suficiente como para llevar a cabo mi propósito), empujó mi hombro hacia el suelo, forzándome a hincarme de rodillas violentamente—. ¿Es ella? —preguntó Karen, observándome detenidamente con curiosidad—. ¿Y esa sangre? —quiso saber mientras comenzaba a salivar como los perros de Paulov.

—No es suya, ha matado a uno de los voluntarios —informó Sarah, y así supe que mi agresor ya no volvería a acariciar a nadie más contra su voluntad.

—Oh, encantadora —exclamó Karen complacida, con una sonrisa en los ojos de añil que no descendió hasta los labios. Yo permanecía muda, de rodillas y con la mirada clavada en el suelo de losas de barro cocido—. ¿Ha dicho para quién trabaja?

—Aún no —lamentó Sarah apesadumbrada con su vocecilla cantarina—. Pero lo hará.

—¿Y el macho? —preguntó refiriéndose a Héctor—. Es un humano corriente,

¿no? ¿Para qué os habéis molestado en traerle?

—Es un buen espécimen, lo traje para usted —apuntó la pequeña vampira.

—Oh. Gracias, querida, siempre tan atenta, pero ya he cenado. Haz lo que quieras con él —dijo, y Sarah hizo un gesto al compañero de Unai para que se lo llevase. Observé a Héctor marchar alejándose de mí, sin luchar, sabiendo que era inútil con su fuerza infinitamente inferior. Me dedicó una última mirada de temor que me encogió el corazón, una mirada tan apocada en un tipo tan grande—. Bueno, Sarah, confío en que obtengas la máxima información de ella lo antes posible. Llévatela y haz lo que sea necesario como solo tú sabes —dijo estirando las comisuras de sus labios en una sonrisa que hubiese resultado de lo más encantadora si no estuviese refiriéndose a una inminente sesión de despiadada tortura para mí.

—Eso haré —respondió Sarah, y tras una nueva reverencia desaparecimos de la vista de la gobernadora. Comenzamos a recorrer de regreso el pasillo—. Llévala al cuarto de juegos —ironizó. Miguel, cuya apretada mano alrededor de mi brazo comenzaba a formar parte de mi propia anatomía, esbozó una amplia sonrisa ante la perspectiva.

La menuda vampira desapareció veloz a lo largo del extenso corredor mientras su lacayo tiraba de mí en dirección contraria. Sentí ganas de gritar, de llamarla, de pedirle ayuda, desconocía si volveríamos a vernos, si delegaría en su lacayo mi tortura, pero no podía arriesgarme a decirle nada, no delante de él, era un secreto demasiado importante.

Miguel abrió una puerta en el lateral del pasillo y descendimos por una estrecha escalera de caracol. La ruda presión de sus fríos dedos sobre mi piel dificultaba la circulación sanguínea en mi brazo derecho, produciéndome una sensación de hormigueo en la mano y en los dedos.

En mi interior albergaba el ilógico convencimiento de que aquel lacayo vampiro no me dañaría; parecía un sirviente fiel y su jefa trataría de obtener la información por las buenas antes de decidirse a acabar con mi humilde existencia.

Al final de la escalera nos aguardaba un pequeño recibidor y una recia puerta de hierro oxidada protegida por un vampiro alto y robusto que permaneció inmóvil como un maniquí, a excepción del breve saludo a su compañero.

Abrió la puerta, permitiéndonos el acceso.

Era una especie de gran cueva excavada en la tierra, con bastas paredes de piedra y arcilla a las que se asían multitud de antorchas prendidas por todo el perímetro, que proporcionaban una tímida iluminación dorada a toda la estancia, por llamarla de algún modo.

No había ventanas, probablemente nos encontrábamos a varios metros bajo tierra, de hecho habíamos descendido al menos tres vueltas de escalera. En el extremo opuesto alcanzaba a ver la esquina de una especie de jaula de barrotes de hierro, protegida por un gran biombo de forja y madera que me impedía ver lo que se hallaba en su interior.

La puerta se cerró tras nosotros y el soplo de aire meció el fuego de las antorchas, lo que produjo oscilaciones en la luz y estas fantasmagóricas siluetas en las paredes. Oí cómo corrían el cerrojo de nuevo.

Inspiré irremediablemente el fortísimo olor a alcohol quemado del combustible de las antorchas y el inconfundible hedor a lugar cerrado, escaso de oxígeno, del recinto. También capté otra esencia en el aire, un olor que era incapaz de identificar, seguido de los matices de metal y frío de la carne muerta y en proceso de descomposición.

Toda mi piel se erizó como un gato. Había algo o alguien en aquella jaula y no podía determinar de qué o quién se trataba. No olía a humano, tampoco a vampiro, sino a podrido, a cementerio… En cambio, podía oír cinco corazones latiendo, a un ritmo cardiaco anómalamente inferior al normal.

Miguel me empujó en dirección a la jaula. Me resistí tímidamente pero al final accedí a caminar hacia allí con torpes pasos. No quería contrariar a mi guardián. Me consideraba capaz de eliminarlo, o al menos de intentarlo, tan solo debía girarme a una velocidad que él no esperaría en absoluto y atenazarle firmemente con mis esposas alrededor del cuello, hasta intentar arrancarle por completo la cabeza, pero entonces nunca lograría salir de aquella cámara cerrada.

Varias hileras de grilletes se extendían en la pared. Miguel ató primero mis brazos y posteriormente mis piernas. Lo hizo confiado, sin dar muestras de temer un ataque por mi parte, probablemente creyéndome bajo el encantamiento de Sarah.

Después se alejó un paso atrás. Entonces su cuerpo dejó de limitar mi visión y pude contemplar con horror a las criaturas que se encontraban prisioneras dentro de la jaula metálica tras el biombo.

Jamás estos ojos habían visto seres semejantes. La forma de su cuerpo era humana, aunque pronunciadamente encorvada, como si las vértebras estuviesen cosidas unas con otras, limitando la flexibilidad de la espina dorsal. No había ropas cubriendo sus consumidos cuerpos desnudos, enjutos, escuálidos, y su piel era pálida, lívida, parecía frágil, translucía los vasos sanguíneos que incluso palpitaban sutilmente a cada tardío latido cardíaco. Apenas quedaban hiladas de cabello sobre sus redondas cabezas, y su rostro deforme de hendiduras y prominencias tenía rasgos humanos. Pero sus ojos eran turbios, como si estuviesen inmersos en una neblina. Carecían de labios y sus dientes estaban al descubierto, eran dos hileras de afiladísimas piezas dentales con encías ensangrentadas. Estaban atados, individualmente, de manos y pies, a los gruesos barrotes de la jaula.

Cuando el vampiro dejó de interponer su cuerpo entre aquellos horripilantes seres y yo, mi esencia fluyó entonces libremente en su dirección. Sus rostros se giraron hacia mí y comenzaron a agitarse. Podían oler la sangre seca que había empapado todo mi cuerpo y estaba segura de que también podrían percibir el aroma de la sangre de mi herida abierta en la frente.

Me aterrorizó contemplar su excitación, saltaban convulsos como chimpancés locos dentro de una jaula de laboratorio, golpeándose contra los barrotes una y otra

vez. Jadeando frenéticos, emitiendo un gutural rugido inhumano, casi un aullido, queriendo alcanzarme con los ojos desnudos, sin pestañas, fuera de las órbitas.

Comencé a preocuparme. Había asumido que moriría esa misma noche, pero esperaba ser devorada por un vampiro, una muerte dolorosa pero rápida, ahora temía que me hubiesen trasladado hasta allí con la intención de alimentar a aquella especie de alimañas demoníacas.

Miguel se había dispuesto en un lateral a mi lado, permanecía con los brazos cruzados ante el pecho como si sus órdenes hubiesen terminado ahí y aguardase nuevas indicaciones. Inmóvil, sin que la agitación ni los aullidos de aquellas criaturas alterasen lo más mínimo la impávida expresión de su rostro de mármol.

La puerta volvió a abrirse sin previo aviso y una nueva oleada de aire del exterior invadió la sala, cimbreando de nuevo la luz de las llamas. Aquellos seres continuaban concentrados en mí, sin importarles lo más mínimo que la menuda vampira de cabellos avellana se adentrase con sus suaves pasos en la caverna.

Apartando la vista de los que posiblemente serían mis *gourmets*, la miré. Ella era mi única posibilidad de salir viva de allí. Hallé sus hermosos ojos verdes fijos en mí, sin reparar en el ensordecedor rugido de aquellos seres que continuaban contorsionándose en busca de la forma de liberarse para devorarme.

—Hola, preciosa, ¿cómo estás? —me preguntó con una cautivadora sonrisa de sus delineados labios rojos, que elevaría los prominentes pómulos de muñeca de porcelana china. Pestañeó dos veces y se situó justo frente a mí, y no pude evitar mirar de nuevo a aquellos seres que continuaban golpeándose contra los barrotes—. Oh, ya entiendo, es la primera vez que ves ghouls, ¿verdad? —preguntó con su dulce voz de presentadora de programa infantil sin borrar la sonrisa ni por un instante.

—¿Ghouls? —balbuceé.

—Son bastante molestos, demasiado ruido —dijo con aire aburrido y meciendo su delicado rostro—. Si me disculpas un momento —pidió con aires de dama antigua, excusándose para abandonar la mesa. Se giró dándome la espalda y caminó hasta situarse a un par de metros frente a la tosca jaula.

Miguel permanecía inmóvil a mi lado, observándola atentamente.

Junto a la celda había una pequeña mesa, a la que yo hasta entonces no había prestado la menor atención, sobrecogida por la escalofriante estampa de aquellos seres. En su superficie se extendía una manta de terciopelo negro sobre la que había depositadas varias armas: estacas, alicates, puñales de diversos tamaños…

Sarah tomó un machete plateado. Caminó hasta la jaula y extrayendo un manojo de llaves de un minúsculo bolsillo en su minifalda giró una llave en la cerradura. Al tenerla cerca, los seres que ella había denominado como ghouls comenzaron a jadear y encogerse, todavía con los ojos puestos en mí, pero conscientes de la entrada de la vampira en su limitado cubículo.

Sin pensarlo dos veces, sin un solo atisbo de vacilación en su menudo cuerpo de bailarina clásica, el filo de su machete dibujó dorados haces de luz en al aire. Y en un

pestañeo las cabezas calvas rodaron por el suelo como las bolas de una bolera, mientras sus antiguos cuerpos se contorsionaban violentamente, para caer por fin desplomados. Dejando a los pies un gran charco de sangre cuyo repulsivo y particular olor penetró por mi nariz, lastimándola.

Sarah abandonó el habitáculo depositando el machete, en cuyo filo resbalaba el brillante líquido carmesí, sobre la mesa, y caminó de nuevo hasta situarse frente a mí, con su ropa de Lolita sorprendentemente impecable, sin una sola salpicadura de sangre.

—Molestos ghouls —suspiró como si acabase de espantar dos moscas de un manotazo en lugar de aniquilar brutalmente a cinco espectros demoníacos—. Bueno, ahora podemos hablar con calma y también puedes hacerte una idea de lo que te pasará si no contestas a mis preguntas —aseguró con el tono amable de una azafata que se preocupa de la comodidad del pasaje durante el vuelo.

—Hablaré, pero con usted, a solas —mascullé, y percibí cómo la mandíbula de Miguel se tensaba de rabia y apretaba los puños. Por un momento temí que saltase sobre mí, pero Sarah alzó una mano, solicitándole que se detuviese.

—Está bien —aceptó ante la sorpresa de su subordinado, y antes de que replicase lo más mínimo volvió a mecer su minúscula mano pidiéndole que se marchase—. Déjanos a solas Miguel, por favor —pidió. El vampiro moreno se retiró tras una reverencia de sumisión, caminó hasta la puerta y la golpeó rítmicamente con fuerza, generando una melodía, tipo morse, que fue reconocida por el guardián que la abrió para él.

Capítulo 15

Querida mamá

El cerrojo volvió a deslizarse tras la partida del vampiro moreno, dejándome prisionera, atada, completamente a solas con una poderosa no-muerta en mitad de aquella inmensa caverna de paredes terrosas. Iluminada por antorchas que consumían el escaso oxígeno y envuelta por el putrefacto olor de la sangre de aquellos seres que lentamente se descomponían en el suelo de la que había sido su tumba.

La hermosa vampira me observaba pacientemente, a la espera de mis palabras. Ya había cumplido displicentemente con todos mis requisitos, ahora se suponía que me tocaba hablar a mí. Y tanto.

—Ahora podremos conversar, ¿verdad? —comentó Sarah, entornando los hermosos ojos verdes con los que simulaba un comedido interés por aquello que esperaba que le contase.

Confiada caminó hasta mí y apoyó su menuda mano de hielo sobre mi hombro, dejándola caer. Pesaba como el plomo: quizá era su forma de advertirme de su poder para suprimir cualquier intención de engañarla. Ya no era necesario, verla tan diestra con los artilugios de aquella mesa de los horrores había surtido el mismo efecto.

Aquel contraste de temperatura entre su piel fría y la mía templada resultó tan familiar y plácido como antes lo había sido el de William, Shapur, Martin o la pequeña Louise.

La miré directamente a los ojos, quería ver su reacción cuando oyese lo que tenía que decirle, contemplar cómo abandonaba aquella mueca de falsa cortesía.

—Bien, Anna, te garantizo que si nos cuentas para quién trabajas respetaremos tu vida y no sufrirás daño alguno —dijo galante, mientras yo permanecía en silencio, ordenando las palabras en mi mente—. Si no es así, padecerás la peor de las muertes. Eso también te lo garantizo.

—La peor de las muertes… Bonita forma de recibir a tu hija después de tantos años, mamá —disparé a bocajarro, descomponiendo su máscara de impavidez. Sus bellos ojos se crisparon y su frente de alabastro se plegó como un acordeón.

—¿Qué dices, humana estúpida? —exclamó incapaz de disimular su ira, retirando su mano de mi cuerpo como si quemase, analizando mi expresión detenidamente.

—Han sido muchos años, es normal que no me reconozcas, pero a ver si también te has olvidado de la marca que tengo en la nuca —dije mientras giraba mi rostro lo suficiente como para que acercándose tirase de mi blusa, con sus dedos de hielo, y pudiera comprobar mi marca de nacimiento, la que me había condenado nada más nacer, la que me convertía en lo que en realidad era, una profética enviada divina.

Cuando volví a mirarla el rostro de Sarah se había transformado completamente, no parecía la misma vampira de minutos antes. Su frialdad, su serenidad y su pose habían desaparecido. Permanecía inmóvil, estupefacta, observándome como si fuese un fantasma. Temí que le hubiese dado un colapso, pero era imposible, era una no-muerta.

No podía discernir si su expresión era de miedo, de dolor o de odio.

—¿Estás bien? —pregunté revelando involuntariamente cierta preocupación en la voz. Entonces cerró los ojos y pareció que lloraba, pero de sus ojos no brotaban lágrimas. Los abrió de nuevo y me abrazó violentamente contra su cuerpo de granito.

—Mi niña… —gimoteó apretándome fuertemente contra sí, tanto que estuve a punto de desmayarme por la falta de oxígeno. Tomó consciencia de ello y relajó sus brazos rápidamente—. Mi niña pequeñita… —decía apretujando mi rostro entre sus manos. ¿Mi niña pequeñita? Con aquel cuerpo menudo de adolescente en absoluto parecía mi madre, y mucho menos yo su niña—. Has sobrevivido —suspiró mientras sus ojos chisporroteaban de felicidad en el inmaculado rostro de virgen medieval.

Desde luego no esperaba aquella reacción, imaginaba más bien un tira y afloja con que convencerla de quién era yo realmente. Y después valorar la posibilidad de rogarle por mi vida o al menos por la de Héctor, en caso de que ofrecer mi apetitosa sangre a la gobernadora fuese algo completamente irremediable. Que se lanzase a mis brazos afligida y gimotease añorando a la niña que perdió, eso no lo esperaba, en absoluto.

—¿Cómo has sabido quién soy? —preguntó enternecida con mi rostro entre sus manos.

—Por un amigo, fue él quien lo descubrió todo, tu nombre, mi identidad, todo. ¿Podrías soltarme? —apunté. Si aquella conversación iba a prologarse, resultaría mucho más cómoda si mis manos y pies no se encontraban cogidos firmemente a la pared con grilletes.

—Oh, sí, claro —exclamó liberándome veloz de mis ataduras. Restregué mis muñecas doloridas mientras permanecía de pie frente a ella, con el corazón latiendo a mil por hora y completamente descolocada—. Y dime, ¿tuviste buenos padres?, ¿has sido feliz? —requirió nerviosa, tomando mi mano con su menuda mano helada, con los ojos almendrados chispeantes por la emoción, fingiendo no reparar en mi incomodidad.

—Sí, tuve, tengo, muy buenos padres, unos padres que me adoran y a los que adoro y con los que he sido muy feliz —relaté acostumbrándome al tono de aquella conversación, sintiéndome como quien acude a uno de esos programas de televisión a reencontrarse con familiares a los que creía perdidos para siempre.

—Oh, Anna, ¿y cómo es tu vida? —Se interesaba de veras, con su tibia vocecita de princesa encantada, y yo la observaba fijamente a los ojos; asía mi mano con dulzura, parecía tan sincera, tan real su necesidad de saber de mí, su hija.

—Pues ha sido muy tranquila hasta hace un par de meses… —mascullé.

—Oh, sí… Llegaron rumores de que Martin Robinson había recuperado el trono británico de la mano de Dínorah, pero pensé que se trataba de un montaje, porque yo sabía que Dínorah se había reencarnado en mi pequeña niñita y no alcanzaba a imaginarla en Gran Bretaña. Así que era cierto, ¿eras tú? —preguntaba con pueril ilusión en la voz, y yo asentí—. Cuánto honor, mi pequeño bebé —aseguró mimando mi mejilla con dulzura con sus gélidos dedos, tratándome como si continuase siendo el bebé indefenso que dejó en un convento hacía ya veinticuatro años.

—¿Por qué lo hiciste, por qué me abandonaste? —solicité. Era una pregunta que había estado quemándome en la garganta desde que supe quién era ella, una pregunta cuya respuesta jamás creí que me importaría lo más mínimo y que entonces sin embargo ansiaba oír. La justificación que tantas veces había imaginado y rebatido mentalmente. Su expresión se endureció, tomó mis dos manos entre las suyas, pálidas, minúsculas, tersas como satén, y me miró fijamente.

—Esperaba que lo entendieses —suspiró apesadumbrada, entornando sus bonitos ojos aceitunados, abanicándome con sus larguísimas pestañas—. Mírame, mira cuál es mi vida. Tú eres humana, no podía cuidarte, no podía atenderte. Nadie debía saber de tu existencia porque tu vida corría peligro desde el primer momento en que supe que estaba embarazada.

—¿Y cómo lo supiste? —dudé realmente intrigada.

—Un corazón, los latidos de un minúsculo corazón. Comencé a oírlos un día, primero lentamente y, poco a poco, me di cuenta de que me acompañaban allá donde fuese, lógico, pues te llevaba dentro de mí —reveló con cierta ilusión aún en sus palabras—. Por eso me urgió apartarme de Karen, de cuanto vampiro pudiese, temiendo que pronto dejase de oírlos solo yo. Aprovechando una terrible discusión con Karen me alejé de ella durante el tiempo suficiente para darte a luz. Después te entregué en aquel convento. Solo pedí a las monjas que te dejasen el nombre que yo te había puesto, Anna, como mi madre —relataba mostrando una leve emoción en el rostro de alabastro, mientras masajeaba suavemente mi mano. El frío contacto de sus dedos erizaba mi piel, o quizá era la montaña rusa de emociones que estaba sintiendo. Aquella revelación me sorprendió, siempre creí que fue Adela quien me había llamado Anna. Ahora sabía que no era así, ¿por qué me lo habría ocultado?

—¿Y mi padre? ¿Dónde está?

—Tu padre murió, Anna, antes de que nacieses —dijo mordiendo levemente su labio inferior, en un gesto terriblemente humano, un gesto que reconocí como propio, pues también yo solía morderme el labio cuando me sentía nerviosa o cuando trataba de contener la emoción—. Karen lo mandó matar. A su parecer yo estaba demasiado encaprichada con él. Fue terrible, no podía imaginarme la vida sin Mateo, no podía concebir toda una eternidad sin él. Jamás podré perdonarla por aquello. Tuvimos una fortísima discusión y me fui de su lado. Mi incomodidad con la gobernadora por asesinar a tu padre me dio la oportunidad de justificar un alejamiento y ocultar así mi embarazo, ya que mi vientre comenzaba a abultarse, y darte a luz sin que sospechase

nada —relataba con un leve temblor en su voz debido al dolor. Rememorar aquello aún hería su estático corazón de vampira. La luz de las antorchas iluminaba su inmaculado rostro casi infantil, dotándolo de un matiz dorado que unido a la expresividad facial, a la emotividad que irradiaba, la hacían asemejarse a un ángel. Un ángel con minifalda y puntiagudos tacones rojos.

—He pasado toda mi vida pensando que fui producto de la noche de fiesta salvaje de dos adolescentes que después no quisieron asumir las consecuencias, pero jamás imaginé algo así, nunca —confesé derribando todas las barreras que me había impuesto durante años. Su relato me había traspasado como si fuera un papel de filtro, empapándome de su verdad que ahora creía a pies juntillas.

—Fuiste el fruto de un gran amor —reveló compasiva—. Pero es cierto que no supe qué hacer contigo, nunca imaginé pasar por una situación similar, una vampira embarazada de un mortal. Había oído lejanas leyendas acerca de los íncubos, vampiros que preñan a mujeres humanas que después mueren durante el parto, pero jamás del caso contrario. Además, no dejaban de ser leyendas. Así que no podía imaginar cómo serías, si serías uno de los nuestros, si serías humana como tu padre o si sobreviviría siquiera al darte a luz. Pero cuando te tuve entre mis brazos eras un bebé tan chiquito y desvalido, tan hermosa, con unas preciosas mejillas sonrosadas y ese pequeño corazoncito latiendo tan deprisa —relató posando suavemente sus dedos sobre mi corazón—. Simplemente supe que tenía que protegerte —decía apretando los finos labios para contener la emoción—, y para ello debía alejarte de mí, de mi mundo. Fue tan difícil renunciar a ti…

—¿Y por qué no viniste nunca a comprobar cómo me iban las cosas, a espiarme en el colegio, no sé, a verme en el instituto…?

—Anna, ¿sabes qué eres?, ¿sabes el valor que tiene tu sangre? —temió, y yo asentí—. No podía arriesgarme de ningún modo a que alguien descubriese quién y qué eres, aunque para eso tuviese que sacrificar volver a estar contigo, para siempre.

—Lo entiendo —acepté. Era doloroso pero la comprendía, la perdonaba en mi fuero interno y me perdonaba a mí misma por haberla odiado sin conocerla, ignorando su historia—. ¿Era mi padre un voluntario? —pregunté. Mi plan de huida había pasado a un segundo plano, ella tenía todas las respuestas y yo necesitaba saberlo todo, todo sobre mis padres biológicos, sobre mi origen.

—No, Mateo… Mateo y yo nos conocimos en el despacho de Karen. Él trabajaba para un importante banco y vino varias veces para tratar negocios con la gobernadora. Él desconocía nuestra naturaleza, y bueno…, nos enamoramos. Cuando descubrió que era una vampira al principio reaccionó mal, alejándose, asustado, pero luego regresó junto a mí y estuvimos juntos hasta su muerte. Era un hombre íntegro, cariñoso, romántico, tú tienes su boca, su bonita sonrisa —aseguró, pellizcando mi mejilla. Una y otra vez provocaba contacto entre ambas, tratando de recuperar las caricias perdidas—. Ni siquiera sabía que iba a ser padre cuando murió, le habría hecho tan feliz —suspiró afligida—, le habrías encantado, estaría muy orgulloso de ti.

—¿Y a ti quién te convirtió, mamá? —pregunté, consciente de que aquella mágica palabra que le había sido negada durante tantos años la haría terriblemente feliz. Ella sonrió, complacida, antes de responder.

—Fue Karen, ella es mi creadora. Hace más de ciento cincuenta años que estoy a su lado —confesó apesadumbrada—. Karen tiene casi mil años. Al parecer tuvo una hija cuando era humana, una hija que murió de alguna enfermedad común con tan solo quince años. Y cuando me vio regresar del colegio aquella noche helada en Londres dice que vio en mi rostro la viva imagen de su hija muerta. Por eso me atacó, me quería a su lado a toda costa —relató—. Al principio la odié por lo que me había hecho, por alejarme de mi familia a la que nunca más volvería a ver, de mis padres, de mis hermanos, por convertirme en un ser maldito, en un monstruo que necesitaba matar a otros para sobrevivir, pero poco a poco me di cuenta de que en realidad me había hecho un regalo, una vida eterna de diecisiete años. Fue como una especie de madre para mí, enseñándome todo lo que necesitaba saber en esta nueva vida, y aunque mi cuerpo no envejeciese mi mente sí maduraba. Por su parte, ella era incapaz de asumir que no siempre pensaría como una adolescente, que no siempre la obedecería a pies juntillas, y nunca aprobó mi relación con tu padre, por eso matarle fue su castigo para su hija rebelde. Jamás la perdonaré por eso, pero debí fingir que lo hacía por ti, para que no me buscase, para que no sospechase de mi regreso a su lado, tratando de alejarla lo máximo de ti. Oh, Anna, jamás creí tener tanta suerte de encontrarte —exclamó con las mejillas encendidas de felicidad.

—Bueno, yo no creo que las circunstancias sean las más favorables —apunté, y ella pareció despertar de un sueño, como si acabase de tomar conciencia de quiénes éramos ella y yo, custodia y prisionera.

—Oh, mi pequeño bebé, es cierto, estás lastimada —señaló, y sentándose en el suelo, sin importarle lo más mínimo perjudicar su impoluta vestimenta, me ofreció que ocupase un lugar a su lado, acurrucándome contra su menudo cuerpo de granito. Comenzó a lamer mi herida de la frente como una tigresa a su cachorro, lamió delicadamente toda la sangre seca alrededor de la brecha abierta en mi carne, y su anestésica saliva alivió el dolor y sentí cómo se ponía en marcha el proceso de curación sobrenatural en mi piel—. ¿Sabes a ajo? —preguntó, y yo me eché a reír descubierta, recordando el atracón de ajos que me había dado para evitar que mi sangre resultase agradable al paladar de los no-muertos.

—Sí, es una larga historia —confesé, y ella prosiguió con su tarea sin importarle lo más mínimo el sabor de mi sangre. Yo me dejé hacer, relajada, reconfortada con el suave deslizar de su lengua sobre mi dermis malherida. Cuando dio por terminado mi acicalamiento acarició mi mejilla con ternura, apretándome suavemente contra su delicado cuello de hielo.

—Ahora bebe de mi sangre, tus heridas se curarán mucho más rápidamente y además te dará fuerza por si debemos luchar —matizó, y tras morder su diminuta muñeca izquierda me ofreció la herida abierta de la que lentamente fluía roja sangre

de vampiro. La obedecí, pues tenía razón, debía reponerme rápidamente de mis lesiones y un aporte extra de fuerza sería de vital importancia.

Cada sangre sabe distinta. Anteriormente había saboreado el fluido vital de dos vampiros en mi vida, y la que probaba entonces del brazo de mi progenitora tenía un sabor suave, menos metálico, y ligero, que se filtraba entre los dientes como un bocado de éter, completamente diferente. Ignoraba la relevancia de su juventud, de su edad como no-muerta o de sus hábitos alimentarios en este sentido.

Cuando consideré suficiente me alejé despacio de su muñeca herida, que en cuestión de segundos cicatrizó ante mis ojos.

—¿Has matado a Héctor, mamá? —pregunté, repitiendo voluntariamente aquel sustantivo que jamás soñó oír de mis labios. Nunca nadie, jamás, podría suplantar el amor de Adela en mi corazón, ella era mi madre, pero Sarah era mi madre biológica y lo había arriesgado todo por mí, por salvarme. Aunque acurrucada contra su cuello como estaba no alcanzaba a ver su rostro, sentí cómo sus mejillas se llenaban de una sonrisa, inmensurablemente complacida.

—No, tu amigo está bien —aseguró con su voz cantarina que podía oír retumbar en el pecho—. Debo encontrar el modo de sacarte de aquí —añadió demasiado rápido como para que aquella hilada de palabras estuviese dirigida a mí. Pensaba en voz alta.

—No me iré sin Héctor —anuncié, y sus ojos me buscaron cargados de dudas.

—¿Ese humano y tú…?

—No, no, solo es un amigo, pero no voy a dejarle atrás —advertí, y ella extendió otra sonrisa de perlas, cargada de orgullo.

—Tendremos que pensar en algo, pero debes tener claro que mi prioridad absoluta eres tú, mi pequeño bebé —aseguró besando mi frente maternalmente con sus árticos labios. La abracé, acurrucándome de nuevo contra su cuerpo, me permití la licencia de hacerlo y ella respondió cálida a mi contacto.

Jamás creí poder estar así con mi madre biológica, abrazadas en el suelo de una mazmorra, reposando mi cuerpo contra el suyo gélido y duro como el acero pero cómodo y confortable como ningún otro. Alguna vez había fantaseado con aquel reencuentro, imaginando que la odiaría profundamente, que le reprocharía su abandono, pero entonces no podía hacerlo porque la entendía, comprendía sus motivos y sabía que probablemente yo hubiese actuado del mismo modo en su lugar.

—¿Qué eran esos seres? —pregunté indicando hacia el montón de restos en descomposición.

—Hay veces que la conversión sale mal —advirtió, y yo me aparté de su cuerpo para atender su explicación (¿cómo que a veces la conversión sale mal?). Nuestras manos permanecían irremediablemente soldadas—. Sí, hay veces en las que por inexperiencia del creador, por un error o por voluntad propia, como en este caso, la cantidad de veneno no es suficiente, es superior o inferior a la necesaria para que mute el ADN del humano y se transforme en uno de nosotros. En esos casos, se produce también una mutación del ADN, pero la conversión no es completa,

creándose uno de esos seres, que en un principio pueden parecer vampiros corrientes pero que con el paso de las horas e incluso de los días acaban transformándose en alimañas sedientas de sangre y carne humana. No poseen apenas raciocinio, solo saben matar, pero sin seguir las leyes vampiras, abandonan los cuerpos sin más…

—Un momento, has dicho «por voluntad propia, como en este caso». ¿Quién querría crear voluntariamente esos seres? ¿Con qué fin? —dudé sobrecogida.

—Venganza. Se trata de un traidor que debe de estar en contra de la gobernadora, aunque desconocemos quién es. Quiere poner en problemas a todo el mundo vampiro, creando indiscriminadamente estos seres que debemos localizar y eliminar antes de que lo hagan los humanos —relataba paciente—. Son seres de la noche que se ocultan durante el día, y aunque no son demasiado inteligentes su fuerza es casi comparable con la nuestra. Por eso los barrotes de la jaula están forrados de oro por dentro —añadió antes de que le preguntase. Ninguna jaula de hierro habría detenido a un vampiro, que la habría hecho trizas de un solo golpe—. Debemos marcharnos, algo pasa arriba, Karen está alterada, puedo percibirlo en mi sangre —dijo Sarah de pronto y ambas nos levantamos del suelo—. Te llevaré a mi habitación —comentó recuperando los grilletes para volver a colocarlos en mis manos.

Sarah repitió el soniquete de golpes en la puerta y esta se abrió para nosotras. El lacayo inclinó su cabeza en un gesto de sumisión y la hermosa vampira me condujo por las escaleras al piso superior y a continuación por el largo pasillo, hasta detenerse frente a la puerta de una estancia. Extrajo de nuevo el manojo de llaves de su falda tableada y la abrió.

Entonces una silla se estrelló contra su menudo brazo, partiéndose en mil pedazos en la habitación a oscuras. Sarah rugió irritada y empujó algo, o a alguien dentro, cediéndome el paso después, encendiendo la luz con velocidad pasmosa y cerrando la puerta tras nosotras. Vi a Héctor tirado en el suelo del dormitorio. Su espalda había chocado contra la pared.

—Parece que mi cena será un poco indigesta —bromeó Sarah con su vocecilla de hada de cuento.

—Siempre lo es, Héctor es así —sugerí divertida, mientras él nos observaba sorprendido por mi buen humor.

—Bueno, voy a quitarte las esposas —dijo retirando veloz una horquilla de la parte posterior de su hermoso cabello avellana, que ondeó con la majestuosidad de una bandera al viento, y liberó mis muñecas, que dolieron heridas por el roce del metal—. Ahora vengo, pequeña —dijo, y me abrazó cariñosamente; yo respondí a su abrazo con energía. Me beso en la mejilla y abandonó la habitación, volviendo a cerrar con llave tras de sí.

—¿Pero qué demonios pasa? —preguntó Héctor mientras se incorporaba. Corrí a echarle una mano, tiré de él y le ayudé a sentarse en un cómodo diván de terciopelo rojo—. ¿Ahora sois amiguitas? —requirió incrédulo, aguardando mi respuesta con los ojos celestes inquisidoramente fijos en los míos. Recuperé la horquilla del suelo e

imitando los movimientos de Sarah liberé también sus muñecas.

—Podría decirse que sí —dije sin más. El guardia civil sujetaba, conteniendo una mueca de dolor, su hombro derecho. Al parecer el golpe contra la pared lo había lastimado. Pobre Héctor, había tratado de acabar con una vampira atacándola con una silla que se había convertido en astillas a su contacto—. ¿No te he dicho que hay que atravesarles el corazón con una estaca o cortarles la cabeza? ¿Qué pretendías hacer golpeándola con la silla?

—No sé, pretendía darle en la cabeza y noquearla, pero ya veo que era una estupidez —lamentó.

—Pues sí, la verdad es que no tenía demasiado sentido —me burlé mientras palpaba con las manos su robusto hombro dañado. No percibí nada fuera de lugar, probablemente el dolor era el resultado de las contusiones, nada más—. Va a intentar sacarnos de aquí —señalé, y Héctor enarcó una ceja, observándome desconcertado.

—¿Y por qué haría tal cosa?

—Lo hará por mí, es todo lo que puedes saber.

—Eres una cajita de sorpresas, ¿verdad? —concluyó el guardia civil sin apartar de mí sus castigadores ojos celestes, y yo asentí conteniendo una sonrisa. Entonces se enderezó en su asiento y me cogió la mano—. Ojalá podamos contarla, Anna.

—Ojalá —repetí apretando su mano cálida, de tacto tan distinto a la menuda y frígida mano de Sarah.

Segundos después percibí un nuevo desplazamiento sobrenatural en nuestra dirección, advertí de ello a Héctor y ambos nos incorporamos alerta. La cerradura giró y mi madre biológica atravesó la puerta con su etérea danza celestial, cerrando con cuidado tras de sí.

—Alguien te reclama —me informó con ojos preocupados.

—¿A mí? ¿Quién?

—Tu amo —reveló cuidadosa, analizando desconfiada la reacción de Héctor, de pie a mi lado.

—¿Mi qué? Yo no tengo amo —exclamé sorprendida.

—Quizá te convenga tenerlo, Anna, vamos —pidió, y recuperando los grilletes me los colocó con suavidad en las doloridas muñecas, sin terminar de encajar los resortes para que pudiese liberarme por mí misma en caso necesario.

La seguí por el laberinto de pasillos hasta hallarnos nuevamente frente al despacho de la gobernadora. Sarah abrió la puerta sin esperar la confirmación de la secretaria vampira rubia, aún distraída con su ejemplar de *Men’s Health* (que para ella sería como ojear un menú de El Bulli[7]).

Atravesé el umbral con la cabeza baja, no deseaba afrentar personalmente a Karen, aun así reconocí inmediatamente los zapatos de charol labrado de quién se hallaba sentado en uno de los acolchados sillones frente a la gobernadora. Levanté la mirada lentamente por debajo de las cejas, reconociendo a su vez el contorno de las atléticas piernas bajo el grisáceo pantalón de pinzas y las delicadas manos apoyadas

en los brazos del sillón. Era él. Era William.

Por un fugaz instante me atreví a mirarle a los ojos, sus hermosos ojos de aguamarina, que se encogieron ante mi apariencia. Sentí vergüenza, por primera vez me avergoncé de mi aspecto demacrado. Despeinada, con la ropa completamente manchada de seca sangre y con una brecha abierta en la frente que, a pesar del proceso de curación sobrenatural, probablemente todavía estaría terriblemente amoratada.

Tras él, de pie, se encontraba Unai, el alto vampiro rubio permanecía inmóvil con su poderoso torso de alabastro al descubierto, con su perenne pose de fiero Huno de Atila.

—Aquí está —dijo Karen rompiendo el silencio que los envolvía—. Siéntate —me ordenó—. ¿Es ella?

Sarah me soltó el brazo y tomé asiento en el sillón contiguo a William.

—Sí, por supuesto que es ella, es mi voluntaria —reveló el *sir* inglés sin emoción, mientras yo continuaba con la mirada perdida en mis manos atadas, en mis piernas cubiertas por el ajado pantalón vaquero, sin derecho a enfrentar los ojos de ninguno de los no-muertos de la habitación.

—¿Y sabe usted todos los inconvenientes que ha ocasionado su voluntaria? —cuestionó la gobernadora con un tono autoritario que dejaba claro que se trataba de una acusación y no de una pregunta—. Su voluntaria ha interferido en los asuntos de este gobierno, que ya tenía suficientes problemas con la creación indiscriminada de ghouls que estamos padeciendo por parte de un insurrecto al que llevamos meses tratando de dar caza.

—Con mi más sincero respeto, no puede usted acusarla de eso. Ella nada tiene que ver con la creación de ghouls…

—No, es cierto —dijo Karen con aire de suficiencia—. Pero sí hizo que la policía encontrase el cadáver de un humano despedazado por un ghoul en el maletero de un coche conducido por dos de mis lacayos cuando iban a deshacerse de él. Lo que facilitó que la policía crease un retrato robot de ambos, ¡que ahora empapela las paredes de las comisarías de toda España! —gritó furiosa—. Sabrá, señor Smith, que puede usted ser responsabilizado de todos los inconvenientes ocasionados por su voluntaria, que no han sido pocos.

—Lo sé, y por supuesto estoy dispuesto a asumir su decisión al respecto. Estamos bajo su gobierno —añadió William con su habitual templado tono de voz. Me sentí orgullosa de él, no le alteraban sus amenazas, ni sus gritos, ni su prepotencia.

—Entonces, si le comunico que mi decisión es que su humana debe morir para pagar su osadía, lo aceptará si más, ¿verdad? —sugirió la gobernadora. Observé de soslayo a William, su mandíbula tensa, sus dientes apretados. De no haber estado rodeado de no-muertos hostiles hubiese saltado sobre ella y la hubiese aniquilado en aquel momento por semejante insinuación.

—Si esa fuese su decisión, le sugeriría que tomase mi vida en su lugar —dijo, y

automáticamente le miré sin discreción alguna. ¿Es que se había vuelto loco? ¿Cómo podía sugerir que me cambiasen por él? ¿Cómo podía ofrecer su vida eterna a cambio de la mía, mortal y limitada?

—Creí que se trataba de una humana especial, con fuerza sobrenatural, pero ahora veo que tan solo se trata de una humana harta de sangre de vampiro —bufó burlona Karen, acomodándose contra el respaldo de su amplio asiento. Unai rio entre dientes, divertido a la espalda de William. La gobernadora se envaró, pero el *sir* inglés permaneció inmutable ante lo que debía de ser la más terrible de las ofensas; un vampiro rendido a los pies de su humana a la que nutría con su sangre—. No acepto el cambio, su humana morirá desangrada, señor Smith, por acabar con la vida de dos de mis mejores lacayos —sentenció la gobernadora, cuyo rostro no alcanzaba a ver pero que imaginaba reflejando una sobredosis de petulancia por semejante muestra de poder. Automáticamente la poderosa mano de Unai se asió con fuerza a mi brazo derecho.

—Le ruego que lo reconsidere. No debe precipitarse en tomar una decisión como esa, no al menos sin comunicarlo a su reina —advirtió el *sir* inglés, recuperando el interés de la gobernadora—. Anna es una humana muy valiosa, no solo para mí, sirve a Martin Robinson. —No, no, a Martin no lo metas en esto, decía para mí. Supuse que aquella era la parte B del plan; si la opción de cambiarse por mí no funcionaba, William haría todo lo posible por salvar mi vida, todo—. El actual rey británico podría considerar una terrible ofensa que acabe con la vida de Dínorah, así como sus aliados, la monarca norirlandesa, mi reina, Tammy Shue, o Aixa, la reina de Centroamérica.

—¿Dínorah? No crea que va a impresionarme con esa sarta de embustes, jamás conocí a un vampiro que se rebajase a tanto por una simple mortal —espetó asqueada Karen, taladrando al *sir* inglés con sus brillantes ojos azules.

William se incorporó sin mediar palabra, provocando la alerta de Unai y Sarah, y acercándose a mí (que continuaba repitiendo mentalmente: no, no, no, como si sirviese para algo), bajó el cuello de mi blusa, dejando visible mi marca de nacimiento para Unai y Sarah. Ambos mostraron sorpresa al descubrirla. La de mi progenitora fue fingida, por supuesto.

Yo escondía apesadumbrada el rostro entre las manos, todo se había ido al traste y desconocía las consecuencias, terribles, imaginaba. A la gobernadora le llevó menos de un segundo situarse justo a mi espalda y comprobar por sí misma que lo que el *sir* inglés había dicho era completamente cierto. Regresó a su lugar en la mesa del despacho. William volvió a sentarse a mi lado, pagado de sí mismo por haberla descolocado de aquella forma.

—Eso cambia las cosas —dijo Karen al fin, masajeando su fina barbilla con los dedos de hielo. Yo la observaba a los ojos directamente, descubierta ya mi identidad —. Mejor dicho, las complica. Martin Robinson ha comenzado una guerra y debemos devolver el golpe que ha asestado. —Los ojos de cielo de William se abrieron tras oír

aquello y se incorporó veloz, pero Unai le sujetó por la espalda entre sus poderosos brazos. Sarah me sostenía con sus manos posadas sobre mis hombros, manteniéndome sentada en el sillón con fingida rudeza—. No puedo permitir que Dínorah continúe con vida si el elegido para la gracia divina es Martin Robinson y pretende acabar con nuestro reino.

—¿Y tomará esa decisión sin consultarlo con su reina? —preguntó William incrédulo. No podía asumir que aquella vampira estuviese dispuesta a saltarse a la torera toda la cadena de mando y declarar una guerra por su cuenta. No daba crédito a lo que estaba oyendo.

—Como bien ha dicho, estoy al mando y se hará lo que yo diga —resolvió Karen soberbia—. Dínorah morirá desangrada y usted será el encargado de trasmitir el mensaje a Martin Robinson de que aquí no le tenemos ningún miedo. Vamos, Sarah, mátala —ordenó.

Los ojos de William, que trataba de zafarse del brutal abrazo de Unai —el oso polar—, se encogieron por el horror de saber que presenciaría mi inminente muerte. Yo permanecía inmóvil, reflexionando sobre las opciones que tenía para que William escapase con vida de allí. Si yo moría, tanto él como Héctor —con algo de suerte— continuarían con vida. Pero la guerra se habría desatado ya, una guerra, una persecución y la probabilidad de la muerte de mi protegido, Martin. Si yo moría no podría luchar a su lado cuando más me necesitara.

—No —respondió Sarah relajando visiblemente la presión sobre mis hombros, ante el asombro de la gobernadora y del propio Unai, que la observaron estupefactos por su negativa—. No insistes en matarla porque sea Dínorah, porque trabaje para Martin Robinson o porque haya acabado con los imbéciles de Ruy y Raúl —dijo con la voz templada, emanando verdad—. Quieres matarla porque él la ama y no puedes soportarlo —añadió señalando a William, cuyo semblante mostró su propio desconcierto. Todos miramos entonces a la gobernadora, esperando una reacción a aquellas palabras.

—Cállate y obedéceme, Sarah —ordenó furiosa, con los ojos fuera de las órbitas.

—Como no podías soportar que Mateo me amase tanto como yo a él. Por eso ordenaste que lo mataran —prosiguió Sarah, mientras el añoso rostro de Karen se constreñía más y más aún por la rabia. Unai las observaba en silencio, visiblemente confundido, expectante al igual que William y yo—. Y todo porque cuando lograste que te convirtiesen en vampira eras ya demasiado mayor y por eso tu macho te rechazó —añadió haciendo estallar por completo la ira de la gobernadora, que asiendo el abrecartas de madera tallada de su mesa se lanzó sobre mí. Sarah la empujó repeliendo su ataque, haciéndola rodar violentamente sobre la mesa de su escritorio. Unai, ocupado con inmovilizar a William, las observaba incrédulo. Karen se reincorporó.

—¡Mátala, mátala! —gritó fuera de sí, de pie tras la mesa del escritorio—. ¡Debes obedecerme!

—¡No! —dijo una voz después de que la puerta del despacho estallase convertida en mil astillas de una patada.

Dos enormes vampiros ataviados completamente de negro entraron y apresaron a la gobernadora, asiéndola por ambos brazos a la velocidad de un pensamiento. William y yo los observamos confundidos, ignorando para qué debíamos prepararnos.

—En realidad debe obedecerme a mí —afirmó solemnemente una vampira rubia que con andar delicado y grácil, como si flotase sobre el suelo, se adentró en el despacho—. Suéltale —ordenó a Unai, que liberó a William al instante.

—Majestad —reverenciaron inclinándose Unai y Sarah al mismo tiempo.

—Querida Karen, por lo que acabo de escuchar, de no ser por tu buena lacaya Sarah hubieses comenzado una guerra tú solita —decía la monarca vampira. Su piel era fina, translúcida, y su cabello rubio clarísimo, casi blanco, se dividía a ambos lados del menudo rostro, como dos cascadas de oro líquido. Vestía una larga túnica argéntea hasta los pies, con grabados barrocos en un tono dorado intenso. Sus menudas manos cruzadas frente al pecho estaban atestadas de plateadas sortijas de brillantes.

—Majestad, déjeme explicarle —suplicó Karen, firmemente apresada por los dos gigantes de la guardia personal de la reina—. Esta humana es súbdita de Martin Robinson, él es quien ha comenzado la guerra.

—Te creería, Karen, ese es el problema, que te creería de no ser porque Martin Robinson, hijo de mi buen amigo Charles Robinson, ha venido a hablar conmigo en primer lugar —añadió con total claridad mientras un joven alto, con el cabello negro azabache algo rebelde y enormes ojos color café, elegantemente ataviado con un traje azul marino, se adentraba en la habitación. Situándose junto a la monarca española, flanqueado por mi amigo Cyrus, el nigromante, y Cóatl, el caballero jaguar. Le miré, parecía Martin, mi Martin, pero era más alto, más robusto, mayor. En absoluto representaba ser el adolescente de quince años que yo misma había dejado en Newcastle hacía tan solo una semana.

—Majestad —saludó William, y el resto de no-muertos se inclinaron para reverenciarle también. Era él, era Martin, mi Martin, sin duda, aunque pareciese su hermano mayor.

—Creo que se ha precipitado en sus conclusiones, gobernadora —dijo Martin Robinson, el reciente exvampiro adolescente. También su voz había cambiado, aunque la reconocía como suya, solo que mucho más grave. Su postura, su entereza y su seguridad le hacían asimismo distinto al muchacho que tan claramente recordaba —. Dínorah será juzgada por una corte que decidirá si debe ser reprendida o no por su actitud, por supuesto, pero no está usted a la altura de impartir justicia de semejante nivel y mucho menos sin consultarlo con su reina.

—Será castigada por ello, Martin Robinson, no lo dudes —afirmó la monarca española con solemnidad, mientras mi protegido dirigía sus ojos hacia mí por primera vez, que lo contemplaba anonadada, estupefacta ante su nuevo aspecto. También a él

debió de sorprenderle el mío (aunque de diferente modo), y a pesar de ello mantuvo su impávida cara de póquer. Sin duda había cambiado tanto por dentro como por fuera, mucho—. Soltadla —ordenó la reina a los guardias, que liberaron a Karen, y esta se desplomó abatida en el asiento—. Desde esta misma noche serás desterrada al norte de África y pasarás allí un par de siglos bajo el poder del rey Amán, hasta que considere oportuna tu vuelta —sentenció la monarca con solemnidad—. Tú ocuparás su lugar, has demostrado lealtad y sabiduría —dijo dirigiéndose a Sarah, cuyos ojos se abrieron por la sorpresa y volvió a hacer una reverencia ante la monarca, que se disponía a retirarse.

Entonces, en una décima de segundo, presa de la rabia de saberse desterrada a un lugar tan inhóspito, donde probablemente debería alimentarse de ratas o cualquier otra alimaña debido a la escasez de humanos, Karen se lanzó sobre mí.

Yo representaba todo lo que ella había amado y nunca tuvo como humana: el amor de un vampiro que era incluso capaz de entregar su vida eterna a cambio de la mía y el respeto de los no-muertos, aun siendo una simple mortal.

Nuevamente armada con el abrecartas de madera labrada trató de acabar con mi vida mientras yo permanecía indefensa, maniatada, sentada en mi asiento frente a ella y abstraída por la presencia de mi tan metamorfoseado rey.

Solo percibí la vibración sobrenatural que precede a sus veloces movimientos, dos en realidad, la de Karen, que me atacaba, y la de Sarah, que se arrojaba sobre mí interponiéndose en el camino de su arma, recibiendo la estaca en mi lugar, que atravesó su inmóvil corazón por la espalda. Solo tuve tiempo de mirarla a los ojos, sus preciosos ojos verdes, y distinguir en sus tiernos labios de adolescente una tímida sonrisa de complacencia y un atisbo de la palabra *bebé*.

Sarah estalló ante mis ojos, convertida en una maraña de sangre y vísceras, deshaciéndose entre mis brazos, que torpemente trataban de sostener lo que quedaba de ella.

La gobernadora, estupefacta por lo que había hecho, acabar con la vida de su favorita, fue de nuevo retenida por los mastodontes, que la apartaron de mí. Empapada en los restos de mi propia madre eché a llorar, desconsolada, ante la atenta mirada de todos los presentes, que no alcanzaban a entenderme.

William acudió a mi lado, preocupado, acunándome entre sus brazos, sin importarle demostrar su afecto por mí al resto de la concurrencia vampira. También él supo quién era Sarah, con tan solo oír su nombre.

Un poderoso nudo atenazaba mi garganta mientras las lágrimas ardientes como el mismo sol recorrían veloces mis mejillas llenas de dolor. Incapaz de contenerlas lloré amargamente, lloré y lloré incapaz de disimular la desolación que sentía.

Miraba mis manos completamente manchadas de sangre, no podía creerme que mi madre, la hermosa Sarah, hubiese muerto ante mis ojos, para siempre. Ahora que por fin la había encontrado, que me había explicado sus motivos, que me había dicho que me amaba, que siempre me amó y que lo había sacrificado todo, incluso vengar

el asesinato del único hombre al que quiso, mi padre, por mantener mi seguridad, la había perdido definitivamente.

Besé mis manos empapadas en sangre, tratando de percibir algo de ella en estas, rota por un dolor que me dificultaba respirar. Mis pulmones eran demasiado pequeños y el sufrimiento demasiado grande.

Quería grabar en mi mente a toda costa aquellas horas, aquella conversación en las mazmorras. Su rostro, su angelical rostro adolescente que tanto me impresionó la primera vez que la vi, su hermoso cabello lacio tan semejante al mío, su piel pálida y fina como la porcelana. Todo, sus caricias, sus besos, quería grabarlo para siempre en mi mente, no la olvidaría jamás. Finalmente había entregado su vida eterna por mí, como llevaba haciendo desde que me concibió, ¿qué mayor muestra de amor podía existir?

Capítulo 16

No quiero morir

William me tomó en sus brazos y me condujo hasta una de las estancias interiores, guiado por uno de los lacayos de la monarca ibérica. Nadie entendía mi reacción salvo él. Cyrus y Martin me conocían lo suficiente como para imaginar que había una historia que aún desconocían pero fingían indiferencia, en cambio el resto de no-muertos justificarían mi actitud con un sencillo: mortales, demasiado impresionables.

El *sir* inglés me llevó hasta el baño de uno de los dormitorios y llenó la bañera de agua tibia para mí. Me desnudó poco a poco en silencio y me ayudó a meterme dentro del agua. Despacio, me ayudó a lavarme. Suavemente limpió mi rostro, mi cuello y mis hombros con la tierna esponja, eliminando los restos de mi madre biológica de mi piel, mientras yo me ahogaba en un mar de lágrimas que ardían recorriendo mis mejillas.

Me atendía mudo, apesadumbrado, herido por mi dolor, con los hermosos ojos brillantes como gemas encogidos por mi desdicha. Yo no podía dejar de llorar, aunque lo intentase. William extendió una amplia toalla para mí en la que me envolvió con mimo, dejándome sentada sobre el váter, regresando después con algo de ropa, unos pantalones y una camiseta celeste, que desconocía dónde habría conseguido, y me ayudó a vestirme.

No me importó que me contemplase desnuda, ni sentí pudor alguno, el dolor era demasiado grande y temía desplomarme en cualquier momento; contar con su ayuda fue esencial para no hacerlo.

Me acompañó hasta la cama y me dejó a solas unos minutos, en los que volví a desahogarme llorando amargamente. Sabía que no tenía demasiado tiempo para aquello, debía preocuparme por el estado de Héctor, dudaba sobre si se encontraría aún encerrado en la habitación de Sarah.

Alguien llamó a la puerta de aquel dormitorio.

—Pase —pedí, y Martin se adentró despacio en la habitación. Con pasos vacilantes se acercó hasta mí, que permanecía sentada con el cuerpo recostado sobre la amplia cama. Tomó asiento a mi lado.

—Anna, sé que tu reacción ante la pérdida de esa vampira debe tener una explicación —dijo, y las lágrimas volvieron a empañar mis ojos, aunque esta vez logré contenerlas y evitar que alcanzaran de nuevo mis mejillas—, pero ahora mismo tenemos un asunto urgente que resolver: el humano. Cyrus ha justificado ante Catalina, la reina hispanoportuguesa, tu actitud, que te enfrentases a los lacayos de

Karen, asegurándole que estás encaprichada con ese humano —decía, y yo le oía en silencio, inmóvil sobre el lecho y con la mirada perdida en el infinito—. Yo, como soberano tuyo, debo castigarte por tu insubordinación, por asesinar a dos de sus súbditos. Me he comprometido a hacerlo cuando lleguemos a casa, pero ambos sabemos, ella y yo, que eso no será así. Ahora, con respecto al humano, nos ha ofrecido dos alternativas, es obvio que no puede continuar con vida después de todo lo que sabe, así que las opciones son: que muera o convertirle en uno de los nuestros, tú decides —concluyó aquel nuevo Martin, mucho más resuelto que mi pequeño adolescente.

—Yo no puedo decidir eso —mascullé sin abandonar mi estatismo.

—¿Lo dejas en mis manos entonces? —preguntó, y yo moví lentamente mi cabeza, negando.

—Creo que debemos preguntarle a él —opiné, retomando la verticalidad. Ya sentada a su lado le miré a los ojos por primera vez desde que entró en la habitación. Martin me observaba precavido, turbado por mi dolor. Tragué saliva y con esta el poderoso nudo de mi garganta—. Vamos.

Caminamos hasta la habitación de Sarah, en silencio a lo largo del extenso corredor. Junto a la puerta nos esperaban William y Cyrus, completamente mudos, sin dirigirse una sola mirada el uno al otro —sin duda, su relación había cambiado radicalmente en los últimos días—. Ambos entraron tras nosotros en la habitación. Allí, bajo la atenta vigilancia de Unai y los otros dos no-muertos que nos habían acompañado en los vehículos en el traslado hasta la sede del gobierno, permanecía Héctor, sentado en el diván en el que yo le había dejado, alerta, mirándolos atentamente, sin mover un músculo.

Al verme entrar seguida de aquel alto vampiro moreno con aires burgueses y otros dos no-muertos que flanqueaban mis pasos, sus ojos se iluminaron de esperanza. Caminé hasta él y tomé asiento a su lado.

—¿Podrían dejarnos a solas, majestad? —pedí a mi rey, que asintió. Todos los vampiros y Cyrus abandonaron la habitación con la velocidad de una exhalación, cerrando la puerta tras de sí. Supe que esperaban fuera, todos. Mi compañero de aventuras me observaba atemorizado—. Hola, Héctor.

—¿Qué pasa? ¿Qué es lo que ha pasado? —requirió preocupado, percatándose de que me había aseado y cambiado de ropa.

—Mi jefe ha venido a rescatarme.

—¿El moreno alto?

—Sí, él es para quien trabajo. Escúchame atentamente porque no hay tiempo para más explicaciones —advertí, y el joven guardia guardó silencio—. Se llama Martin Robinson y es el rey vampiro de Gran Bretaña —expliqué, y los ojos de mi compañero de secuestro se abrieron como platos, alucinado, sin embargo no objetó ni cuestionó lo más mínimo, se limitaba a oírme atentamente—. Ha negociado mi liberación con la reina de estos vampiros, pero Karen, la gobernadora, se reveló y

trató de matarme delante de su reina. Sarah, la vampira que nos trajo hasta aquí, me protegió y Karen la mató —explicaba tragándome la emoción con todas mis fuerzas. Qué amargo el sabor del dolor, cuánto deseé entonces continuar careciendo del sentido del gusto. El guardia civil me miraba cariacontecido, sin imaginar el desenlace de toda aquella historia—. Karen ha sido apresada y será castigada por lo que ha hecho, así que yo me marcho con los míos.

—Entonces, ¿somos libres? —preguntó con un atisbo de ilusión en los ojos celestes.

—Tú has visto demasiado, Héctor —revelé, y su expresión se constriñó, entendiendo que él era una pieza terriblemente prescindible de aquel puzle—. Se supone que hice todo lo que hice por salvarte, porque estoy encaprichada de ti —expliqué a mi compañero. A él le urgía conocer el final de todo aquel discurso, pero yo sentía que debía relatarle todo paso a paso para que entendiese los motivos—, y la monarca ibérica opina que dejarte con vida supone un peligro para su reino, por eso nos ha dado dos opciones respecto a ti: la primera, matarte, y sería una muerte rápida, sin sufrimiento, te lo prometo —expliqué sujetando su mano ardiente como el fuego —; y la segunda, convertirte.

—¿Convertirme en uno de *ellos*? —preguntó. Yo asentí, y Héctor cerró los ojos un instante, apesadumbrado.

—En el mejor de los casos —advertí, mentalmente afectada por la imagen de los seres que había descubierto esa misma noche—. Debes saber que a veces la transformación no sale bien y uno se transforma en un monstruo de aspecto horripilante, sin raciocinio ni conciencia.

—Oh, Anna, gracias, es un gran alivio oírte decir eso —espetó compungido y suspirando pesadamente—. ¿Y si trato de huir? —Estaba rodeado por una decena de vampiros expectantes de mi respuesta para actuar, y uno solo habría sido más que suficiente para rastrearle y eliminarle. El propio Héctor halló absurda tal posibilidad y de nuevo suspiró pesadamente, echando la cabeza hacia atrás en el diván, mostrando la prominente nuez de Adán que sobresalía en su robusto cuello.

—Se supone que yo decido, así que te lo pregunto, ¿qué quieres tú? —Trataba de ser paciente, una decisión como aquella necesitaba al menos un minuto para pensar, pero el tiempo corría en su contra, si la reina cambiaba de opinión no habría nada que hacer al respecto.

—Oh, Anna, decidir entre convertirme en uno de esos monstruos que beben sangre o morir, no volver a ver la luz del sol, no volver a ver a Amanda, dejar de ser quien soy, dejar de ser lo que siempre soñé y por lo que tanto luché, dejarlo todo… ¿Sabes lo que es eso? —preguntó con los ojos empañados por las lágrimas. Héctor, aquel corpulento paquidermo, rompió a llorar como un niño pequeño. Lo abracé, y yo lloré con él, también yo había perdido algo, a alguien muy importante aquella noche, aunque él no llegase a saberlo nunca. Posó el rostro ardiendo por la emoción en mi cuello y lo consolé, acariciando su ruda nuca, rodeándolo con mis brazos que no

lograban abarcar su inmensa espalda, tratando de envolverlo con mi cuerpo como si pudiese protegerlo de algún modo.

—Quiero que sepas que decidas lo que decidas yo te ayudaré y te protegeré, y que no dejaré que te conviertas en un monstruo. Se puede vivir sin beber sangre humana, puedes beber sangre de animal —le decía al oído. Besé su mejilla ardiente y húmeda por las lágrimas y me separé de su rostro, secándolo con mis dedos—. Pero debes saber que existe el riesgo de que la transformación salga mal. —Héctor me enfrentó con sus ojos celestes, que brillaban como dos piedras de larimar.

—No quiero morir, Anna. No quiero morir —masculló con la voz rehilada por la emoción, atravesándome con los ojos enrojecidos—. Pero prométeme que si me convierto en un monstruo sin conciencia ni control me matarás.

—Lo prometo —aseguré, y volví a traerle hasta mí, arrullándole con ternura.

Sabía de la prisa de la reina Catalina por acabar con todo aquello, así que susurré «majestad», y volvimos a ser rodeados por el tropel de no-muertos anteriormente presentes en la habitación más la nueva incorporación de la reina ibérica, que permaneció de pie junto a la puerta, sin acceder al interior, aguardando simplemente a oír mi decisión.

—Deseo que sea transformado, majestad —dije, y Martin asintió. Miró a Cóatl y el soldado azteca dio un paso adelante meciendo la larga cabellera azabache que alcanzaba la altura de su tableado vientre desnudo. El resto de no-muertos desapareció veloz; tan solo Martin, Cyrus y William se mantuvieron a nuestro lado.

—No me dejes solo —suplicó Héctor aterrorizado, fuertemente aferrado a mi mano.

—Tranquilo, no lo haré —dije mirando a Cóatl, que asintió aceptando mi presencia. Acompañé a Héctor de la mano hasta la amplia cama en la que parsimoniosamente se tumbó, observando a su alrededor asustado—. Espera un segundo —le pedí tratando de apaciguar su temor con una sonrisa. Caminé hasta Martin, que me reclamaba con los ojos.

—No tienes por qué hacerlo —susurró el monarca masajeando la barbilla rítmicamente entre los dedos índice y pulgar—. No tienes ninguna obligación para con él —advirtió resuelto.

—Lo sé, pero no voy a dejarle solo.

—Será desagradable —apuntó arrugando los labios preocupado y asentí. Martin esbozó una sonrisa de conformidad y se retiró junto con Cyrus y William, dejándonos a los tres a solas en el amplio dormitorio.

—Cóatl, sé cuidadoso, por favor —pedí, y regresé al lado de mi compañero de fatigas. El soldado azteca, arrodillado sobre el lecho en el lado opuesto al mío, sonrió con sus hermosos ojos de ónix—. ¿Vamos? —pregunté a Héctor, y este cerró los ojos con fuerza, agarrando mi mano con toda su energía.

Cóatl se inclinó hacia él, meciendo la larga melena azabache. Separó los voluminosos labios dejando al descubierto los colmillos extendidos, que

resplandecieron como blancas perlas. También yo cerré los ojos.

Todo su cuerpo convulsionó con la mordida, todos sus músculos se tensaron, cerrando su mano como una poderosa garra alrededor de la mía. Los latidos de su corazón se aceleraron vertiginosamente, pataleó. Abrí los ojos y vi cómo se contorsionaba su cuerpo violentamente en la cama, como si estuviese sufriendo un ataque epiléptico. Pero el soldado azteca le tenía bien sujeto, con los labios firmemente apretados alrededor de su cuello. Se agitó de nuevo y gimió dolorido, fue un lamento largo y desgarrador.

Volví a cerrar los ojos.

Yo sabía cuánto dolía aquello. Cuando Patrick White me mordió liberando su veneno, sentí como si hubiesen vertido ácido en el interior de mis venas, las recorría abrasándolas, deshaciéndolas, extendiéndose por todo mi cuerpo.

Segundos después el cuerpo de Héctor dejó de luchar, comenzó a rendirse, a desplomarse exánime sobre la cama. Su corazón palpitaba débil, derrotado, y supe que en breve llegaría el crítico momento en el que el Cóatl debería soltar su mordida, algo considerablemente difícil después de la ingesta de semejante cantidad de sangre humana, pero confiaba en la férrea voluntad del azteca.

El corazón de Héctor dejó de latir.

Volví a abrir los ojos justo cuando el caballero jaguar se apartaba con gran esfuerzo de su presa, liberando la profunda herida abierta en el cuello de mi desafortunado compañero de aventuras.

Cóatl le liberó, relamiéndose los labios teñidos de carmesí. Luego se apartó lentamente de él.

«Gracias», susurré cuando cruzó junto a mí en dirección a la puerta. Él inclinó la cabeza, como el soldado que simplemente ha cumplido con su deber, y permanecí con la mano ahora inerte de Héctor sujeta entre las mías mientras se marchaba.

Observé su cuerpo tendido sobre la cama, estaba muerto, su corazón había dejado de latir para siempre. Acaricié con mi mano su frente perlada de sudor, recogiendo su mejilla en una caricia.

Pobre, cuando persiguió con su motocicleta a toda velocidad aquel coche que circulaba superando los límites de la autopista no podía imaginar que aquella sería su sentencia de muerte, al menos de la vida que conocía hasta aquel momento, que después de aquello pondrían precio a su cabeza y que descubriría que los vampiros eran mucho más que un antiguo mito que había cautivado a la humanidad desde el principio de los tiempos. Cuánto hubiese deseado que no fuese así. Probablemente yo nunca habría llegado a conocer a Sarah Murphy, mi madre biológica, pero al menos ella continuaría con vida.

Sentí que un no-muerto se aproximaba y contemplé la puerta, aguardando su entrada. Fue Martin quien apareció tras esta. Cerró tras de sí y caminó despacio hacia nosotros, tomando asiento en la cama a mi lado.

—¿Vas a contarme qué ha pasado? —preguntó con la expresión teñida de

desconcierto en su níveo rostro de vampiro, atravesándome con sus hermosos ojos color café intenso.

—Cuando nos marchemos de aquí, entonces te lo contaré todo, lo prometo —ofrecí y él aceptó. Reparó en mi mano aún unida a la de Héctor—. Es un buen tipo —dije solamente—. ¿Qué te ha pasado a ti? Estás muy… mayor.

—La responsabilidad, supongo. Tras el sagrado ritual de Sannuk durante mi coronación, mi cuerpo comenzó a desarrollarse, a evolucionar al ritmo necesario para adaptarme a la situación que me ha tocado vivir. Me había pasado dos años aparentando quince y desde que tomé el trono, poco a poco, cada día que pasa es como si transcurriesen meses para mí. Mamá me explicó que es algo normal y, bueno, yo apenas lo noto; supongo que tú, después de estar sin vernos estos días, lo has percibido más intensamente —explicaba. Pero no solo su cuerpo había cambiado, su modo de expresarse, su postura, su voz… No solo había crecido, también había madurado. Era tan extraño—. Pero sigo siendo el mismo, ¿eh, tontorrona? —aseguró pellizcándome en la mejilla con sus dedos helados—. Todavía recuerdo que me dijiste que me echabas mucho de menos —rememoró extendiendo una burlona sonrisa.

—¿Y no recuerdas cuando te llamé rey de la soberbia y la prepotencia? —pregunté jocosa, provocando que enseriase en el acto.

—Sí, eso también lo recuerdo. Ya hablaremos de la forma adecuada de dirigirte a tu rey —advirtió con el semblante completamente serio, pero aun así supe que bromeaba.

—Arriesgaste demasiado por venir a salvarme, Martin. Podría haberse liado una muy gorda.

—Tú has arriesgado tu vida en incontables ocasiones para salvarme a mí, ¿qué te hace pensar que no mereces lo mismo por mi parte? Eres una protectora indisciplinada y un imán para los problemas —sentenció apretando los finos labios, en un mohín cargado de resignación—, pero mi profética protectora, al fin y al cabo —concluyó, y eché a reír condescendiente. Cogió mi mano derecha con la suya, gélida aunque acogedora. Yo tiré de él hasta mí, rodeándole con mi brazo libre en un cariñoso abrazo. Puede que ahora aparentase casi veinte años y midiese más de un metro noventa, pero continuaba siendo mi pequeño Martin.

—Te quiero mucho —dije apretándole contra mí con fuerza.

—Y yo a ti —admitió con la voz sobrecogida por la emoción—. Eh, suéltame ya que el traje es francés y me lo estás arrugando —aseguró apartándose de mí, estirando las solapas de su chaqueta, restando solemnidad a nuestra mutua expresión de afecto—. Bueno, voy a hablar con Catalina, a decirle que la transformación está en proceso y que nos marchamos.

—¿Cuánto tiempo durará el proceso?

—Al menos hasta la tercera noche no despertará, según tengo entendido. Sabes que yo no pasé por eso —me recordó. Claro que no, Martin Robinson y su hermana

pequeña Louise eran vampiros puros, *purasangres*, hijos biológicos de otros vampiros, toda una peculiaridad en su especie—. Nos trasladaremos, no creo oportuno quedarnos aquí. Enviaré a alguien de la guardia en busca de alojamiento seguro.

—Yo tengo un lugar donde podemos alojarnos con total seguridad hasta que Héctor despierte, os guiaré, pero antes necesito saber qué va a pasar con Karen —requerí. Mi amigo y rey me observó con incertidumbre en el fondo de sus ojos tostados. Se tomó unos segundos para responderme.

—Karen ha estado a punto de provocar una guerra. Si aquella vampira no se hubiese interpuesto en su camino y hubiese logrado matarte, la afrenta sería demasiado importante para arreglarlo por las buenas. Yo habría exigido la muerte del número dos al mando del reino, Iacobus, el predilecto de la reina, y la guerra habría estado servida.

—¿Y habrías hecho todo eso solo por mí?, ¿por una humana? —dudé atónita.

—Lo habría hecho porque es lo que manda la ley vampira, no alucines. —Se burló de mi estupefacción, enfadándome—. Así que por haber estado a punto de provocar una guerra deberá morir, se encontrará con el sol al amanecer.

—Deseo asistir a su ejecución —afirmé pasmándole completamente.

—¿Hablas en serio? Creía que contemplar la muerte de Aarón fue una experiencia horrible para ti —me recordó. Yo misma se lo había referido cuando sucedió.

—Y lo fue, pero tengo mis motivos. Por favor, permíteme asistir.

—No depende de mí, lo intentaré, pero no puedo asegurarte nada, es un asunto privado —explicó incorporándose, estirando toda su impresionante corpulencia y abandonando mi lado en la cama—. Deberías comer algo, tienes pinta de no haberte alimentado en días.

—No tengo hambre.

—¿Piensas quedarte ahí, a los pies de su cama, hasta que despierte? —dudó incrédulo.

—Se lo he prometido —repuse, y cabeceó resignado. No, sin duda yo no tenía remedio.

—Aún quedan un par de noches para preocuparnos de ello pero puede a llegar a ser peligroso para ti, no sabemos cómo reaccionará cuando despierte —advirtió preocupado, a dos pasos de la salida.

—No te preocupes por mí, sabes que me las apaño bastante bien.

—¿Por qué tienes que ser tan cabezota? —preguntó encaminándose hacia la puerta, dándome la espalda, y un segundo después desapareció.

De nuevo quedé a solas con Héctor, cuyo rostro anémico se tornaba lentamente del color de la muerte. Unos surcos negruzcos se asentaban bajo sus ojos cerrados. Su pecho inmóvil, al igual que su corazón, evidenciaba la muerte real. Yo ya había contemplado la misma quietud en los cuerpos de Martin, Shapur o mi amiga Alanis.

Durante el día los vampiros estaban literalmente muertos, clínicamente muertos, sin embargo, al caer la noche volvían a la vida mágicamente, una y otra vez, noche tras noche. Por eso era tan importante encontrar un resguardo seguro para las horas diurnas, en las que sus poderosos cuerpos resultaban tan vulnerables.

Ahora nos tocaría hacerlo también para Héctor. Era la primera vez que me enfrentaba a una situación como aquella, a un vampiro que nacía, o mejor dicho, que renacía a su nueva vida. Todo sería nuevo para él, la percepción del mundo con nuevos y poderosísimos sentidos, la fuerza, la velocidad, la sed… Deseaba que la transformación se completase con éxito, si no era así y Héctor se convertía en uno de aquellos ghouls, alimañas sedientas de sangre, tendría que matarle, se lo había prometido.

Envuelta en aquellas cavilaciones me hallaba cuando alguien más se adentró en la habitación, era mi amigo Cyrus. Me observaba atentamente con las esmeraldas de sus ojos mientras caminaba hacia mí. Tomó asiento en el diván, frente a la cama, inclinado hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas. Con una inconfundible mueca de desaprobación en su azulado rostro sobrenatural.

—¿Qué? —pregunté ante su mutismo.

—Te niegas a acostarte conmigo y te encaprichas con esa mascota —disparó al fin, y a pesar del dolor que no abandonaba mi pecho un instante eché a reír desganada. Este Cyrus no cambiaría nunca.

—Ya ves, hermanito, a mí el incesto no me parece una idea tan apetecible —bromeé apretando suavemente la mano de Héctor, que comenzaba a helarse. El veneno vampiro surtía su esperado efecto.

—No estoy en absoluto de acuerdo con eso —advirtió señalando hacia el cuerpo exánime del vampiro en ciernes.

—Ha sido decisión suya.

—No, ha sido decisión tuya —acusó molesto.

—¿Y qué esperabas? —requerí irritada—. ¿Que le dejase morir también a él? Ahora, al menos tendrá otra oportunidad, de un modo distinto, pero al menos vivirá.

—Siento lo de tu madre —dijo el swap de improviso, con el miedo a mi respuesta reflejado en sus ojos de jade. Las lágrimas regresaron a mis ojos y su tez se crispó, preocupado por la reacción que había provocado en mí. Tardó una milésima de segundo en acudir a mi lado. Solté la mano de Héctor por primera vez para abrazarme a su cálido cuerpo y eché a llorar de nuevo—. No sé cómo te sientes porque probablemente nunca tendré la oportunidad de conocer a mi madre, pero imagino cuán doloroso debe de ser —decía sosteniéndome entre sus brazos, acariciando mi cabello y mi espalda en un gesto de consuelo completamente humano—. El acto que tuvo hacia ti, que pudo parecer de lealtad a su reina para evitar la guerra, fue un acto de amor que ninguno de esos chupasangres podrá llegar a imaginar nunca. Fue algo precioso, amor en estado puro, en eso te pareces a ella —dijo, y aparté mi rostro de su suave piel oceánica para mirarle en busca de una explicación—. Anna, tú eres el ser

más especial que he conocido nunca, arriesgas tu vida, mortal y frágil, una y otra vez, por aquellos a quienes amas o simplemente por causas que consideras justas. Estás hecha de una pasta especial, eres la más digna heredera de la esencia de Lilith.

Guardé silencio tras oír aquellas palabras, reflexionando acerca de su significado, ¿era así? ¿Era la esencia de Lilith, que recorría mis venas como lo había hecho en las de mi madre, la esencia de la primera vampira, la que me otorgaba la fuerza necesaria para afrontar cada dificultad a pesar del temor, para actuar irracionalmente como lo hacía?

—Cyrus, ¿cómo has sabido que Sarah era mi madre?, ¿te lo ha dicho William?

—Lo leí en su mente. Puede decirse que me lo ha dicho sin su permiso —volvía a bromear, estirando los labios violetas en una de sus cautivadoras sonrisas ladeadas.

—¿Por qué estáis enfadados William y tú? ¿Por qué ya no sois amigos? —solicité sabedora de que Cyrus no me negaría una respuesta. De él siempre obtenía la verdad, por dura que fuese.

—Por ti.

—¿Por mí? —dudé sobresaltada.

—En el momento en el que conocí tu auténtica naturaleza, en el que te convertiste en lo más parecido a un semejante para mí de lo que nunca hubo nadie antes, te situaste automáticamente como el número uno en mi escala de valores, y William no te merece. —Aquellas palabras encogieron mi corazón, yo ya había dado por sentado que William no merecía una segunda oportunidad, pero oírlo de los labios de un tercero me dolía, al saberlo más cierto aún si cabía, eliminando la posibilidad de que mi desconfianza fuese en realidad una excusa que el miedo a lo que sentía por él me obligaba a imponerme—. Se lo dije, le pedí amablemente que se apartase de ti y se molestó profundamente. Él creía que le debía lealtad por nuestra amistad; ese es el motivo por el que nuestra relación ha cambiado…

—Si vas a contarlo, cuéntalo desde el principio —interrumpió William desde la puerta. Automáticamente me aparté del abrazo del swap, que recogió molesto mi reacción—. Cuéntale por qué me debías lealtad, por qué estabas en deuda conmigo, qué te obligó a ayudarnos a destronar a White —desafió el *sir* inglés aproximándose veloz, situándose de pie frente a ambos. Yo le observaba mientras sus ojos de cielo permanecían atentos a los de mi amigo híbrido, que los enfrentaba decidido—. Vamos, nigromante, no es justo que me hagas quedar como un insensible íncubo y no cuentes tu historia.

—Hazlo tú mismo, parece que nada te impedirá revelar nuestro secreto —increpó el swap con las palabras mordidas de rabia.

—No sería justo —añadió William, y entonces sus ojos se dirigieron a mí. Tenía el cabello rubio recogido en una pequeña coleta de la que algunos mechones escapaban rebeldes engalanando su hermoso rostro. Cuánto le amaba, era inútil negármelo a mí misma—. Nuestro querido amigo Cyrus no siempre fue tan leal, ni tan abnegado, ni tan contrario a los *chupasangres* como se jacta en llamarnos. —La

mandíbula del swap se tensó, y percibí cómo los tendones se contraían bajo su piel cerúlea—. Cuando nos conocimos yo me había convertido recientemente, tendría unos cincuenta años como vampiro. Sus intereses y los míos eran bastante parecidos en cuanto a política y el respeto por la vida humana, por lo que entablamos una buena amistad. Por aquel entonces Cyrus estaba locamente enamorado de una humana, Mona. Mona era una mujer ambiciosa y egocéntrica —relataba con su dulce tono de voz habitual, embelesándome—, anhelaba convertirse en uno de los nuestros. Cada día que pasaba como mortal se sentía más cerca de la muerte y suplicaba a nuestro amigo la vida eterna. Cyrus no podía ofrecérsela al carecer de veneno, así que temiendo que su amante finalmente le abandonase por algún otro que sí fuese capaz de acceder a sus pretensiones me pidió que la convirtiese. Me negué, por supuesto, pero él a cambio me ofreció algo que sabía que sería incapaz de rechazar: contactar con mi difunta esposa, hablar con su espíritu y despedirme de ella como nunca tuve oportunidad. Es ese el don de la nigromancia, la magia de los muertos —explicó dejándome anonadada, buscando urgida los ojos de mi amigo, que bajó el rostro, apesadumbrado—. Accedí a su petición a pesar de que nunca antes lo había hecho, de que desconocía las posibles consecuencias. Tuve que solicitar permiso a Tammy Shue, que tras muchas súplicas lo concedió, y fingir que Mona era mi amante y no la de Cyrus. Y la convertí, a pesar de estar en contra de mis principios transformar en un monstruo a una persona sana y que probablemente tendría una vida plena como humana —relató William con sus ojos celestes fijos ahora en mí, que no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—Y salió mal, ¿la mataste? —pedí apremiante su respuesta.

—No salió bien —respondió el propio Cyrus, alzando el rostro en busca de mis ojos, recuperando mi mano entre las suyas—. Mona se convirtió en vampiro, la vampira más hermosa que han visto mis ojos, pero desapareció la noche después de su transformación —explicó el nigromante, dolido aún por aquel desamor.

—Lo lamento —dije a Cyrus.

—Lo peor aún no lo sabes —intervino William de nuevo, recuperando mi atención e impávido ante la emoción despertada en el swap—. Mona fue una de las mayores asesinas que han existido en toda Inglaterra, mucho mayor que el famoso Jake el destripador, solo que sus cadáveres nunca aparecieron, pues los devoraba por completo. —Busqué de nuevo los ojos del nigromante, perdidos en el suelo—. Comenzaron a desaparecer humanos alarmantemente en todo Londres: mujeres, niños pequeños, ancianos… —Cyrus se encogió por el dolor que le ocasionaba rememorar aquello—. Tammy Shue me reprendió, pues yo era responsable de las actividades de mi novicia y me encomendó la tarea de localizarla y acabar con ella. Hube de presentar respetos ante Charles Robinson para poder darle caza en su reino, y ahí surgió nuestra amistad. No fue fácil dar con ella y mucho menos matarla; perdimos a dos buenos guardias pero al final acabamos con aquel monstruo despiadado en el que se había transformado.

—¿Mona se convirtió en un ghoul? —temí anhelando una respuesta negativa, pero William asintió.

Pobre Cyrus, su amada se había transformado en uno de aquellos vampiros de casta inferior en los que la sed dominaba todas sus emociones, nublando su razón. Alimentarse era lo único importante, sin preocuparse de guardar las apariencias ante los humanos, de proteger al resto de la comunidad vampira o de seguir el orden y la jerarquía establecidos, un auténtico monstruo.

—Yo fui el culpable de todas aquellas muertes, incluida la suya —lamentó Cyrus. La luz del alumbrado exterior se colaba por entre la vidriera de la ventana, reflejándose en su cabeza pelada—. Pero esa es una carga que me acompañará el resto de mis días y mi deuda contigo quedó saldada —dijo a su antiguo amigo. Su voz había recuperado la entereza—. Anna es muy importante para mí, no imaginas hasta qué punto estoy dispuesto a llegar por defender su felicidad, que en absoluto está a tu lado —disparó, y el gesto de William se contrajo por la rabia, estirando los labios, mostrando feroz los colmillos extendidos como si estuviese a punto de saltar sobre el swap como un león.

—A ver, tranquilos, ¿vale? —pedí incorporándome, situándome entre ambos; también Cyrus se levantó, firme, tenso, preparado para un ataque—. Lo primero es que no es el momento ni el lugar para que os peléis —advertí, y los puños del William fuertemente apretados se relajaron, no tanto los del swap, quien permanecía alerta—. Y lo segundo es que ya soy mayorcita para decidir con quién quiero estar. Cyrus, te agradezco tu buena intención, pero decidiré por mí misma con quién me relaciono.

«No dejes que te engatuse con una caída de ojos», dijo el swap dentro de mi cabeza.

«No te preocupes», pedí del mismo modo. «Y ni pienses por un instante que nada de esto cambia lo que siento por ti, para eso está la familia, para apoyarnos aun cuando nos hemos equivocado, hermanito».

«Gracias», dijo entornando los ojos reconfortado y desapareció.

Quedé a solas con William y el yaciente vampiro novel que comenzaba a fraguarse en la cama. Pensé en Héctor, el relato de William nuevamente me había dado qué pensar. ¿Y si él acababa convirtiéndose en un monstruo?, ¿y si morían personas por mi decisión de acceder a convertirle? No me había detenido a pensar en ese punto, un ya exagente de la Guardia Civil, transformado en un asesino despiadado, cobrándose vidas por centenares. Un vampiro poderoso y robusto (ya lo era como humano). Él sí sería difícil de detener.

Aparté aquellos pensamientos de mi mente, no tenía por qué ser así, y si finalmente ocurría sería mi responsabilidad acabar con él y no dudaba de mis aptitudes para hacerlo, ni por un instante.

—Tenemos que irnos, trasladaremos a tu amigo hasta un lugar seguro donde aguardará hasta que la transformación concluya —rompió el silencio William,

sacándome de mis elucubraciones. Aún continuaba de pie frente a mí, estático, imperturbable.

—Yo no puedo irme, tengo que ver cómo arde esa malnacida —espeté con rabia, recuperando mi asiento en la cama, junto a Héctor—, lamentaré apartarme de él por unas horas pero estoy segura de que lo cuidaréis.

—Lamento lo de tu madre —dijo William con la voz perceptiblemente mucho más relajada; se acuclilló ante mí, depositando sus frías manos en mis rodillas, atravesándome con los zafiros de su rostro inmaculado. Podía oler el perfume de su piel en tan corta distancia, el suave aroma de su cabello y vislumbrar la pelusilla dorada que cubría levemente su torso de mármol asomando por encima del primer botón de su camisa.

—Lo sé —admití, y era cierto, William sufría con mi dolor, me amaba, había ofrecido canjear su vida inmortal por la mía, ¿no era eso el mayor acto de amor según me había dicho el propio Cyrus minutos antes? Posé mis manos cálidas sobre las suyas y el vampiro rubio acurrucó su rostro celestial sobre ellas, luego las retiré para acariciar con ellas su hermoso cabello de oro, reposando su cabeza sobre mis piernas, y paseé mis dedos por su cuero cabelludo, deshaciéndole de la coleta, desenredándolo suavemente, acariciando su cabeza fría.

—Te quiero —susurró en voz muy baja, pero pude oírle claramente—. Siempre serás la única.

—Ssst… —pedí, y guardó silencio. Continué mimando su cabeza con mis manos, acaricié su mejilla, y seguí con los dedos la curvatura de su mentón, sus prominentes pómulos, sus párpados, sus perfectas cejas, su nariz recta, su tierno labio superior… Cuántas veces lo había besado y añorado después. Deslicé mi dedo por la comisura de su boca hasta alcanzar el centro de su labio inferior, y entonces atrapó mi dedo entre ambos, aprisionándolo suavemente con los dientes, lamiéndolo con dulzura, trayendo a mi mente recuerdos demasiado lejanos, recuerdos de cuando nos conocimos, de cuando me corté el dedo con un vaso roto y él lamió mi herida. Cuánto había trastornado mi alma aquel gesto, cómo le había deseado desde entonces y aún lo hacía. Sentí las mariposas revoloteando en mi estómago como en aquel momento y unas poderosas ganas de rendirme, de dejar de luchar contra mí misma y abrazarle y besarle y entregarme a él en cuerpo y alma.

La puerta del dormitorio se abrió de nuevo, sorprendiéndonos.

—Oh, perdón —dijo Martin Robinson desde el umbral, dispuesto a retirarse. William recuperó la verticalidad, situándose de nuevo de pie frente a mí y yo desperté de su embrujo una vez más.

—No, Martin; pasa, por favor —pedí, y el monarca británico se adentró en la habitación seguido de Cóatl, que no dirigió una sola mirada a su reciente creación. Permanecía atento a todo el derredor, pendiente en todo momento de la seguridad de nuestro rey.

—Eh… bueno… —comenzaba Martin, mirándonos a ambos como en un partido

de tenis, aún turbado por la imagen que acababa de contemplar—. Quería decirte que podrás asistir a la ejecución de Karen, la reina Catalina ha accedido. Tú y Cyrus representaréis a nuestro reino como testigos en dicha ejecución. Compórtate —exigió amenazándome con su dedo índice (antes insignificante, ahora poderoso), como un padre que teme que su hija monte una fiesta en casa nada más desaparecer por la puerta, ya centrado en mí completamente, y esbocé una sonrisa, conteniendo las ganas de responderle a gusto. Le reconfortó que no lo hiciera, sabiéndose incuestionable—. Nosotros nos marcharemos en cuanto nos indiques cómo llegar a ese lugar seguro del que me has hablado. Trasladaremos a tu amigo y le mantendremos a salvo hasta que regreses, tienes mi palabra.

—Gracias —respondí y le complació aún más; ahora le debía otro favor, además del de salvarme la vida.

—William, tú puedes venir con nosotros, si lo deseas, ¿o marcharás de regreso? El alba llegará en unas pocas horas y no creo que prefieras quedarte por aquí después de todo lo que ha pasado.

—¿Crees que Cyrus es suficiente protección para ella? —dudó el vampiro rubio, tratando de disimular su animadversión hacia el swap.

—¿Lo dudas? Tú sabes mejor que yo cuán poderoso es el nigromante; Anna estará más a salvo a su lado que con ninguno de nosotros. —Si aquellas palabras las hubiese escogido una a una para fastidiar a William, Martin Robinson no podría haberlo hecho mejor—. ¿Qué harás?

—Me marcho con vosotros —respondió conteniendo su rabia por dejarme a solas con el que antes fue su amigo—. Nos vemos allí —me dijo, y tras esbozar una encantadora sonrisa se esfumó mientras mi rey daba paso a un miembro de la guardia vampira para tomar entre sus poderosos brazos el cuerpo inerte de Héctor, que pareció ligero como el papel, y trasladarlo al vehículo en el que se marcharon.

Capítulo 17

Arde, maldita

Me quedé a solas en la habitación, observando con detenimiento el dormitorio de mi madre. De las paredes colgaban bonitas cortinas estampadas de seda beige a juego con las sábanas de la amplia cama victoriana. La cómoda era de madera color miel con remates dorados, al igual que el armario. Me acerqué y lo abrí, quería ver qué tipo de ropa utilizaba, saber si siempre vestía tan atractiva o si tenía ropa más clásica, buscando cualquier cosa que me ayudase a conocerla un poco mejor. Encontré un bonito abrigo verde oscuro de lana, largo hasta los tobillos; me hubiese gustado quedármelo como recuerdo, pero resultaría extraño para los no-muertos ver cómo me apropiaba de una prenda de aquella vampira que me había salvado la vida; podrían incluso considerarme una ladrona y castigarme por ello, así que descarté la idea inmediatamente. Lo acaricié, estaba completamente nuevo, lo habría usado muy poco, era lógico, los vampiros nunca tenían frío, ni calor, utilizaban aquel tipo de prendas como camuflaje entre los humanos, para no llamar la atención. Al pasar la mano por los bolsillos noté algo dentro y busqué en el interior rápidamente, halle un pequeño sobre y al abrirlo encontré un par de fotografías antiguas. En una de ellas aparecía Sarah con un hombre joven, en un primer plano muy cercano, él debía de sostener la cámara con sus manos pues su postura era muy forzada, con un brazo estirado y el otro alrededor de ella. Miré el reverso, y escrito con perfecta caligrafía leí: «Mateo, veintitrés de marzo de 1985». Casi un año después de aquella instantánea nací yo, pensé. Volví a mirar la fotografía, Mateo era muy guapo, acaricié mis labios, Sarah tenía razón, su boca, sus labios contorneados recordaban los míos. Me emocioné al poder ponerle rostro finalmente también a él. Tenía el cabello rubio ceniza, peinado hacia un lado, los ojos parecían castaños y su nariz era curvilínea y algo ancha en la punta, tenía una hermosa sonrisa, muy guapo para ser humano. Sarah estaba tan hermosa como un ángel, sonriendo ampliamente a la cámara, radiante de felicidad. En la otra fotografía, una polaroid, con la imagen manida por el roce de algo que la había desgastado lentamente, podía distinguir a un bebé regordete, recién nacido, envuelto en una pequeña manta, sujeto por una mano pálida en cuyo dedo anular distinguía una bonita sortija plateada con una enorme esmeralda de quien debió de realizar aquella fotografía sujetando también la cámara, la mano de mi madre. Aquel bebé regordete e indefenso que sonreía con la mirada perdida era yo.

Me emocioné al distinguir el menudo brazo de Sarah rodeándome, al acariciar con mis dedos la fotografía desgastada por sus besos (había una leve mancha de carmín que me hizo pensar en ello). Las apreté contra el pecho, había recuperado una

parte muy importante de mi vida y guardaría aquellas fotografías conmigo para siempre. Caminé hasta el lecho y me tumbé, tenía el cuerpo agotado, aún resentido de las horas de cautiverio, de las horas sin dormir, de los golpes que recibí con la vara de hierro. Me dormí.

Cuando desperté, Cyrus estaba acostado a mi lado, con la cabeza apoyada sobre su codo derecho, mirándome atentamente con sus brillantes ojos de jade. Me sobresaltó encontrarle así, tan cerca. Me incorporé y me senté apoyando la espalda contra el cabecero; estaba cubierta por una gruesa manta, él debía de haberme arropado mientras dormía.

—¿Cómo estás? —preguntó alzando el rostro para mirarme.

—Bien —respondí, y comencé a buscar las fotografías bajo la manta. No las tenía en mis manos, debía de haberlas soltado durante mi sueño.

—Toma —dijo sacándolas de debajo de su almohada.

—¿Las has visto? Son mis padres, mis otros padres, quiero decir —aclaré sintiendo como si al utilizar aquella palabra con otros que no fuesen Adela y Hugo estuviese traicionándolos de algún modo.

—Sí, claro que las he visto, y también he visto qué lindo bebé eras —declaró con una esplendente sonrisa de sus labios ligeramente violetas—. ¿Estás bien, de verdad?

—Sí —repetí incómoda por su insistencia.

—¿De veras quieres hacer esto? —preguntó indicando hacia la ventana, desde la que alcanzaba a ver las lejanas montañas sobre las que comenzaba a despuntar el atisbo del halo solar.

—Completamente segura. Karen acabó con la vida de mi padres, con la de ambos, y de no ser porque van a ajusticiarla yo misma la mataría —argumenté fingiendo determinación, cuando en realidad sacaba fuerzas de flaqueza, pues aún recordaba el rostro abrasado de Aarón, ennegrecido, con la piel despegándose del cráneo mientras ardía y los ojos fuera de las órbitas; una tormentosa imagen grabada para siempre en mi retina.

—Está bien —aceptó Cyrus sumiso—. Vamos. —De un salto abandonó la cama y me ofreció su tibia mano para levantarme; la tomé y bajé por su lado; escondí las fotografías en el bolsillo de mi pantalón.

Caminé de su mano hasta la puerta, me sentía segura junto al nigromante, confiaba plenamente en él a pesar de lo que había descubierto aquella noche, su deseo egoísta de mantener a la persona amada a su lado por encima de todo, del bien y del mal. Eso no cambiaba nada para mí, yo no podía juzgarle, desconocía qué estaría dispuesta a hacer por Shapur, por William, por Martin, por mi familia o por el propio Cyrus. Desde luego, estaba dispuesta a morir y a matar por cualquiera de ellos.

Alcanzamos el patio trasero del cortijo, los guardias vampiros que vigilaban el perímetro habían sido reemplazados por humanos que oteaban el horizonte desde el alto muro encalado. En el centro del amplio patio iluminado por potentes focos se había dispuesto el escenario del ajusticiamiento; una gran equis de metal esmaltado

cogida mediante poderosas tuercas a una plataforma de hierro alzada a un metro del suelo y con una pequeña escalinata. Calculado probablemente para una mayor celeridad en el alcance de los rayos del sol por parte del condenado.

Cyrus y yo nos situamos de pie frente a la plataforma, los grilletes de oro aguardaban abiertos a su prisionera. Una de las puertas laterales que comunicaban con el patio se abrió y de ella surgieron Unai, Miguel, que me dedicó una furibunda mirada de soslayo (no había vuelto a verle desde nuestro viaje a la mazmorra y probablemente me responsabilizaba de la muerte de Sarah, no podía culparle por ello), y tres guardias uniformados completamente de negro, armados con escopetas cargadas con balas de oro por si la condenada trataba de huir.

En mitad de la formación caminaba Karen, atada de pies y manos con grilletes de oro y un grueso collar áureo con larga cadena plateada sujeto por el propio Unai, que tiraba de ella como si fuese un perro en dirección a la gran equis. La piel de su cuello humeaba tras cada tirón del alto vampiro rubio, que incomprensiblemente parecía disfrutar con el daño que ocasionaba a la que antes había sido su dirigente. Al contacto del metal maldito la piel malherida se pegaba como la carne cruda a una plancha caliente. También en sus muñecas despellejadas comenzaba a distinguirse el hueso. Karen permanecía con la cabeza alta, soberbia, observándonos, observándome, con altanería, como si acudiese a su coronación en lugar de a su ajusticiamiento. No mostraba signos de dolor a pesar de que debía de sentir un dolor terrible; apretaba la mandíbula conteniendo los lamentos cada vez que un nuevo tirón desgarraba su piel.

La situaron en el centro de la gran estructura metálica y la fijaron de brazos y piernas a esta, retirando el collar, que dejó al descubierto la musculatura desnuda de su cuello carente de piel. Unai se situó frente a nosotros e inclinó la cabeza como muestra de respeto, Cyrus y yo repetimos el gesto y segundos después el lugarteniente y su guardia desaparecieron de nuestros ojos en busca de su resguardo diurno.

Karen permanecía con los ojos abiertos y el rostro en alto, mirándonos fijamente, en silencio, con una sonrisa forzada en los labios. La observé, aquella vampira amargada había acabado con la existencia de mis padres biológicos, con mi posibilidad de conocerlos, de haber compartido con ellos al menos una parte de mi vida.

Y todo porque no concebía el amor entre un ser sobrenatural y un simple humano. No podía soportar que alguien disfrutase de lo que ella no tuvo. Por eso acabó con Mateo de Serra, mi padre. Porque Sarah le amaba, porque había dejado de ser mero alimento, un juguete sexual para convertirse en su pareja, porque había superado el temor de saberla una no-muerta y aun así la amaba sin ser uno de esos locos voluntarios, sin importarle que no podría darle hijos (o eso creía) ni envejecer a su lado. Semejante amor fue su sentencia de muerte, y luego el demostrado por William hacia mí, dispuesto a canjear su vida inmortal por la mía, me había acarreado su odio,

y por lo tanto también mi condena a muerte (otra más que añadir a la larga lista). Su desengaño la había llevado a transformarse en un ser despiadado y merecía morir, definitivamente.

El sol alzó su halo por encima del rojizo tejado del cortijo, alcanzando la parte superior de la estructura a la que permanecía atada Karen, pero parecía no importarle, solo tenía ojos para mí. Estoy segura de que si hubiese podido liberarse en lugar de huir se habría lanzado sobre mí de nuevo para matarme, pero no podía, estaba bien atada.

«¿Estás bien?», preguntó Cyrus buscando mis ojos.

«Sí, lo estoy, no te preocupes tanto por mí», afirmé mirándole.

«Todavía podemos marcharnos, arder arderá y se chamuscará como un pollo *teriyaki*, te lo aseguro, no hace falta que nos quedemos a verlo», dijo y no pude evitar sonreír.

«Si crees que no podrás con esto puedes marcharte».

«Eh, que lo hago por ti, a mí esto no me impresiona lo más mínimo, ya ves, chupasangre braseado, estoy por pedirme un plato…», bromeó, haciéndome sonreír de nuevo.

El sol comenzó a alcanzar el corto cabello de Karen, que chisporroteó y arrancó a arder, aun así ella fingía no sentir nada y continuaba mirándome fijamente con desprecio. Di un paso hacia la plataforma, no me daba miedo, aquel ser despreciable se merecía lo que estaba a punto de pasarle. Cyrus trató de agarrar mi brazo.

«Tranquilo», pedí, y me permitió acercarme.

Ascendí la escalinata lentamente, la antigua gobernadora no dejaba de observarme con su estoica expresión, incapaz de transmitir asombro o turbación por mi actitud. También me vigilaban los guardias humanos fuertemente armados desde su posición sobre el muro, tan solo uno permanecía a los pies de la plataforma, pero no me importaba. Me situé justo frente a ella, el olor a cabello quemado era repugnante, el reflejo de las pequeñas chispas en su piel marmórea se detuvo, mi silueta ocultaba el sol que continuaba subiendo tras mi cabeza, protegiéndola de sus rayos. Arrugó los ojos curiosa.

—Eres un monstruo —dije cargada de rabia.

—Pagarás por esto, vuestro amor es un espejismo y tarde o temprano te abandonará —espetó fingiendo divertirse con sus propias palabras.

—Tú no sabes nada, maldita. Mataste a Mateo para apartarlo de Sarah porque sabías que ella nunca le abandonaría, que estarían juntos para siempre —dije, y sus ojos se abrieron como platos. Qué podía importarme a mí nada de aquello—. Intentaste así acabar con su amor y todo porque fuiste rechazada, me das asco. Pues necesito que sepas algo, fallaste —advertí mostrando una amplia sonrisa, acercándome a su rostro lo suficiente como para que solo ella pudiese oírme—. Mateo continúa vivo dentro de mí, yo nací de Sarah, yo soy su hija, yo soy la prueba viviente de aquel amor. Soy una dhampira —susurré junto a ella.

Karen no daba crédito a lo que estaba contándole, tiró con fuerza de sus cadenas presa de la rabia, tratando de darme alcance, entonces, sin borrar la sonrisa, me aparté y el sol que había estado calentado mi nuca durante nuestra conversación la alcanzó de lleno. No me giré a mirarla, descendí las escaleras imperturbable mientras ella gritaba de dolor, la oí luchar, forcejear, contorsionarse contra la estructura pero no me volví. Cyrus me aguardaba al pie de la escalera, buscando una explicación con sus hermosos ojos sobrenaturales; tomé su suave mano de tacto casi humano y tiré de él en dirección a la salida, mientras los rayos ultravioleta bañaban nuestros rostros con su cálida caricia.

Capítulo 18

Si me amas

Llevábamos casi una hora de camino, primero por la autovía y después por la carretera comarcal que yo le había indicado, en su flamante Ferrari rojo. Estaba acomodada en el asiento negro de cuero, con tanto espacio ante el salpicadero que casi podía extender las piernas completamente. Cyrus apretaba el acelerador y lo liberaba con la maestría de un piloto de fórmula uno, asía la empuñadura plateada del cambio de marchas una y otra vez a la velocidad de un relámpago y el vehículo respondía suavemente, sin brusquedad. El amplio salpicadero estaba plagado de botones y lucecitas, parecía una nave espacial en lugar de un coche.

Observé al piloto concentrado en su tarea, sus orejas puntiagudas, su cuero cabelludo despejado y azul con distintos matices de dicha tonalidad, el rostro de un añil muy claro y la nariz pequeña y recta despuntando sobre los finos labios violetas.

¿Qué imagen verían los humanos de Cyrus? ¿Cómo se mostraría para ellos? Conociéndole habría hecho una melé entre los diez primeros puestos de la revista *People* de los hombres más atractivos del mundo para inspirar su engaño. En cambio, a mí me había fascinado su aspecto desde la primera vez que le vi, era tan obvia su particularidad y la mía tan oculta que ello le hacía más libre que yo a la hora de relacionarse con nuestros semicongéneres, eso y que su fluido vital no fuese en absoluto digestivo.

—¿Qué pasa? —preguntó apartando por un instante la vista de la carretera, mirándome de soslayo.

—Eres guapo —dije, y se echó a reír, para enseriar al percibir que se lo había dicho de verdad.

—Creo que necesitas dormir un rato, comienzas a desvariar —aseguró preocupado. Estiró su brazo hacia mí tratando de alcanzar mi frente con su mano para comprobar mi temperatura, la aparté de un manotazo.

—Eh, estate quieto, lo digo en serio. Creo que eres guapo, diferente, pero guapo —insistí, y sus cejas se arquearon incrédulo. Me recosté sobre la puerta para observarle con mayor comodidad.

—Vaya, gracias —admitió sin terminar de creer que hablase en serio.

—Pero…

—¿Pero?

—Pero siento curiosidad por saber cómo te ven los humanos, qué aspecto tienes para ellos.

—Eso es fácil —aseguró divertido—, busca mi nombre en Google, seguro que

encuentras multitud de entradas con mi foto, soy un ricachón, ¿recuerdas? Anda, duérmete, te despertaré cuando lleguemos —dijo accionando desde el volante un botón, y el respaldo de mi asiento comenzó a descender lentamente hasta alcanzar la horizontal casi al completo. Me acomodé en aquella nueva postura y me dispuse a dormir.

Yo le había dado a Cyrus las mismas indicaciones que di a Tom, el miembro de la guardia vampira de Martin Robinson encargado de conducir su vehículo, sobre el emplazamiento que consideré oportuno para que se ocultasen con total seguridad hasta la caída del sol: la casa de mis abuelos.

Se trataba de una humilde casita de campo con una parcela de doce mil metros cuadrados en un pueblo de la serranía. Permanecía vacía desde que el abuelo falleció y la abuela pasó a vivir con nosotros en Cádiz hasta su muerte. De esto hacía ya más de ocho años y mi madre era la única que acudía con relativa frecuencia a limpiar la pequeña casita, un par de veces al mes. Una vez al año se reunían, nos reuníamos, en ella con todos mis tíos y primos y hacíamos una comida en honor a los abuelos.

Marcos, mi ex, odiaba aquellas reuniones, mis primos le gastaban bromas pesadas y él era muy reacio a ese tipo de juegos. Cyrus, mi entonces supuesto novio, en cambio, lo habría disfrutado bastante, pensé.

«Ya puedes deshacer el conjuro que inhibe mis sensaciones para Shapur», pedí dentro de mi cabeza, con los ojos cerrados. Estaba demasiado cansada para mover los labios y articular palabras.

«Está bien».

«¿Qué dijiste a mis padres para justificar mi ausencia?».

«Bueno, no había demasiado que justificar cuando tú misma los llamaste por teléfono explicándoles que pasaríamos la noche juntos en un hotel. Quedaron bastante conformes».

«¿Que yo qué?». Traté de abrir los ojos, pero los párpados pesaban demasiado. «Así que imitaste mi voz, ¿no?».

«Otra de mis virtudes», dijo sin pronunciar palabra, pagado de sí mismo.

«Bueno, si todo esto de ser un demonio ricachón no te sale bien siempre te quedará el Club de la Comedia», chasqué a punto de perderme en los confines del mundo de los sueños. Pude oír la suave risa del nigromante. «Les has encantado, lo sabes, ¿verdad?».

«Sí, y a mí me encantas tú».

Me dormí, aquello último lo percibí envuelto en tal maraña de sopor y agotamiento que no sabía si realmente lo había oído o no. Fue un sueño reparador, eran demasiadas las horas sin dormir y me entregué rendida a los acogedores brazos de Morfeo.

Cuando desperté me hallé en una cómoda cama que reconocí al instante, la cama matrimonial de mis abuelos. Estaba arropada con la bonita colcha de bucles de ganchillo gris de la que la abuela Lucía se sentía tan orgullosa; le había costado más

de un año tejer todos aquellos círculos y cuadros y después unirlos entre sí. Más de una vez había intentado transmitirme sus conocimientos acerca de ese arte, el ganchillo, pero sin éxito, pues yo carecía de la paciencia suficiente para pasarme horas y horas tejiendo, dándole vueltas al hilo alrededor de la curvada punta de la aguja. Incluso a mi hermano Jaime, que aburrido en las largas tardes de los domingos del invierno se había rendido a intentarlo, se le daba mejor que a mí.

Abracé la colcha de la abuela Lucía, cuánto la quería aún después de su muerte. Ella y el abuelo Paco fueron los únicos abuelos que conocí; los abuelos paternos murieron cuando papá era muy joven, él era hijo único y había estado solo hasta que encontró a mamá. Como Héctor. Di un salto de la cama, Cyrus me oyó y acudió deprisa a la habitación.

—¿Dónde están? ¿Están bien?

—Tranquila, están abajo tal y como les indicaste. Intenté levantar la puerta y está cerrada por dentro así que están ahí —me comunicó. Habían seguido mis instrucciones y utilizado como refugio el pequeño silo excavado en la tierra bajo el salón, cuya portezuela quedaba oculta bajo una alfombra pegada a esta. Un vestigio del escondite secreto creado para evitar robos de la cosecha o para esconderse toda la familia durante los asaltos en la Guerra Civil y que al remodelar la casa mi abuelo quiso conservar como pequeño homenaje a sus familiares.

—¿Qué hora es? ¿Cuánto he dormido?

—Son las seis y cuarto de la tarde, has dormido ocho horas aproximadamente —me informó apoyado sobre el quicio de la puerta.

—¿Y tú? ¿Has dormido?

—Tranquila, no tienes que ejercer de anfitriona conmigo —dijo con una sonrisa, apretando los finos labios—. He preparado algo de comer —comentó, y apurando el olfato percibí un delicioso olor familiar.

—¿Tortilla?

—Vas mejorando tus habilidades, ¿eh? —se enorgulleció el swap.

—¿De dónde has sacado los huevos? —pregunté y Cyrus se echó a reír, observándome con una expresión maliciosa en los ojos desde el umbral. Repasé mentalmente mis palabras y también yo rompí a reír.

—Un vecino se acercó a la cancela al vernos llegar. Tú estabas dormida en el coche y le dije que era tu novio, que veníamos a pasar el día al campo. Llevaba una cesta con una docena de huevos y le pregunté si me la vendía por veinte euros. —Resoluto se apartó de la puerta ofreciéndome pasar.

—¿Veinte euros? Por veinte euros hasta yo pongo un huevo —bromeé al cruzar junto a él y el nigromante se echó a reír divertido.

El swap había utilizado la vieja vajilla de la abuela para poner la mesa, dos vasos de cristal llenos de agua, dos platos con sus correspondientes cubiertos correctamente dispuestos y un largo vaso de tubo en el centro con una bonita rosa amarilla que debía de haber cogido del descuidado jardín de la parcela.

Me senté frente a uno de los platos y Cyrus retiró el viejo perol del fuego volteándolo encima.

—No sabía que cocinaras.

—Hay muchas cosas de mí que aún no sabes —aseguró pagado de sí mismo, mientras volvía a verter más huevos revueltos en la sartén devolviéndola al fuego con maestría—. Vamos, come —pidió, y corté un pedazo de tortilla con mi tenedor. Humeaba, la soplé y le complací. Para deleite de mis sentidos el sabor de los huevos recorrió toda mi lengua extendiéndose hacia mi garganta. Estallé de felicidad. ¡Podía distinguir su sabor!

—¡Está buenísimo! —exclamé excitada saltando de mi silla. Me acerqué a Cyrus y le abracé por la espalda. Después de un mes sin distinguir el sabor de ningún alimento, a excepción de las sangres del día anterior, la del voluntario y la de mi recién descubierta y añorada Sarah, disfrutar de aquella deliciosa tortilla era motivo para hacer una fiesta. Quizá hubiera relación entre ambos acontecimientos, pero no estaba dispuesta a pararme a reflexionar sobre aquello.

—Vaya, sí que es fácil hacerte feliz —se mofó Cyrus de mi emoción, e ignorándole regresé a mi silla y engullí el resto de la tortilla antes de que el nigromante tuviese tiempo de probar la suya.

Después gasté mi tiempo en acondicionar un poco la casa para que cuando mis invitados despertasen la encontrasen al menos habitable y por último me repantingué en el sofá de escay a ver la televisión en el viejo aparato de los abuelos. Se acercaba el anochecer y me sentía bien, volver a saborear los alimentos había ayudado a ello. Cyrus regresó de un paseo por los alrededores al que partió tras el tardío almuerzo y tomó asiento a mi lado en el sofá, que crujió con su peso.

—Vas a perdonarle, ¿verdad? —preguntó, y por un instante hube de reflexionar acerca de a qué se refería.

—No lo sé —admití al fin—. Le quiero mucho, muchísimo Cyrus, y sé que él también me quiere a mí, solo que por una extraña razón no deja de fastidiarla una y otra vez —respondí mientras me enderezaba en el asiento, intimidada de hablar con el swap de aquel tema tan delicado para mí.

—No te ama, no a ti.

—¿Qué quieres decir?

—William no te merece, Anna —dijo muy serio, titubeante y mirándome de reojo —. William está enamorado de Margueritte, su difunta esposa, nunca superó su muerte.

—Lo sé, él me lo contó —admití para demostrarle que había confiado en mí lo suficiente como para hablarme de ella, pero su expresión no mudo un ápice.

—William cree verla en ti, te pareces a ella físicamente, pídele que te muestre la fotografía que guarda de su esposa y comprobarás que lo que te digo es cierto —sugirió sorprendiéndome enormemente—. Tú mereces que te amen por ti misma, eres una persona maravillosa, pero cuando él se dé cuenta de que no eres ella se cansará y

continuará buscando a su Margueritte —aseguró. Sus palabras me entristecieron, me hicieron dudar, pensar que William no me amaba a mí, que perseguía un sueño imposible, una vana ilusión en la que yo me reflejaba como podía haberlo hecho cualquier otra eclipsaba todas las hermosas imágenes que tenía guardadas en mi mente de nuestro amor—. Lo siento —concluyó Cyrus, consciente de mi malestar, fijando la vista en la televisión, y ambos permanecimos mudos hasta el ocaso.

Con la llegada de la noche se reanudó la actividad en la planta inferior, y minutos después de que el último rayo solar se apagase la portezuela del escondite se abrió. Salieron de esta cinco vampiros: William, Martin, Cóatl, Tom y Jeremías, que cargaba con Héctor al hombro.

A Tom y Jeremías los conocía únicamente como miembros de la guardia vampira del rey, de verlos arriba y abajo en palacio en Newcastle, pero nunca había cruzado con ellos nada más allá de un hola y adiós. Sin embargo debían de ser de la confianza total de Martin cuando este los había elegido para aquella delicada misión. Los dos zafiros de William se cruzaron con mis ojos un instante, mientras me adentraba en la habitación de mis abuelos, acondicionando la cama para que acostasen en ella a Héctor, cuyo cuerpo se desplomó pesadamente, igual de inerte que la noche anterior.

Le arropé con las coberteras y limpié su rostro de tierra del silo. Estaba helado, pálido, con unas ya marcadas ojeras negras. Ignoraba si sufría o no, si sentía dolor o por el contrario permanecería inconsciente hasta volver a despertar.

Dejando la puerta abierta para no quitarle el ojo de encima regresé al salón. Tom y Jeremías habían marchado a alimentarse, Martin se había sentado en torno a la mesa camilla, Cóatl vigilaba el derredor desde la puerta de entrada, Cyrus continuaba viendo la televisión desganado y William había salido fuera al porche.

Caminé hasta Martin y le ofrecí mi mano. Simplemente la tomó y me siguió fuera de la casa. «Está bien, Cóatl, espéranos aquí», ordenó al caballero jaguar al pasar a su lado. Yo, al cruzar junto a William, acomodado en la vieja mecedora del porche, le observé de soslayo y él a mí, sin mediar palabra.

—¿Dónde vamos? —preguntó Martin cuando nos habíamos alejado lo suficiente de la casa para que ninguno de los no-muertos pudiesen oírnos.

—A un lugar tranquilo para hablar —señalé, y caminamos bajo la luz de la luna creciente por un sendero entre la maleza salvaje que cubría la práctica totalidad de la finca. Para mis nuevos ojos aquella tímida luz del halo lunar era tan poderosa como una noche de luna llena, podía ver cada rama, cada grano de arena del suelo, incluso al pajarillo resguardado entre las ramas de un árbol para pasar la noche.

Alcanzamos nuestro destino en silencio, mi lugar favorito, la explanada bajo un centenario pino cuyas majestuosas ramas se extendían techándola por completo. Allí continuaban los troncos de madera cortados a modo de banquetas que el abuelo Paco había colocado para sus nietos, dado que pasábamos incontables horas jugando en aquel lugar con mi hermano y mis primos, era nuestro rincón mágico.

Tomé asiento en uno de ellos y el rey británico se sentó a mi lado. Estaba oscuro

pero podía distinguir su rostro perfectamente, escudriñándome con sus negras pupilas, permaneciendo en el más absoluto mutismo. El aire olía a humus, a tierra húmeda por el rocío, podíamos oír el canto de las aves nocturnas sesgando el oscuro color de la noche. Necesité aún un largo minuto para organizar en mi mente todo lo que tenía que decirle.

—Martin, tengo algo que contarte, algo que aclarará lo que presenciaste anoche —dije al fin, y él aguardaba pacientemente, expectante de mis palabras. Volví a coger su gélida mano—. Ya sabes que soy adoptada, ¿verdad? —pregunté, y aquel hercúleo joven de cabellos negros en el que se había convertido mi pequeño Martin Robinson asintió—. Bueno, pues con todo eso de que soy La Dama de la Luz la reina Tammy Shue decidió enviar a William a investigar de dónde procedía esa humana que había sido designada por la diosa Lilith para ser tu protectora —relataba sin prisa, mientras oía irrumpiendo aquel silencio sepulcral que nos envolvía los apresurados latidos de mi corazón, y saber que también él podía escucharlos no ayudaba demasiado a tranquilizarme—. Bien pues… William descubrió que mi madre se llamaba Sarah Murphy —revelé cuidadosamente, y Martin arrugó la frente de mármol cargado de dudas—. Sí, era la vampira que me protegió del ataque de Karen —respondí antes de que formulase la pregunta.

—Oh, lo siento muchísimo, Anna —dijo con total naturalidad, abrazándome en un gesto de consuelo como si no tomase conciencia de lo que aquello significaba—. No tenía ni idea de que Sarah era tu madre, ahora entiendo tu reacción —lamentó en mi oído, apretándome fuerte contra su poderoso torso de acero, tanto que dificultaba mi respiración. Le aparté con cierta brusquedad, ¿cómo podía no entenderlo?

—Martin, ¿es que no te das cuenta? Sarah era mi madre biológica —repetí escrutando sus bonitos ojos de ónix en busca de una reacción, pero él se limitó a acariciar suavemente mi mejilla con el dorso de su fría mano, tratando de consolarme —. Martin, que era mi madre —insistí una vez más.

—Sí, ya te he oído —confirmó encogiéndose de hombros ligeramente, irritado por mi obstinación.

—Sarah era una vampira.

—Pues debió de tenerte muy joven… —supuso, y entendí por qué no se sorprendía. Martin había dado por sentado que Sarah me había dado a luz antes de ser convertida, cómo no. Tomé ambas manos con firmeza y le miré fijamente a los ojos.

—Martin, soy hija de una vampira, cuando mi madre, cuando Sarah me concibió, ella ya era vampira, soy hija de una vampira y de un humano, soy una dhampira —confesé, y entonces hallé la expresión que había estado esperando en un primer momento. Mi amigo y soberano quedó pasmado, boquiabierto, observándome perplejo como si mi rostro brillase con luz fosforescente en mitad de la noche gaditana. Así permaneció durante un par de minutos, en silencio, reflexionando acerca de lo que acababa de decirle—. Di algo, por favor —pedí, y sus ojos aturdidos regresaron al encuentro de los míos.

—Esto no puede saberlo nadie, nadie —se preocupó, soltando mis manos y peinándose el cabello azabache hacia detrás con los dedos, para revolverse insurrecto como las olas que rompen contra el acantilado. Definitivamente necesitaba un corte de pelo.

—William engañó a Tammy Shue con respecto a mis orígenes para protegerme, así que solo lo saben Cyrus, William, Shapur y ahora tú.

—¿A mí me lo cuentas el último? —recriminó molesto.

—No, a ti te lo cuento el primero, los demás lo descubrieron por sí mismos y Shapur estaba presente cuando William me lo contó. Eres el único al que le he confiado este secreto voluntariamente.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde que William vino a visitarnos al Caribe, hace casi un par de meses.

—¿Y me lo ocultaste todo este tiempo? ¿Temías que quisiese beberme tu sangre? Oh, Anna, por favor… —lamentó dolido, rehuyendo mis ojos.

—Martin, no es así, no pienses eso, por favor.

—Jamás creí que desconfiases de mí —aseguró girando el rostro hacia la foresta, dándome de lado, herido en su amor propio.

—No, no, tú no —pedí agachándome junto a él, hincando mis rodillas en la tupida alfombra de agujas de pino. Posé mis manos sobre sus rodillas, percibiendo el frío tacto de su piel por debajo de la suave tela de su pantalón francés, el rudo contorno de sus ahora fuertes articulaciones—. Martin, te quiero demasiado —dije recuperando su total atención—, por favor, no puedo soportar que me rechaces, ni que desconfíes de mis sentimientos, ni de mi completa y total lealtad hacia ti, y no porque seas mi rey y mi protegido sino porque eres mi amigo y te necesito. No te enfades conmigo, por favor, no esta noche, no la noche de tu dieciséis cumpleaños.

—Te has acordado —exclamó pasmado, posando sus ahora robustas manos de hielo sobre las mías.

—¿Cómo podría olvidarlo? He contado los días desde que llegué aquí. Felicidades, pequeña sanguijuela —dije incorporándome, y él se levantó a su vez para recibir mi abrazo.

—Yo también te quiero demasiado —aseguró a mi oído, asiéndome con fuerza contra sí. Apreté mis labios contra su fría mejilla, percibiendo la rugosa sensación de la incipiente barba que comenzaba a crecer en ella. Qué distinta al mentón lampiño que recordaba.

En el camino de regreso anduve sujeta de su brazo, feliz de que me hubiese perdonado por ocultarle mi secreto y más aún por haber descargado el peso de tener algo tan importante oculto para él, que era transparente como el agua para mí. A él, que me consideraba la primera —sin importar que mi corazón aún latiese— en su círculo de confianza, por fin le correspondía del mismo modo.

—¿Y qué tal con William? —preguntó de improviso, inmiscuyéndose en mi vida privada, algo que tantas veces le había reprochado.

—Pues ni bien ni mal, Cyrus cree que no está enamorado de mí sino de su esposa fallecida, a la que según él me parezco, y William insiste en que me quiere de verdad, pero en cambio tiene una voluntaria en su casa de Londres desde la fiesta que dio en tu honor Tammy Shue en Belfast —relaté desconocida, pues jamás habría hablado tan alegremente de mis relaciones sentimentales con el antiguo Martin.

—Pues olvídate de él definitivamente, que va siendo hora —espetó decidido, haciendo un mohín de fastidio—. William es un vampiro leal y un buen amigo, pero definitivamente lo vuestro no va a ningún lado, olvídale de una vez.

—¡Qué fácil es decirlo! Cómo se nota que no estás enamorado —dije, y mi comentario pareció ofenderle, pues guardó silencio. Entonces recordé que Martin pronto se casaría con alguien a quien no amaba, la joven Layla, hija de Aixa, en una boda concertada de antemano por su difunto padre—. Perdóname.

—A veces eres una súbdita demasiado bocazas.

—Y tú un prepotente.

—Sí, el rey de la soberbia y la prepotencia si no recuerdo mal.

—Y me quedé corta —añadí con una sonrisa y él se echó a reír. Habíamos hecho las paces, definitivamente—. Martin, tengo algo más que decirte —dije, deteniéndonos a escasos metros de la vivienda, los suficientes para conversar con tranquilidad. El joven monarca me miraba con ojos curiosos, después de las revelaciones de aquella noche podía esperar cualquier cosa de mí—. Vuelvo contigo —admití, provocándole una inmensa sonrisa que no se molestó en controlar—. Regreso contigo a Newcastle, lo he decidido, deseo estar contigo, con vosotros, ahora estoy segura —confesé, y era completamente cierto. Amaba a mi familia, pero sabía que estarían más salvo sin mi presencia a su alrededor. Deseaba dejarme guiar por lo que me pedía mi corazón y era regresar a aquel nuevo mundo que acababa de descubrir y al que irremediablemente pertenecía. Martin me alzó en brazos y dio un par de vueltas conmigo a cuestas, radiante de felicidad, para después depositarme lentamente en suelo—. Ya vale, que no he vuelto de la guerra —protesté, ligeramente sobrecogida por su actitud. Si el Martin adolescente que aún guardaba tan recientemente en mi retina lo hubiese hecho no me habría provocado semejante sensación, pero no era así, yo le sabía el mismo, pero no le sentía como tal. Martin ya no era un niño, no el niño que recordaba, y sin embargo él me trataba con la misma familiaridad, una familiaridad que yo debía fingir corresponder. Me adelanté en dirección a la vivienda.

—No, pero casi —aseguró siguiéndome feliz, pretendiendo no ser consciente de mi arisca reacción.

Alcanzamos el porche de la casa de los abuelos. William continuaba sentado en la vieja mecedora, balanceándose, contemplando cómo nos acercábamos en silencio. Me detuve a su lado y Martin Robinson continuó hacia el interior de la vivienda en busca de Cóatl para salir de caza, pues Tom y Jeremías habían regresado ya de su expedición.

Apoyé mis caderas contra la balaustrada de madera, situándome frente a William. Desde la puerta abierta podía ver los destellos de la televisión encendida sobre el rostro azulado de Cyrus, sentado en el sillón frente a esta, y al fondo el cuerpo inerte de Héctor en el dormitorio, tendido sobre la cama. Me sentía nerviosa, William y yo teníamos una conversación pendiente pero no podíamos mantenerla rodeados de tantos oídos virtuosos, y tampoco me atrevía a pedirle que nos alejásemos en la espesura lo suficiente para evitar su alcance. Ya que desconfiaba de mi capacidad a resistirme a su influjo y que el resultado de nuestra excursión fuese acabar haciendo el amor escondidos entre los matorrales sobre un lecho de tierna hierba primaveral. Y temía aquello tanto como lo deseaba.

Nos observamos en silencio, yo con miedo y él con cierta ilusión. Cyrus se levantó de su asiento y caminó hacia el porche, hacia mí. Se detuvo justo a dos pasos frente a mí, interponiéndose entre William y yo, dándole la espalda al vampiro rubio, que permaneció inalterable en su suave mecer, no podía verle pero sí oía la mecedora crujir sobre el suelo de tablas.

«¿Quieres que os deje a solas?», preguntó en silencio el swap.

«La verdad es que sería un detalle por tu parte, necesito hablar con él».

«Está bien, estaré cerca. Si me necesitas tan solo tienes que llamarme».

«Ok».

Cyrus se encaminó a su Ferrari, y recorriendo el sendero de ambarino albero hacia la cancela se alejó sin voltear la cabeza una sola vez. Ambos contemplamos el zigzagueante dibujo de los faros halógenos iluminando el boscaje en su camino, en el más absoluto estatismo. Los miembros de la guardia vampira salían a otear el perímetro mientras aguardaban el regreso de Martin y Cóatl.

—¿No piensas alimentarte? —le pregunté apoyada en la baranda, enroscando nerviosa mis dedos en el labrado pasamanos de madera.

—No debes preocuparte por mí —aseguró imperturbable, deteniendo su vaivén.

—William, yo…

—No, escúchame tú por una vez —pidió incorporándose de su asiento, situándose frente a mí, tan cerca que podía respirar su maravillosa esencia, percibir el helado tacto de su cuerpo que erizaba mi piel—. Anna, no te voy a volver a buscar, no te voy a volver a pedir que me ames, no volveré a llamar a tu puerta, no volveré a decirte que te amo, no haré nada que te obligue a buscar una excusa para apartarte de mí —aseguró con frialdad, mientras yo me debatía entre sus palabras y el turbador aroma de su aliento de hielo, que deseaba respirar y retener en el interior de mis pulmones para siempre—. Me marcho, ahora que te sé segura, protegida por el regente Martin Robinson y el nigromante, y no volveré a molestarte, ni a insistir inútilmente en lo mucho que te amo. Esta vez, si me amas, si realmente me amas, tendrás que ser tú quien venga a mí —advirtió serio como nunca antes, haciéndome palidecer—. Solo te pido una última cosa.

—¿Qué? —me atreví a preguntar mientras contenía las ganas de pedirle que no lo

hiciese, que por favor no se alejase de mí, nunca, que le necesitaba cerca, que necesitaba continuar oyendo que me quería.

—Un beso —reveló—. Quiero un beso de despedida y me marcharé.

Cerré los ojos y tragué saliva presa del nerviosismo que sentí. Mi corazón se aceleró, mi piel se erizó al percibir el tacto helado de sus dedos ascendiendo por mi garganta, recorriéndola con sus suaves manos de mármol hasta alcanzar mis labios que acariciaron suavemente mientras mi pulso se aproximaba desbocado a la taquicardia, para enredarse finalmente en mi cabello.

Mis latidos se detuvieron bruscamente cuando presionó sus tiernos labios contra los míos, acelerándose hasta la desesperación cuando percibí el roce de sus colmillos en mi boca, el fugaz contacto de su lengua en mis labios. Las mariposas rebosaron en mi estómago de nuevo mientras respondía a aquel beso cargado de ternura. Acaricié su rostro, aquel era sin duda nuestro último beso, la última oportunidad que tendría de deleitarme con el sabor único de su boca, que se encendía como el fósforo al contacto con la mía.

Ambos prolongamos aquel beso de despedida deseando que no concluyese nunca, aferrándome a su cuello de piedra como si fuese el único punto de apoyo válido en el mundo para mí.

Se apartó de mis labios lentamente, traté de retenerle con un rápido beso que encadenase otro más y otro, pero William estaba decidido a marcharse y alejó su rostro del mío, atravesándome con los zafiros de sus ojos refulgentes sobre la nívea piel. Grabé a fuego en mi retina su expresión, aquella tibia sonrisa.

—Adiós, Anna —dijo, y mi corazón palpitó descontrolado. Volví a besarle una vez más y al apartarme de sus labios simplemente desapareció.

Cerré los ojos. Sin duda era lo mejor, una preocupación menos en mi cabeza, pero ¿entonces por qué me sentía tan mal? Era como si una parte de mi corazón se hubiese esfumado con él, de mi corazón dividido.

No volver a verle resultaría duro, ni siquiera sabía si sería capaz de soportarlo, siempre le había sabido ahí, aguardándome, dispuesto a recibirme con los brazos abiertos en cuanto me decidiese a acudir a él. Saber que ya no sería así, que se había cansado de mis temores y mi indecisión, dolía.

Contuve el llanto —que últimamente me acompañaba allá donde iba—, y mis ojos se empañaron. Lo achaqué al frío que comenzaba a arreciar tras la caída del nocturno rocío. Pasé al interior de la casa para resguardarme de la bajada de temperaturas en el exterior. Regresé junto a la cama en la que yacía Héctor, quien permanecía igual como le había dejado, lívido, inmóvil, muerto, y tomé asiento a su lado.

No pude evitar pensar en que quizá había sido injusta con William desde un principio, cuando descubrió el significado de la marca de mi nuca. Ahora que también yo servía a un rey vampiro sabía las consecuencias de ocultarle información, así como la urgencia de transmitirle una noticia tan importante que afecta al reino

contiguo.

Después lo rechacé en nuestro reencuentro en la fiesta de los reyes irlandeses en Belfast, y una vez más cuando acudió al Caribe a contarme lo que había descubierto sobre mí. Y le utilicé para alejar de mí a Shapur. Desde entonces, una y otra vez le había rechazado a pesar de estar enamorada de él, y él una y otra vez me había repetido que me amaba, me había pedido que le otorgase esa segunda oportunidad que siempre le había negado. Había probado su amor arriesgando su vida eterna, primero ocultándole mi verdadera naturaleza a su ambiciosa reina y después luchando a mi lado en la coronación de Martin, acudiendo hasta Cádiz en mi busca en cuanto supo que temían por mi seguridad, ofreciéndose a cambiar mi lugar para ser castigado por la gobernadora.

¿Qué más necesitaba para darme cuenta de que realmente me amaba? ¿Qué importaba lo que opinasen Martin o Cyrus o cualquier otro? William me amaba y se había marchado. Si deseaba recuperarle, por una vez tendría que ser yo quien acudiese a él.

Capítulo 19

Estas cosas pasan

Cyrus me despertó retirando el cabello de mi rostro con sus suaves dedos de satén. Me había dormido echada en la cama junto al cadáver de Héctor. Mis manos comenzaban a helarse por el contacto con su cada vez más fría piel.

—¿Qué tal estás?

—Bien —respondí estirándome, desentumeciendo los músculos adormecidos por la mala postura.

—¿Dónde está William? —preguntó Martin desde el umbral, sacudiendo su impoluto traje francés. Desconocía de qué o quiénes se había alimentado (siempre más de un humano para no acabar con su vida), pero su traje no evidenciaba lucha ni podía distinguir salpicadura alguna de sangre.

—Se ha marchado —dije capturando la atención de ambos. El joven rey británico no dio importancia a aquella información, era lógico que William se marchase, yo ya estaba a salvo y pronto regresaría a Londres. Ni siquiera pareció picarle la curiosidad por saber si definitivamente le había dejado, a él no, pero a Cyrus sí, podía leerlo en sus ojos de jade refulgentes por la luz dorada de la habitación.

«No quiero hablar de ello», pensé, y descendió la mirada asintiendo a mi objeción.

—En cuanto tu amigo despierte y esté bajo control, nos marcharemos —advirtió el monarca.

—Majestad, necesito ir a despedirme de mi familia, a comunicarles que me marcho con usted —pedí recobrando la compostura. En el salón se encontraban tres miembros de su guardia personal, a excepción de Cóatl, quien estaba al tanto de nuestra familiaridad, y debía comportarme como una súbdita respetuosa ante ellos—. Si me dejáis partir ahora mismo, regresaré antes del alba para velar vuestro sueño. —Miré mi reloj, era la una de la madrugada, había tiempo suficiente para hablar con ellos, aunque tuviese que sacarles de la cama, exceptuando a mi padre, que debía de estar trabajando en la panadería.

—Yo la llevaré —advirtió Cyrus.

—Nos llevarás —rectificó Martin, volviéndose hacia el espejo del dormitorio para comprobar su apariencia. Estaba perfecto, incluido el cabello negro despeinado sin control, revuelto por encima de la cabeza.

—No necesito que me acompañéis, puedo ir y volver sola, no soy una niña pequeña —protesté a ambos.

—Deseo acompañarte, ¿vas a negarme ese honor el día de mi cumpleaños? —

preguntó mi rey con un resplandor de inocencia en los hermosos ojos color café, los mismos ojos en un rostro distinto. Sabía que no me negaría, sabía de mi debilidad por él, debilidad que sentía desde el mismo día en que nos conocimos y me desafió como profesora, desde que le di aquel beso en la nariz helada rompiendo su fachada de adolescente rebelde.

Partimos en el vehículo de la guardia vampira, mucho más discreto que el rojo Ferrari de Cyrus, en dirección a la casa de mis padres, el swap al volante y Martin como copiloto. Al cruzar el acceso al puente Carranza me coloqué en el dedo el anillo del nigromante, que junto con el arete de Shapur fueron las únicas pertenencias que rescaté de la ropa ensangrentada que dejé en Sevilla.

La noche era calma en Cádiz, una hermosa noche de primavera con el aroma del mar perfumando el aire de salitre. Sabiéndome segura de posibles reconocimientos con mi máscara mágica, abrí la ventana del coche y me dejé acariciar por la brisa, permitiendo que alborotase mi cabello, inhalando profundamente para llenar mis pulmones con su olor, para no olvidarlo nunca.

El rey británico observaba todo con los ojos de un niño, mi ciudad, mi barrio, preguntándome acerca de cada cosa que le llamaba la atención, como el nombre del estadio de fútbol, por ejemplo. Sus ojos destilaban emoción cuando llamé al telefonillo y mamá, que me esperaba, pues la había telefoneado advirtiéndola de mi regreso durante mi tranquilo viaje en el asiento trasero del monovolumen, abrió la cancela y subimos escaleras arriba.

Llamé al timbre y Adela abrió veloz, recibiéndome con una sonrisa, estaba exactamente igual que como la había dejado a mi partida, como si aquellos dos últimos días no hubiesen existido, sonriente, feliz, contenta de saberme viva.

Observó a mis acompañantes y se apartó para cederles el paso; la besé y atravesamos el umbral, pude percibir los ojos de Martin a mi espalda, deslizándose indiscretamente por todo el derredor.

—Mamá, él es Martin Robinson, mi jefe —dije, y el joven vampiro dio un paso adelante—. Como te dije por teléfono, le pedí que viniese para que le conozcáis —mentí, debía buscar alguna excusa para su presencia allí, así como para lo que tenía que contarles, que me iba.

—Encantado, señora —dijo en español (¿debía sorprenderme?), tomando la mano de mi madre e inclinándose para besarla como si estuviésemos dentro de una película antigua. Mamá, menos asombrada que la primera vez, cuando fue Cyrus quien besó su mano, se dejó hacer mientras buscaba la complicidad de mis ojos.

—Igualmente —musitó Adela, retirando la mano lentamente con la piel erizada por el contacto de los helados labios de mi rey. Se giró entonces hacia el nigromante con ojos sonrientes y le besó en la mejilla, el swap respondió igualmente a su gesto —. ¿Qué tal, Cyrus?

—Muy bien, Adela, y ahora mejor aún —respondió cortés el swap, acaparando toda la atención. Seguimos a mi madre por el pasillo hasta el salón, donde nos esperaba mi padre.

Martin estrechó la mano de mi progenitor, que se encogió ante el frío tacto de su piel cuando los presenté, y tomamos asiento en torno a la larga mesa del comedor. Jaime se encontraba fuera con los amigos, pero debía de estar a punto de regresar, según apuntó mamá.

—Es usted muy joven —aseguró papá al muchacho que acababan de presentarle como el poderoso jefe de su hija.

—Sí, lo soy, y por favor tutéeme. Las circunstancias me han hecho madurar rápidamente, espero que no les moleste que haya acompañado a Anna, solo quería conocerlos antes de marcharnos de regreso.

—¿Marcharos? —dudó papá.

—Sí, papá, Martin me ha ofrecido trabajo como su asesora personal y he decidido aceptarlo. Él tiene asuntos que atender en Londres y me marcharé antes de lo previsto.

—¿Te marchas? —preguntó incrédulo—. ¿Así, sin más? ¿Ni una semana? ¿No merecemos ni una semana juntos después de que te hayamos creído muerta durante tanto tiempo? —soltó mi padre irritado, mirando a Martin directamente.

—Papá, entiéndelo, lo he decidido yo…

—¡Y eres mi hija! —exclamó molesto—. Nosotros también te necesitamos, no hemos pasado juntos más que un par de días y no sabemos cuándo volveremos a verte. Vuelves de la muerte contándonos una historia de película de terror —y eso que no conocía los detalles—, con una identidad nueva, escondiéndote de todo el mundo con el anillo ese, sin que podamos decírselo a nadie, con un secretismo que hemos admitido sin más… y ahora, a las tantas de la noche, me dices que a tu jefe le haces mucha falta y que te marchas a su lado. No puedo conformarme. Y a nosotros, ¿a nosotros no nos haces falta? —espetó con los ojos clavados en Martin, que con estoicismo mantenía la calma. Me molestó que Hugo le afrentase de aquella forma, no sabía cuánto había hecho Martin Robinson por mí, ni siquiera podía imaginarlo. Él le creía el centro de todas mis desgracias cuando en realidad era el centro de todo lo bueno que tenía al otro lado de aquellas paredes.

—¡Papá! —llamé su atención irritada, urgida de que centrase sus iris aceitunados en mí—. Tú aceptaste que sería yo quien eligiese si quedarme o marcharme, lo aceptaste. Yo decido, papá, yo he decidido volver con él, me gusta trabajar para él…

—Tu padre tiene razón, Anna —me interrumpió el monarca con la voz sosegada como una nana, y busqué sus ojos desconcertada—. No has dispuesto del tiempo suficiente, he cometido un error al reclamarte tan pronto —aseguraba, y yo no podía entender a dónde quería llegar—. Por eso les pido mil disculpas, pero espero que confíen plenamente en que, aun a pesar de las circunstancias, Anna ha sido completamente libre para decidir si regresaba a mi servicio o no. —Aquello era

cierto, entonces sí, al cien por cien—. Ella ha elegido hacerlo, pero como les digo soy consciente de que no han dispuesto del tiempo suficiente juntos y creo que mi deuda para con ella y ustedes es muy grande, por eso les ofrezco algo —Hugo y Adela le observaron desconfiados, escépticos, todo apuntaba a que aquel muchacho iba a arrebatarles a su hija, una vez más—, unas verdaderas vacaciones. Pongo a su disposición una finca que poseo en Madeira, donde Anna no tendrá que esconderse ni ocultar su verdadera identidad porque nadie la conoce. Así podrán disfrutar de la playa y del sol y de todas las instalaciones de la propiedad —papá arrugó la frente receloso, y yo, anonadada, buscaba una explicación en el rostro de mi rey, incluso Cyrus no daba crédito a lo que acababa de oír—. Tengo mucho que agradecer a su hija —se dirigió directamente a mi padre—, mucho. De no ser por ella a estas alturas mi hermana Louise y yo estaríamos muertos. Jamás podré recompensarla por todo lo que ha hecho por mí, ni aunque viva cien años, por eso sería todo un honor para mí que aceptasen mi propuesta. Estoy seguro de que Cyrus no tendrá ningún inconveniente en trasladarlos en su helicóptero mañana mismo.

—En absoluto —añadió el nigromante, a quien fulminé con la mirada.

—Pe-ro, pero… pero yo no me puedo ir de vacaciones —objeté.

—Claro que sí, Anna, te libero de tus obligaciones, pero esta vez puedes estar tranquila, que aunque el cielo se caiga nadie te molestará, te doy mi palabra —aseguró mi rey, y a mis padres comenzaron a hacerles chiribitas los ojos ante la perspectiva—. Si están de acuerdo, ahora mismo telefoneo al personal de servicio para que acondicionen la casa.

—Pero, papá, tú tienes que trabajar, no puedes cerrar la panadería —argumenté a la desesperada.

—¿Cómo que no? Si es el único modo de pasar más tiempo contigo, no voy a decir que no a ese viaje. Tomás se quedará encargado de la panadería, y ya ajustaré cuentas con él a fin de mes.

—Pero… pero yo tengo un problema, sabéis que no puedo irme, no sin… —clamé a Cyrus y Martin, que parecían olvidar quién me aguardaba en la finca de los abuelos, frío como el mármol, tendido sobre la vieja cama.

—¿Sin tu mascota? —apuntó Cyrus.

—¿Tienes una mascota? —preguntó mamá—. Pero si nunca te han gustado los animales.

—Pues sí, Adela, ayer Anna adoptó un murciélago gigante —ironizó Cyrus socarrón.

—¿Un murciélago? —se sobresaltó mamá—. ¡Qué asco, por Dios, Anna!

—Eso le digo yo, Adela, que esos animales son repugnantes —se burlaba Cyrus con sorna—. Pero la niña se empeña, y…

—Bueno —interrumpió mi rey fastidiado—, por el… murciélago no te preocupes, sabes que me encargaré de que lo cuiden. Tenemos alguna experiencia con los murciélagos, y con los semimurciélagos revoltosos también —apuntó mirando a

Cyrus, que rio calladamente.

—Pero yo prometí…

—Vamos, Anna, necesitas esas vacaciones, no te preocupes por tu… mascota, sabes que lo cuidaré —concluyó entornando los hermosos ojos de café, y asentí.

—Está bien, pero no mañana, es demasiado precipitado, pasado mañana, ¿os parece bien? —pregunté a mis padres, permitiéndome por primera vez ilusionarme con la idea. Ellos se miraron entre sí y aceptaron la oferta, cautelosos. Yo sabía que en el fondo contaban con aquel tiempo para que, si realmente era tan libre como aseguraba, convencerme de no regresar junto a mi… jefe.

Papá volvió al trabajo y mamá quedó fingiendo algún quehacer para no acostarse aún, hasta que nuestros invitados se marchasen. Cyrus se ofreció amablemente para ayudarla a fregar los platos, cualquier día le otorgarían la medalla al yerno ideal, o quizá buscaba en los amables gestos y el cariño de mi madre el afecto del que careció como hijo, pero no me importaba cederle por un rato a mi adorada Adela, mi madre tenía bastante amor dentro de sí para repartir.

Martin me pidió que le mostrara mi habitación y así hice. No alcanzaba a entender el interés de aquellos seres sobrenaturales por mis menudencias humanas, eran muy curiosos, como si descubrir cada detalle de mi vida pudiese ayudarlos a comprender aquella parte del mundo que tan solo conocían desde el otro lado del espejo: los sentimientos, las debilidades, las emociones mortales. El rey vampiro de Gran Bretaña se paseaba por mi habitación contemplando mi mural de corcho, mis fotografías, detenidamente.

—Por algún inexplicable motivo —afirmó sereno, seguro de sí—, toda la información almacenada en el ordenador de ese desgraciado, en sus cuentas de correo, en sus blogs y en cualquier dispositivo en el que, a lo largo de su miserable vida, hubiese posado un solo dedo ha desaparecido. Puedes estar tranquila, ese tipo está absolutamente borrado del mapa, cibernético al menos, por ahora —apuntó orgulloso, girándose, guiñándome uno de sus hermosos ojos negros, cómplice. Haciéndome saber que bromeaba con aquel *por ahora*.

—Gracias. —Sonreí. Apenas había vuelto a reparar en aquel tema; después de lo acontecido en las últimas dos noches había tenido la mente ocupada en otros asuntos, como tratar de sobrevivir. Me alegraba que Martin, en cambio, se hubiese encargado de ello, sin demora. Sabía que podía confiar en él—. Muchísimas gracias.

—Estás exactamente igual que en tu graduación —apuntó, dándose por pagado con mi sincero agradecimiento, observando el cuadro—. ¿Y esa de ahí eres tú? —preguntó refiriéndose a la fotografía en la que aparecía de pequeña en la playa con un escueto bañador rojo estampado de margaritas blancas. Asentí—. Oh, eras un bebé precioso.

—Esa es la foto favorita de mi padre —revelé complacida. Él guardó silencio, pensativo.

—A tu padre no le he caído demasiado bien —afirmó con cierta preocupación,

turbando la voz, mientras ojeaba la fotografía. Conversábamos en inglés, como era habitual entre ambos.

—Eso es buena señal —aseguré, y él arrugó el entrecejo desconcertado, fijando su atención en mí—. Tú eres mi jefe, además de mi amigo, y el causante de que su *niña* se aleje de él. Cuanto más le impresiones más molesto se mostrará contigo.

—Pues he debido de impresionarle mucho —bromeó dejando escapar una tibia sonrisa entre dientes, una sonrisa deslumbrante, digna del mejor anuncio de ortodoncia—. Creo que tiene razón, te tengo demasiado acaparada, quizá deberías liberarte definitivamente de tu compromiso para conmigo, recuperar tu vida tal y como hacías antes de conocerme —sugirió descendiendo la mirada pesaroso, mientras paseaba incómodo los suaves dedos por mi escritorio, acariciando mis fruslerías.

—Ni lo sueñes, Martin Robinson, no vas a librarte de mí tan fácilmente. Lo digo de veras, no quiero estar en ningún otro lugar en el mundo que no sea a tu lado —aseguré, y Martin se giró, con la faz muy seria; quizá mis palabras, la solemnidad de estas, le habían sorprendido, también a mí misma.

Caminó en mi dirección, deteniéndose en silencio frente a mí, que le alcanzaba entonces a la altura de las clavículas marcadas bajo la piel de nácar, vislumbradas a través del par de botones desengarzados de su camisa de algodón azul. Tomó mis manos entre las suyas, atravesándome con los ojos de ónix puro, como si estuviese hecha de cristal.

—Gracias, Anna. No puedes imaginar cuánto me costaría renunciar definitivamente a ti. Pero lo haría, si es por tu felicidad —musitó sin preocuparse en disimular un ápice la emoción que mecía su voz, y envolvió mi cuerpo con sus fuertes brazos, enredándome en un cálido abrazo cargado de sentimiento, aun a pesar del frío tacto de su piel de acero, de su gélida mejilla pegada a la mía. Respondí con fuerza a su contacto, respirando el exótico perfume de su cabello negro, sin reconocer en él el abrazo del pequeño Martin. Era completamente distinto, le sentía completamente distinto, el que me apretaba con energía contra su torso de granito era un vampiro adulto, fuerte y atlético; aun así no dejé traslucir mi turbación, correspondiendo a su gesto.

En su retirada de mi piel Martin acarició mi mejilla suavemente con su pulido mentón de hielo, dibujando una delicada línea con la nariz en mi barbilla, en una etérea caricia, y me besó.

Me besó.

Fue un beso delicado, tibio, delicioso, que agitó mariposas en mi estómago. Un beso que me dejó tan sobrecogida que fui incapaz de reaccionar, de responder o rechazarlo. Sus labios posados sobre los míos, presionándolos con suavidad durante un segundo eterno, y mi corazón latiendo como un torbellino dentro del pecho.

Al percibir que no respondía a su contacto mi rey se apartó lentamente de mi piel, turbado, acongojado por lo que acababa de hacer. Dio unos pasos hacia atrás,

alejándose de mí, violentado, incapaz de mirarme a los ojos.

—Pe… Perdóname… Lo siento… Me he dejado llevar… Yo… lo siento —balbució con la vista perdida en el suelo, mientras yo permanecía inmóvil frente a él, en el extremo opuesto de la habitación.

—No… no pasa nada… —musité mientras los latidos de mi corazón aún atronaban mis oídos y el rubor embargaba por completo mis pálidas mejillas—. Estas cosas pasan —mascullé atolondrada.

Martin alzó los ojos con temor para enfrentar los míos y fui yo entonces quién se sintió incapaz de mantener la mirada; la desvié hacia el suelo, hacia la ventana, hacia cualquier punto que no fuesen sus hermosos ojos azabache. Mi rey salió de la habitación como alma que lleva el diablo.

Me senté, o para ser más exactos caí desplomada sobre mi cama.

¿¡Cómo podía haber hecho eso!? ¿Cómo podía haberme besado así?

Suponía que estas cosas sucedían, amigos que en un momento dado se dan un beso dejándose llevar por las emociones, y emociones había habido demasiadas por minuto las dos últimas noches, pero no imaginaba que nos sucediese a nosotros. Como jamás habría imaginado sentir algo ante el roce de sus labios sobre los míos.

Era Martin, por favor, mi Martin, el adolescente al que había estado dando clases en Londres, y aunque ahora estuviese dentro del cuerpo de un atleta olímpico de más de metro noventa de altura, en el fondo continuaba siendo el pequeño Martin Robinson.

¿O no?

Yo misma había afirmado percibirle de forma distinta desde el primer momento.

Traté de recomponerme, de correr un tupido velo sobre lo que acababa de pasar, de buscar la manera de fingir que no había sucedido. Inspiré profundamente, tratando de retomar la serenidad antes de abrir la puerta de mi dormitorio, necesitaba afrontarlo cuanto antes para tratar de quitar hierro al asunto. Le encontré en el salón.

—En cuanto Cyrus termine de ayudar a tu madre nos marcharemos, Anna. Tú deberías quedarte a pasar la noche y disfrutar del día de mañana con tu familia. Cyrus vigilará nuestro sueño —dijo de pie junto a la puerta al oírme llegar, con la vista fija en la televisión, sin reflejar ninguna emoción en la voz. Nada quedaba de la turbación de hacía tan solo unos segundos.

—Está bien… —admití sorprendida por su aparente calma—. Por la noche me acercaré a ver a Héctor.

—De acuerdo. —Solo «De acuerdo», y continuó en silencio con la atención fija en la televisión, como si en aquel momento se emitiese la final de la Eurocopa en lugar de un absurdo concurso telefónico; a quién pretendía engañar.

Incómoda por su actitud me acerqué a ver a mamá y a Cyrus, que continuaban con su tarea. Mamá fregaba los platos y Cyrus los secaba con una servilleta y los colocaba en el mueble. Mamá estaba feliz poniéndole al día con infinidad de batallitas sobre nuestra familia, sobre la tía tal o cómo el abuelo la lio en una fiesta de

Navidad… El nigromante arqueó una ceja cuando no hice nada más que cruzar la puerta.

—Hola —dije, y me apoyé contra la mesa observándolos, con la mente aún aturdida por lo que acababa de pasar y la posterior reacción de Martin.

«¿Qué pasa?», preguntó Cyrus en mi cabeza.

«Nada, déjame tranquila», exigí, y traté por todos los medios de no pensar en el beso, en aquel beso que acababa de recibir, inútilmente.

La mandíbula del nigromante se descolgó como un columpio, suerte que mi madre estaba demasiado concentrada en su propio relato como para percibir la estupefacción del swap.

«No», dijo incrédulo.

«Es de mala educación espiar los pensamientos de los demás», espeté atravesándole con mis ojos verdes, furiosa. Deseé salir de allí para proteger mi mente y no tener que oírle, pero temía aún más el silencio incómodo que me aguardaba en la habitación de al lado.

«No me lo puedo creer», repitió ahora con tono jocoso, mientras asentía amablemente a lo que mamá estaba contándole, dando vueltas a la servilleta de papel en torno al plato. ¿Cómo es que podía hacer tres cosas a la vez, si al fin y al cabo pertenecía al sexo masculino?

«Cyrus, no quiero oír ni una sola palabra acerca de eso, ¿te enteras? Ni una sola. Tengo demasiadas cosas en las que pensar como para comerme el coco ahora con esto, por ejemplo descubrir si mi hermano aún se droga antes de marcharme», argumenté con decisión, y el swap volvió a enarcar una de sus delineadas cejas azules, mirándome de soslayo.

«No se ha vuelto a drogar, puedes estar tranquila, le he asustado», dijo, y le miré inquisitiva, preocupada. «Tranquila, lleva varias noches soñando cómo será su vida si continúa por ese camino, sintiendo en carne propia una vida en la peor de las miserias, y cree que son sueños premonitorios. Y si aún así, alguna vez, en el resto de sus días, vuelve a consumir algún tipo de sustancia estupefaciente, sentirá un dolor tan terrible en todo su cuerpo, que te aseguro que no le quedarán ganas de volver a intentarlo. Es un hechizo muy efectivo. No hace falta que me des las gracias», aseguró pagado de sí mismo, y yo respiré aliviada; era una buena idea al fin y al cabo. Cyrus secaba ahora la bandeja del horno, mientras mamá terminaba de fregar la última de las ollas.

«Quizá deberías preguntarte por qué lo ha hecho».

«No hay un porqué, es idiota, simplemente».

«Siempre hay un porqué. Tu hermano tiene un secreto, Anna», aseguró desconcertándome.

«¿Mi hermano? ¿Un secreto? Pero si Jaime no es capaz de mantener la boca cerrada dos segundos, cómo va a tener un secreto».

«Un secreto que es incapaz de compartir con su familia y le hace desgraciado»,

señaló, y comenzó a preocuparme.

—Sí, claro que sí. Adela, la próxima vez trataré de desocuparme un poco de trabajo para poder acompañarlos y pasar unas vacaciones todos juntos… —decía a mi madre mientras yo anhelaba su respuesta.

«¿Qué secreto?», exigí preocupada, rígida, alerta.

«No soy yo quien deba decírtelo, convendría que hablases con él».

«Cyrus, yo hablaré con él, pero necesito que me digas qué es, por favor».

«Anna…». Dudaba. El swap me apreciaba demasiado como para ocultarme algo.

«Cyrus, por favor».

«Anna… esto… tu hermano Jaime es gay», dijo, y ahora fue mi mandíbula la que se lanzó en caída libre. Me quedé boquiabierta, estupefacta.

—Anna, hija, ¿te pasa algo? —preguntó mamá preocupada, apartando los ojos de su quehacer, descubierta mi expresión de sorpresa.

—No, no —respondí retomando la compostura, forzando una sonrisa—. Es que acabo de acordarme de algo. Cyrus, necesito hablar contigo, ¿nos disculpas un momento, mamá?

Le llevé hasta el dormitorio y cerré la puerta.

—¿Que mi hermano Jaime es gay? ¿Estás seguro?

—Sí, ¿olvidas que leo la mente? Y tiene una vida sexual bastante activa —incluyó de regalo con una amplia sonrisa de sus labios violetas. Agité la mano indicándole que parara, que no quería detalles, a nadie le gusta imaginarse a su hermano ni a sus padres en actitudes sexuales—. Tiene novio, desde hace dos años, se llama… Saúl.

—¿Saúl? Pero si es su mejor amigo…

—Y tanto —añadió visiblemente regodeado con mi estupefacción.

—¿Y ese es el gran secreto? ¿Ese es su motivo para drogarse? ¿Es que está tonto?

—Cuando está colocado no se siente culpable por vivir una mentira. Saúl le presiona para que hable con tus padres; él no se siente capaz de *salir del armario*…

—Debo admitir que me he quedado pasmada por la sorpresa pero… a ver si se cree que es el primer gay de la historia. No es para tanto —admití retomando la cordura.

—Pues tiene demasiado temor a la reacción de tu padre —advirtió mi amigo. El hecho de que leyese la mente, a veces, solo a veces, resultaba una auténtica ayuda.

—¿A Hugo? Pero si papá es un cielo, no se lo va a tomar a mal ni mucho menos, y mamá tampoco, este Jaime está tonto… Hablaré con él.

—Con tacto —advirtió mi amigo, y me eché a reír, cómo me conocía.

—Con tacto —admití.

Estaba acostada cuando oí a Jaime regresar a casa, la puerta de su habitación se abrió y cerró después, decidí que hablaríamos al día siguiente, tenía todo un día, mejor dicho, varios días durante nuestras vacaciones para afrontar ese tema tan delicado.

Al menos debía admitir que me había tranquilizado oír que mi hermano era gay. Cuando Cyrus mencionó la palabra *secreto* pensé muchas barbaridades, que mi hermano era homosexual, pues bien, no era para tanto.

La otra cosa que agitaba mi cabeza resultaba un poco más complicada… Martin había rehuido mis ojos en nuestra despedida, se marchó tras un simple «Hasta mañana», y me preocupaba que *el incidente* perturbase nuestra excelente relación, no podía permitirlo.

A Cyrus, en cambio, parecía divertirle todo aquello, nuestra incomodidad. Me había dedicado una de sus miraditas malévolas cuando Martin y yo nos despedíamos, tan fugaz y poco emotivamente.

Me dormí tras infinitas vueltas en la cama. Shapur me ayudó a tranquilizarme, volvía a sentir su paz y su reacción a mis emociones, siempre positivas, siempre cargadas de calma y buenas sensaciones. Mi guerrero, tan apasionado, tan vehemente, cuánto le echaba de menos.

Capítulo 20

Héctor ha muerto

A la mañana siguiente desperté tarde, y aunque había logrado sumar unas horas, aún tenía el cuerpo resentido por la acumulación de noches carentes de sueño. Me di un baño sin prisas, relajándome en mi antigua bañera, que ahora me parecía mucho más pequeña, acostumbrada al gigantesco *jacuzzi* de mi habitación en King’s Rest. Sin embargo, mi *jacuzzi* carecía de algo insustituible, las marcas del paso del tiempo, las señales que entre el trasto de mi hermano y yo le habíamos infringido a nuestra vieja tina con el paso de los años; marcas de óxido de un cortaúñas mojado, el arañazo en la fibra producido por el fugaz vuelo de un Power Ranger en teoría irrompible…

Mi madre había dejado una nota en la nevera: «Voy a comprar cosas para el viaje», y papá ya se había acostado, así que desayuné a solas. Me deleité comiendo como hacía tiempo que no lo hacía, ahora que volvía a saborearlo todo de nuevo, distinguiendo cada matiz, cada textura en el sabor de los alimentos. Sentía una oleada de sensaciones cada vez que alguno de los deliciosos manjares escondidos en la alacena alcanzaba mi boca.

Oí la puerta de entrada abrirse; supuse que mamá regresaba de su encargo; me estiré en mi silla y después recogí la mesa. Jaime cruzó el umbral de la habitación.

—Buenos días, he oído que nos vamos de vacaciones mañana, ¿no? —preguntó serio, y yo lo observé sin poder evitar que una sonrisa cruzase mi rostro, como una niña pequeña con cara de yo-sé-algo-que-tú-no-sabes-que-sé—. ¿Qué? —preguntó. Me acerqué a él y le abracé controlando la fuerza. Después de varios días tratando con no-muertos con los que podía relajarme, dado que eran más difíciles de herir, debía volver a refrescar los límites en mi mente de nuevo.

—Te quiero mucho, hermanito —dije simplemente, y él sonrió cauto, observándome con cierto recelo, para después responder a mi abrazo con energía.

—Tengo que darte las gracias por… ya sabes… —musitó avergonzado, mientras yo lo observaba con una sonrisa de oreja a oreja. Estaba tan orgullosa de que mantuviese su palabra y no hubiese vuelto a consumir drogas que sentía ganas de gritarlo a los cuatro vientos, sin embargo era un secreto, uno de ellos—. Ya te devolveré el dinero.

—No tienes por qué, para eso están los hermanos, para ayudarse en todo.

—Gracias, Anna, de verdad. Quiero que sepas que no voy a defraudarte, *eso* se acabó, definitivamente —advirtió seguro de sí mismo, de sus palabras que emanaban sinceridad—. Y además… tu secreto está a salvo conmigo. —¿Secreto? Sus palabras

me desconcertaron, era él quien tenían un secreto.

—¿Qué secreto, Jaime? —requerí confundida.

—Lo de tus… superpoderes: la velocidad, la fuerza… —añadió titubeante, enfrentando mis ojos tímidamente, y yo hube de contener la risa estupefacta por lo que estaba diciéndome—. No sé si te ha picado una araña radioactiva o si llegaste a la tierra en un meteorito cuando eras un bebé… Y no me importa, eres mi hermana y te quiero y me llevaré el secreto conmigo a la tumba —aseguró solemne, y yo asentí, apoyando mi mano sobre su hombro. No era descabellado que pensase algo semejante, pero cuán alejado estaba de la realidad, yo no era ninguna superheroína.

—Bueno, ya que estamos siendo tan sinceros el uno con el otro —traté de volver a encauzar la conversación desde los derroteros hacia los que la había trasladado mi imaginativo hermanito—, ¿por qué no hablamos de nuestras cosas? —sugerí, y recibí una mirada escéptica—. Vamos, siéntate. —Le ofrecí la silla contigua a la mía.

—No puedo, Anna, he tenido que cerrar un momento la panadería para subir a por las llaves de la furgoneta —rehusó, tratando de escapar de mí. Me conocía lo suficiente como para saber que escondía algo bajo aquella aparente docilidad.

—Vamos, dos minutos, antes nos contábamos las cosas… —propuse tirando de él hacia la silla, empujándole suavemente a sentarse—. ¿Quieres una magdalena? —invité acercándole la pequeña cesta repleta de magdalenas con azucarada areola que tenía frente a él.

—¿Qué cosas? —vaciló rechazando las magdalenas.

—Pues… qué te ha parecido mi novio, por ejemplo —comencé tratando por todos los medios de parecer natural, sin intención, cuidadosa tal y como Cyrus me había pedido.

—Bien, parece un buen tío —admitió confuso por mi pregunta, observándome como un detenido al que acaban de pasar a la sala de interrogatorios y lo analiza todo precavido, temiendo ser acusado de algo en cualquier momento.

—¿Te gusta? Es guapo, verdad… —Sutil, muy sutil.

—Yo qué sé si es guapo…

—Oh, vamos, Jaime, ¡que sé que eres gay! —espeté fastidiada. No lo soltaría jamás si no le daba un suave empujoncito. Los ojos de mi hermano se desorbitaron, no daba crédito a lo que acababa de oír.

—Pe… Pe-ro, ¿qué dices? —preguntó pasmado.

—Venga, no finjas más, sé que eres gay y que Saúl es tu novio —añadí desganada por su sobreactuado papel de macho ofendido, observando cómo su cara se constreñía más y más por la estupefacción. Se sentó de nuevo, atónito, observándome horrorizado.

—¿Cómo sabes eso? —admitió al fin, y lo sentí como una victoria. Ahora solo restaba explicar cómo lo había descubierto. Pues, verás, el que tú crees mi novio es en realidad un demonio marino que lee la mente… Sí, de lo más sencillo.

—Porque las hermanas sabemos esas cosas… —argumenté, y pareció funcionar.

Aun así me observaba como si fuese la reencarnación de la Bruja Avería—. ¿Cuándo se lo piensas contar a papá y mamá? —pregunté y saltó de la silla como si le hubiese prendido fuego, y ya de pie me miró aterrorizado ante la perspectiva—. Vamos, se lo dirás, ¿no?

—¿Qué? ¡No! —respondió al fin, y entonces la sorprendida fui yo.

—Oh, vamos, no me dirás que pretendes ser uno de esos tipos que se casan y luego tienen una doble vida. Vamos, en algún momento se lo tendrás que decir —añadí con naturalidad. Resultaba obvio que tarde o temprano lo descubrirían, y era mejor que lo oyesen de sus propios labios.

—¿Quieres dejarme en paz? —dijo molesto—. Tú, tú no deberías saber esto.

—¿Por qué no? Saúl me cae genial, solo espero que no sea él quien te inició en el consumo de…

—¡No, no! Él no sabe nada de eso —se defendió, y sonreí complacida, realmente debía gustarle mucho aquel chico para reaccionar de ese modo—. Mejor me voy, esto es… esto es muy raro —sentenció dispuesto a marcharse.

—No lo es, en absoluto —dije completamente en serio, interponiéndome en su camino—. Jaime, sé que es tu decisión, lo de contarlo o no, lo de aceptar que yo lo sepa o no, pero lo único que me preocupa es que no te sientas libre, que te haga infeliz guardar ese secreto. —Mi hermano me oía atentamente, sin una emoción claramente reflejada en el rostro, como un vampiro alerta, y de no ser porque oía su corazón latiendo apresurado como respuesta a lo que estaba diciéndole, me hubiese generado la duda de si lo era realmente—. Mi mejor amiga, mi actual mejor amiga —aclaré, mi anterior mejor amiga era la pérfida pareja de mi ex—, es gay. Se llama Alanis, es lesbiana y deberías oírla hablar, lo hace con total libertad, no se avergüenza ni se esconde. Sé que debe de ser complicado y que llevará su tiempo, pero solo quiero que sepas que al menos delante de mí no tienes por qué fingir —concluí con una resolución desconocida en mí.

—Gracias —dijo rompiendo la fachada de hielo tras la que se escondía con una sonrisa con la que me supe merecedora de su confianza, con la que me demostró que volvíamos a ser los mismos de antes de mi partida. Y esta era mayor aún ahora que no tenía que esconderse ni maquillar sus sentimientos ante mí—. Despacio —concluyó, y yo asentí complacida, despacio pues.

Cuando se hubo marchado me permití el privado placer de sonreír de oreja a oreja reconfortada; puede que la sutileza no se hallase entre mis fuertes, pero el resultado había sido satisfactorio al fin y al cabo.

Una vez en mi dormitorio empaqué mis pertenencias, partiríamos al día siguiente y debía volver a recolocar la ropa en la maleta.

Adela regresó temprano de sus recados y la ayudé a hacer su maleta y la de mi padre. Sentí ganas de hablar con ella acerca de mi hermano, pero en absoluto podía hacerlo, aquel era su secreto y él sería el encargado de desvelarlo cuando lo considerase oportuno. Hugo dejó todo acondicionado en la panadería para poder

partir al día siguiente, incluida una larga lista de cosas por hacer para Tomás, su cuñado, y su esposa Evelin (que sería la encargada de atender la panadería), tantas que no les daría tiempo ni a respirar en los días en los que estuviese fuera por aquel *congreso de panaderos* al que debía acudir.

Después del almuerzo, con la familia reunida al completo en torno a la mesa, ayudé a mamá a fregar los platos, al igual que lo había hecho mi querido amigo Cyrus la noche anterior, y en aquel mismo lugar en el que me desveló el gran secreto de mi hermano, sonreí al recordarlo.

—¿En qué piensas? —preguntó mamá arrugando el entrecejo mientras rascaba con fuerza la fibra verde contra la salsa requemada en la cacerola de aluminio.

—En Cyrus —confesé, y al contrario de lo que esperaba no sonrió ni reflejó en su faz lo mucho que le complacía mi relación con el adinerado empresario inglés, sino que continuó taladrándome con sus inquisidores y diminutos ojos castaños—. ¿Qué? —requerí turbada por su silencio.

—Yo creo que a ti Cyrus no te gusta de verdad —disparó a bocajarro, dejándome sin palabras—. No sé por qué estás con él, si es que estás con él de verdad. Es un chico excelente, pero sé que no estás enamorada de él.

—¿A qué viene eso? —sugerí susurrando, pues lo que menos deseaba es que mi padre, que terminaba de tomarse su taza de café en el salón antes de echarse su pequeña siesta vespertina, la oyese decir aquello.

—Anoche me di cuenta —reveló desconcertándome por completo.

—¿De qué?

—De que no le mirabas con amor.

—¿Pero qué dices, mamá? —traté de sonar despreocupada, sin éxito alguno.

—Tenías que haberte visto mirando al otro chico, a tu jefe, no le quitabas los ojos de encima —argumentó, y yo suspiré. Claro que lo miraba atentamente, parecía un reo ante el pelotón de fusilamiento, bombardeado de acusaciones por mi padre.

—Mamá, claro que quiero a Martin, pero de un modo distinto, por favor, si es un crío…

—¿Un crío? ¿Estás tonta? —dudó incrédula—. ¿Cuántos años tiene, veinte, veintiuno? —Entonces recapacité, el Martin Robinson que ella conocía sí aparentaba tener mi edad o poco menos—. Lo único que quiero decirte con esto es que a mí Cyrus me cae muy bien y le he cogido aprecio en estos días, pero espero que nunca estés con nadie por obligación o por conveniencia o por lástima, ama con el corazón y déjate guiar por él —concluyó, y sonreí. Hacía tanto de la última charla madre-hija acerca de filosofía vital que resultó extraño recuperarla en aquel preciso momento y con tanta naturalidad, cuando en realidad las circunstancias eran mucho más complejas.

—Tranquila, mamá, te haré caso, siempre.

Tenía demasiada razón en sus palabras, solo que yo no pensaba en Martin, sino en William. Si me hubiese dejado guiar por el corazón, estaríamos en un punto muy

distinto en aquel momento. Desconocía si mejor o peor que estar distanciados por el espacio y las circunstancias, con un sentimiento arraigado en el pecho que lo constreñía.

También yo me acosté un rato; me aguardaba una noche larga y quería acercarme al lugar donde se escondían mis vampiros antes del anochecer para poder estar presente cuando Héctor despertase. Desconocía en qué momento a lo largo de la noche sería eso y sentía la obligación de estar allí, de que al menos encontrase un rostro amigo en un momento tan delicado. Sin olvidar el hecho de que podía despertar convertido en un monstruo sediento de sangre al que debería dar muerte inmediata.

El sol acariciaba mi rostro mientras cerraba la pesada cancela de forja de entrada a la propiedad de los abuelos. Ante mí se extendía el largo camino del albero en cuyo seno habían crecido sin control las plantas silvestres. Había tomado prestada la furgoneta Renault *Express* blanca que papá utilizaba para repartir el pan, una tartana con quince años de antigüedad marcada con el logotipo del negocio familiar —una sonriente barra de pan con gorro de cocinero—, pero que funcionaba y que además no sería requerida hasta las seis de la mañana, lo que me otorgaba varias horas de libertad.

Aparqué entre el majestuoso Ferrari y el comedido monovolumen negro, frente a la pequeña casita cuyo tejado estaba salpicado de hojas de eucalipto: había soplado algo de viento y el gran árbol que estaba detrás de esta había dibujado poco a poco sobre la cubierta una cobriza alfombra de camuflaje. La pequeña casa estaba rodeada por varios de estos árboles, tan abundantes en la zona por su resistencia a las plagas y a las malas condiciones climáticas, a la escasez de lluvias y al potente viento, que sorteaban cimbreando sus flexibles ramas con tacto de reptil.

«Buenas tardes, hermanita», me recibió Cyrus mientras aún caminaba en dirección a la vivienda. Se asomó a la puerta y me regaló una de sus sonrisas de espuma de mar.

—¿Qué es eso? —preguntó ofuscado y señalando a mi espalda, y me volví—. Eso —insistió señalando hacia mi vehículo.

—Una furgoneta, ¿es que no lo ves?

—No, yo veo más bien cuatro chapas oxidadas que aún no sé cómo se sujetan al motor —se burló apoyado sobre el marco de la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho—. Aparta esa cosa de mi Ferrari.

—Oye, ¿le agradará a mi padre oír tu opinión acerca de su querida *Express*?, de su *palomito*, como él la llama —apunté, y Cyrus enserió en el acto. Aquello no le agradó lo más mínimo. Contrariar a Hugo, no, en absoluto—. Tranquilo, no le voy a decir nada —aseguré cruzando junto a él hacia el interior de la casa—. Veo que te has cambiado de ropa —reparé observándolo detenidamente.

—Sí, tengo mi maleta en el Ferrari. Me he dado una ducha. Yo no soy como los chupasangres, que ni sudan ni necesitan ir al baño. He preparado café —advirtió indicando la vieja cafetera de metal con esmalte granate que aún humeaba sobre el fogón apagado. Resuelto sacó dos vasos de cristal del mueble y sirvió el aromático oro negro para ambos—. ¿Estás preocupada por tu mascota? —dudó dejando uno de los vasos frente a mí en la mesa camilla. Me senté y también él tomó asiento a mi lado.

—Vamos, deja de llamarle así —pedí soplando suavemente la templada superficie de mi vaso, creando sutiles ondas que se esfumaban como mis esperanzas de que la transformación se completase con éxito—. Y, sí, me preocupa que salga mal y tenga que matarle, era un tipo valiente y una buena persona.

—No debiste haber accedido a convertirlo —reveló el swap con la mirada fija en su vaso.

—No, estoy segura de que era mucho mejor matarlo. Vamos, Cyrus —repliqué molesta—. Espero que no ocurra lo mismo que con tu… En fin, ya sabes, pero si ocurre no dudes que le mataré en el mismo instante en el que sepa que es así.

El nigromante dio un sorbo a su bebida, acomodándose en su silla, con su postura de burgués rebelde, medio repantingado con las piernas abiertas cruzadas por los tobillos.

—¿Y cómo salió la otra parte del trato? La de hablar con la mujer de William —pregunté aguardando su mirada de recelo, que llegó presta; sus ojos de jade me observaron un instante mientras reflexionaba acerca de si iba a responderme. Yo no podía leer su mente, pero sí la expresión de su rostro; él no era vampiro, al menos completamente.

—Fatal —espetó sin más.

—¿Cómo que fatal?

—El espíritu de Margueritte acudió al encuentro —explicó mientras yo intentaba disimular mi grado de interés, ocupándome en ingerir distraída la bebida como quien oye una radionovela—. Tuve que emplear una gran cantidad de magia para poder recuperarla, pues al tratarse del encuentro con un vampiro, un ser con energía oscura…

—¿Oscura?

—Energía sobrenatural, Anna —explicaba paciente el nigromante, concentrado en pasear sus finos dedos en torno al filo de su vaso—, no es como la energía del mar, o de las plantas, o el sol, es distinta y necesitaba una gran cantidad de magia para atraer su espíritu. Pero acudió, su apariencia fue la de costumbre, una bruma con silueta humana en la que podía distinguir claramente el rostro de su esposa. —Ahora ya era incapaz de camuflar mi desazón, le oía atentamente olvidándome por completo del café, que se enfriaría sin que me importase lo más mínimo—. Cuando William la vio… se volvió loco, pretendió acabar con su vida en aquel mismo momento para poder reunirse con ella, pero yo logré convencerle de que era inútil. Ni siquiera sé

qué pasa con los chupasangres cuando mueren definitivamente, nunca he contactado con un vampiro, jamás, y no sé si es que para ellos no hay nada, definitivamente nada, cuando su larga existencia sobre la tierra acaba, o es que simplemente hablan en otra *frecuencia*. Así que le dije a William que si se suicidaba nunca estarían juntos y se detuvo, estaba dispuesto a atravesarse el corazón con una estaca por marchar con ella. Margueritte le dijo que aún lo amaba y que le esperaría por siempre, no importaba si era por toda la eternidad.

—Vaya —exclamé sin molestarme en camuflar mi impresión.

—Desde entonces su existencia se ha limitado a fingir una vida lo más humana posible y compartirla con mujeres que se asemejasen físicamente a su difunta esposa —apuntó señalándome. Yo hice un mohín de disgusto por la comparación; desconocía el aspecto de Margueritte y me dolía la posibilidad de que esa fuese mi única virtud a los ojos de William: el parecido con su difunta esposa, que lo aguardaría por siempre.

—Cyrus, deberías llamar a mi padre para decirle a qué hora tenemos que estar listos mañana para que pases a recogernos —apunté preocupada en desviar la conversación; no deseaba otra retahíla de por qué William no me merecía.

—Ahora mismo —dijo el nigromante complacido de cruzar unas palabras con Hugo, y salió de la vivienda en busca de cobertura, dado que por aquellos lares, perdidos en mitad de la serranía, incluso su móvil de ultimísima generación necesitaba más de un paseo de búsqueda.

La puerta oculta bajo la alfombra se abrió en cuanto el sol desapareció definitivamente en el horizonte, cayendo pesadamente sobre el suelo de madera. Clac. Dentro no se veía nada, solo la escalinata vacía que partía de las sombras.

Mi corazón palpitó acelerado, ¿habría Héctor despertado ya? Mis ojos se cruzaron fugazmente con el primer no-muerto que salió del escondite, Martin. Ambos nos observamos un instante y nuevamente rehuyó mi mirada. Me dolió que lo hiciese, necesitaba hablar con él para aclarar aquello, decirle que no daba la menor importancia a lo que había pasado, que tampoco lo hiciese él, y lo olvidaríamos simplemente.

El resto de vampiros le siguieron. Cóatl cargaba al hombro en esta ocasión con el cuerpo del exagente de la Guardia Civil, que aún permanecía inconsciente, y lo depositó sobre la misma cama de la noche anterior. Me acerqué a comprobar su estado.

—Ten cuidado, Dínorah, el veneno ha terminado de acumularse, está a punto de despertar —advirtió Cóatl, y le miré cargada de dudas. Entonces el caballero jaguar se aproximó a Héctor, ondeando su larga cabellera de negra seda a cada paso, y suavemente tiró de su labio superior, dejando al descubierto la pálida encía completamente ennegrecida y visiblemente inflamada en la zona de los colmillos—.

Es el veneno —indicó Cóatl—, en cuanto despierte estará ansioso por morder a alguien para liberar una parte, le abrasará las encías. Debes tener mucho cuidado, somos muchos, pero los noveles son muy poderosos.

—Tranquilo —agradecí su preocupación, pero parecía que todo el mundo olvidaba que no era una simple humana, que era Dínorah, la Dama de La luz, y que ni mi fuerza ni mis habilidades eran corrientes. El caballero jaguar se retiró veloz, regresando al lado de su protegido, de nuestro protegido.

Acaricié la fría frente de mármol de Héctor con las yemas de mis dedos y su entrecejo se arrugó. Sobresaltada, di un respingo, apartándome de él. Todos los no-muertos aparecieron prestos en la habitación rodeándome, lo habían sentido todos.

Martin se dispuso delante de mí, protegiéndome con su cuerpo cuando Héctor abrió los ojos de par en par con velocidad sobrehumana, su iris se meció observando a su alrededor mientras permanecía inmóvil sobre el lecho. Tom e Isaías se mantenían alerta, con los colmillos extendidos, flanqueando ambos lados de la cama, Cóatl sempiterno a la espalda de nuestro rey aguardaba movimientos de pie a un paso de mí y Cyrus protegía mi otro costado.

—Buenas noches —dijo Héctor al fin, con la voz deformada por la nueva naturaleza, mucho más profunda, tenebrosa. El alto cuerpo de Martin me impedía verle con claridad, así que logré zafarme de él y di un paso hacia la cama, en la que el vampiro novel permanecía estático aún.

—Buenas noches, Héctor —le saludé y sus ojos celestes fijaron su total atención en mi rostro. Al siguiente pestañeo le tenía de pie frente a mí, y a Cóatl, Martin, Tom, Isaías e incluso al propio Cyrus, cuyos colmillos no había visto hasta aquel instante, rodeándome preparados para el ataque. Ignoré sus temores, el nuevo aspecto de Héctor no me asustaba, su rostro era el mismo, pálido como la más pura nieve, la mandíbula cuadrada marcadamente definida bajo la piel anémica. Sus rasgos eran robustos pero delicados, estaba mucho más guapo como vampiro, negarlo sería un absurdo, era una de las armas de su raza para la supervivencia, la belleza, su extraordinaria belleza atraía a las presas como las moscas a la miel—. ¿Cómo estás?

—Bien —respondió aún con los hombros cargados hacia delante. Estiró su cuerpo en su total plenitud y pareció crecer, o multiplicarse por dos. Si Héctor era robusto cuando era humano, como vampiro era un auténtico armario de cuatro puertas—. Tranquilos, no voy a atacarla —aseguró, pero ninguno de los no-muertos relajó un solo músculo, ni uno solo—. Ha sido horrible, un fuego horrible abrasaba todo mi cuerpo, habría suplicado la muerte si hubiese podido hablar —me dijo ignorando a todo el séquito de vampiros alerta que nos rodeaban a ambos.

—Entonces, ¿te sientes bien, Héctor?

—Héctor ha muerto —dijo sin un ápice de sentimiento en la voz, observándome desde su atalaya. Era tan alto que si nuestra conversación duraba más de dos minutos necesitaría un collarín cervical—. No vuelvas a llamarme así —advirtió, y comenzó a encoger su nariz en un movimiento que yo conocía, estaba inhalando mi esencia—.

Hueles deliciosa —dijo al fin, y tras aquellas palabras Martin volvió a parapetarse entre yo y el nuevo vampiro, con los colmillos completamente desplegados, amenazante, presto para el ataque. Comenzaba a fastidiarme su actitud, no se atrevía a mirarme a los ojos, pero sí a interponerse como un paladín entre la muerte y yo.

—Entonces, a partir de ahora, te llamarás Nahui. Vamos a cazar, Nahui —dijo Cóatl. Como su creador, el nuevo Héctor, ahora Nahui, era responsabilidad suya. Instruirlo, orientarlo e incluso destruirlo eran deberes asumidos con la mordida. Pero aquel ser que había despertado a su nueva existencia conservaba aún mucho del antiguo Héctor. Asustaba, sí, por su corpulencia, por las negras ojeras que enmarcaban sus ojos de larimar o por la grave voz de ultratumba, pero en absoluto tenía el terrorífico aspecto de un salvaje ghoul.

Desaparecieron. Tom acompañó a Cóatl y Nahui en su primera expedición de caza. Si debían detenerlo, sería necesario más de un no-muerto para hacerlo. Como el propio Cóatl me había advertido, los noveles son vampiros poderosos, la acumulación inicial de veneno los hacía tremendamente fuertes.

Martin, Isaías y Cyrus quedaron a mi cuidado; cuánto me fastidiaba que fingiesen no hacerlo, cada uno distraído en un absurdo quehacer sin apartar los ojos de mí: los tres temían que Nahui regresara a saborear la primera esencia que había inhalado y le había resultado tan apetitosa, una servidora.

Pero yo estaba convencida de que no sería así y acerté.

Después de una hora en la que me sentí una *showgirl*, con tres pares de ojos pendientes de cada movimiento mío, regresaron los tres vampiros de su caza. La actitud de Cóatl y Tom era mucho más relajada a su vuelta; se adentraron en la casa bromeando acerca de la presa abatida por Nahui, que los siguió con paso firme.

Al contemplarlo atravesar el umbral corrí a preocuparme por él, con Cyrus e Isaías pegados a mis costados como si fuésemos trillizos siameses. Su ropa estaba completamente destrozada, hecha jirones de la cabeza a los pies.

—¿Qué ha pasado? —pregunté alarmada a Nahui, que me dedicó una mirada cargada de bochorno mientras Tom y Cóatl reían a pierna suelta. Me volví hacia ellos.

—Nahui es un animal, ¿a que no adivinas cuál ha sido su primera presa? —preguntó entre risas Cóatl, observándome divertido con sus almendrados ojos de indígena americano—. Se ha alimentado de un toro, de un *toro bravo* —dijo, y yo volví a mirar al vampiro neófito con los ojos cargados de incredulidad—. Y le ha corneado antes de tumbarlo, «¡Torero!» —se carcajeaba el caballero jaguar, también Cyrus e Isaías se echaron a reír al escuchar el relato. Nuestro rey, en cambio, permanecía serio, atento a cada movimiento del vampiro neófito, receloso.

—Ahora que la sed no nubla tus sentidos —interrumpió Martin Robinson con solemnidad regia, acorde a su rango, y todos los no-muertos guardaron silencio, enseriando automáticamente, recuperando la formal compostura—, deberás decidir qué harás. Tenemos una obligación para contigo de instruirte en tu nueva vida, pero eres tú quien debe decidir si deseas unirte a mi reino y servirme como súbdito o que

cedamos tu amparo a la reina Catalina —exhortó, y todas las miradas se dirigieron al robusto vampiro novel, que permanecía de pie, inmóvil junto a la puerta, con el poderoso torso de prominentes pectorales prácticamente al descubierto por los grandes desgarrones de su camiseta, y con unos pantalones caquis de los que tan solo quedaban también pedazos de tela colgando.

—Yo voy con ella —expresó señalándome con su gigantesco brazo musculado. Mi corazón se paralizó—. Donde quiera que ella vaya iré yo, si para eso tengo que servirle, majestad, aquí tiene el súbdito más fiel de todos —respondió solemne.

—No me parece mala idea —apuntó Martin apretando los labios, considerando sus palabras, sorprendiéndome—. A Dínorah no le vendría mal un guardaespaldas leal; acostumbra a meterse en líos con demasiada frecuencia —añadió y todos pudieron oír cómo mi corazón se aceleraba presa de la rabia que me producía su comentario, ¿acaso olvidaba la cantidad de veces que le había salvado la vida a aquel mocoso engreído venido a más?—. Pero para eso deberás demostrar tu valía y tu autocontrol, Dínorah es demasiado valiosa para mí y dejarla a merced de un vampiro novel no me parece la mejor de las opciones.

—Yo jamás le haría daño —advirtió Nahui con voz calma—. Pero haré lo que tenga que hacer para demostrarlo —sentenció, y yo me acerqué a él seguida por mis inseparables siameses. El vampiro neófito no me daba miedo, al contrario, respiré aliviada al oírle hablar, aquellas no eran las palabras de un proyecto de ghoul, Héctor continuaba vivo dentro, en alguna parte.

—Ven, Nahui, quizá te apetezca darte una ducha —ofrecí tratando de conducirle hacia el baño, pero la salvaguarda cosida a mis costados era una carga demasiado molesta para moverme con libertad—. Martin, creo que está claro que no me hará daño, ha saciado su sed y no necesito a Cyrus e Isaías pegados a mí a cada paso, por favor —pedí, y mi rey, que enfrentaba mis ojos con decisión por primera vez desde que abandonó mi habitación la noche anterior, desde *el incidente*, asintió y fui liberada de tan devota vigilancia.

Abrí la puerta del baño y pasé dentro, seguida de Nahui, que parecía un gladiador de vuelta del coliseo. Sus ropas estaban deshechas y su cabello rubio ceniza manchado de tierra, como el resto de su cuerpo, casi desnudo bajo aquellos jirones de tela. Aun así no mostraba lesión alguna. Los ojos de todos los no-muertos se dirigieron a la puerta abierta y molesta la cerré.

Dándole la espalda me agaché en el armario del baño y tomé un par de blancas toallas de algodón.

—Aquí tienes las toallas, huelen un poco a guardadas pero es que llevan demasiado tiempo sin usarse —comenté dejándolas dobladas sobre el lavabo—. Ahí, en los estantes, encontrarás gel de baño y champú, y ten cuidado con el grifo de agua caliente, la instalación es vieja y lo mismo sale el agua ardiendo que helada…

—¿No te doy miedo? —preguntó muy serio, observándome fijamente con los ojos celestes brillantes como dos aguamarinas. Las ojeras habían desaparecido tras la

ingesta de sangre y su tez resplandecía henchida de vida, pero su aspecto no era en absoluto humano. Su expresión se acercaba más a la inanimada perfección de un muñeco de cera, que es exacto al modelo, pero a la vez distinto, al carecer de defectos, de sutiles movimientos vitales. Nahui no pestañeaba, no tragaba saliva, no respiraba involuntariamente, todos esos reflejos debería aprenderlos por primera vez. A Cóatl le aguardaba un importante trabajo por delante.

Permanecía de pie a dos pasos de mí, eclipsándome tras su poderosa corpulencia, como el dedo que pretende tapar el sol.

—¿Debería tenerlo? —pregunté serena, aguardando su reacción.

—No, por supuesto que no, yo jamás te haría daño, no después de lo que hiciste por mí —indicó con total impavidez, y yo sonreí satisfecha de no haber errado en mi decisión de convertirle. Y aunque quizá era demasiado pronto aún para concluir aquella idea, el hecho de que semejante mole de músculos de al menos dos metros de altura estuviese conversando tranquilamente conmigo a solas en aquel baño, en el que podría haberme mordido y acabado con mi existencia (haberlo intentado al menos, que ya me encargaría yo de ponérselo difícil), antes de que ninguno de los no-muertos que aguardaban fuera tuviese el tiempo suficiente de entrar en la habitación, me decía que no me equivocaba un ápice—. Pero ellos temen que te haga daño —dijo indicando hacia la puerta cerrada.

—Ellos no han pasado más de veinticuatro horas junto a ti, ellos no han estado atados a una pared contigo —respondí, y él sonrió agradado con mi respuesta, aunque fue una sonrisa helada, sin un ápice de humanidad—. Pero quiero que sepas que no me debes lealtad alguna, en absoluto, eres libre de hacer lo que consideres oportuno.

—Es lo que hago —reveló observándome fijamente, inmóvil como una estatua de alabastro, una estatua inmensa—. Las horas que compartimos me hicieron darme cuenta de que debes ser tú mi norte, te seguiré hasta que me sienta preparado para caminar por mí mismo, es lo que deseo —aseguró apretando los labios en una línea recta, tensando el mentón cuadrado en un atisbo de… ¿emoción?

—Está bien, me halaga tu fe en mí. Ahora dúchate, voy a conseguirte algo de ropa —dije abandonando la habitación. Ciertamente resultaba halagador que aquel nuevo vampiro decidiese permanecer a mi lado, porque, según podía extraerse de sus palabras, yo era una sabia preceptora del bien y del mal.

Yo, que tenía la cabeza hecha un completo lío, yo que no sentía el menor remordimiento de haber acabado con la vida de dos no-muertos y un humano en las últimas setenta y dos horas, que percibía que aquello que estaba despertando dentro de mí, mi parte vampira, tal y como la había calificado Shapur, tomaba más y más fuerza a la hora de controlar mis movimientos, mis emociones, mi propio concepto del bien y del mal.

Fuera aguardaba toda la pléyade de vampiros curiosos: Tom y Cóatl, quienes estaban menos preocupados, pues la caza que habían compartido con Nahui los había tranquilizado con respecto a él; Isaías, de pie junto a la puerta, y Martin y Cyrus, que

permanecían conversando junto a la ventana de la cocina, con un ojo atento a la puerta, se giraron hacia mí al distinguirme abandonando la habitación. Caminé hasta ellos.

—Perdonad que os interrumpa, pero Cyrus ¿tendrías algo de ropa que poder prestar a Nahui? —solicité.

—¿Mi ropa? ¿Para ese mamut? ¿Crees que mis prendas confeccionadas a medida pueden servirle a ese mastodonte? Vamos… —apuntó el swap divertido, con el codo apoyado en la ventana por la que miraba al exterior con aire aburrido.

—Quizá Tom pueda prestarle su muda de ropa, trajeron una cada uno por lo que pudiera pasar, está en el monovolumen —sugirió amablemente mi rey, indicando hacia el alto vampiro moreno, el más corpulento de la comitiva, aunque mucho menos que Nahui.

Observé fijamente al monarca inglés y él mantuvo mi mirada de nuevo, sonreí complacida, al fin se había dignado a mirarme y cruzar dos palabras conmigo. También Martin estiró las comisuras de sus labios desplegando una de sus hermosas sonrisas cargadas de inocencia que tanto me fascinaban, aquello comenzaba a pintar como una de aquellas treguas sin palabras que solíamos tener él y yo.

«Oh, vamos, qué romántico, ¿os dejo a solas tortolitos?», se burló el swap dentro de mi cabeza, pero fingí no haberle oído, una mueca de disgusto podría resultar desconcertante para mi rey —y mejor amigo—, así que me giré en silencio en dirección a Tom, mientras le espetaba «Vete a la porra cuando puedas y te llevas todos tus trapitos hechos a medida, semichupasangre egoísta». El swap soltó una leve carcajada al oír mis pensamientos.

Capítulo 21

Todo por ti

Una vez Nahui se hubo acicalado y embutido dentro de la ropa prestada de Tom, cuyos pantalones le estaban tan apretados que entonces sí que parecía un auténtico *torero*, Cóatl decidió que era un momento tan bueno como cualquier otro para comenzar con su instrucción, y empezaron a conversar de pie junto a la puerta.

Mientras, el rey Martin ultimaba los detalles del regreso a Isaías y Tom, pues partirían aquella misma noche. La avioneta privada que les había traído a España estaba lista en el hangar, aguardándoles; el piloto los llevaría hasta Newcastle, y después Cyrus regresaría en su helicóptero a por mi familia para trasladarnos a Madeira al día siguiente.

Yo oía a mi rey dar las indicaciones, con aire aburrido y recostada en uno de los sofás de escay, dispuesta a saborear un pedazo de deliciosa empanada gallega que había traído para cenar en un *tupperware*, además de una Coca-Cola. Cyrus caminó hasta mi lado y se repantingó en el sofá junto a mí.

—Majestad, debería ir a alimentarse —sugerí a mi rey mientras abría mi *tupperware*; se me hacía la boca agua solo de pensar en su contenido—. ¿Quieres empanada? —ofrecí a Cyrus, que no quitaba los ojos del recipiente de plástico. Saqué el pedazo y se lo ofrecí. El nigromante le dio un tremendo mordisco, dejándola casi a la mitad, y después, de un sorbo se bebió la mitad de mi Coca-Cola—. Te habrás quedado a gusto, ¿no? —reproché al swap, que deglutía divertido mi cena, aproximándose a dar otro bocado de empanada, forcejeando, echándose sobre mí—. Ni lo sueñes, Cyrus —aseguré, y apartándome me la comí apresurada ante su mirada jocosa. Encontré los ojos de Martin observándonos con curiosidad. Al descubrirle fingió desinterés y prosiguió con la vista fija en su ordenador. Caminé hasta él, tratando de mirar sobre su hombro qué era aquello que le ocupaba, pero plegó la pantalla.

—Tienes razón, debo alimentarme —admitió incorporándose. Me sobrepasaba al menos quince centímetros, sin llegar a ser tan alto como Cyrus o Nahui, que medían en torno a los dos metros—. Lo haré de camino al aeropuerto, ¿podemos hablar un minuto? —pidió cortésmente, encaminándose hacia la puerta. Le seguí abandonando la lata y el *tupper* vacío sobre la mesa camilla, segura de que no quedaría nada de refresco a mi vuelta.

«Se marchan los dos tortolitos…», reía el nigromante en mi cabeza, y le atravesé con una mirada furibunda tras la que no hubo más comentarios por el estilo, ante la desconcertada contemplación del resto de no-muertos.

Cóatl, que conversaba entregado con su pupilo Nahui, se irguió al distinguirnos caminar hacia la salida, presto a regresar a su lugar natural a la espalda del monarca.

—Aguárdanos aquí —solicitó Martin Robinson, y el soldado azteca obedeció. Cruzó el amplio porche, aguardándome; le seguí mientras en el interior de mi cabeza me preguntaba el motivo de aquella conversación privada, si el comentario de Cyrus se debía a que había leído algo en la mente de mi protegido o simplemente se burlaba de mí.

Iba detrás de él en silencio, y envueltos por la oscuridad de la noche caminamos hacia la silvestre espesura. Martin recordaba, paso a paso, el sendero hasta mi rincón favorito bajo el gran pino, y allí me condujo con su andar sosegado. La luz sutil de la luna creciente se colaba por entre las tupidas ramas del viejo árbol, dejándonos entre penumbras. El viento ululaba en su pasear a través de la maraña de ramas y hojas, arreciando sobre mi piel, erizándola. Había olvidado la chaqueta en la furgoneta *Express* y mi camiseta roja sin mangas no era la vestimenta apropiada para una excursión nocturna al monte, estaba helada.

—¿Tienes frío? —preguntó Martin percibiendo mi piel de gallina, pero no era frío, era un nerviosismo incontrolable, aun así restregué mis brazos con las manos con energía fingiendo tratar de calentarme. Entonces mi rey, caballerosamente, se desprendió de la chaqueta azul del traje y la colocó sobre mis hombros, gélida, como su cuerpo, impregnada del olor de su perfume almizclado. La apreté contra mi piel para templarla.

El monarca británico tomó asiento en el mismo banco de madera en el que la noche anterior le había confesado que era una dhampira; nada me hacía sospechar que sería él el sincerado aquella noche.

Sus ojos estaban perdidos en el interior de su mente, mientras yo tomaba asiento a su lado, cargada de dudas.

En la penumbra del derredor podía distinguir con claridad la procedencia de cada movimiento en torno a nosotros, e inspeccioné cada recoveco, cada matorral con mi visión privilegiada, deformación profesional, mientras aguardaba a que se decidiese a hablar. Esperaba un «siento de veras lo que pasó, olvidémoslo, sigamos como hasta ahora».

—Me gustaría que hicieses algo por mí —dijo al fin, dirigiendo sus ojos de azabache hacia mí. La luz de la luna que se filtraba desde la tupida copa del árbol iluminaba su rostro de porcelana con su pátina argentina. Su sedoso cabello de ónix estaba revuelto como de costumbre.

—Sabes que soy incapaz de decirte que no a nada —aseguré con una sonrisa con la que pretendía restar seriedad a la situación, pero mi amigo era la viva imagen de la austeridad.

—Me gustaría que Cyrus te acompañase en tus vacaciones, al fin y al cabo tu familia piensa que sois pareja y no sería nada extraño —dijo, y yo tomé aire antes de rebatir su propuesta—, me quedaría mucho más tranquilo si él te acompaña —añadió

visiblemente preocupado, y mi réplica quedó reducida a un tibio resoplido que se escapó por mis labios entreabiertos—. Él está de acuerdo en viajar con vosotros si tú lo apruebas.

—Oh, eso no me extraña lo más mínimo —bufé desganada. Su rostro reflejó sorpresa por mi comentario, y arrugando la frente de nácar me observó curioso aguardando una explicación—. ¿Es que no le viste anoche? Creo que Cyrus va a convertirse en el tercer hijo adoptivo de mis padres, por méritos propios —bromeé, y mi protegido sonrió indolente—. Está bien, si es lo que quieres, dejaré que Cyrus me acompañe en las vacaciones —acepté. Entonces las comisuras de sus labios se estiraron en una sonrisa sincera—. ¿Algo más?

—Sí —aseguró taladrándome con una poderosa mirada de vampiro, una mirada que hasta entonces no había distinguido en él, capaz de paralizar el corazón más férreo. El mío, en cambio, comenzó a latir apresurado.

—¿Qué?

—Que seas feliz, solo quiero que seas feliz —aseguró incorporándose con la elegancia del caballero inglés en el que se había convertido; dio el paso que nos separaba y se acuclilló frente a mí. Continuó mirándome fijamente y estiró su mano hasta alcanzar mi mejilla, retirando con suavidad el cabello que el viento agitaba sobre mi rostro—. Esta noche, cuando regrese a Newcastle, mis obligaciones como monarca estarán esperándome tal y como las dejé hace un par de días, incluidos los preparativos de mi boda con Layla —decía con la voz serena como un susurro, pero con un poderoso malestar como mar de fondo.

—No tienes por qué hacerlo, encontraremos la forma de que…

—No voy a arriesgar las vidas de mis súbditos iniciando una guerra contra Aixa por agraviarla rompiendo mi propuesta de matrimonio —confesó apesadumbrado, con el brillo de la luna reflejándose en la esclerótica de sus ojos, adornados por unas larguísimas pestañas que me abanicaban mientras mi corazón nervioso reaccionaba a cada movimiento de sus labios, de su mano, a cada contacto de sus dedos de hielo sobre mi piel—. Es mi deber y lo cumpliré, en realidad son solo cien años de matrimonio de conveniencia, ¿qué son cien años para nosotros? No tendría la menor importancia de no ser porque… —dejó el final de la frase en el aire, a la vez que desviaba la mirada de mis ojos.

—¿Por qué? —pedí desconcertada.

—Porque lo más importante para mí, más aún que mi reino, más que mi propia vida, eres tú —concluyó con una ternura infinita en la voz, atrapando mis mejillas entre sus gélidas manos, mientras mi músculo cardiaco convertido en una locomotora a vapor vibraba dentro del pecho, como si fuese a atravesarlo en uno de aquellos frenéticos latidos y escapar corriendo en mitad de la arboleda—. ¿Y sabes por qué? —preguntó en un susurro con su nariz a dos centímetros de la mía—. Porque te quiero —dijo, y mi respiración se paralizó de pronto al oír aquellas palabras, aquel no era un te quiero de te-quiero-como-hermana o te-quiero-como-amiga. Aquel era un te

quiero, te quiero, de los de rodilla al suelo y anillo—. Porque te amo como jamás creo que pueda volver a amar a nadie, como nunca imaginé que se podía llegar a amar —aseguró envolviéndome con aquellas palabras que emergían desde lo más profundo de sus sentimientos—. ¿Recuerdas cuando Louise, en nuestro segundo día de clase, dijo que estaba enamorado de ti? —preguntó con pueril ilusión en los ojos, y yo hube de concentrarme en descongelar mi cabeza para asentir—. No mentía, desde la primera noche, desde que me sorprendiste de aquel modo besándome en la nariz, estoy loco por ti, y desde entonces temí que fuese un amor del todo imposible. Pero te amaba, sin importarme que fueses humana, ni que tu corazón perteneciese a otro, te amaba, te amo, porque eres el ser más maravilloso que he conocido nunca. —No pude contener más la emoción y rompí a llorar como una idiota, cómo podía no haberme dado cuenta a lo largo de tanto tiempo. Su faz se compungió al verme llorar, taladrándome con sus hermosos ojos negros. Limpió mis lágrimas acariciando mi rostro suavemente con sus dedos de hielo—. Eh, vamos, no llores, tontorrona —dijo forzando una sonrisa de nácar para mí; yo traté de sonreír a su vez, pero tan solo conseguía tragar las saladas lágrimas que empapaban mis labios—. Yo era solo un crío y jamás hubiese sido capaz de confesártelo, pero ahora, después de todo lo que hemos vivido juntos, de sentir en mi carne verdadero temor por tu vida, de conocer la historia de tus padres, de saber que Sarah lo habría dejado todo por aquel humano al que amaba…, necesitaba, necesito que sepas que también yo sería capaz de sacrificarlo todo por ti: mi vida inmortal, mi reino, todo…, si tú correspondieses a este amor. Nada más importaría, lo más mínimo, Anna, lo abandonaría absolutamente todo por ti, por estar contigo —aseguró con una solemnidad realmente abrumadora, con una entereza y dignidad tan solo posibles en un adulto, en un joven como el que tenía ante mis ojos. Yo trataba de reactivar la salivación en mi garganta, seca como un desierto, para poder decir algo, aunque no sabía qué. Él aguardaba mi respuesta, suspiré y sequé mis mejillas con el dorso de mi mano derecha, pues la izquierda continuaba presa entre las suyas, mientras intentaba encontrar las palabras apropiadas, que parecían no existir.

—Martin, yo… —comencé, y tomé sus fuertes manos de hielo entre las mías y enfrenté sus ojos con toda la decisión con la que fui capaz—. Yo te quiero, te quiero muchísimo y es un sentimiento tan poderoso que no puedo explicarlo con palabras, es instintivo, irracional y sabes que he decidido abandonarlo todo por volver a tu lado. —Estaba siendo completamente sincera, sin filtros, sin tapujos, incluso para conmigo misma—. Pero no puedo amarte, no de ese modo… —dije al fin, tratando de contener la emoción, y mis ojos volvieron a empañarse.

—Eh, vamos, no seas tonta, no llores, no sufras por mí —pidió repuesto, aparentando entereza, como si fuese tan sencillo—. Lo suponía, te mentiría si negase que era así, pero necesitaba decírtelo, no podía pasarme la vida arrepintiéndome de no haberlo hecho. Y ahora, haz el favor de fingir que nunca he dicho nada de esto y continúa siendo la misma de siempre —concluyó con una sonrisa forzada que

atravesaba su rostro níveo y que no subió hasta sus ojos. Le abracé y no fui capaz de decir nada más; mis palabras se habían fugado con mi voz.

Durante unos minutos eternos permanecimos abrazados, con su frígida frente de mármol apoyada en mi cuello, rodeándole entre mis brazos.

Sentía un fuerte dolor en el pecho, un dolor desconocido, sufría por él, porque yo no podía ofrecerle lo que deseaba, yo no podía corresponderle. Hubiese buscado la forma de subir a la luna si un trozo del satélite aliviase su dolor, pero no podía forzar a mi corazón a amarle de la forma que él quería.

Él mismo había asumido que era un amor imposible, pero no por ello disminuía su padecimiento, le conocía demasiado, Martin estaba sufriendo, por mi causa, y yo no imaginaba forma alguna de menguar su dolor.

El más absoluto silencio se prolongó durante el eterno camino de regreso. Martin respetó mi mutismo y simplemente anduvo a mi lado, acompañándome, acomodándose a mi paso. Le observé de soslayo, y vi cómo la luna se reflejaba en su negro cabello, que se balanceaba a cada paso.

Podía asimilar los vaivenes de mi relación con William (con charla con su difunta incluida), la lejanía de mi querido Shapur, que nuevamente hacía brotar mariposas en mi estómago al pensar en él, e incluso las descaradas proposiciones deshonestas de mi amigo el swap. Pero que Martin Robinson, mi Martin, se me declarase, no, para aquello no estaba en absoluto preparada.

Además, Martin me había dicho que me quería, no que le gustaba, no que se sentía sexualmente atraído por mí, había dicho que me amaba desde la primera noche en que nos conocimos y que estaría dispuesto a abandonarlo todo por mí. Todo.

También yo le quería a él, y me engañaba a mí misma si negaba que era el ser por el que más gustosamente canjearía mi vida, pero era mi pequeño Martin, no podía verlo de otro modo que como el adolescente de Lastheaven, mi protegido, mi amigo. O al menos hasta que se transformó, hasta que surgió de la crisálida transformándose en aquel apuesto vampiro en el que se había convertido.

Pasados unos minutos desde el regreso de nuestro paseo, todos partieron en sus vehículos en dirección al aeropuerto. Mi despedida con Martin fue fría, un simple adiós al que añadió «Diviértete, te lo mereces», con la mejor de sus sonrisas forzadas.

Pero yo no podía apartar sus palabras de mi cabeza ni la imagen de su rostro bañado por la luz de la luna, agasajándome con los cumplidos más hermosos que alguien me había dicho en la vida.

«No me agrada alejarme de ti», me había dicho Nahui antes de subirse al negro monovolumen. «Tranquilo, son de confianza, todos ellos. Haz caso a Cóatl, es un buen modelo a seguir, en unos días nos veremos», le había respondido, y así lo esperaba.

Observé la caravana de luces rojas alejarse por el carril en dirección a la salida relumbrando en mitad de la calma noche.

Quedé a solas en la pequeña vivienda de los abuelos, dispuesta a dejarla como si

nunca hubiésemos estado allí antes de marcharme. Cerré las ventanas, estiré la cama en la que había descansado Héctor y después me puse a recoger los cubiertos en el fregadero para no dejar huella de nuestro paso. Fuera, el viento ululaba con fuerza, podía ver cómo se cimbreaban las ramas de los árboles como oscuros abanicos a través de la ventana de la cocina mientras fregaba el tenedor de madera con el que Cyrus había vuelto a preparar huevos revueltos.

Oí un ruido en el exterior de la casa, en realidad percibí un movimiento, con una especie de sexto sentido, pues aparentemente no había motivo para la alerta. Automáticamente escondí el tenedor de madera en mi espalda, sujetándolo con mi ropa interior. Tuve el tiempo de girarme hacia la puerta de entrada, nada más, cuando descubrí la tenebrosa silueta de un vampiro en esta, de pie, inmóvil. Era alto, su torso estaba al descubierto con los hombros cubiertos por la elaborada piel de un animal, reconocí su desgarbado rostro blanquecino, su cabello rubio, sus ojos de un verde pálido, casi blancos, era Unai, por supuesto. Me miraba fijamente con sus terroríficas y descoloridas pupilas, sin una expresión valorable en el rostro mientras mi mente galopaba en busca de un motivo que me hiciese entender su presencia allí.

—Unai, no puedes entrar, no te he invitado —advertí mientras me solapaba contra la encimera de la cocina.

—Está bien, es un modo un poco descortés de tratar a un emisario de la reina Catalina, pero entiendo que desconfíes de mí, si lo deseas me marcharé —dijo el alto vampiro rubio con voz calma, reflejando serenidad en su rostro de marfil.

—¿Y qué quiere la reina de mí? —dudé desconcertada.

—La reina lo sabe todo, uno de sus guardias humanos, y amante, con el oído desarrollado por nuestra sangre, te oyó decirle a Karen que eras hija de Sarah y su voluntario, que eres una dhampira —reveló desde el umbral, congestionando mi pulso y al parecer también mi rostro—. Tranquila, su majestad quiere congraciarse con tu rey, y para ello desea recompensarte por todo lo que Karen te ha quitado. Me pidió que te entregase esto personalmente —dijo abriendo su puño, mostrando un hermoso anillo de plata y esmeraldas que reconocí al instante, era el mismo que lucía Sarah en su mano en la fotografía en la que me sujetaba entre sus brazos—. Era de tu madre.

Yo desconfiaba de él, desconfiaba de su buena intención o de las de su reina, pero incluso podía llegar a parecer sincero y además estaba el anillo, yo deseaba aquel anillo, así que aún con dudas me acerqué al umbral, contemplándolo detenidamente, era realmente hermoso. Alcancé los ojos de Unai, que sonrió amablemente, complacido con mi deleite.

Entonces estiré mi brazo para alcanzar la joya. En cuanto mi mano atravesó el umbral de la puerta el vampiro de ojos descoloridos tiró de ella enérgicamente sacándome del interior de la vivienda, arrojándome contra uno de los árboles que la rodeaban, golpeándome violentamente contra él. Fue un impacto brutal, sentí cómo crujía toda mi columna vertebral al chocar contra el grueso eucalipto, que desplegó

una lluvia de hojas cobrizas sobre mi cabeza. Antes de que pudiese levantarme, aturdida por el impacto, el vampiro me sujetó del cuello, alzándome, apretándome firmemente contra la corteza del árbol.

—Mira que eres estúpida —bufó en mi rostro, y su aliento helado erizó la piel de mis mejillas. Sus ojos lívidos me contemplaron con rabia a dos centímetros escasos de mí, que asía su brazo con ambas manos.

—Tu reina te matará… —balbuceé tirando de su brazo, pero me tenía bien sujeta.

—Eres demasiado ingenua, niñita —dijo con una sonrisa tintada de la más absoluta maldad, sesgándole el rostro—. Nadie sabe que estoy aquí, nadie, y nadie lo sabrá nunca. El humano que me dijo que eras una dhampira también está muerto. Esta noche me beberé tu sangre, simplemente desaparecerás, como tantos otros humanos, y nunca nadie sabrá qué fue de ti —advirtió tirando de las comisuras de sus labios, tensando la sonrisa, orgulloso de sí mismo por su magnífico plan—. Lamento tener que matarte, después de todo lo que has hecho por mí —aseguró, y mi expresión de desconcierto le dio pie a una confesión que anhelaba dar—. Karen era una maldita zorra —continuó, tiñendo las palabras con una rabia desmedida, debía de odiarla mucho—, se merecía morir abrasada, la muy maldita. Yo mismo habría acabado con ella si no me hubiese acarreado la condena regia. Me divertí durante un tiempo poniéndola en problemas con mis chiquitines, pero hacerla arder ha sido mucho mejor —añadió. Yo trataba de entenderle, ¿sus chiquitines? Mis ojos se desorbitaron cuando la respuesta se solidificó ante mis ojos, era él, era Unai el creador de los ghouls. Pero ¿por qué?

—Está bien —admití rindiéndome, desplomando los brazos a ambos lados del cuerpo, dejando de luchar. Mi actitud le desconcertó, y relajó tímidamente la presión en mi garganta—. Bébete mi sangre, si es lo que deseas, no voy a malgastar energía peleando, sé que no tengo posibilidad contra alguien tan poderoso como tú, Unai —dije convencida, y el vampiro enarcó una ceja desconfiado—. Pero no tiene por qué dolerme, ¿verdad? —pedí con voz sumisa, provocadora y sonreí con picardía.

—No vas a engañarme —aseguró convencido.

—No lo pretendo —aseveré, y alcé nuevamente mi mano derecha, y él, temiendo un ataque, la sujetó con su mano libre, pegándola a mi cuerpo—. Vamos, Unai, tú sabes que hay una forma más divertida de que te bebas mi sangre, una forma de que no me duela, y pasemos un buen rato —volví a insinuarme, agotando el poco aliento que me quedaba. Tomando su mano libre la llevé hasta uno de mis pechos, mientras en su impávido rostro se translucía la turbación de la que estaba siendo preso.

—Serás zorra —masculló con una sonrisa divertida en los labios.

La gélida mano del vampiro que asía mi garganta descendió por mi cuello hasta sujetar mis brazos pegados al cuerpo con ambas manos, y me besó. Ahora la sangre volvía a circular con regularidad hacia mi cerebro devolviéndome una oleada de energía que se extendía por todo mi cuerpo. Su fría y repugnante lengua se abrió paso entre mis labios que fingían recibirla gustosos, mientras acomodaba mi coxis contra

el eucalipto estableciendo un firme punto de apoyo.

Le empujé con toda la fuerza que pude extraer de mi magullado interior. Le empujé contra la rama rota de otro de los eucaliptos a su espalda, con tal fuerza que lo ensartó por la mitad, el vampiro no daba crédito a lo que acababa de pasarle. Había sucedido demasiado rápido incluso para él. Saqué entonces el tenedor de mi espalda y lo así con firmeza en mi mano.

—Nunca llames zorra a una mujer armada, nunca —sentencié, y le atravesé con el mango del tenedor justo en el corazón, apartándome rápidamente para que ni una sola gota de su sucia sangre de traidor me alcanzase.

Unai había engañado a su propia reina (acababa de darle las gracias por ello). Su obligación al conocer mi naturaleza era informarla inmediatamente, era ella la que debería decidir cómo actuar, pero tal y como William y el propio Shapur me habían advertido, cualquier vampiro estaría dispuesto a todo por volver a disfrutar de un solo día de luz, a todo. Y yo era el pasaporte a Solanolandia, el único que existía.

Cuando aparté la vista del cuerpo que se descomponía la visión que encontré fue igualmente escalofriante, había otro vampiro, también súbdito de la reina Catalina, de pie, a unos pasos frente a mí. Esta vez era Miguel. Estaba completamente dolorida por el golpe sufrido y había agotado mis exiguas fuerzas en acabar con Unai, sabía que no podría sobrevivir a una lucha cuerpo a cuerpo, desarmada, con otro no-muerto . Aun así, no iba a entregarme sin pelear, por lo tanto me puse en guardia.

Miguel observó inmóvil los restos de su compañero durante un eterno segundo y después sus ojos volvieron a mí. Vestía completamente de negro, envuelto en un largo abrigo hasta los pies que se meció al dar un paso en mi dirección. Me preparé asiendo el tenedor de madera fuertemente entre mis dedos.

—¿Piensas matarme con eso? —se burló señalando mi tenedor y mostrando una sonrisa maliciosa.

—Es rudimentario pero efectivo, pregúntale a tu amigo —respondí imitando aquella sonrisa, señalando hacia el charco de sangre de vampiro.

—He seguido a Unai hasta aquí —aseguró mientras yo calculaba el tiempo que tardaría en saltar hacia el árbol de mi derecha y poner su tronco entre ambos—. No imaginaba qué pretendía, ahora lo sé, sé muchas cosas.

—Pues mira qué bien, me alegro por ti —me burlé, pero su rostro no se mudó un ápice.

—Ahora sé que Unai es el creador de los ghouls; maldito traidor, cómo nos ha engañado —decía para sí, mientras daba otro paso en mi dirección y yo un paso hacia atrás.

—¿Y por qué lo haría? —pregunté. Si aquella conversación iba a prolongarse, al menos que me sacase de dudas.

—Porque Karen se negó a que convirtiese a su amante —reveló el vampiro moreno estirando las comisuras de sus labios, en una sonrisa ladeada, disfrutando de mi sorpresa—. Él solicitó que le permitiesen convertir a su voluntaria y Karen se

negó a trasladar la instancia a la reina. La joven estaba muy enferma y finalmente murió. Aunque a él pareció no importarle demasiado —reflexionaba para sí Miguel, a cuatro metros escasos de mí, ya en el límite de la pared lateral de la casa. Pensé en lo inútil de mi plan, si lograba introducirme en la vivienda, el vampiro no podría entrar, pero nada le impediría prenderle fuego o tirarla abajo con sus propias manos.

—Y por eso se dedicó a convertir a esos seres, como venganza para la gobernadora, para dejarla en ridículo ante la reina como que era incapaz de controlar a sus vampiros, para atraer la atención de los humanos…

—Sí —admitió Miguel—. Sarah no se fiaba de él lo más mínimo, sobre todo desde que supo que fue el encargado de ejecutar a su humano —reveló, y yo me estremecí ante su confesión—. Y ahora sé que tú eres una dhampira, que tu sangre me daría la posibilidad de disfrutar de la luz del día, después de quinientos años sin ver el sol —dijo, y de pronto apareció a mi lado, obstruyéndome la entrada a la casa, golpeando con su mano mi rudimentaria arma, que salió volando por los aires. Ahora es cuando me ataca y finalmente me devora, pensé—. Pero tú eres su hija…

Entonces lo comprendí, Miguel estaba viviendo una lucha interna ante mis ojos. Por un lado, estaba yo, o mejor dicho, mi deliciosa sangre que ejercería las veces de potente protector solar y le permitiría disfrutar de la luz que llevaba quinientos años sin disfrutar, y por otro estaba su lealtad hacia mi madre biológica, Sarah, que había entregado su vida inmortal para salvarme, que habría muerto en vano si él acababa conmigo.

Pensé infinidad de frases con las que intentar inclinar la balanza a mi favor, pero finalmente guardé silencio, temiendo que sonasen falsas y provocasen la reacción contraria.

—Yo la amaba —confesó al fin Miguel, con la voz cargada de una emoción que no se molestó en disimular—, desde que Karen la trajo, era una niñita hermosa, desvalida, pero con un fuerte carácter —rememoraba con la espalda apoyada en la pared y la mirada perdida en la espesura, a un metro de mí, que le oía inmóvil—. Echaba tanto de menos a su madre, a su familia, y nos hicimos muy amigos. Con el paso de los años se convirtió en una vampira decidida, tenaz, despiadada, cumplía las órdenes sin un ápice de duda, pero entonces conoció a ese humano. Aquel mortal fue su desdicha —dijo dolido, sin dedicarme una sola mirada, obviamente teníamos diferentes puntos de vista al respecto—, la hizo enfrentarse a su creadora e incluso alejarse de ella; yo la ayudé a escapar —confesó sorprendiéndome, y por un segundo sus ojos negros se cruzaron con los míos—. Cuando regresó se había convertido en un ser sombrío, dolido y tan solo confiaba en mí. A pesar de eso obedecía a la gobernadora a pies juntillas de nuevo. Por fin fue mía —reveló con una amarga sonrisa en los labios—, aunque yo sabía que no me amaba, no como yo a ella, que no era más que un desahogo, un entretenimiento, pero aun así fue mía —relataba, y yo pensaba qué iba a desencadenar toda aquella confesión, si lo hacía porque iba a acabar conmigo y deseaba aliviar su carga con alguien que no tendría posibilidad de

contárselo a nadie—. Cuánto la amaba. Y ahora sé que tú eres su hija —dijo, y me erguí, percibiendo cómo se acercaba el fin de aquella conversación—. No puedo matarte —concluyó al fin—, aunque tu parte humana ensombrezca sus genes te pareces demasiado a ella. Le diré a la reina Catalina que Unai te atacó para vengar a Karen, que le oí confesar que era el creador de los ghouls y que acabaste con él en defensa propia. Puedes estar tranquila, tu secreto está a salvo conmigo —sentenció al fin, aunque no me permití el lujo de respirar aliviada hasta que no hubo desaparecido entre las sombras, sin añadir una sola palabra más.

Necesité unos minutos para recuperarme de todo lo que acababa de saber, de que Unai era un traidor despechado, el creador de los ghouls, además del asesino de mi padre, a quien había vengado sin saberlo, y de que Miguel había pasado los últimos doscientos años enamorado de mi madre, lo cual acababa de salvarme la vida. Hallé el anillo de Sarah en el suelo, a unos metros de la puerta, y lo guardé, ya era mío, para siempre.

Pero no disponía de todo el tiempo del mundo y además deseaba marcharme de allí cuanto antes, así que limpié afanosamente los restos de Unai del tronco y del suelo, lo último que necesitaba era que algún vecino de los que furtivamente venían a recoger las piñas caídas de los árboles avisase a los de CSI para investigar aquella mancha sanguinolenta en el suelo.

Cuando por fin hube acabado eran más de las dos de la mañana, cerré definitivamente la puerta y me puse en camino rumbo a Cádiz en mi estupenda furgoneta.

Una vez en casa, no todos dormían como había esperado; mamá revoloteaba por toda la vivienda terminando de preparar su maleta, que debía de parecer el baúl de la Piquer por el tiempo que estaba empleando en hacerla. A la una del mediodía pasaría a recogernos Cyrus y deseaba dejar todo listo. Entré deprisa en mi dormitorio y busqué un pañuelo con el que ocultar las magulladuras de mi cuello mientras la fresca sangre de Sarah que aún recorría mis venas terminaba de curarlas. Al recordarla, frente al espejo, tuve un momento de debilidad y mis ojos volvieron a nublarse. Nada más salir tropecé con Adela en el pasillo, me estiré lo mejor que pude, la espalda aún dolía terriblemente, y traté de disimular mi malestar.

—Que tarde llegas, cariño —exclamó mamá. Eran pasadas las tres menos cuarto de la madrugada.

—He estado muy ocupada hasta ahora mismo, lo siento. Creo que me tomaré un café —comenté caminando hacia la cocina—. ¿Está todo listo para el viaje?

—Sí, acabo de guardar zapatillas de cama para tu hermano y tu padre, que ninguno se había acordado de ellas —sonrió emocionada. Cuánto la ilusionaba aquel viaje; me seguía hasta la cocina.

Puse el café al fuego y me senté a esperar que subiese en la cafetera exprés, metida dentro de mi cabeza, dándole vueltas a aquella noche, a mi querido Martin, al anillo que guardaba en el bolsillo, al odio de Unai, a la revelación de Miguel, cuando

me di cuenta de que mamá estudiaba mi mutismo desde el umbral. Traté de disimular pero la pregunta era inevitable.

—¿En qué piensas? —requirió mientras caminaba hasta mi lado, sentándose junto a mí a la pequeña mesita. Dudé en buscar sus ojos, dudé en hacerle una pregunta que me perseguía hacía años y más intensamente en los últimos dos días.

—En mi madre biológica, ¿qué sabes de ella? —cuestioné a bocajarro, y Adela quedó petrificada, estupefacta por aquella pregunta, justo en aquel momento en el que nos habíamos reencontrado después de creerme muerta, cuando nunca antes la había planteado. Es más, había rehuido deliberadamente el tema en diversas ocasiones a lo largo de mi vida. Se atusó el cabello tratando de disimular su nerviosismo, carraspeó, probablemente llevaba esperando aquel momento muchos años, pero aun así la había pillado completamente por sorpresa. Dejó caer su cálida mano sobre la mía, suavemente.

—A ver… —dudaba arrugando los finos labios en un mohín de reflexión—. Sé muy poco de tu madre biológica, solo que, según las monjas del convento, era una chica jovencísima, muy muy joven, tendría unos quince años, guapísima, dicen que parecía un ángel —decía con mayor seguridad al distinguirme complacida con su relato—, su piel era muy blanca y tenía los ojos verdes, como tú, todo esto según las monjas —repetía como si temiese estar mintiéndome indeliberadamente—. Llegó por la noche y pidió a las hermanas que te cuidasen, porque según decía no podía hacerse cargo de ti. Lo único que les rogó fue que la familia que te adoptase mantuviese el nombre que ella te había puesto, Anna, y yo lo respeté —señaló con una sonrisa, mientras apretaba mi mano con la suya.

—Nunca me lo dijiste, que fue ella quien me puso el nombre.

—Nunca quisiste saberlo, nunca quisiste saber nada de ella —respondió Adela callándome, pues ambas sabíamos que era cierto.

—Gracias, mamá, nunca te las he dado, pero te agradezco la maravillosa vida que me has dado, el cariño con el que me has criado, los principios que me has inculcado, la maravillosa niñez que papá y tú nos regalasteis a Jaime y a mí —confesé, y los ojos de mi madre se empañaron cargados de emoción.

—No tienes que agradecerme nada, cariño, por favor.

—No guardo ningún rencor a mi madre biológica, ni a mi padre, sé que debieron de pasar por circunstancias muy difíciles para no poder hacerse cargo de mí —apunté, y una lágrima rodó veloz por la mejilla de mi madre—. Estoy segura de que eran unas personas excepcionales y que me amaron aun sin haberme conocido.

—Oh, Anna, cuánto has madurado en este tiempo —dijo sollozando y me abrazó. En ese mismo momento el café subía en la cafetera con su característico silbido, interrumpiendo el emotivo momento.

Me fui a la cama, entre mis manos guardaba el anillo de Sarah que había costado la vida a Unai, y en mi mente la sonrisa forzada de mi querido Martin en nuestra despedida. Aquella imagen me dolía incluso más que el hecho de que William no me

amase realmente a mí, sino a un espejismo de su difunta esposa.

Mi teléfono móvil comenzó a sonar, apreté los ojos tratando de distinguir la hora iluminada por las fosforescentes luces del despertador electrónico: las ocho y cuarto de la mañana, el sol del amanecer reproducía una persiana de luces en el suelo de mi habitación. ¿Quién podría telefonearme un domingo a aquellas horas? Salté de la cama y observé el número que martilleaba mi cabeza con su interminable llamada.

—Buenos días, señorita Morrison, disculpe la hora —decía una voz masculina al otro lado del aparato—. Soy el sargento Sánchez, quien dirige el caso de la agresión al agente Héctor Ortiz. —Al oír aquel nombre instintivamente me erguí y todos mis sentidos se pusieron automáticamente en alerta—. ¿Sería tan amable de acercarse por el cuartel?

—Verá, no sé qué más espera que le diga, no recuerdo nada más ni he vuelto a ver a esos tipos, y estoy a punto de irme de vacaciones…

—Señorita Morrison, es muy importante, por favor, necesito hablar con usted.

—Está bien, pero solo tengo unos minutos, en media hora estoy ahí.

Durante el trayecto hacia Jerez tuve tiempo de valorar todas las posibilidades acerca de los motivos por los cuales me habían llamado. En un primer momento pensé en desplazarme hasta el cuartel en la cuatro-chapas-pegadas-a-un-motor, como la había llamado Cyrus. Pero tenía el logotipo de la panadería de mi padre y pretendía dar la menor información posible acerca de mí o con quién me hospedaba y por qué. Así que tomé un taxi y le pedí que me dejase a varios metros del cuartel, con la distancia suficiente para poder retirar mi máscara mágica con seguridad sin que nadie pudiese verme.

Debían de haberse percatado de la desaparición de Héctor, su compañero, su amigo. Recordé mi vehículo alquilado aparcado frente a su casa, su coche tiroteado por su propia arma abandonado en mitad de una carretera comarcal… Desconocía la información de la que disponían o hasta qué punto me suponían al tanto de su desaparición, pero para cuando atravesé la puerta del despacho del sargento Sánchez tenía preparada mentalmente toda una coartada.

En aquella habitación encontré al sargento de la Guardia Civil, que se incorporó para estrechar mi mano. A su lado permanecía sentada una muchacha rubia, con el cabello lacio sobre los hombros, era alta y menuda, muy guapa a pesar de tener los ojos enrojecidos por las lágrimas. Era Amanda, lo supe en cuanto la vi.

—Siéntese, por favor —pidió el guardia civil, y obedeciéndole tomé asiento junto a la muchacha.

—Usted dirá —urgí, necesitaba salir de aquello cuanto antes. La joven me miró apenada mientras daba vueltas a un pañuelo de papel embrollado en la mano.

—Señorita Morrison, ¿podría decirme cuándo fue la última vez que vio al agente Héctor Ortiz? —preguntó el sargento. Probablemente de mi respuesta dependía

convertirme en una sospechosa de su desaparición o no. Pero yo tenía preparada mi respuesta y mi coartada.

—El viernes por la tarde, en su casa, ¿por qué? —dije, y el agente arqueó las cejas incrédulo. ¿Acaso nadie había visto mi coche aparcado frente a su casa?

—¿Y puedo saber para qué fue a visitarle? —solicitó Sánchez.

—Porque el agente Ortiz insistió en que nos viésemos, debió de conseguir mi teléfono de sus informes, porque yo no se lo di —relaté mientras la joven rubia me observaba firmemente aferrada a su consuelo de papel—. Sentí lástima de él, parecía desesperado y, bueno, al fin y al cabo es un agente de la Guardia Civil, y supuse que no sería peligroso para mí, así que accedí. Me dio su dirección y fui a verlo, pretendía convencerme por todos los medios de que existían los vampiros, que esos seres eran los que le atacaron. —A mi relato la muchacha descendió la mirada abochornada por el comportamiento de su novio, mientras intentaba contener el ruido de sus múltiples hipidos de llanto—. Como le dije que debía acudir a un profesional, a un loquero, rompió una silla de una patada y después echó a llorar como una magdalena —relataba fingiendo una total estupefacción, un guardia chalado y llorón, qué cara podría poner si no—. Me dijo que se sentía muy solo, me contó que sus padres y su hermano habían muerto en un accidente de coche y que no tenía a nadie en el mundo, solo a su querida novia Amanda —al oír su nombre la muchacha buscó mis ojos con los suyos teñidos de dolor— y que últimamente no estaban demasiado bien. El hecho de que Amanda fuese la hermana menor de su exnovia no le hacía bien recibido en su casa, y que le había pedido muchas veces que se fuesen a vivir juntos y ella se había negado. —La joven no pudo contener el reflejo de la sorpresa que le producía que supiese todo aquello. Su bronceado rostro playero mudó y rompió a llorar inconsolablemente—. Me dijo que estaba harto, que su vida era, con perdón, una mierda, y que se largaría.

—Eso explica la desaparición de su coche —expuso el agente a la muchacha, que se deshacía en un mar de lágrimas.

—Héctor me acompañó amablemente en su coche hasta la avenida —añadí por si alguien afirmaba habernos visto juntos en su vehículo— porque el mío no arrancaba, y allí me recogió un amigo. Avisé a la compañía de alquiler para que lo retirasen de la puerta de su casa y es todo lo que sé. —Esto último me lo había advertido el propio Cyrus, que fue el encargado de avisar a la grúa cuando descubrió mi coche aparcado frente a la casa de Héctor mientras me buscaba desesperadamente.

Quizá debía sentirme mal por hacer sufrir a aquella muchacha, la única persona en el mundo que importaba al antiguo Héctor, ahora Nahui, pero no era así, su dolor no me causaba la menor emoción, frágil humana llorona. Lo único que sentí fue la total seguridad de que el sargento Sánchez no volvería a molestarme con el tema de Héctor Ortiz, desaparecido para el mundo, muerto para mí, vivo de nuevo.

Capítulo 22

Sorpresa, sorpresa

«En algún momento tendrás que volver a dirigirme la palabra», dijo Cyrus dentro de mi cabeza.

«Ignórame, maldito demonio marino calenturiento», espeté furiosa, y oí su risa queda a través de los auriculares, por encima del ruido del motor.

«Oh, vamos, no sabía que fueses tan mojigata», se burló, y giré el rostro para atravesarle con la mirada. Encontré una irritante sonrisa perlada y unos ojos de jade resplandecientes.

«Se suponía que éramos novios, ¿qué hubiese pasado si mi madre o mi hermano me hubiesen acompañado al dormitorio y te hubiesen pillado allí con dos… con dos…?».

«Mujeres, eran dos mujeres, no eran dos manatíes», se burló de nuevo, «y solo tú tenías llave de nuestro dormitorio. Oh, vamos, no digas que no te gustó lo que viste», afirmó sangrante, y volví a dirigirle una mirada taladradora. «Quizá deberías haberte quedado un rato, lo mismo hubieses aprendido algo…».

Aquello último no estaba dispuesta a tolerarlo y le golpeé en la cabeza con el ramo de flores que me habían entregado los empleados de servicio como obsequio de despedida, deshojando las margaritas rosadas sobre la bola de billar de su cuero cabelludo. En ese momento el helicóptero se zarandeó, asustándome.

—¿Estás loca? ¿Es que quieres que nos matemos? —preguntó sin borrar la irritante sonrisa del rostro.

—El que estás loco eres tú, enfermo, que eres un enfermo. ¿Cómo crees que le sentará a Martin que andes cepillándote a sus doncellas? —arremetí y el swap parecía que iba a quebrarse por la mitad de tanto reír.

—No creo que le importe demasiado, además no estaban de servicio —balbuceó como absurda defensa entre risas.

La imagen de la cerúlea piel del swap convertido en un nudo humano junto a otros dos pares de manos y pies de tez morena en la gigantesca cama de la habitación que compartíamos, que no la cama, pues le había obligado a dormir en un diván, acudió a mi mente de nuevo. Tardaría meses en borrarla de mi cabeza, o al menos en situarla en un recóndito lugar desde el que no accediese a la primera plana de improviso.

¿Cómo esperaba que no me molestase?, ¿cómo podía sorprenderse de que echase las sábanas e incluso el edredón a lavar esa misma noche?

A excepción de aquel incidente, mis vacaciones en Magnolia Sunrise, la

grandiosa finca de la familia Robinson en la isla de Madeira, habían resultado absolutamente regeneradoras. Había descansado interminables horas en una tumbona bajo el sol, disfrutado de las magníficas instalaciones del complejo que más que una residencia vacacional parecía un hotel de cinco estrellas. Había comido más de la cuenta y, lo más importante, había compartido inconmensurables momentos con mi familia humana.

Derroté en numerosas ocasiones a Jaime al tenis, al pádel e incluso al Monopoly, y en otras tantas me dejé ganar para motivarlo. Con papá di largos paseos por la tupida arboleda que rodeaba la residencia, fotografiando infinidad de pequeños pájaros para dar un buen empujón a su colección de ornitólogo aficionado. Y con mamá disfruté de cada hora a su lado, de sus caricias, de sus abrazos, de sus consejos, de sus cálidos besos. Todo ello mientras mi pareja y supuesto guardaespaldas se divertía a escondidas con dos hermosas doncellas del servicio en sus habitaciones. Podría asegurar que desde que una de ellas le sonrió la primera noche el swap no había vuelto a ver la luz del sol en todo el viaje. Mis padres, en cambio, pensaban que pretendía darme el espacio suficiente para disfrutar de ellos, qué considerado.

Les habíamos dejado en el aeropuerto de la isla, tomarían un vuelo directo hasta Jerez. Mamá bromeaba acerca de cómo justificar el bronceado de sus pieles ante las curiosas vecinas del bloque de apartamentos, sin preocuparles demasiado.

Me sentía bien, por el tiempo compartido y por haber servido de apoyo a mi hermano Jaime en el momento más duro de su vida probablemente, el de la confesión de su homosexualidad a mis padres. La tercera noche, tras una deliciosa cena en la terraza sur, con el suave murmullo del mar como música de ambiente y la voz turbada por el nerviosismo, se atrevió a decirlo en voz alta, asiendo mi mano con fuerza entre las suyas. Me sentí orgullosa de él, por enfrentarlo de una vez por todas, y la reacción de mis padres fue la esperada por mí, primero sorpresa, incluso estupefacción, pero pasados los minutos, la más absoluta naturalidad.

Sonreí al recordar la expresión de alivio de mi hermano por el peso que acaba de quitarse de encima.

—¿Te estás acordando de mí de nuevo? —volvía a la carga el swap, guiñándome un ojo.

—¿No lees la mente?

—No todo el tiempo, resultaría agotador, solo leo lo que me interesa —añadió jocoso.

«Pues lee esto, no quiero que vuelvas a mencionar el tema o les diré a mis padres que regresé de Madeira con una cornamenta más grande que con la que me fui de Cádiz, y entonces no volverás a poner un pie en su casa, nunca».

El nigromante asintió serio. Había tomado verdadero aprecio a Adela y Hugo, incluso habían planeado una visita a su propiedad en Flint, sin fecha concreta, por supuesto, pero a ambas partes les ilusionaba el reencuentro.

Distinguimos King’s Rest desde el cielo, la amplia propiedad de la familia

Robinson de planta rectangular dividida en tres alas. La central, que comprendía la mayor parte de la estructura original del antiguo castillo restaurado, actual sede del submundo del gobierno británico, incluidos los despachos del rey y su consejero personal. El ala este, con las habitaciones de los empleados humanos de la casa (los no-muertos de la guardia vampira compartían un pabellón perfectamente acondicionado a escasos metros del edificio principal), así como diferentes dependencias y estancias. Y la oeste, con las habitaciones del monarca y su familia, incluida la mía, pues resultaba obvio que la Dama de la Luz debía estar lo más cerca posible de su protegido.

Mi protegido, cuántas veces me había acordado de él durante nuestras vacaciones, tal y como prometió no había telefoneado ni un solo día. Lo que más me preocupaba era cuál sería su reacción en nuestro reencuentro, ¿seríamos ambos capaces de fingir que no había pasado nada, continuar como si nunca se me hubiese declarado? ¿Podríamos? Era inútil especular al respecto, en menos de dos minutos le tendría frente a mí y contemplaría su reacción con mis propios ojos.

Mientras el aparato descendía sobre la enorme H blanca del helipuerto, iluminada por multitud de potentes focos, observé el edificio central. Había varias luces prendidas en el interior. Habría pasado al menos una hora desde el anochecer y probablemente mi rey se encontraba atareado con su diario quehacer, pensé, también en Nahui, del que tampoco había sabido nada desde nuestra partida. Esperaba que se encontrase bien.

Una sensación familiar, la vibración sobrenatural que acompaña al desplazamiento de un vampiro, recorrió mi cuerpo erizando mi columna vertebral mientras descendía del aparato cargando con mi maleta, que arrastré hasta alejarme lo suficiente del helicóptero para que Cyrus despegase de camino a casa. El nigromante se despidió lanzándome un beso con malicia, mientras ascendía de nuevo y se alejaba.

Al girarme me encontré con el poderoso torso de Nahui, y al alzar el rostro para mirarle a los ojos encontré una amplia sonrisa. El vampiro novel me abrazó con fuerza, tanta que si hubiese sido humana mis huesos se habrían convertido en un cálcico puré. Parecía el doble de robusto de como le recordaba, y también de efusivo.

—Nahui, por favor, necesito respirar para vivir —mascullé aprisionada entre sus fuertes brazos, que me envolvían como las ramas de una inmensa secuoya.

—Oh, lo lamento —dijo liberándome, y el aire volvió a llenar mis pulmones con libertad. Sonreí, también yo me alegraba de verlo de nuevo, de una pieza.

—¿Cómo estás? —pregunté, y sonrió de forma sombría. Se encogió de hombros resignado.

—Mentiría si te digo que mal, voy acostumbrándome lentamente a esta nueva vida, pero todo es tan diferente —relataba mientras caballeroso se hacía cargo de mi maleta, que podría haber llevado colgando del dedo meñique sin ningún esfuerzo. Comenzamos a caminar en dirección a la casa—. Todo es distinto, las distancias, por

ejemplo, ahora en tres segundos puedo correr un kilómetro, puedo oler flores en el helicóptero de Cyrus y esencia de lilas en tu pelo, pero obviamente lo que peor llevo es el tema de la *sed*. Hoy me he alimentado ya dos veces sabiendo de tu llegada, aunque jamás he mordido a un humano y procuro alimentarme seguido para que la sed no me domine, pero aun así me doy miedo a mí mismo —decía con ojos abatidos mientras nos acercábamos a la vivienda. Había varios vehículos aparcados en la explanada de grava frente a la entrada principal, un todoterreno y un utilitario, negros, con vidrios tintados, había audiencia en la residencia real—. El rey Martin tiene visita, enviados de otro reino, creo, por eso Cóatl ha suspendido mi entrenamiento de hoy.

—Ah, ¿y qué tal con Cóatl?

—Bien, es un buen luchador y un buen maestro, quién iba a decirme que aprendería a luchar con espada, porque las armas de fuego carecen de honor para los combates legales —dijo socarronamente, y yo sonreí de nuevo, había tanto que aprender. Al menos el tiempo no era una preocupación—. Y tú, ¿qué tal las vacaciones?

—Olvidando pequeños detalles incómodos, genial, he disfrutado de mi familia como nunca imaginé.

Habíamos alcanzado la puerta trasera y Mary Anne, una de las doncellas humanas de palacio, entre las que no podíamos contar a la señora Merlon, cuya dedicación era exclusiva a Marie y Louise Robinson, acudió a recibirme y retiró la maleta a mis aposentos. A ella le pregunté por la pequeña Louise, y me dijo que tanto ella como la madre del monarca se encontraban en Londres, revisando las obras de reconstrucción de la propiedad de Lastheaven. Marie Robinson la había reclamado como sobrina del difunto Charles Robinson a los ojos humanos, nadie había vuelto a ver su rostro desde hacía décadas, así que por su juvenil aspecto bien podría pasar por la sobrina de cualquiera.

Entonces pedí a Nahui que me esperase un minuto en el jardín posterior, necesitaba ir al baño tras el largo viaje. Después de darme una ducha veloz me vestí con unos *shorts* blancos y una camisa azul sin mangas y salí a continuar mi conversación con el gigante.

Lo encontré de pie, inmóvil, en el mismo punto en el que lo había dejado, parecía una figura de piedra que mágicamente cobraba vida ante mi presencia. Su cabello estaba más rubio y su tez por supuesto mucho más blanca, pero distinguía en él los rasgos de su condición humana, sería algo que probablemente el tiempo se encargaría de matizar. Caminamos hasta un pequeño rellano entre los macizos de rosas rojas como la sangre, alumbrados por la tenue iluminación decorativa del jardín, rodeados de bancos de madera y estatuas de mármol.

La noche era calma y una brisa suave mecía nuestros cabellos. Me acomodé en uno de los sillones, de espaldas a la residencia, y Nahui tomó asiento a mi lado.

—¿Te explicó Cóatl el porqué de tu nombre?

—Sí, Nahui significa *el cuarto* en lengua azteca, porque soy el cuarto vampiro que convierte —volvía a encogerse de hombros.

—Está bien, es un nombre bonito —dije justo antes de sentir una vibración sobrenatural demasiado cercana, y no tuve tiempo de reaccionar, pues el vampiro me asaltó por la espalda, tirándome al suelo a los pies del banco de madera. Traté de revolverme para mirarle la cara cuando oí rugir a Nahui, un rugido profundo, desgarrador. Quien me tenía presa salió despedido por los aires golpeándose contra una de las estatuas con forma de mujer del jardín, haciéndola añicos. El vampiro novel se situó ante mí, protegiéndome con los feroces colmillos completamente extendidos, mientras yo reconocía al no-muerto, que se levantaba entre el montón de escombros.

—¡Shapur! —grité sorprendiendo a Nahui, y sorteándole eché a correr hacia el guerrero persa, que me recibía con los brazos abiertos cubiertos de blanco polvo de estatua. Me apretujé contra su pecho de granito y busqué sus labios apremiada en un beso apasionado, aún con la presencia de un espectador.

Temí estar soñando, pero el brillo de sus ojos de ámbar, incomparable e irrepetible, era demasiado real. El olor a canela y menta de su piel tostada, con el resplandor del bronce pulido, embriagó mis sentidos, le abracé, le besé, le apreté con toda mi fuerza contra mí.

—¿Quién es el guardaespaldas? —preguntó divertido mi guerrero, mientras Nahui continuaba observándonos alerta con los feroces colmillos desplegados.

—Tranquilo —pedí al vampiro novel, y este relajó su postura—. Él es Shapur, es mi… bueno, es mi *Mitad*, o mejor dicho, yo soy la suya, no sé si Cóatl te habrá explicado lo que significa eso. —El vampiro neófito asintió—. Y él es Nahui, la nueva adquisición del reino y mi guardaespaldas vampiro personal con el consentimiento de Martin —expliqué a Shapur, obviando el resto de detalles innecesarios.

—Lamento el recibimiento —dijo Nahui inclinando la cabeza en señal de respeto —. Veo que no es necesaria mi protección en este momento, si me disculpan —añadió visiblemente incómodo, y tras nuestro asentimiento desapareció veloz de nuestros ojos.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, y Shapur me deleitó dibujando en el rostro una de sus irresistibles sonrisas perladas, esas sonrisas que henchían sus mejillas tostadas y estiraban sus voluminosos labios.

—¿Por qué no dejamos las preguntas para después?

—¿Para después de qué?

—Para después de hacer el amor —dijo mientras me tomaba entre sus fuertes brazos y me llevaba en dirección a la residencia real.

Le besé como si el mundo estuviese a punto de acabarse, inhalé el perfume de su boca, que era el oxígeno de mi vida. Shapur, cuánto le amaba, cuánto necesitaba su poderoso abrazo, sus manos alrededor de mi cintura. Me subió a su cuerpo,

asiéndome por los glúteos, y yo rodeé su cintura con mis caderas y cubriendo sus maravillosos ojos de miel con las manos, a ciegas le conduje hasta mi habitación.

Shapur me mostró, nada más atravesar la puerta de mi dormitorio, que le urgía la necesidad de mi cuerpo tanto como a mí el suyo.

Besé su torso desnudo, inhalando el perfume a canela de su piel helada cuyo sabor ansiaba, acaricié el contorno de sus fuertes brazos, de su cuello de acero.

Me dejó sobre la cama, caminando a gatas sobre esta hasta situarse de rodillas frente a mí. Hacía casi un mes desde nuestro último encuentro, demasiados días anhelando sus caricias, sus besos, el tacto de sus poderosas manos sobre mi cuerpo.

Atrapó mi boca con la suya, poderosa, suave, gélida, y un cosquilleo eléctrico recorrió toda mi piel cuando sus colmillos se extendieron presa del deseo. Los rocé con mi lengua; Shapur, te amo, susurré a su oído y el guerrero se apasionó aún más en la caricia húmeda de sus voluminosos labios sobre mi cuello.

Desabotonó despacio mi camisa mientras nos mirábamos cómplices, sabiendo cuánto nos anhelábamos el uno al otro. Yo mimaba con mis dedos su atlético torso, recorriendo las siluetas de su robusta musculatura suavemente, dibujando invisibles surcos sobre su piel cetrina. Saboreado el marcado cauce de sus clavículas, las firmes llanuras de sus pectorales, hasta alcanzar la pronunciada hondonada hacia sus ingles, justo donde terminaba su abdomen. Hondonada en la que gustosa me perdería sin miedo a no regresar jamás.

Lentamente deslicé los dedos bajo el amplio pantalón árabe, deshaciéndole de él, descubriendo, palpando con mis propias manos hasta qué punto me deseaba, sin pudor alguno. Sonreí, gratamente complacida, mientras el guerrero de bronce tiraba de mis brazos, de todo mi cuerpo hacia él, girándome, sellándome de espaldas contra su pecho de granito.

Shapur me mordió, impaciente, en el cuello, y sentí cómo la sangre fluía, acelerada, caliente, por entre mis senos presos de sus manos, mientras bebía apremiado de mí y el íntimo placer que surgía *in crescendo* desde lo más recóndito de mi ser. Me volví para mirarle a los ojos cuando liberó mi cuello, hallándolos brillantes, refulgentes como dos piezas de ámbar, más sedientos aún si cabe. Sedientos de mi carne, de mi ser.

Besé sus poderosos labios, sintiendo los colmillos extendidos presionando sobre los míos, y me recosté sin apartar mis ojos de los suyos un instante. Shapur se inclinó sobre mí, besando cada centímetro de mi piel, lentamente, haciéndome temblar de deseo ante el roce de sus labios. Y le rogué que no me hiciese esperar más o aquel dulce tormento acabaría conmigo. Mis palabras le complacieron y obedeciéndome se abrió paso entre mis piernas, recorriendo lentamente con su sexo cálido el camino que tantas veces me había llevado a tocar el cielo con los dedos. Haciéndome sentir plena, plena de su ser, de su magnífico cuerpo, de su carne rígida y suave hundida en mi carne, que le recibía ansiosa. Moviendo su atlético abdomen, sus robustas caderas, como solo él sabía hacerlo; con dulzura y energía a la vez.

Y trazando, en su enloquecedor vaivén, los infinitos colores del universo para mí. En un sendero fervientemente conocido por ambos, un sendero impregnado por el febril deseo contenido durante demasiado tiempo.

Volvió a morderme, en el pecho izquierdo, justo sobre el corazón, acarreándome el más álgido de los placeres, tanto que creí que iba a morir en aquel instante. No era posible disfrutar de aquel modo y no estar en el paraíso. Shapur se estremeció sobre mí, sin apartar sus voluminosos labios de mi piel, y cuando lo hizo me besó, haciéndome saborear mi propio fluido vital de su boca.

Capítulo 23

Una de los nuestros

Ambos reposamos sobre la cama exhaustos, deleitados, disfrutando aún del reencuentro. Contemplé su hermoso cuerpo desnudo; el frío que transmitía su piel de bronce resultaba reparador para aliviar el calor de la pasión en mi cuerpo. Había extrañado demasiado su tacto, disfrutaba acariciando su cabeza desnuda recostada sobre mi pecho, recorriendo con mis dedos sus hombros y espalda tatuados, su cuello, sus pectorales…

—Ahora sí puedo preguntarte qué haces aquí, ¿verdad? —requerí, y el guerrero elevó el rostro para alcanzarme con sus ojos de oro líquido, extendiendo una nueva sonrisa de nácar.

—Vinimos para los preparativos de la boda real, estaremos unos cuantos días, quizá una semana —afirmó feliz—. ¿Qué pasa? —Mi reacción no fue la esperada, me entristecía la inminencia de aquella boda y fui incapaz de disimularlo.

—Que Martin no ama a Layla y dos personas no deberían casarse si no se aman —dije al fin, y debió de parecerle una soberana estupidez porque entornó los ojos como el padre cuya hija acaba de descubrir que no puede alcanzar la luna con sus dedos y se muestra decepcionada—. ¿Qué? Te parece una tontería, ¿no?

—Las cosas no son así en nuestro mundo, Anna —dijo al fin con su sosegada voz de ultratumba, temiendo el inicio de una discusión—. Pero ese no es asunto nuestro, ¿no crees? —Asentí sin demasiada convicción. Para Shapur, Layla era únicamente la hija de su reina, pero Martin era mi amigo, mi mejor amigo, todo lo que le concerniese a él y a su felicidad era definitivamente asunto mío.

—No sabes cuánto te he echado de menos —dijo mientras volvía a acurrucar su rostro en mi pecho para concentrarse en el ritmo de los latidos de mi corazón, un secreto placer (otro más).

No tanto, pensé. Sin poder evitar acordarme de la noche que desperté tras un orgasmo en sueños, un orgasmo de Shapur, pero no tenía derecho alguno a recriminarle que mantuviese relaciones sexuales con otras mujeres pues yo misma le había pedido que continuase con su vida. Aun así, no podía negarme a mí misma que me intrigaba saber qué mujer había sido la afortunada de disfrutar de un amante tan virtuoso como mi guerrero, probablemente alguna de las jóvenes doncellas del palacio de Pedernales, o quizá alguna desconocida.

—¿En qué piensas? —requirió el guerrero ante mi mutismo y yo me alegré de que careciese de la capacidad de Cyrus de leer la mente.

—En lo mucho que te extrañé —aseguré y no era mentira, al menos

completamente, complaciéndole con mi respuesta.

—¿Qué te sucedió hace un par de semanas? Estabas muy inquieta, incluso sentí dolor… —preguntó Shapur, y supe que no podía mentirle, podría leer la mentira en mis ojos, ahora que el ámbar líquido de los suyos me atravesaba—. Después percibí algo muy raro, era como si ya no estuviésemos unidos, no reaccionabas a mis emociones, te sentía distinta… —relataba arrugando el moreno entrecejo, confundido.

—Fue un hechizo —expliqué, y sus ojos áureos me taladraron—. Le pedí a Cyrus que inhibiera tu percepción de mí —confesé temerosa de su reacción.

—¿Que ese maldito mago hizo qué? —preguntó dando un salto en la cama, apartándose de mi cuerpo, deteniéndose de pie frente a mí, completamente desnudo.

—Fue necesario —trataba de explicar, pero él, molesto, buscó sus pantalones en el suelo, dispuesto a vestirse para marcharse.

—Voy a atravesar a ese mago con mi espada, cómo se atreve el malnacido… —renegaba.

Salté de la cama, caminé hasta él, abrazándole por la espalda, rodeando su formidable cuerpo con mis menudos brazos sin abarcarlo por completo, enterrando el rostro en su atlética espalda. Se detuvo ante mi abrazo, aguardando mi explicación.

—Cyrus solo hizo lo que yo le pedí. Durante mi estancia en Cádiz hubo un conflicto con unos vampiros, luchamos y creí que iba a morir y no podía permitir que sufrieses por mí. Solo pensar en que padecieses mi muerte era mucho peor que morir —dije mientras mis lágrimas ardientes recorrían su espina dorsal—. Perdóname, por favor, te amo demasiado e intentaba protegerte —confesé sinceramente, y el guerrero se giró. En su tez no quedaba rastro de rabia, sonrió tibiamente.

—No vuelvas a hacerlo, si algo malo te pasa tengo que saberlo, ¿me oyes? Lo que ambos compartimos es eterno para bien y para mal —dijo tomando mi barbilla entre sus dedos suavemente, y yo asentí apretando los labios, conteniendo la emoción—. Y si ese demonio vuelve a mancillar nuestro vínculo, le atravesaré con mi espada sin dudarlo, no me importa si se lo has pedido o no —concluyó, e inclinándose me besó, perdonándome.

Martin había otorgado a Shapur una habitación en el lado opuesto de la residencia real, junto al resto de su séquito, tres vampiros en total, según me había dicho el propio guerrero, que tras una agotadora ducha común se retiró a su aposento para deshacer la maleta.

Hacía varias horas de mi llegada y no me había acercado a presentar mis respetos al rey; ahora que no estaba ocupado con la precorte de su futura esposa era un buen momento para hacerlo, así que fui en su busca.

Alcancé su despacho, había un par de guardias del reino en la puerta a los que saludé con una simple inclinación del rostro, un gesto muy vampiro, y me cedieron amablemente el paso. Golpeé la puerta con los nudillos y encontré dentro a Martin, ataviado con su elegante traje regio de terciopelo negro conversando con su siervo de

confianza, John Gordon, el gobernador escocés, y el eterno respaldo de Cóatl.

Sus ojos, antes sombríos y cansados, se iluminaron al verme cruzar el umbral de la puerta. Me recibió con una amplia sonrisa que hizo girarse a Gordon para comprobar qué era lo que miraba con tanto entusiasmo; el gobernador quedó decepcionado al encontrarme a mí. A pesar de ser La Dama de la Luz era humana, un punto de gran desventaja para sus ojos.

—Nos dejáis a solas, por favor —pidió mi rey, y los dos vampiros abandonaron la habitación, cruzando por mi lado como una exhalación. Cerré la puerta tras de mí y di un paso hacia él.

Mi amigo acudió a abrazarme demostrándome cuánto me había echado de menos y despejando de un plumazo todas mis dudas acerca de su reacción en nuestro reencuentro, fue de lo más natural, como si quien me recibiese fuera el antiguo Martin en lugar del vampiro adulto de seductores ojos negros que me estrechaba contra su torso de acero.

—Oh, Anna, has regresado en el momento más oportuno…

—Sí, ya sé que ha venido toda la patrulla de casamiento.

—Creí que te alegraría volver a ver a Shapur —dudó enarcando una de sus espesas cejas negras.

—Claro, por supuesto, lo que no me alegra en absoluto es la prisa que tiene Aixa por echarte el lazo —bufé y mi rey pellizcó mi mejilla en un gesto terriblemente paternal.

—Es inevitable y cuanto antes nos casemos antes seré libre —aseguró—, será una unión beneficiosa para ambos reinos.

—Majestad, disculpe, están aquí los representantes reales de nuevo —advirtió Gordon a través del interfono del teléfono. Nos alejamos el uno del otro, la cercanía afectiva no estaba bien vista por los no-muertos.

—Dígales que pasen —pidió Martin apretando el botón del comunicador.

La puerta se abrió de nuevo, y tras Cóatl y John entró todo el séquito real de Aixa: Shapur, Freddy (un vampiro indígena que conocía de vista de cuando estuve en el Caribe, aunque entonces desconocía su nombre) y una vampira, una mujer mulata, con el cabello muy rizado, hermosísima, con unos voluptuosos labios escarlata y prominentes pechos que poco dejaban a la imaginación bajo un escotado corpiño de seda rosa fucsia. Aurora.

Mi sangre se heló al contemplarla. Incrédula restregué mis ojos una y otra vez. Pero era ella, era real.

Me miró y sonrió maliciosa, solo un instante, solo yo pude verlo, pero así fue. Mi corazón había apresurado sus latidos, también mi respiración se había acelerado irremediablemente, traté de recomponerme consciente de que todos podían percibir mi agitación, sin embargo, educadamente fingían no hacerlo. Busqué inquisitiva los ojos de Shapur y detesté no poder decirle mentalmente una serie de cosas, pero el guerrero permanecía atento a mi rey.

—Su majestad Layla me ha telefoneado advirtiendo de que viajará en un par de semanas porque desea encargarse personalmente de todos los preparativos de la boda —advirtió Shapur frente a mí, flanqueado por sus dos acompañantes. Aurora no volvió a dirigir sus ojos negros hacia mí, ni una sola vez después de aquella fugaz sonrisa que comenzaba a parecerme una alucinación.

—Entonces habrá que organizar el viaje de Aquiescencia para finales de esta misma semana o principios de la siguiente —afirmó el monarca británico resuelto y Shapur asintió.

—Como desee su majestad —dijo el guerrero inclinándose con una nueva reverencia.

—Gracias, Shapur, podéis retiraos —dijo mi rey con un leve reflejo de emoción en la voz. Apreciaba al legendario guerrero persa desde que fue nuestra salvaguarda durante la huida de Gran Bretaña—. Tú no, Dínorah —indicó el monarca, y volvimos a quedarnos a solas en su despacho. Yo aún continuaba turbada por la imagen de Aurora convertida en una vampira (y no solo por lo guapa que estaba la maldita)—. Anna, tenemos que hablar del viaje…

—¿Qué es eso? ¿Qué es el viaje de Aquiescencia? —dudé saliendo de mi éxtasis mental.

—Es… verás, yo soy el rey vampiro de Gran Bretaña, ¿verdad?, Aixa es reina de Centroamérica, Tammy de Irlanda del Norte…

—Martin, por favor, que no tengo tres años, hasta ahí llego sola —bufé impaciente.

—Bien, pues hay una voluntad suprema que rige por encima de todos nosotros para salvaguardar nuestra raza, que toma partido cuando se trata de uniones entre reinos vampiros, es la Emperatriz de todo el mundo vampiro, la vampira más antigua que existe…

—¿Lilith? —pregunté completamente alucinada.

—La madre de todos los vampiros, la vampira primigenia, cuya sangre recorre las venas de todos los no-muertos. —Aquella revelación me dejó helada. Lilith, la primera compañera de Adán, que según la leyenda hebrea abandonó el paraíso por negarse a obedecerle (la primera feminista, sonreí para mí al escuchar por primera vez su historia de los labios de la pequeña Louise durante mi convalecencia tras el ataque de White)—. ¿Y tienes que ir a solicitar su permiso para casarte?

—No exactamente su permiso, más bien su bendición. Y no tengo por qué ir yo, sino un séquito en representación mía y otro en la de Layla —explicó sombrío—. Representarme es un honor y deberá viajar mi más leal siervo —añadió rehuyendo mis ojos.

—Está bien, yo lo haré.

—Precisamente esperaba que me permitieses enviar a Cóatl.

—¿A Cóatl? ¿Acaso es tu siervo de mayor confianza? —requerí molesta. Qué pensarían de La Dama de la Luz los vampiros del reino, si era incapaz de representar

a su rey en el honor más importante de todos, ante la diosa de todos los vampiros.

—Oh, claro que no, sabes de sobra lo que significas para mí —reveló enfrentando mis ojos con pesar, arrugando la nívea frente que resplandecía en contraste con el negro cabello que caía a ambos lados de esta—. La Emperatriz es impredecible, obviando que el camino es peligroso y que hay muchas posibilidades de que una parte del séquito no regrese…

—Sabes que el miedo no está en mi vocabulario —afirmé decidida, mostrándole que era una protectora valiente, al menos de boca para fuera.

—Por eso mismo, si algo te pasase… —Sus ojos se nublaron—. Sencillamente no podría soportarlo, Anna —admitió con profundo pesar, sobrecogiéndome, violentándome. Definitivamente no sería tan sencillo pasar por encima de aquello, de lo que había confesado sentir hacia mí, pero yo debía fingir que era así, como debía fingir no percibir su preocupación desmedida.

—Vamos, Martin, soy Dínorah, una enviada de la diosa Lilith, por lo tanto si hay alguien capacitado para realizar ese viaje soy yo. —Traté de sonar convincente. Si Shapur era uno de los enviados por Aixa yo necesitaba acompañarle en aquel viaje, más aún si entrañaba peligro alguno.

—No puedo negarme, todo el reino se sorprendería si oficialmente te lo impido; solo puedo suplicarte que no lo hagas —dijo al fin, atravesándome con sus hermosos ojos de ónix, con el rostro endurecido por la tensión.

—Gracias por preocuparte de mí. —Acaricié con mi mano su brazo de acero—. Prepararé mis cosas y formaré un equipo, ¿de cuántos días dispongo? —requerí a un paso escaso de mi monarca, que asintió apesadumbrado.

—Una semana como máximo.

—Muy bien, si no necesita nada más me retiro, majestad —concluí inclinando la cabeza, retomando la formal compostura, y el rey británico me permitió marchar.

Encontré la puerta de mi dormitorio abierta y alarmada la empujé levemente con el pie, sin distinguir nadie dentro. Tomé de la estantería próxima a la puerta la estatua de un pequeño elefante de madera con la trompa hacia arriba que Marie Robinson me había regalado y se la arranqué dispuesta a utilizarla como arma en caso necesario. Con ambas piezas de madera en la mano di un paso en dirección a mi cama, decidida a mirar bajo esta, cuando alguien saltó sobre mí desde el techo, cayendo ambos sobre el lecho. Era Shapur.

—¿Te he asustado? —preguntó ilusionado con una sonrisa resplandeciendo en el rostro tostado.

—No, creí que me había caído una lagartija gigante encima —repliqué molesta, revolviéndome, y zafándome de su abrazo me incorporé, mirándole fijamente de pie frente a él—. ¿Puede saberse cuándo ibas a decirme lo de Aurora? —pregunté visiblemente enojada. El guerrero entendió entonces mi fastidio y esquivó la mirada.

—Ah, es eso.

—¿Ah, es eso? —traté de imitar su voz de ultratumba y su gesto irritantemente

sereno—. ¿Y qué esperabas? Se supone que estaba muerta, que Aarón la había matado y por eso fue condenado a freírse al sol. No lo entiendo, ¿por qué mintió? ¿Cómo es que no está muerta? ¿Qué hace aquí? —Había mil preguntas y el guerrero aguardaba pacientemente echado sobre la cama, con la vista fija en el techo y las manos bajo la nuca con los codos hacia arriba, como quien toma el sol en una playa, esperando a que parase de hacerlas para empezar a responder.

—Verás, hubo una época en la que en el Caribe se convirtió a cientos, a miles de vampiros noveles, sin tomarse en serio la responsabilidad que eso conlleva —empezó a explicar cómodamente recostado sobre mi blanco edredón de plumas, y me senté a su lado, pues la historia parecía larga—. Algunos ni siquiera llegaron a convertirse totalmente…

—Ghouls —mascullé, y Shapur me observó sorprendido de que conociese su existencia (y tanto que la conocía).

—Así es, y provocaron grandes matanzas, un azote brutal sobre los humanos que emprendieron una represalia igualmente brutal contra los demonios-de-la-noche, como los llamaban. El Caribe se convirtió en un lugar poco seguro para nosotros —relataba con la vista fija en el techo de dorados grabados de madera. Yo permanecía sentada a su lado con las piernas entrecruzadas, como si estuviese meditando, imaginando las escenas que me describía mientras le oía—. Por lo tanto, Aixa prohibió la conversión libre, sin permiso real, para mantener el orden y control sobre los vampiros noveles. Posteriormente, el resto de reinos copiaron la decisión de Aixa por considerarla adecuada, y el castigo para la desobediencia era…

—La muerte definitiva —concluí, entendiéndolo al instante. Aarón esperaba un leve castigo por acabar con una humana tan fácilmente prescindible, no así por contradecir una de las más importantes leyes de su reina.

—Según Aurora, Aarón no la había advertido de su intención de convertirla. La escondió medio muerta en la profundidad del manglar en el agua, disfrutando con su dolor bajo los efectos del veneno. Al tercer día despertó sola y desorientada. Cegada por la sed acudió a la civilización y entonces reconoció Barahona y el camino a Pedernales. Después de alimentarse llegó a palacio y pidió a la reina su protección. Aixa la supo inocente de su conversión involuntaria, y desde entonces es una lacaya más del reino —añadió enarcando una de sus cejas morenas, ladeando la comisura de sus voluptuosos labios de canela.

—¿Y qué dijo su hermano?

—¿Qué hermano?

—Joshua, el chófer, era su hermano, ¿qué dijo al verla convertida en vampira?

—Nada, Joshua abandonó el servicio de la reina antes de que Aurora regresara, se escapó, sin pasar por la limpieza —así llamaban al encantamiento de los humanos que no eran los conocidos como voluntarios y cuyo objetivo final era la conversión, que borraba los recuerdos de su vivencia al lado de los no-muertos—. Pero Aixa decidió no buscarle, no exterminarlo, no le preocupaba.

—¿Y te fías de Aurora? ¿La reina se fía de ella? —pregunté con la mayor precaución posible. El guerrero buscó mis ojos sorprendido.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—No sé, nuestro último encuentro no fue lo que se puede decir amistoso —rememoré el baño de orines de cabra que me proporcionó la ahora vampira neófita.

—Todo eso ha quedado muy lejos, Anna —aseguró displicente, girándose hacia mí—. Ahora es una de los nuestros, ha jurado lealtad a Aixa y en este tiempo ha demostrado su fidelidad. —Al oírle decir aquello una idea atravesó fugaz mi cabeza, una idea que dolió en lo más hondo de mi alma.

—Dime que no ha sido con ella —exigí, y el guerrero arrugó la frente desconcertado.

—¿Qué?

—Dime que no ha sido con ella con quien te has acostado. —No tenía derecho a reclamarle nada, pero tampoco iba a callarme ante aquella posibilidad.

—¿Qué? —repitió aún más sorprendido—. No me he acostado con nadie, ¿es que no se ha notado lo necesitado que estaba? —dudó medio en broma; bueno, no era la primera vez que hacíamos el amor varias veces seguidas, por qué sospechar que se debía a su *carencia*.

—No tienes por qué mentir, yo sentí… —qué difícil exponer aquello—. En fin… que tuve… que sentí un orgasmo tuyo en sueños —revelé al fin.

—¿Ah sí? —requirió divertido el guerrero con los ojos de ámbar cargados de ilusión, sonriéndome con las perlas de su boca—. ¿Y puedo saber a qué hora fue?

—¿La hora? —pregunté sorprendida—. Pues, era sobre las doce de la noche, ¿pero qué más da la hora?

—Las doce de la noche… Si contamos seis horas menos en República Dominicana —explicaba en voz alta como un profesor de matemáticas, un profesor muy atractivo y musculoso—, eso quiere decir que eran las seis de la tarde, y si anochece a las seis y media… por lo tanto a esa hora… También yo estaba soñando, ¿no te parece? Soñaba contigo, mujer —reveló al fin, dejándome realmente sorprendida—. Claro que tuve un orgasmo, soñando contigo.

Aquella confesión me hizo terrible e irracionalmente feliz; pensar que el guerrero me había anhelado tanto como yo a él, que me había aguardado, era mucho más de lo que esperaba. Me arrojé a sus poderosos brazos, tumbándome sobre él en la cama.

—Ya no vas a tener que soñar más —dije a su oído, prendiendo de nuevo la hoguera en su cuerpo de hielo. Volvimos a hacer el amor, sin prisas, sin pausas, y Shapur me mostró de nuevo por qué gozar de su cuerpo era como una droga para mí.

Un par de horas antes del amanecer el guerrero abandonó mi cama, dejando un vacío hueco a mi lado que dolía por su ausencia. Pero debía alimentarse antes de su descanso diurno, el viaje había sido demasiado largo y sus ansias de mí le habían hecho postergar —y aumentar— su necesidad. Nos despedimos con un apasionado beso en los labios, que aventuraba sus anhelos para la siguiente noche, y quedé

desnuda en el lecho, arropada por las coberteras en las que podía percibir el delicado perfume de la piel de mi amante.

Pasados unos minutos oí la puerta abrirse de nuevo, supuse que el guerrero regresaba. A pesar de la penumbra que envolvía mi dormitorio podía ver con total claridad, sin embargo, el dosel de la cama enrollado sobre uno de los pilares de esta ocultaba la puerta.

—¿No eres capaz de esperar a esta noche? —pregunté divertida, pero nadie respondió. Tiré de la suave sábana de dorado satén, envolviéndome en ella y bajé de la cama.

Entonces la vi.

De pie, junto a mi puerta entreabierta, estaba Aurora, con el cabello caracoleado suelto resbalando a ambos lados de su rostro café con leche en el que destacaban los voluptuosos labios carmesí, ataviada con un largo camisón blanco hasta los pies descalzos. Me observaba fijamente con sus hermosos ojos negros y no traía cara de muchos amigos. Sorpresa, sorpresa.

La puerta se cerró tras ella.



MARÍA JOSÉ TIRADO (Cádiz, España, 1978). Siempre ha escrito, desde muy niña. Es una lectora empedernida. Debutó en la literatura con una trilogía de novela romántica paranormal que ha tenido muy buena repercusión de público y crítica, integrada por la trilogía *Entre vampiros*, *La Esencia de Lilith* y *La emperatriz de los vampiros*.

Además, es enfermera, repostera *amateur*, una gran apasionada de la naturaleza y, por encima de todo, la orgullosísima madre que convierten cada uno de mis días en una mágica aventura.

Aún así encuentra el tiempo necesario para leer, escribir y llevar adelante su blog *De cuando Caperucita se comió al lobo*.

Notas

[1] *Good Afternoon, Miss Morrison*: Buenas tardes, señorita Morrison. <<

[2] *Can I help you?*: ¿Puedo ayudarle? <<

[3] La Caleta: Playa situada en el centro histórico de Cádiz. Es la playa de menor extensión de cuantas posee la ciudad y también la más emblemática, en ella desembarcaron fenicios, cartagineses y romanos. <<

[4] *Los Trasnochadores*: Comparsa gaditana de los autores Jesús Bienvenido y Andrés Ramírez en la que los integrantes iban caracterizados de vampiros y que fue galardonada con el tercer premio en el concurso carnavalesco del Gran Teatro Falla de Cádiz en el año 2009. <<

[5] *Bocaitos*: Parte del pegadizo estribillo de la comparsa anteriormente mencionada. <<

[6] *Chassé*: Paso de *ballet* en el que se produce un elegante salto con desplazamiento que puede ser hacia adelante (*chassé en avant*), hacia atrás (*chassé en arrière*), al lado (*chassé en écarté*) y girando (*chassé en tournant*). <<

[7] El Bulli: Restaurante situado en Rosas (Gerona, España), distinguido con tres estrellas de la Guía roja de Michelin, que es la más antigua y famosa de las guías europeas de hoteles y restaurantes. Ha sido considerado el mejor restaurante del mundo en los años 2002, 2006, 2007, 2008 y 2009. <<